

ROMANOS

ALAN F. JOHNSON

PREFACIO

Todo libro debe ser leído teniendo en cuenta el propósito del mismo si es que queremos beneficiarnos del esfuerzo del autor. Este libro no es la carta a los Romanos. En el mejor de los casos es un breve intento de explicar y comentar sobre algunos de los temas principales de la carta. Como tal, no debe ser usado como un sustituto de la carta en sí de Pablo, la cual es mucho más importante que todo lo que nosotros podamos decir acerca de ella. Usted debe leer y releer el libro de Romanos al usar este comentario. Todo lector debería tener abierta delante de él el escrito paulino y leer primero cada sección de Romanos y después consultar la explicación sugerida.

Estas notas son humanas, falibles y sujetas a revisión. La intención no es homilética o devocional, sino la de ofrecer una interpretación renovada de la escritura eterna a la luz de nuestro tiempo presente y sus necesidades.

Aunque el grueso del libro va dirigida al estudiante universitario y al laico estudioso, los problemas exegéticos y teológicos más importantes son tratados brevemente en las notas al pie de página. De manera que hay dos libros en uno.

Además, el resurgimiento evangélico y carismático de la

última década, no siempre profundamente teológico, justifica el que un comentario contemporáneo sobre Romanos examine los asuntos relevantes relacionados con preocupaciones generadas por este fenómeno.

Por último, debemos considerar la situación constantemente cambiante de nuestro mundo. Hemos visto aparecer en los últimos años el fundamentalismo islámico, la amenaza creciente del holocausto nuclear, los problemas continuos en el Medio Oriente, y la fuerte polémica sobre el aborto. Tales cosas reclaman un abordamiento renovado del mensaje de la gran epístola de Pablo y su relevancia contemporánea. Confío en que aquellos que sacaron provecho de la primera edición se beneficien todavía más de esta edición revisada.

Fue una experiencia inexpresable de gozo y de aprendizaje para mí el dedicar todas estas horas a reflexionar detenidamente sobre las ricas verdades que encontramos en la carta de Pablo a los Romanos. Esta epístola ha cambiado mi vida. Lo que he aprendido acerca de Dios y de mí mismo en este libro ha afectado por completo la calidad de mi vida. Si tan sólo una pequeña parte de este entusiasmo y gozo pudiera salir de estas páginas y contagiar al lector, me sentiría profundamente agradecido.

INTRODUCCIÓN

IMPORTANCIA DE LA EPÍSTOLA A LOS ROMANOS

En razón de que el contenido de la carta a los Romanos es de peso y no tiene mucha aplicación práctica hasta el capítulo 12, quisiera desde el principio hacer hincapié en la gran importancia del libro a fin de que la posible duda sobre si llegará a conocerlo a fondo no le aleje demasiado pronto de sus páginas inspiradas.¹

Unas pocas citas nos ayudarán a poner a Romanos en perspectiva. Coleridge dijo de Romanos que era la «la obra más profunda en existencia»; Martín Lutero comentó que era «la parte principal del Nuevo Testamento y el Evangelio perfecto». «Si un hombre la entiende», declaró Calvino, «tiene para sí un camino seguro para el entendimiento de todas las Escrituras». Godet se refirió a ella como la «Catedral de la fe cristiana». Más recientemente Bruce Metzger, el notable erudito de Princeton, llamó a Romanos la «Constitución del cristianismo universal».

Grandes intelectuales como Agustín de Hipona, Martín Lutero, Juan Calvino y J. Edwards han estudiado Romanos y han descubierto profundidades más allá de sus profundidades conocidas. George Wilson de Escocia, el distinguido poeta, biógrafo y científico, recibió instrucción cristiana de su amigo el doctor John Cairns, quien le escribió acerca de Romanos: «La corriente del evangelio no forma en ningún otro lugar pozos tan profundos y oscuros donde el neófito pueda ahogarse... Va a tener algo parecido a una visión de la profundidad y riqueza de ese antiguo y menospreciado libro que conocemos como el Nuevo Testamento.»²

Puede ser a causa de que la carta a los Romanos es el mejor tratado sobre Dios que jamás se haya escrito que ha figurado prominentemente en la historia en todo renacimiento evangélico significativo.³ Ese fue el caso con Agustín de

Hipona, Martín Lutero y Juan Wesley. Aunque no fue un regreso completo a la fe evangélica, la más reciente obra de Karl Barth sobre Romanos (*Romerbrief*, 1919) quebró el dominio de la teología liberal sobre el mundo de la erudición y causó un retorno significativo a la teología bíblica.

Un libro que ha sido usado tanto por Dios en el pasado podría también tener un papel en el despertamiento del pueblo de Dios de su sueño. Nadie duda de que existe esa necesidad y puede ser ampliamente documentada. Considere, por ejemplo, las palabras oportunas del doctor John A. MacKay, presidente del Seminario Teológico de Princeton durante veintitrés años:

Es cada vez más evidente que la necesidad principal del cristianismo contemporáneo y de la sociedad en general en este tiempo revolucionario y confuso es un renacimiento evangélico. Me refiero a un redescubrimiento del Evangelio en toda su dimensión de luz y poder, junto con la elevación del evangelio a la posición que le pertenece en el pensamiento, la vida y la actividad de todas las personas y organizaciones que llevan el nombre de «cristianos».⁴

O considere las palabras con las que comienza Rene Padilla de Buenos Aires, Argentina, quien, al evaluar tres libros sobre misiones en *Christianity Today*, sugiere que las preguntas importantes que provocan pueden ser todas reducidas a una: «¿Qué es el evangelio?»⁵

Teniendo en mente este importante precedente histórico, nos podemos comprometer a estudiar cuidadosamente la carta de Pablo, esperando que Dios puede en alguna manera encender de nuevo nuestro amor y devoción por él y quizá habilitarnos para ser parte de un nuevo renacimiento evangélico en nuestros días.

AUTOR, FECHA Y LUGAR

Es tan conclusivo el razonamiento de que Pablo es el autor de la epístola que ningún erudito serio duda de que procede de la pluma del reconocido Apóstol de los gentiles. No sólo está en el gran tema de la gracia de Dios, sino también en la evidencia de que la persona que escribió la carta fue sin duda un judío bien familiarizado con el judaísmo farisaico (Hch. 23:6), como también la gran carga que sentía de evangelizar a los gentiles (Hch. 13:47; Gá. 2:2, 8; ver Ro. 11:13). De manera que no se necesita abundar más en el razonamiento de la paternidad literaria de Pablo.

Aunque Pablo sin duda podía identificarse con la cultura greco-romana en la que había crecido en Tarso (Hch. 22:3) y cumplir con las responsabilidades de la ciudadanía romana (Hch. 22:25), la más profunda influencia de su vida fue su trasfondo judío, farisaico y rabínico (Ro. 11:1; Gá. 1:13, 14; Fil. 3:5, 6). Los eruditos están hoy cada vez más convencidos de que el trasfondo judío de Pablo le llevó exactamente a la corriente principal del judaísmo de su día. El no fue un judío de segunda clase.⁶

Otra influencia importante en la vida de Pablo fue su aceptación de Jesús como Mesías y Señor (Gá. 1:15, 16), su contacto con la enseñanza cristiana que tenía a disposición (Gá. 1:18; Ro. 1:3, 4) y su llamamiento misionero y al apostolado (Gá. 1:16).

La carta a los Romanos fue escrita muy probablemente durante la última visita del Apóstol a Corinto, que le ocupó como tres meses, en la primavera del 57 ó 58 d. de C. (Hch. 20:1-3).⁷ Esta fecha depende de referencias internas a las circunstancias del apóstol en su relación con la información que aparece en el libro de Hechos. Un factor clave para la determinación de la fecha real tiene que ver con el procónsul Galión, quien escuchó las acusaciones que le hicieron a Pablo en Corinto durante su segundo viaje misionero (Hch. 18:12-18). Según una inscripción encontrada en Delfos, Galión comenzó su tarea como procónsul en Corinto en el año 52 d. de C. El cálculo de tiempo desde esta fecha hasta que Pablo salió de Corinto por última vez abarcaría otros cinco años (Hch. 20:1-

3).

Al reconocer que la fecha temprana de la escritura de la carta a los Romanos tuvo lugar antes que la aparición de los evangelios escritos agrega importancia al retrato del cristianismo que contiene.

OCASIÓN Y PROPÓSITO

Pablo había terminado su tarea en el Oriente, y después de entregar la ofrenda para los santos en necesidad de Jerusalén, hace planes para visitar Roma en su camino hacia España (15:22-28). El Apóstol, esperando de que la importante congregación romana pudiera serle de ayuda en sus esfuerzos misioneros en el oeste del imperio, quiso que los santos de Roma supieran de él antes de llegar allí, y a este fin se presenta a sí mismo mediante la carta y les ofrece una muestra de su predicación. ¿Pero justifica esto la amplia y elaborada explicación de su mensaje del evangelio que contiene la epístola? ¿Por qué no enviar una nota breve por medio de Febe (16:1) e indicar que les daría en persona una explicación completa de su mensaje cuando llegara a Roma?

Una explicación que justificaría una carta larga y bien pensada es que él esperara dificultades en Jerusalén que pudieran evitar que él llegara a Roma. El tratado, proveería, entonces, de un recuerdo memorial de su ministerio y de las bases para que la iglesia en Roma evangelizara el occidente del imperio en su ausencia.⁸

Otro punto de vista atractivo involucra el intento de la reconstrucción histórica de la situación de la iglesia en Roma en el año 57 a. de C. Sabemos, tanto por Hechos 18:2 como por otra evidencia externa, que el emperador Claudio promulgó un edicto expulsando a los judíos de Roma en el año 49 d. de C. debido a los disturbios sobre Cristo (ver la nota 10 del capítulo 1). Las aproximadamente trece sinagogas que había en Roma en aquellos días carecían de una dirección centralizada, y los miembros tenían trasfondos culturales diversos. Cuando el testimonio cristiano llegó a Roma, algunas sinago-

gas se mostraron receptivas, mientras que otras reaccionaron de forma negativa. Como consecuencias del enfrentamiento de las sinagogas sobre la cuestión de Cristo, se ordenó a toda la población judía de Roma (40-50.000) que saliera de la ciudad. Esto fue el final temporal de la presencia judía-cristiana en Roma. En este tiempo (49 d. de C.) se formaron iglesias en las casas de manera que los cristianos se podían reunir aparte de las sinagogas. Durante los cinco años en los que el edicto estuvo en vigor (hasta el comienzo del reinado de Nerón), las iglesias en las casas no tuvieron creyentes judíos. Sin embargo, cuando los judíos regresaron a Roma, encontraron una iglesia diferente de la que conocieron en el contexto de la sinagoga. Había ahora una mayoría gentil y ejercían el liderazgo. Entonces, según esta interpretación, el libro de Romanos fue dirigido a esta mayoría gentil a fin de exhortarlos a que recibieran a la minoría de cristianos judíos y vivieran juntos en una sola congregación.⁹

Más cierto es el hecho de que en la carta hay un fuerte énfasis sobre el punto de vista de Pablo de la salvación en contraste con los conceptos legalistas judíos, y la integridad de su evangelio en oposición a ciertas acusaciones de permisividad moral. Pablo debía esperar encontrar en Roma esas objeciones al evangelio tal como él acostumbraba a predicarlo.¹⁰ En cualquier caso, Romanos nos provee a nosotros, así como a los antiguos romanos, de una introducción a algunas de las corrientes principales del pensamiento teológico de Pablo.

LA IGLESIA EN ROMA

Hay mucha especulación tanto sobre el origen de la iglesia en Roma y su membresía. Nada se sabe con seguridad, pero pueden sugerirse algunas direcciones generales. En cuanto al punto de vista Católico Romano de que Pedro fundó la iglesia, no hay evidencia histórica. Además, Pedro se hallaba todavía en Jerusalén en el tiempo del Concilio de Jerusalén (Hechos 15, en el año 50 d. de C.), y con todo es casi cierto que los cristianos se reunían por las casas en Roma antes de

esa fecha (1:7).¹¹ Resulta difícil imaginar que Pablo escribiera a la iglesia en Roma en la manera que lo hizo si Pedro hubiera fundado la iglesia, o por qué omitiría toda referencia en la carta sobre Pedro si el apóstol estuviera residiendo y ministrando en Roma.

Otra opinión explica el origen de la iglesia como obra misionera de algunos judíos romanos que estuvieron presentes en Jerusalén en el día de Pentecostés y, habiéndose convertido, regresaron para establecer la iglesia (Hch. 2:10). Sin embargo, no hay evidencia de que algunos judíos romanos se encontraran entre los convertidos en Pentecostés. Además, la palabra «moraban» en Hechos 2:5 podía también referirse a personas que *vivían* de forma permanente en Jerusalén.

Otro punto de vista, que tampoco tiene mucha base, indica que la iglesia fue fundada por varios convertidos de Pablo que le habían oído predicar en otras partes del imperio, y después de su conversión viajaron a Roma por distintas razones. Es obvio que Pablo conocía por nombre a un buen número de personas en Roma (Ro. 16:3-15), lo que podría apoyar esta interpretación. Por el otro lado, si esta es la explicación correcta, resulta difícil ver por qué Pablo estaba tan deseoso de llegar a Roma para predicar el evangelio a aquellos que ya le habían escuchado antes.

En relación con la composición de la membresía de la iglesia en Roma, parece bastante evidente por las referencias internas de que consistía principalmente de gentiles con algunos judíos entremezclados (1:5-8; 1:12-14; 6:19; 11:13; 11:28-31; 15:17; 15:15). Cranfield resume muy bien las evidencias: «Lo cierto es que resulta imposible de decidir con absoluta seguridad si, en la fecha en que Pablo les escribió, la mayoría de los cristianos romanos eran gentiles o judíos, y, por tanto, deberíamos dejar ese asunto abierto.»¹² Se estima que la iglesia de Roma había crecido bastante durante el tiempo de Pablo.¹³ Este crecimiento explicaría los diferentes lugares de reunión a los que se hace referencia en la carta (16:5, 14, 15, 16). La frecuencia con que aparecen en las catacumbas y en otras inscripciones romanas tempranas los

nombres que se mencionan en el capítulo 16 está bien documentada por C.H. Dodd en su *Epistle to the Romans* (Epístola a los Romanos).¹⁴

TEMA Y CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES

El tema de la carta a los Romanos lo podemos expresar de diferentes maneras. Algunos lo prefieren llamar «la salvación como revelación de la justicia de Dios»; otros: «la justicia de Dios por la fe»; o «la justificación por gracia mediante la fe»; y «Dios salva a los hombres en Cristo». De cualquier modo, todos coincidimos en que el tema de Romanos aparece sucintamente expresado en la declaración de Romanos 1:16, 17: «Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.»

Este tema de la salvación como la justicia de Dios efectuada por Dios mediante la muerte y resurrección de Cristo Jesús y proclamada en el mensaje del evangelio es lo que Pablo expone meticulosamente en esta carta. El primero muestra la necesidad apremiante que todos los hombres tienen delante de Dios de esta salvación. Los gentiles aparecen notoriamente entregados a la idolatría y a varias perversiones que prueban su rebelión contra el Creador (1:18-32); mientras que los judíos no quedan mejor parados, a pesar de su herencia religiosa, porque han pervertido la gracia de Dios en una ostentación de justicia propia (2:1—3:20). Sólo el acto supremo de la gracia y del amor de Dios, manifestados en la muerte y resurrección de Cristo Jesús y recibido libremente sobre la base de la fe, puede llevar a cabo el perdón y la reconciliación de los hombres que están bajo la condenación de Dios (3:21—4:25).

Pablo revela seguidamente la verdad de que esta nueva posición delante de Dios genera también la existencia de un nuevo ser que se manifiesta en la experiencia cristiana de

gozo y certidumbre (5:1-21), y en la derrota progresiva del dominio del pecado en la vida del creyente por medio del poder del Espíritu de Cristo que mora en él (6:1—8:39). Después de tratar el problema histórico del rechazo del Mesías y de su evangelio por Israel y la apatía e ignorancia de los gentiles (9—11), se centra en la exhortación general sobre áreas específicas de la vida cristiana: personal, social, política y fraternal (12:1—15:13).

Entre las características principales de esta carta están su larga introducción, el número poco común de saludos personales que aparecen al final de la misma, un uso más amplio de citas del Antiguo Testamento (cerca de 57 veces) que en todas las demás cartas combinadas, y el rico énfasis teológico, especialmente sobre Dios mismo. Las palabras más comunes en la carta son «Dios» (153 veces), «ley» (72 veces), «Cristo» (65 veces), «pecado» (48 veces), «Señor» (43 veces), y «fe» (40 veces).

INTEGRIDAD DE LA CARTA

Las principales cuestiones críticas se relacionan con la naturaleza del capítulo 16 y las diferentes tradiciones textuales en ciertos puntos de la carta. La bendición («La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros») aparece en el capítulo 16 al final del versículo 20 (en la mayoría de los casos), o en el versículo 24 (algunos), o después del versículo 27 (algunos). La posición de la doxología (16:25-27) constituye el mayor de los problemas textuales. Nosotros sólo podemos resumir los hechos y compartir nuestra conclusión de forma breve. Los estudiantes que estén más interesados en estos aspectos del estudio deberían consultar tratados más amplios.¹⁵

Aunque la doxología aparece en muchos manuscritos después del 14:23, y en un manuscrito más antiguo después del 15:33, y en varios textos después del 14:23 y en el 16:25, el peso de la más temprana evidencia favorece su ubicación en 16:25-27.¹⁶ La doxología es sin duda paulina y se relaciona

con el contenido de la epístola a los Romanos. No debería prestarse ninguna atención seria a tales teorías como que el capítulo 16 iba destinado a los Efesios, o que la carta original terminaba en 14:23 o en 15:33. La teoría que traza la variada historia de la tradición textual de los capítulos 15 y 16 a la influencia herética de Marción (años 80-160 d. de C.) es probablemente menos discutible.¹⁷

BOSQUEJO DE ROMANOS

- I. Prólogo (1:1-17)
 - A. Los saludos del Apóstol (1:1-7)
 - B. Pablo y los romanos (1:8-15)
 - C. El tema de la carta (1:16, 17)
- II. El fundamento doctrinal de la cristiandad:
El evangelio según Pablo (1:18—11:36)
 - A. La condición de la humanidad: Bajo el juicio de Dios (1:18—3:20)
 - 1. El hombre sin el conocimiento de la Biblia (1:18-32)
 - 2. El hombre con el conocimiento de la Biblia (2:1—3:8)
 - 3. Conclusión: Culpabilidad moral de todo el mundo (3:9-20)
 - B. Las buenas noticias: El don de la justicia por medio de la fe (3:21—4:25)
 - 1. La provisión de Dios: El don de la justicia (3:21-

31)

2. Abraham y la justificación por la fe (4:1-25)
- C. La nueva situación: Libertad de la ira de Dios (5:1-21)
 1. Los beneficios que provienen de la libertad de la ira de Dios (5:1-11)
 2. Adán y Cristo (5:12-21)
- D. La nueva situación: Libertad de la cautividad del pecado (6:1-23)
 1. Unidos con Cristo en su muerte y resurrección (6:1-14)
 2. Sometidos a la justicia (6:15-23)
- E. La nueva situación: Libertad del dominio de la ley (7:1-25)
 1. La analogía del matrimonio (7:1-6)
 2. La verdadera naturaleza de la ley (7:7-25)
- F. La nueva vida del Espíritu (8:1-39)
 1. El Espíritu que mora en el creyente y la nueva vida moral (8:1-11)
 2. El Espíritu que mora en el creyente y la transformación moral en hijos de Dios (8:12-16)
 3. El Espíritu que mora en el creyente y la auténtica esperanza en el sufrimiento (8:17-27)
 4. El plan de Dios (8:28-30)
 5. El Espíritu que mora y la experiencia triunfante del amor de Dios (8:31-39)
- G. La fidelidad de Dios: El desafío de la incredulidad de los judíos y una advertencia sobre el orgullo gentil (9:1—11:36)
 1. La tristeza de Pablo por la incredulidad de Israel (9:1-5)
 2. La promesa, la elección de Dios y la historia de Israel (9:6-29)
 3. El fracaso de Israel es por su propia culpa (9:30—10:21)
 4. El fracaso de Israel no es total ni final (11:1-36)
- III. El camino cristiano de vida (12:1—15:13)
 - A. El sacrificio vivo (12:1, 2)

- B. La comunidad cristiana (12:3-8)
- C. La aplicación de la ley del amor (12:9-21)
- D. El cristiano y las autoridades civiles (13:1-7)
- E. Otras instrucciones sobre el amor, la vigilancia y la santidad (13:8-14)
- F. La libertad cristiana y el amor cristiano (14:1—15:13)
- IV. Epílogo (15:14—16:27)
 - A. Las razones de Pablo para escribir (15:14-21)
 - B. Los planes personales de Pablo (15:22-33)
 - C. Recomendación de Febe (16:1-2)
 - D. Saludos a los amigos de Pablo (16:3-16)
 - E. Una advertencia final (16:17-20)
 - F. Saludos de parte de los compañeros de Pablo (16:21-24)
 - G. La doxología (16:25-27)

1

PRÓLOGO 1:1-17

Las cartas, en el estilo propio de la antigua Grecia, comenzaban comúnmente con los nombres del remitente y del destinatario y un breve saludo que incluía una acción de gracias a Dios. Pablo amplía la forma general del comienzo para hacer, de una manera significativa y más larga de lo acostumbrado, una breve declaración de su fe cristiana y de su ministerio (vv. 1-7) y expresar su genuino interés por aquellos que estaban en Roma (vv. 8-17). Pablo todavía no había visitado Roma. Este hecho es lo que explica la amplitud de la introducción, pues anhelaba informar a la iglesia allí de su

gran deseo y determinación de visitarles. Puesto que la mayoría de las ideas clave que aparecen desarrolladas en el resto de la carta las encontramos en esta introducción, podemos beneficiarnos si le prestamos atención como un intento de comprender el pensamiento de Pablo.

El siguiente vistazo general de la introducción nos puede ser de ayuda como punto de referencia al ir considerando los detalles.

LOS SALUDOS DEL APOSTOL (1:1-17)

En los versículos 1-7 Pablo se identifica y se describe a sí mismo, relata su llamamiento, presenta los elementos esenciales del evangelio, y saluda a los cristianos romanos. Pablo, el autor, se describe a sí mismo en una forma triple. El es ante todo un «siervo de Jesucristo». Este término aparece como una identificación frecuente de los seguidores de Cristo Jesús en el Nuevo Testamento (Gá. 1:10; Stg. 1:1; 2 P. 1:1; Jud. 1). El uso de esta palabra en griego «siervo» —*doulos*— indica a un esclavo y no se usaba para hablar de la relación de un ciudadano griego con su gobernante o rey divino. Aunque es posible que Pablo pudiera estar pensando en servir a Cristo Jesús como un siervo auténtico en el sentido griego o romano, es más probable que él tuviera en mente la idea semítica del esclavo. Los reyes hebreos podían ser servidos, y los más altos de sus ministros o funcionarios podían ser tenidos como sus esclavos (1 S. 8:11-14). Miembros y ciudadanos distinguidos del reino teocrático de Israel eran también llamados siervos de Dios (2 S. 7:19; Am. 3:7). Pablo, entonces, aparece como un miembro sobresaliente o un ministro principal, o esclavo, de Dios en su nuevo programa divino.

Segundo, él habla también de sí mismo como (divinamente) «llamado a ser apóstol». Probablemente esta idea tuvo su origen en el uso judío rabínico de «apostol» (griego: *apostolos*; en hebreo *shaliah* como un término que describe a uno que está legalmente autorizado para actuar como el representante o apoderado de otro y que tiene en sí mismo toda la

autoridad de aquel que le comisionó.¹ De forma que Pablo está reclamando la autoridad divina directa como un comisionado válido que representa al mismo Señor Jesucristo (Gá. 1:11, 12). No deberíamos, pues, dudar en aceptar la enseñanza de Pablo como teniendo toda la autoridad de Cristo mismo.

Tercero, Pablo declara que ha sido «apartado para el evangelio de Dios». Puede que tuviera en mente el llamamiento de los profetas del Antiguo Testamento (Jer. 1:5) al relatar su peculiar experiencia de haber sido escogido por Dios para ser un misionero especial para los gentiles (Hch. 13:1, 2; Gá. 1:15). Había sido apartado «para el evangelio de Dios», es decir, con el fin de proclamarlo. La palabra que usa Pablo para evangelio, *euangelion*, debería ser traducida como «buenas noticias» (esto es, como algo bueno que ha sucedido) a fin de expresar todo su sentido.² Es este evangelio, o mensaje, de la salvación de Dios el que pesa en el corazón de Pablo a lo largo de toda la carta (1:1, 9, 15, 16).

En los versículos 2-6 Pablo se desvía brevemente del saludo para centrarse en el sujeto esencial de las buenas nuevas: «su Hijo, nuestro Señor Jesucristo» (v. 3). Se muestra especialmente deseoso de mostrar para sus lectores judíos que este evangelio tiene continuidad histórica con la revelación de Dios dada a Israel por medio de los profetas del Antiguo Testamento (Ro. 3:21, 31; 4:6; Lc. 24:25-27, 44-47; 1 P. 1:10-12). Las «Escrituras» designan al conjunto de escritos del templo oficialmente reconocidos como de origen divino (inspirados) y con plena autoridad para la enseñanza y la conducta (2 Ti. 3:15, 16). «Santas» (sólo se usa aquí en relación con las Escrituras) enfatiza aún más su origen como revelación distintivamente *divina* (3:2; 9:17; 15:4).

Pablo procede ahora a identificar la sustancia de su evangelio como algo que tiene que ver con Jesucristo, el Hijo de Dios, quien como verdadero hombre y verdadero Dios ha recibido en una manera misteriosa la gracia y el poder que posee (vv. 3-5). Encontramos aquí en dos líneas de paralelismo antitético (vv. 3, 4) una declaración breve de la singularidad

de la persona de Jesús de Nazaret.³

Primero, en relación con su auténtica humanidad («según la carne»), Jesús era judío de nacimiento (descendiente de Abraham), de la familia de David (Mt. 1:6; Lc. 3:31; Hch. 2:30; Ap. 5:5). Aunque Pablo no hace hincapié en los hechos históricos de la vida de Jesús en la tierra, es evidente que él, no obstante, considera como de suma importancia esa vida realmente histórica (como los evangelios la relatan) para la validez del evangelio que predica. Él enseñó lo que los evangelios más tarde confirmaron, que según el Antiguo Testamento (2 S. 7:16) y la creencia judía, el Mesías vendría de la descendencia de David.⁴

No obstante, algo más debe ser dicho acerca de Jesús, que no contradice su verdadera humanidad sino que la complementa. «Según la carne» en el versículo 3 aparece en paralelismo con «según el Espíritu» en el versículo 4. Aunque la expresión «Espíritu de santidad» puede referirse al Espíritu Santo,⁵ muchos comentaristas sienten que es más apropiado entender esta expresión como una referencia a la personalidad divina de Cristo, la cual formaría, debido al paralelismo, un complemento con la expresión previa acerca de su naturaleza humana, o a su espíritu humano, que se distinguió por una santidad excepcional.

La iglesia ha enseñado siempre que aunque la vida que Jesús vivió en la tierra fue completamente humana, la personalidad revelada era la de Dios, el Hijo del Padre. Debemos enfatizar que sin esta verdad del doble carácter de Cristo, no sólo queda afectado nuestro concepto de Dios, sino que el evangelio queda sin sentido.⁶

La palabra «declarado» en el griego (*horizo*) se relaciona con nuestra palabra «horizonte» que «define» o «limita» los confines entre la tierra y el cielo. Los primeros padres de la iglesia enseñaron que en el acto poderoso de Dios de levantar a Jesús de entre los muertos está la evidencia irrefutable que marca claramente o distingue esta vida humana como el divino Hijo de Dios y, de aquí, que le hace correcta y únicamente nuestro *Señor*. Los intérpretes recientes razonan que

la expresión quiere decir que Cristo mediante la resurrección fue «declarado» o «designado» Hijo de Dios con poder (en contraste con ser Hijo de Dios en aparente debilidad y pobreza durante su vida terrenal).⁷

Pablo declara que es de esta persona que él ha recibido la gracia (dones que le habilitan) y el apostolado (comisionado como un embajador) para persuadir a todos los hombres para que pongan toda su confianza en Cristo y le obedezcan. Su misión por amor de Cristo (esto es, por Cristo mismo) le lleva a entrar en contacto con aquellos que en Roma están llamados a ser de Jesucristo como Pablo mismo.

Por último, termina su saludo en el versículo 7 refiriéndose al estado terrenal de los destinatarios como romanos y a su relación con amados de Dios (por amor de Cristo), y llamados a una vida de separación para Dios como santos. Son «llamados a ser santos», no «llamados porque son santos», sino «santos porque son llamados» (Agustín). «La santidad no se refiere primariamente al carácter moral individual, sino a la consagración al servicio de Dios.» La santidad es «por tanto, imputada a todos los cristianos, quienes están, sin embargo, destinados por esta misma consagración a la santidad personal de su vida.»⁸ Como «santos» tienen que estar separados de los valores del mundo y consagrados completamente al servicio de Dios. «Gracia» era algo que se acostumbraba a usar en los comienzos de las cartas en griego, mientras que «paz» (hebreo *shalom*) era, y todavía es, el saludo común entre los pueblos semíticos (Nm. 6:24-26). Pablo enriquece estos términos comunes al darles este significado cristiano.

Habiendo, pues, hecho la presentación de su carta, de sí mismo y de su evangelio (vv. 1-7), prosigue para explicar más ampliamente su interés por los romanos y el significado completo de las buenas nuevas de Dios.

PABLO Y LOS ROMANOS (1:8-15)

Pablo relata brevemente en los versículos 8-17 su genuino

interés personal en aquellos que estaban en Roma, dando pruebas de sus sentimientos en la acción de gracias por su fe (v. 8), en el recuerdo de ellos sin cesar en oración (v. 9), y en el deseo incesante de visitarles para ministrar entre ellos predicando el evangelio que resume brevemente (vv. 10-17).

La gratitud que Pablo expresa a Dios (v. 8) revela no solamente el gran amor de su corazón, pues muchos de estos creyentes probablemente no se convirtieron por medio de él, sino también la vitalidad del testimonio cristiano de ellos en las comunidades no cristianas. «Vuestra fe» no significaría «la fe cristiana que tenéis en común con todos los demás cristianos», sino más bien «la fe cristiana *como* vosotros la expresáis». ⁹ Su celo verdadero por Cristo y su amor unos por otros era tan manifiesto a los demás que éstos divulgaban por todas partes que algo les estaba ocurriendo a los romanos (1 Ts. 1:6-8). ¹⁰ Esto confirma las palabras de Jesús de que una ciudad edificada sobre una colina no se puede esconder (Mt. 5:14).

El Apóstol ofrece en su oración y serio deseo por visitarles otra prueba de su sincero interés por su bienestar (vv. 9-15). Note la expresión «sirvo en mi espíritu» (v. 9). Su servicio no consiste meramente en actividad exterior, sino sobre todo del servicio en adoración a Dios en el ser interior que brota en la obra exterior de predicar el evangelio de su Hijo. «Que de alguna manera tenga al fin, por la voluntad de Dios» (v. 10) refleja la delicada, bella e importante relación entre el orar a Dios con esperanza por un asunto específico y al mismo tiempo reconocer nuestra sumisión a la voluntad de Dios, sabiendo que aquello que tanto deseamos puede que no sea su voluntad, al menos por el momento. Pablo desea que el Espíritu Santo use de tal forma su ida y ministerio que los romanos reciban el beneficio de la presencia y el poder de Dios (v. 11), pero no solamente ellos, sino que —en un bello toque de modestia— Pablo mismo puede ser también fortalecido en la práctica de la fe por la interacción con ellos en este servicio (v. 12; 1 Co. 12:7).

Se podría preguntar por qué Pablo que estaba tan deseoso

de ir a Roma, no lo había hecho ya. Él responde reafirmando más su amor, y les explica que lo había intentando repetidas veces, pero que en cada caso se había visto impedido (Ro. 15:22, 23). Pablo era el autor de su propósito, pero no de sus circunstancias (v. 13). Él no tuvo una serie ininterrumpida de éxitos.

Otra razón para su carga en predicar especialmente a los que se encontraban en Roma tiene que ver con el carácter universal del mensaje del evangelio (vv. 14, 15). Debido a su llamamiento, Pablo estaba moralmente obligado a ministrar el evangelio a todos los hombres sin distinción de cultura o posición social. «Griego ... bárbaros ... sabios ... ignorantes» (v. 14) se refiere a los habitantes de las comúnmente reconocidas ciudades-estados griegos (griegos, «sabios») y a los que vivían fuera de esas áreas (bárbaros, «ignorantes») tales como los galos, escitas, íberos, celtas, que eran considerados ignorantes por los griegos si no podían hablar el griego claramente (1 Co. 14:11). Debido, pues, a que la relación que los hombres tienen en Cristo y en su evangelio es más profunda y esencial que todas las distinciones nacionales, raciales y personales, Pablo, el judío, está anhelante y deseoso (si Dios quiere) de predicar también a aquellos que viven en Roma, la capital del mundo conocido. ¿Cuántos de nosotros estamos dispuestos a ir (no a esperar a que ellos vengan) a las universidades, a la capital de la nación, a los diputados y senadores de nuestro país y también a los cultural y económicamente destituidos de los barrios pobres de Chicago?

¿Pero qué es en realidad el evangelio? ¿Qué es lo que Pablo predicaría en Roma? ¿Por qué complicarse tanto la vida?

EL TEMA DE LA CARTA (1:16, 17)

Inicialmente, su primera respuesta a estas preguntas la hallamos en los versículos 16-17, y con todo el resto de la carta no agota las respuestas.

Al mencionar Roma (v. 15), a Pablo se le nota la emoción y

entusiasmo al contemplar en su mente la capital y el teatro del mundo, donde se enfrentaría cara a cara con el gran poder concentrado en aquel baluarte del paganismo y las multitudes congregadas de todos los pueblos mediterráneos. Él responde: «Porque no me avergüenzo del evangelio», aunque el amor al evangelio le había costado ser tratado con menosprecio en grandes ciudades como Atenas, Efeso e incluso Corinto desde la cual escribe ahora.

Su confianza descansa, a pesar de todas las dificultades, en la verdadera grandeza de la realidad descubierta en el mensaje que proclama. *Primero* de todo, el evangelio en sí no es ni más ni menor que el poder de Dios. La expresión «poder [griego, *dynamis*] de Dios» no debería ser pasada por alto. En el uso que Pablo le da, el poder de Dios está a menudo asociado con la sabiduría de Dios en contraste con la sabiduría humana (1 Co. 1:24; 2:4; 2 Co. 6:7). Es el poder de vida de la resurrección (2 Co. 13:4), siempre asociado con la acción de Dios a nuestro favor en Cristo Jesús que resulta en salvación (1 Co. 1:18) y manifestada en realidad de alguna manera en contraste con meras palabras o ideas (1 Co. 2:4). Más allá de esto, ¿cómo puede ser analizada la actividad decisiva de Dios en la vida humana? Para Pablo ninguna otra expresión podía transmitir la realidad de su propia experiencia y la de otros. En el evangelio está la revelación viva de Dios mismo que fluye para salvación de los hombres.

«Salvación» (griego *soteria*) transmite el pensamiento de la inclusión lo más amplia posible de todos los beneficios de Dios en Cristo para los creyentes. Aunque no es una palabra frecuente de Pablo, es ciertamente central en sus pensamientos.¹¹ Sólo en esta epístola, la salvación incluye el perdón de pecados y la aceptación delante de Dios (caps. 1-4), así como también la liberación de la futura ira de Dios (5:9), la presente vida nueva en el Espíritu de Dios (caps. 6-8), y la futura resurrección del cuerpo (8:11).

Pedro enseña, en otra parte del Nuevo Testamento, que la salvación del pecado y de las tinieblas a la paz y comunión con Dios que empieza en el ministerio, muerte y resurrección

de Jesús se completara en el futuro en aquellos que creen. Esa salvación futura está actuando ahora en los cristianos por medio del poder del evangelio (1 P. 1:3-5). Pablo está de acuerdo con esto (Ro. 13:11).

El poder divino en el evangelio no depende de ninguna sabiduría humana, virtud o condición, tales como buenas obras en obediencia a alguna ley o ceremonia por muy sagrada que sea. Pablo declara que el poder salvador de Dios actúa sólo mediante la fe «a todo aquel que cree». La fe solamente puede ser aquella respuesta al evangelio del poder salvador de Dios que se caracteriza por la confianza obediente en el Dios que ha actuado tan decisivamente en la muerte y resurrección de Cristo Jesús para proveer para nosotros lo que nosotros nunca podríamos hacer por nosotros mismos (v. 5). Es esta actitud de volvernó de todo esfuerzo propio y recursos humanos y entregarnos por completo en las manos del Dios y Padre de Cristo Jesús lo que hace efectivo el poder de Dios que resulta en nuestra salvación. La salvación es algo que recibimos gratuitamente, no algo que ganamos. Dios nos otorga su gracia sin tener en cuenta méritos u origen nacional, sin consideración tampoco a distinciones religiosas especiales. ¿Por qué, entonces, «al judío primeramente»? Históricamente los judíos fueron los primeros en escuchar de los labios de Jesús las cosas nuevas que Dios haría por medio de él (He. 2:3). y segundo, porque ellos fueron los receptores de los pactos (Hch. 3:26; Ro. 3:2; 9:4).

Segundo, la confianza de Pablo tiene que ver también con la sustancia del evangelio, que se explica de forma más completa en el versículo 17. Consiste en la manifestación de la «justicia de Dios». Puede ser de ayuda mostrar de la siguiente manera el paralelismo entre los versículos 16 y 17:

Versículo 16

evangelio
poder... para salvación
de Dios
a todo aquel que cree por

Versículo 17

en el evangelio
justicia (la vida y salvación)
de Dios
fe y para fe...

el justo por la fe vivirá

En el evangelio la «justicia [*dikaïosune*] de Dios» encuentra su expresión. ¿Pero qué es la justicia de Dios? Por la justicia de Dios Pablo puede haber querido indicar aquella cualidad o atributo de Dios por medio de la cual Él se revela a sí mismo como recto o justo y al hombre como pecador. Pero esto difícilmente puede ser «buenas nuevas». O podría significar la justicia que Dios requiere de mí. Pero de nuevo, ¿cómo puede ser esto buenas noticias para mí?

En nuestros días se sugieren dos interpretaciones basadas en si la expresión «la justicia de Dios» significa «la propia justicia de Dios» o «la justicia que proviene de Dios» (NVI). O para expresarlo de manera diferente, ¿la justicia aquí se refiere a la actividad salvadora de Dios o a un don y posición conferido al hombre?

Lutero argumentaba que la justicia de Dios es aquella justicia que Él no da mediante la cual nos hace justos (justificados). En el Antiguo Testamento la justicia de Dios puede ser vista casi como sinónimo de salvación en el mismo sentido que Pablo presenta los dos versículos 16 y 17 (ver también Is. 46:13; 51:5; Sal. 24:5; 31:1; 98:1, 2; 143:11). De forma que en este sentido la justicia de Dios es aquella justicia que Dios imparte o nos da a fin de hacer justos a los hombres (Agustín).¹²

Por el otro lado, otros razonan que la expresión «la justicia de Dios» significa eso, «la justicia de Dios» y no debería ser confundida con expresiones similares de «justicia» (4:2, 13), o «justicia que es de Dios» (Fil. 3:9). La justicia de Dios es su propio pacto de fidelidad y veracidad mediante la cual Él cumple su promesa a Abraham de traer salvación a todas las naciones (Gn. 12:3; Gá. 3:7, 8). Se refiere a la actividad de Dios en Cristo mediante la cual Él cumple su pacto de promesas, efectúa la satisfacción de su propia santidad en la muerte y resurrección de Jesús por el pecado del hombre (3:25, 26), y nos extiende a nosotros —pecadores culpables— un perdón gratuito y completo y nos restaura (justificación) con

Él. Aunque es difícil decidir entre estos dos puntos de vista, el comentario seguirá el último, reconociendo al mismo tiempo que hay también buenas razones para adoptar el primero.¹³

La justicia de Dios se revela «por fe y para fe» (v. 17). Aunque es una expresión difícil con muchas interpretaciones, parece que se relaciona mejor con su paralelo en el versículo 16, «todo aquel que cree», y entender la frase como enfatizando que la salvación (la justicia de Dios) es únicamente (absolutamente) por fe.¹⁴ La cita de Pablo de Habacuc 2:4 enfatiza el hecho de que el Antiguo Testamento enseñó que esta salvación viene (solamente) por fe, y el hombre que la tiene (el justo) también vive por fe (Gá. 3:11; He. 10:38).¹⁵

Estos dos versículos contienen un ejemplo rico de las palabras principales de Pablo: *Evangelio, poder de Dios, salvación, fe, judío, gentil y justicia de Dios*. Cada una de ellas la hemos tocado brevemente en esta sección, pero será necesario volver a ellas una y otra vez en este libro como Pablo lo hace. El alcance del evangelio es universal. Es el poder salvador de Dios para todas las personas en todos los tiempos. Al mismo tiempo el evangelio muestra e interpreta la justicia de Dios. Este es el tema que Pablo desarrolla en Romanos. La justicia de Dios la experimentan aquellos que responden al evangelio en obediencia y confianza en Cristo Jesús.

* * *

En la siguiente amplia sección (1:18—11:36) Pablo demuestra la médula de su evangelio. El primero asevera que todos —sin tener en cuenta raza, nacionalidad, distinciones personales o herencia religiosa— están bajo el juicio de Dios y son moralmente culpables ante el Juez del universo (1:18—3:20). Seguidamente presenta la provisión del don de la salvación en la muerte sacrificial de Jesús, la manera en la que esta provisión está asegurada por fe, y la nueva vida que resulta con su abundancia (3:21—5:21). Después procede a responder dos cuestiones principales suscitadas por el evangelio: ¿Cuál es la relación entre la gracia de Dios y la libertad del hombre? (6:1—8:39); y ¿Qué acerca de la fidelidad de

Dios a la luz de la incredulidad de los judíos? (9:1—11:36).

2

LA CONDICION DE LA HUMANIDAD: BAJO EL JUICIO DE DIOS 1:18—3:20

Pablo no puede declarar adecuadamente el significado de la manifestación de la justicia de Dios (3:21, 22) hasta que no ha pintado primero el cuadro de la situación real de la humanidad ante los ojos de Dios. En contraste con la justicia de Dios aparece la injusticia del hombre (1:18-32), así como la pretensión de justicia propia del hombre (2:1—3:8). La preocupación de Pablo es mostrar que todos los hombres son moralmente culpables en la presencia de un Dios santo. El Apóstol afirmará primero que los gentiles, o las personas que no tienen la Palabra escrita de Dios, carecen de excusas ante el Creador que se revela a sí mismo y ante el cual son responsables (1:18-32). Segundo, después se enfoca en el otro segmento importante de la humanidad, aquellos que tienen la ley escrita de Dios, y los acusa de no guardar esta ley (2:1—3:8). Encuentra que ambos grupos, en realidad todas las personas, están igualmente bajo el juicio de Dios y sin esperanza en sí mismos (3:9-20).

EL HOMBRE SIN EL CONOCIMIENTO DE LA BIBLIA (1:18-32)

Sólo en tres lugares del Nuevo Testamento encontramos material relacionado con cómo era predicado el evangelio a audiencias sin ningún conocimiento bíblico. El primero fue en Listra (Hch. 14:15-17), donde Pablo predicó a los paganos

(aunque personas cultas) licaonios, pero el mensaje fue breve e interrumpido. El segundo tuvo lugar en Atenas (Hch. 17:16-32), Pablo de nuevo confronta a los filósofos paganos no judíos (estoicos y epicureos) con el mensaje acerca de Jesús. El tercer caso viene también de Pablo y lo encontramos en Romanos 1:18-32 y porciones del capítulo 2. Nuestra generación ha sido correctamente caracterizada como la era post-cristiana.¹ Después de muchos años de énfasis bíblico y conocimiento, nuestra presente cultura occidental refleja el comienzo de la aparición de una sociedad compuesta mayormente de personas sin conocimiento de la Biblia. Mientras que algunos, apoyándose en un optimismo no racional, ha llamado a nuestros días la «Era de Acuario», otros de manera más realista describen nuestra condición como «el crepúsculo del pensamiento occidental».² El hecho por sí mismo hace que el contenido y el abordamiento de esta sección (1:18-32; 2:1-16) sea de gran importancia para la comprensión de cómo relacionar el evangelio con nuestra generación.

La revelación de la ira de Dios (1:18)

Después de hablar sobre la revelación de la justicia de Dios (v. 17), Pablo se enfoca en la revelación de la ira de Dios (v. 18). Alguien podría decir: «¿Para qué necesito la salvación?» Pablo responde: «Porque está bajo la ira de Dios.» «¿Pero por qué estoy bajo su ira?» «Porque usted detiene la verdad.»

Antes de comentar sobre estas preguntas y respuestas, nos puede ayudar el aclarar el problema de la relación entre esta sección (v. 18) y la anterior (vv. 16, 17). Algunos sienten que Pablo inicia aquí una larga digresión que continúa hasta que resume el pensamiento sobre el evangelio en 3:21. Esto es un error por dos razones: Primera, ignora el sentido ordinario de la partícula griega «porque» (*gar*) con la que empieza el versículo 18 y que liga íntimamente el pensamiento de este versículo con el del 17. Segundo, la palabra «revela» (y

tiempo verbal) que Pablo usa para la ira de Dios (v. 18) es idéntica a la palabra (y tiempo) que usa en referencia con la justicia de Dios (v. 17). Aunque el pensamiento es complicado, parece que corre a lo largo de estas líneas: Así como la futura salvación de los creyentes es ahora revelada por el evangelio de Cristo Jesús y apropiada mediante la fe, de igual manera la pasada ira de Dios contra el pecado (como se demuestra en los eventos del Calvario), así como la futura ira de Dios (2:5), es ahora revelada en el presente en la predicación del evangelio, en la escena humana y en la experiencia de aquellos que se alejan de la verdad de Dios.

Sea lo que fuere, parece claro por esta conexión que la verdadera predicación del evangelio sólo puede ocurrir con la predicación concurrente de la verdadera ira de Dios sobre los hombres. Esta verdad no aparece entre muchos de los predicadores del evangelio de nuestra generación.³ La ira de Dios es la reacción dinámica y personal (aunque nunca malévol) contra el pecado (3:5; 9:22), y tiene significancia cósmica en que es «desde el cielo».

Pero, ¿por qué la ira de Dios está dirigida a mí? Porque en mi «impiedad e injusticia» detengo la verdad.⁴ La palabra que usa Pablo para «detener» es importante, pero lamentablemente es ambigua en el griego (*katecho*). Puede significar, y a menudo lo es, «aferrarse» a algo tal como valores espirituales (1 Ts. 5:21). En este caso Pablo estaría diciendo que a pesar de nuestra injusticia nosotros todavía nos aferramos a cierta verdad básica de nuestra existencia.⁵ Por el otro lado, debido a que él está desarrollando el pensamiento de nuestro negativo a reconocer la verdad de Dios implícita en la creación (vv. 19, 20), nosotros preferimos el otro sentido de la palabra, el de «detener», «resistir», «obstruir» (Lc. 4:42; 2 Ts. 2:6, 7) la verdad de Dios como Creador con el fin de que esa verdad no encuentre expresión en nuestras vidas (v. 21).⁶

La revelación del conocimiento de Dios (1:19, 20)

¿Pero cómo puede Dios dirigir su ira contra mí por detener

la verdad de su creación cuando nunca he oído nada acerca del Dios de la Biblia o del evangelio? La respuesta es que todos los hombres conocen ciertas verdades acerca de Dios (v. 19). ¿Cómo? «Porque» (razón número 1) Dios se ha revelado a sí mismo continuamente a los hombres, desde que existe el universo en el pasado y en el presente, por medio del orden creado de la existencia. Este conocimiento de Dios, aunque limitado, es, sin embargo, real y claro («claramente visibles»), ni incluso la detención del hombre de este conocimiento lo ha opacado o extinguido.

Los comentarios de Calvino son impresionantes: «Al decir *lo que de Dios se conoce les es manifiesto*, quiere decir que el propósito por el cual el hombre fue creado es para que sea espectador de la obra del universo; el propósito por el que tiene ojos es para que al contemplar una imagen tan apropiada sea dirigido a su Autor.»⁷ Lo que le es manifiesto y conocido por todos los hombres en todo lugar es «su eterno poder y deidad» (v. 20), es decir, que Dios es Dios y no hombre. El hombre percibe en la existencia creada no solamente su propia finitud, sino que debido a la revelación de Dios a él conoce su condición de criatura. Sabe que él no es el centro autónomo (independiente) de su vida y mundo, sino que Dios como Creador y Señor está infinitamente por encima de él como Fuente y Meta de la vida creada.⁸ En consecuencia, Pablo puede decir de todos nosotros: «de modo que no tienen excusa.»⁹

Yo puedo, por tanto, sufrir los resultados de la ira de Dios porque, aunque no haya oído hablar acerca del Dios de la Biblia o del evangelio, he detenido esta verdad rudimentaria de mi condición de criatura que Dios pone a mi disposición continuamente «por medio de las cosas hechas» (v. 20).¹⁰ Dios no recoge (ira) donde no ha sembrado (conocimiento).

Rechazo del conocimiento de Dios (1:21-23)

En estos versículos (21-23) Pablo aporta una segunda razón («Pues» en v. 21) por la que Dios derrama su justa ira

sobre nosotros. No solamente tenemos la posibilidad de conocer a Dios por medio de la creación y de la historia y fallamos en hacerlo; Pablo indica que la raíz del asunto es que nosotros en realidad poseemos un conocimiento de Dios («Habiendo conocido a Dios»), pero fallamos en reconocerle: «No le glorificaron como Dios, ni le dieron gracias» (v. 21). En su lugar nos hicimos necios, desobedientes (idólatras) y rebeldes. Nuestro fracaso no fue tanto que fallamos en reconocer a Dios, sino que fallamos en reconocerle como *Señor* y vivir en obediencia y gratitud; en realidad (en opinión de Pablo), «creer» es tener «fe». Más bien, escogimos ser nuestro propio Señor («profesando ser sabios»). Al olvidarnos de nuestras obligaciones para con Dios, pensamos que nos elevábamos por encima de nuestra condición de criaturas. Por el contrario, los nuevos dioses de nuestra propia fabricación, que sustituimos por el Creador, aunque por un tiempo fueron nuestros servidores, terminaron al fin siendo nuestros amos y nos llevaron a un estado mucho más inferior y envilecido que el anterior. Al final terminamos «honrando y dando culto a las criaturas» (vv. 23, 25).

Hemos notado cinco pasos de decadencia en todo este proceso. Empezamos con la actitud del corazón de rebelión contra el señorío de Dios y dejamos de honrarle; fuimos también desagradecidos, haciéndonos vanos en nuestras especulaciones, creyéndonos sabios, cambiamos la gloria de Dios (vv. 21-23): (1) indiferencia práctica a la verdad de Dios; (2) vanas especulaciones acerca de Dios; (3) muerte de la idea de Dios; (4) orgullo del razonamiento humano, y (5) fetichismo (devoción a los objetos ocultos). Toda esta descripción debería ser entendida como una clase de filosofía de desarrollo del paganismo en cualquier escenario y no como un registro histórico de una apostasía religiosa específica.

Puede que sea aquí apropiado formularnos unas cuantas preguntas acerca de las religiones paganas y la idolatría. Se ha hecho popular desde el resurgimiento en tiempos recientes de los estudios de religiones comparadas de pensar en las religiones del mundo como preparatorias del cristianismo.

Se nos dice que en ellas Dios se revela al hombre en una forma incompleta, mientras que en el cristianismo podemos ver la revelación plena de Dios. Pero Pablo no ve revelación divina en las religiones paganas. No es Dios lo que se revela en las religiones no cristianas del mundo sino la corrupción del hombre; no es la verdad de Dios sino la falsedad humana.¹¹ Aunque hay una revelación general de Dios en todo el mundo, esta revelación es comúnmente detenida e impedida por el hombre pecador. En realidad las religiones paganas del mundo, aunque muestran bastantes elementos comunes entre ellas, los encuentran no en el verdadero conocimiento de Dios, sino en una reacción común a la revelación de Dios que les llega continuamente «por medio de las cosas hechas». Las religiones no bíblicas son una reacción, no una respuesta; son una resistencia y una defensa contra la revelación de Dios. Desobediencia, no obediencia, es la explicación de esos elementos comunes. Sin embargo, este hecho no excluye la posibilidad de que algunos individuos dentro de esos sistemas hayan respondido a la verdadera revelación de Dios (2:14, 15). De manera que la presencia de la religión falsa en el mundo es una evidencia de la continua revelación de Dios que deja al hombre inexcusablemente culpable en su presencia.¹² No obstante, la actitud cristiana hacia aquellos que siguen religiones diferentes no debería ser nunca la de superioridad. D.T. Niles capta bellamente la verdadera relación de los cristianos con otros de distintas creencias al declarar que debemos ir a ellos como «un mendigo diciéndole a otro mendigo que hemos encontrado pan».

¿Hay idolatría en el mundo occidental hoy? La idolatría empieza en la mente cuando pervertimos nuestra idea de Dios en algo diferente de lo que él realmente es.¹³ Lutero dijo: «Aquello a lo que nuestro corazón se aferra y en lo que confiamos es nuestro dios.» La ciencia, la razón, el progreso, el secularismo, el placer, el nacionalismo, el militarismo y el misticismo puede llegar a ser los nuevos dioses del mundo occidental.¹⁴ El evangelio viene a nosotros hoy con su llamamiento a una conversión radical en medio del moderno pateón de

dioses.

Los resultados del rechazo del conocimiento de Dios (1:24-32)

En estos versículos últimos del capítulo, Pablo muestra cómo funciona la ira de Dios en las situaciones humanas concretas de los hombres que han abandonado a Dios como Señor. Repitamos que esto no quiere decir que no habrá una manifestación final de la ira de Dios en el futuro (2:5), pero incluso ahora en la historia Dios hace que su ira actúe. Pablo indica esto tres veces repitiendo la misma espantosa expresión: «Dios los entregó» (vv. 24, 26, 28). No es que Dios haga pecar a los hombres, sino que Él los abandona a sus propias pasiones como una forma de su ira. Esta es una tremenda verdad. La permisividad moral en las sociedades moderna, especialmente en su perversión e inversión sexual, puede ser vista como actos de la ira de Dios sobre aquellos que se han alejado de la verdad y han detenido el reconocimiento de Dios como Dios. Lo que aquí se señala es que el hombre es realmente un ser significativo en una historia significativa. Cuando escoge abandonar a Dios y hacerse a sí mismo señor, queda abandonado por Dios a sus propias lujurias. Puesto que el hombre no es sólo un individuo sino también una criatura social, cuando elige dejar a Dios, no sólo afecta a los demás en la sociedad humana sino también a sus descendientes.

La cultura actual refleja en todas partes la soledad, la desesperación, la fragmentación y la pérdida de identidad personal que resulta del sentido que tiene el hombre de haber perdido a Dios. Para muchos, Dios ha muerto, pero también el hombre.¹⁵ Nuestra cultura se caracteriza cada vez más por el relativismo, que enseña que todos los valores son personales, opiniones cambiantes; no existe la verdad objetiva. En ninguna parte es más evidente la tendencia a relativizar los absolutos que en la esfera de la moral.¹⁶ Una característica

de nuestro tiempo presente es el nihilismo, el esfuerzo determinado por destruirlo todo, por deshacer toda institución, todo sistema de pensamiento, toda norma permanente. El nihilismo empieza con la negación de Dios. Sin Dios no hay verdades estables, principios o normas permanentes, y el hombre queda lanzado a una mar de especulación y excepticismo, y al intento de salvarse a sí mismo.

De forma que Pablo continúa: «Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos» (v. 24). En su libertad de los absolutos de Dios se volvieron a la perversión e incluso a la inversión del orden creado. Por lo que al final su humanismo (todo centrado en el hombre) resultó en la deshumanización de uno por el otro. El «deshonraron» sus cuerpos no se refiere a la relación sexual normal de las parejas casadas (que en la Biblia aparece siempre como algo bello), sino que, como Pablo mostrará (vv. 26, 27), a la perversión sexual y a la inversión de relaciones en actos homosexuales. Esta suerte vino sobre aquellos «que cambiaron la gloria de Dios» [ver v. 23] por la «mentira» [de que el *hombre* es absoluto] (v. 25).

A causa de que los hombres y las mujeres invirtieron la relación de criatura-Creador, Dios los visitó con los horribles resultados de la inversión de la relación de las criaturas. En el resto de este capítulo no se añade nada a este punto hasta el versículo 32, pero nos dan varias ilustraciones de cómo funciona en las esferas de lo personal y social el abandono que Dios hace del hombre y de la mujer a sus propios deseos.

El apóstol repite de nuevo en el versículo 26: «Dios los entregó a pasiones vergonzosas», que conecta la degradación moral a su apostasía de Dios, y continúa hablando primero de la perversión del orden creado (natural) por las mujeres. Aunque los actos homosexuales están claramente en la mente de Pablo en el versículo 27, algunos creen que no se describe expresamente el lebianismo femenino en el versículo 26. Con todo, el «de igual modo» del versículo 27 parece indicar que él está describiendo en el versículo 26 la misma clase de pe-

cado en la mujer que condena en los hombres.

La actividad homosexual (v. 27) entre los hombres es evidencia adicional de la inversión del orden creado («dejando el uso natural de la mujer»), que resulta en «hechos vergonzosos». Están ahora recibiendo «la retribución debida a su extravío» (de adoración de la creación, v. 25). ¿Cuál fue esta retribución debida? Quizá Pablo se refiera a la profunda insatisfacción que causa la misma lascivia, junto con las horribles consecuencias físicas y morales del libertinaje. Este pecado, debemos tenerlo en cuenta, no es peor que otros pecados o uno que nos aleja de la raza humana o de la gracia de Dios. Aquellos que viven atrapados en los pecados homosexuales necesitan compasión como todos los demás pecadores, pero debemos señalar que la actividad homosexual es mala, y que el incremento de esta práctica en la sociedad actual (como en la de Pablo) refuerza la evidencia de la apostasía humana de la verdad de Dios.¹⁷

Pablo expone en el versículo 28 la razón de este libertinaje: «Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada.» Al escoger primero los hombres en su injusticia detener la verdad de Dios tal como esta les había sido revelada, Dios los dejó abandonados a una forma de pensar que practica «cosas que no convienen» o cosas (obscenidades) que no corresponden con el orden moral de Dios. La manera en que vivimos determina a menudo cómo pensamos. Cuando vivimos por un tiempo en una manera pecaminosa en particular, nuestras mentes empiezan a justificar y racionalizar nuestras acciones.

Sigue después en los versículos 29-31 una lista de varios pecados que ilustran lo que Pablo está diciendo. Resulta un tanto difícil su clasificación o agrupación. Entre ellos hallamos pecados personales, pecados sociales, pecados de orgullo, codicia, injusticia, perversiones. Presenta un cuadro de extrema degeneración. La reflexión en este cuadro muestra de una vez cuán desorientada queda la vida cuando la criatura se aparta del Creador.

Hay una clase de hormigas que viven en ciertas partes de

Africa. Estas viven en túneles subterráneos profundos donde se cobijan la reina y las más jóvenes. Las hormigas obreras salen y hacen largos viajes, regresando al hormiguero con el alimento necesario para sostener la colonia. Se dice que si la reina es molestada cuando las hormigas obreras se encuentran lejos, éstas se ponen nerviosas y no coordinan bien. Si matan a la reina, se ponen frenéticas, corren de un lado para otro sin sentido, y terminan muriendo fuera del hormiguero. Se piensa que en situaciones normales las obreras están constantemente orientadas hacia la reina por algún sistema de «radar». Si la reina muere, toda la orientación cesa y empieza el desvarío que las lleva a la muerte. ¿Podemos encontrar una mejor parábola del hombre en su alejamiento de Dios?

Pablo concluye en el versículo 32 con: «Quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte [eterna], no sólo las hacen, sino que también se complacen (griego, *syneudokeō*, “están de acuerdo” o “aplauden”) con los que las practican [habitualmente].»¹⁸ Hacer estas cosas en contra de nuestro propio sentido de rectitud es malo, pero estar moralmente de acuerdo con otros que practican estas obscenidades (incluso si uno no las hace) muestra que la simpatía está presente y hace que aquellas personas sean inexcusables. El que aquellos que no tienen la Biblia «[entiendan] el juicio de Dios» parece anticipar el argumento acerca de la conciencia en 2:14, 15.

Como resumen de la argumentación de Pablo sobre aquellos que están sin el conocimiento de la Biblia (1:18-32), podemos decir: (1) la revelación visible de la ira de Dios sobre el mundo pagano la podemos ver más claramente en sus perversiones morales e inversiones (individual y social) del orden creado; (2) esas perversiones son el resultado de haber cambiado la adoración del Creador por la creación; y (3) están bajo el juicio de Dios y son inexcusables porque Dios ha hecho que el conocimiento rudimentario de sí mismo esté constantemente disponible para todos los hombres; sin embargo, este conocimiento lo han detenido con obstinación.

¿Por qué, entonces, éstos que están sin el conocimiento de la Biblia necesitan la salvación ofrecida por el evangelio? Porque están bajo la ira (juicio) de Dios. ¿Por qué están bajo la ira de Dios? Porque ellos individualmente han detenido el señorío de Dios en sus vidas y han heredado una tradición religiosa perversa.

¿Qué evidencia tenemos desde la situación humana de que la ira de Dios ya ha sido manifestada? Pablo encuentra la prueba en la degradación moral de las sociedades y en las vidas de aquellos que han sido dejados para que sigan sus caprichos lascivos.

Pablo todavía no ha completado el panorama de que todos los hombres están bajo este juicio. Debe considerar ahora el caso de aquellos que poseen el conocimiento de Dios mediante la Biblia.

EL HOMBRE CON EL CONOCIMIENTO DE LA BIBLIA (2:1—3:8)

Aunque Pablo sin duda alguna tiene en mente en 2:1-16 tanto al arrogante judío como al orgulloso y educado gentil (griego y romano), él no menciona específicamente al judío hasta el versículo 17. Su tarea ahora es mostrar que aquellos que no se han hundido en las profundidades de la depravación en la que están algunos en el mundo pagano, porque tienen la luz de la voluntad de Dios en la Biblia, están, no obstante, bajo el mismo juicio de Dios. No es la posesión del conocimiento de la verdad, sino la práctica del espíritu de la verdad lo que evidencia quién tiene realmente el conocimiento del Creador. La idea de que Dios no hace distinción de personas (2:11) significa que el judío arrogante comparece ante el juicio sobre las mismas bases que el gentil, como Pablo ilustrará con más detalle (vv. 12-16).

Hablando directamente a los judíos en el versículo 17, les acusa de un falso orgullo tanto en su conocimiento religioso (vv. 17-25) y en su rito religioso de la circuncisión (vv. 25-29). Por último, Pablo discute las principales ventajas de ser judío

(3:1-4) y responde a objeciones sobre su posición (3:5-8).

Un principio del juicio de Dios: No favoritismos (2:1-11)

Después de haber escuchado la descripción detallada de la situación del mundo pagano, una persona con una mentalidad moral cultivada estaría inmediatamente de acuerdo con la condenación que Pablo hace e incluso decir «amén» ya en este momento. ¿Pero cómo puede gente «buena» que no son ídólatras caer bajo la tesis radical de Pablo de que todos han pecado y que sólo pueden ser liberados por la justicia de Dios en el evangelio?

En nuestros días hay mucha gente moralizadora dentro y fuera de las iglesias. Generalmente pensamos que son parte de la clase media y alta de la sociedad, la «mayoría moral». Muchas de estas personas todavía intentan en principio aferrarse a la moralidad básica cristiana, pero han abandonado las raíces radicales de la regeneración bíblica. Quieren el fruto del cristianismo sin sus raíces, es decir, la relación personal con Cristo Jesús. ¿Qué acerca de estos, Pablo? Su respuesta consiste en afirmar en que en lo que critica a otros se condena así mismo, porque la crítica de tales pecadores (1:18-32) revela por el acto de la crítica misma que él sabe lo que es recto y no tiene excusa por su propia violación de la ley de Dios (vv. 1-3).

En el versículo 1, Pablo asesta una golpe inmediato a la conciencia de los moralizadores al sostener: «Por lo cual [porque era verdad de aquellos en 1:18-32, es también cierto de los críticos de justicia propia] eres inexcusable [véase también 1:20 para la misma palabra], quienquiera que sea tú que juzgas [sean un judío o pagano moralizante] a otro ... te condenas a tí mismo.» El «quienquiera que seas tú» (o «mi buen hombre») nos alerta que Pablo tiene aquí en mente (y en toda la carta) a uno de verdad dispuesto a objetar y discutir.¹⁹

El moralista podría decir: «La ira de Dios cae con justicia

sobre los gentiles idólatras y libertinos, pero no sobre los judíos.» Hay dos razones por las que el moralista está en una situación precaria en relación con el juicio de Dios. En primer lugar, revela por su crítica de los vicios de los paganos que él conoce los requerimientos morales de Dios. No puede alegar ignorancia de la voluntad de Dios. Y con todo Pablo afirma que ellos «hacen lo mismo». No quiere decir que estas personas fueran necesariamente homosexuales o violentos o desobedientes a los padres, pero eran pecadores (vv. 21-24, hurto, adulterio y sacrilegio) quebrantaban la misma ley de Dios que los paganos violaban de forma tan grosera. E.J. Carnell ha indicado: «Aquellos que se consideran justos a sí mismos cometen uno o dos errores capitales: O bien malentienden la altura moral de la ley de Dios o malentienden la profundidad de su propia conducta moral.»²⁰

Segundo, detrás de todos los pecados de 1:29-32 yace el pecado de idolatría, que revela la ambición del hombre de ponerse a sí mismo en el lugar de Dios y ser su propio Señor.²¹ ¿Pero no es esto precisamente lo que hace el juez cuando se arroga el derecho de condenar a su prójimo y disculparse a sí mismo (Stg. 4:11, 12)? Es cierto, el juicio de Dios cae con justicia sobre los paganos (v. 2), ¿pero crees tú, *tú que conoces la voluntad de Dios*, que puedes hacer lo mismo que ellos hacen y todavía salir inmune («escapar», v. 3)? Anticipando su respuesta, Pablo diría no, «porque no hay acepción de personas para con Dios» (v. 11).

Además, debido a que el moralista ha escapado hasta cierto punto de la presente ira de Dios a causa de que no ha detenido de manera tan abierta la verdad como el hombre sin la Biblia, no debería mal interpretar la bondad de Dios hacia él (en que la ira no cae sobre él inmediatamente) en que tal demora es una indicación de que Dios de alguna manera le favoreció a él. El moralista debería arrepentirse de su pecado e impiedad y darse cuenta de que Dios juzga sobre la base de las obras o hechos del hombre y no sobre la base de su nacionalidad o herencia religiosa (vv. 4-11).

Estos versículos (4-11) tocan el asunto vital del futuro juicio

de Dios. ¿Hay un futuro infierno literal?²² Parece que Pablo habla sin titubear en el versículo 5 del «día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios». El moralista piensa equivocadamente que él escapará del juicio divino poniéndose del lado de Dios y condenando a los injustos (vv. 1-3). Además, comete también el error de pensar que debido a su herencia nacional y religiosa está disculpado del juicio, y que Dios le está concediendo a él un favor especial («benignidad, paciencia y longanimidad», v. 4).²³

Tal forma de pensar es errónea porque el juicio de Dios es completamente imparcial (v. 11). Él juzga no sobre la base de quién es la persona, sino que sólo tiene en cuenta la naturaleza de las obras llevadas a cabo (v. 6). El moralista religioso (judío o pagano) debe reconocer que la bondad de Dios (la ausencia de un juicio visible) le es concedida como un acto de gracia. Más que interpretar esta «benignidad» (griego, *anochē*, contenerse) como un favor especial en el juicio de Dios, debería ser vista como una fuerza persuasiva que trata de llevar a los hombres al «arrepentimiento» y a la fe (v. 4).

El judío del tiempo de Pablo pensaba que debido a que ahora había experimentado poco de la ira de Dios, eso debía ser una evidencia de que en la vida futura todo sería pura recompensa. En realidad, Pablo declara, que por su «corazón no arrepentido ... atesoras para ti ira» (v. 5)²⁴ para el día del juicio. Esta declaración inesperada de Pablo nos recuerda claramente que una forma de supuesta sinceridad, incluso delante de Dios, puede extraviarnos sinceramente a causa de la pecaminosidad del hombre y puede llevarnos al juicio eterno.

Los versículos 7-9 son también una fuente de perplejidad para muchos cristianos. Pablo nos comparte en ellos la verdad de que el juicio de Dios para todos los hombres será en base de sus hechos u obras. Este pensamiento puede llevar a muchos protestantes a una tensión incómoda sobre lo que parece ser una contradicción entre la salvación únicamente por fe, sin obras, y la enseñanza que Pablo imparte aquí. En pocas palabras, la solución (como también la tensión) está en

la comprensión de la naturaleza de las obras a las que Pablo se refiere aquí.

Primero, Pablo considera a aquellos descritos como recibiendo «vida eterna» (v. 7). La mayoría de las traducciones no expresan bien el pensamiento de Pablo. Si parafraseamos el griego significaría algo así: «A aquellos quienes persisten pacientemente en hacer buenas obras (como un estilo exterior de vida) para la gloria y la honra sólo de Dios (como el objeto de su motivación interna), Él les dará vida eterna.» Aquellos que mediante sus buenas obras demuestran que buscan sólo lo que es de Dios son comparados en el versículo 8 con aquellos otros que buscan sólo lo suyo propio, «que son contenciosos [ambiciosos, egoístas] y no obedecen a la verdad».²⁵ Los que buscan lo suyo propio detienen la verdad con injusticia (v. 8); y contra ellos va dirigida la ira y el enojo de Dios (1:18).

El «bien hacer» del versículo 7 (en contraste con «hace lo malo», v. 9) se refiere a toda la vida cristiana de justicia por medio de la fe en Cristo que Pablo desarrollará después. La paciente perseverancia en hacer buenas obras (Ef. 2:10) demuestra que la fuente de la vida es la fe en Dios y en el evangelio. La verdadera cuestión aquí es si el hombre ve sus buenas obras como evidencia de que está haciendo una buena tarea para Dios, o si (como Pablo lo ve) las ve no como señales de logros humanos sino de esperanza en Dios.

No queda duda alguna de que Dios no muestra favoritismo de ninguna clase (Mt. 5:45). Cada persona se enfrenta a un Juez imparcial que determinará si vivió la vida buscando la gloria de Dios o buscando su propia justicia (v. 11).

El juicio de Dios y el conocimiento de la ley (2:12-16)

«Pero Pablo», uno podría objetar, «estás olvidando que el judío había tenido el privilegio de la revelación especial de Dios en la Biblia (ley). ¿No le da eso a él una ventaja sobre el pagano que Dios no ha bendecido?» En los versículos 12-16 el apóstol empieza a demoler otro apoyo. Lo más doloroso de

todo para el judío era la opinión de Pablo de que no hay protección contra la ira de Dios en la posesión de la Biblia (ley): «Porque no son los oidores [los que escuchan sábado tras sábado] de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados» (v. 13).²⁶ Es el llevar a cabo la voluntad de Dios, no la posesión (o el conocimiento) lo que aleja la ira de Dios (Stg. 1:22). La revelación de Dios (ley) no le protege a uno del juicio. Es más bien el instrumento para un ajuste de cuentas más severo con la maldad extrema del pecado (7:7). Mayor conocimiento lleva a mayor responsabilidad y mayor rendición de cuentas. De forma que la ley llega a ser el acusador del que la posee: su destrucción, no su salvación.

A fin de mantener su tesis de la igualdad ante Dios de aquellos sin la Biblia y de aquellos con la Biblia, Pablo debe responder todavía a otra objeción: «Si la ley será mi norma de juicio», el moralista religioso podría objetar: «¿cómo puede Dios tratar al pagano igual que a mí cuando él no tiene ley para juzgarle? ¿No hará la ausencia de ley para juzgar al pagano que éste escape de la ira de Dios?» «No», contesta Pablo, «porque aunque el pagano no tiene la revelación bíblica (ley de Moisés), él no está por eso fuera de la revelación de Dios (“son ley para sí mismos”, v. 14).» ¿Cómo puede el pagano sin la Biblia tener el conocimiento de la voluntad de Dios? Más preocupante aún, ¿están los paganos perdidos porque se hallan sin el conocimiento de la Biblia y sin el evangelio de Cristo? Al tratar de responder a estas preguntas, debemos ser cuidadosos en notar lo que Pablo dice en este punto y lo que no dice.

Algunos argumentan bastante convincentemente que Pablo se está refiriendo a los cristianos gentiles en el versículo 14 cuando dice: «Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley...» Estaría entonces anticipando su razonamiento posterior sobre la justificación sin la ley para todos (3:21-28). Una objeción a este punto de vista podría señalar que Pablo dice que estos gentiles no tienen *ningún* conocimiento de la ley, y a pesar de todo ellos hacen «instintivamente» lo que la ley demanda;

pero ambas características serían difícilmente ciertas de los gentiles cristianos. Aquí la traducción de la NVI es arbitraria, y la frase en cuestión podría ser igualmente traducida: «Cuando los gentiles que no tienen ley por naturaleza (esto es, por nacimiento) hacen lo que la ley exige...» Ellos son hacedores de la ley, no en el sentido de que ganan la salvación por la observancia de la ley o que la conozcan plenamente, sino en el sentido de que su fe en Cristo los ha puesto en una relación positiva con la ley (o la voluntad de Dios) porque la tienen ahora en sus corazones y desean ardientemente cumplir sus exigencias morales (v. 15).²⁷ Resulta difícil decidir entre estos dos puntos de vista. La siguiente argumentación desarrollará una alternativa, un punto de vista más popular, al tiempo que reconoce la solidez del abordamiento de los gentiles como cristianos.

Nos ayudará empezar con el asunto de la «conciencia», cuyo papel lo describe Pablo como «dando testimonio» (v. 15). La conciencia no se adquiere a través del medio ambiente. Antes bien, el hombre se encuentra a sí mismo ya en sus más tempranos años funcionando moralmente como una criatura hecha a la imagen de Dios. Los perros u otros animales domésticos parecen tener una conciencia sólo debido a su asociación con el hombre. La conciencia es la persona funcionando en el acto natural de decidir entre lo bueno y lo malo. Es importante notar que esta pequeña voz interior no funciona legislativamente sino sólo judicialmente. La conciencia asume la presencia de una norma válida. Anticipa algo complementario por medio de lo que se puede gobernar a sí misma. Como árbitro no crea las normas, sino que decide a la luz de las ya existentes. Rehusa estar sin normas. Que la conciencia es innata en todo ser humano es algo que nunca se cuestiona; qué normas aprueba o desaprueba es otro asunto muy diferente. El contenido, o norma, mediante el cual la conciencia decide entre el bien y el mal no es innato, o al menos no es completamente innato, pero sí está controlado por la revelación de Dios, el orden de la creación, el medio ambiente, y las normas sociales locales.²⁸ La conciencia, por

tanto, puede ser educada o cambiada mediante la introducción de nuevas normas.

Las Escrituras se refieren a una conciencia cauterizada o encallecida. Al ignorar las repetidas advertencias de la voz de la conciencia, esta se va adormeciendo (1 Ti. 4:2). La experiencia familiar de parar repetidamente en las mañanas el reloj despertador y volver a quedarnos dormidos nos ilustra en la esfera físico-psíquica cómo podemos llegar a ignorar a la conciencia en la esfera moral y llegar a no oír su voz. Si nos convencemos a nosotros mismos en una sociedad relativista de que no hay normas, entonces el funcionamiento de la conciencia se deteriorará.

Pablo dice que hay tres testigos que están de acuerdo en que el pagano tiene un conocimiento básico del bien y del mal (una norma), incluso aunque no dispone de la revelación escrita de Dios. Son: (1) el establecimiento exterior (fenomenológico) o instintivo («por naturaleza», v. 14) de leyes sociales para el control del comportamiento; (2) la conciencia, que juzga a cada hombre en relación con sus propias acciones con referencia a las normas naturales (v. 15); y (3) alternativamente acusando o excusando los pensamientos que tenemos acerca del comportamiento de otros que pueden ser debatidos públicamente (v. 15).²⁹

El pagano, mediante el instinto moral natural, establece ciertas normas sociales que incluye algunas de las mismas reglas que las leyes de Dios en la Biblia, tales como la búsqueda de vocaciones lícitas, la procreación de los hijos, los afectos filiales y naturales, el cuidado de los pobres y enfermos, y otras numerosas virtudes naturales requeridas por la ley de Moisés. Pablo enseña que que en razón de que el pagano hace esto, él no está sin ley que le juzgue. «Lo que es de la ley» (v. 14) que los gentiles hacen por naturaleza debe significar ciertas cosas que la ley bíblica también demanda. No deberíamos tomar esto como que quiere decir que toda la ley mosaica o incluso todos los Diez Mandamientos están escritos en los corazones de los paganos. Pablo no dice eso. De igual modo, la expresión «la obra de la ley» (v. 15) no es

la ley en sí misma sino el efecto de la ley, esto es, el efecto de la conciencia. De manera que él mismo (en virtud de ser una persona) se convierte en ley (norma) para sí mismo.

En otras palabras, hay algo, Pablo argumenta, en el mismo diseño de la existencia humana creada que debería (y a veces lo hace) llevar al gentil a una actitud de dependencia humilde y agradecida del Creador. Existe una norma moral entre los paganos que no es idéntica, pero por cierto similar, a ciertas cosas que encontramos en la Biblia.³⁰ Esta semejanza, dice Pablo, no es simple coincidencia, sino que refleja la revelación de Dios de su voluntad para el hombre en la conciencia y en el orden creado o natural (1:20, 21). Cuando el pagano viola esta norma, cae bajo el juicio de Dios y debería en humilde arrepentimiento buscar la misericordia del Creador para su perdón. Su pecado consiste principalmente en fallar —por causa de su rebelión— en humillarse a sí mismo; pero, no obstante, Dios le juzgará sobre la base de violaciones específicas de su propia conciencia.³¹ ¿Puede él salvarse? Pablo no responde a esta pregunta directamente. Nuestra respuesta dependerá de si creemos (1) que el conocimiento de Dios revelado al mundo pagano es suficiente para la salvación, y (2) de que si tales personas responden positivamente *de hecho* a esta revelación de Dios. La respuesta *negativa* a cualquiera de ellas justificaría las misiones cristianas.

De forma que Pablo concluye esta sección regresando del versículo 16 al pensamiento del versículo 13. Conectamos las palabras del versículo 13 «no son los odores de la ley los justos ante Dios» con aquellas del versículo 16 «en el día en que Dios juzgará ... lo secreto de los hombres». Con todo, la referencia a «lo secreto de los hombres» muestra que Pablo también incluye en este versículo de resumen los pensamientos expresados en los versículos 14 y 15, de que no solamente los hechos externos de los hombres, sino también sus motivaciones internas, sentimientos y pensamientos serán motivo del examen divino en el futuro día de juicio. Las normas del juicio serán el evangelio de Pablo,³² es decir, aquellas

verdades que él había compartido en los capítulos uno y dos; y Jesucristo mismo será quien presidirá el tribunal (Juan 5:27; Hch. 17:31).³³

La ley y el comportamiento judío (2:17-24)

Pablo se dirige ahora directamente al judío que tiene la ley escrita de Dios. Todavía está tratando con el pensamiento del juicio universal de todos los hombres y el principio básico de que no son los oidores de la ley los que están justificados ante Dios sino los hacedores de la ley. Pablo ya ha rechazado la falacia de que el judío tiene un privilegio especial y ventaja ante Dios incluso aunque no responda de forma apropiada (2:14, 15). Quiere ahora rematar bien el argumento y no dejar ninguna salida de escape. No era que el judío estuviera equivocado en valorar su posesión de la ley y estimar su conocimiento como una ventaja. El problema consistía en que confiaba en el mero conocimiento y posesión de la ley y se afeerraba a la simple observancia exterior. Pero una cierta clase de judío en el tiempo de Pablo no dejaba que la ley le convenciera de su pecado y le llevara a la obediencia de la fe que resultaría en que cumpliera con el verdadero propósito de la ley. El moralista revela de esta forma su rebelión contra Dios, no mediante su inmoralidad y corrupción exterior, sino por el endurecimiento de su corazón (2:5) y por la negativa a arrepentirse de su propia justicia que está en bancarrota.

En los versículos 17-20 Pablo enuncia la reconocida ventaja de la que el judío se enorgullecía: (1) «[tiene] el sobrenombre de judío» (un miembro del pueblo del pacto); (2) «[se apoya] en la ley» (confía en la ley para su posición delante de Dios); (3) «[se] gloria en Dios» (la verdadera adoración de Dios); (4) «[conoce] su voluntad» (la voluntad revelada de Dios); (5) «instruido por la ley aprueba lo mejor» (desarrollo agudo de discernimiento moral); (6) «[es] guía de los ciegos» (visión y luz espiritual para los que están en tinieblas); (7) «instructor de los indoctos» (los ignorantes); y (8) «maestro de los niños» (que tiene la última palabra en la formación de

los padres). El podía hacer todo esto con confianza porque tenía «en la ley la forma de la ciencia, y de la verdad» en la revelación bíblica de Dios (v. 20).

Pero Pablo argumenta que no es en la ley en lo que la persona debería confiar, porque el pecado reina a pesar de la ley. «Tú, pues que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras [ver Juan 8:11]? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio?» (vv. 21-23). El gran error en la vida de este judío era que mientras que se jactaba en la ley y se vanagloriaba de su relación con Dios, deshonoraba a Dios quebrantando la ley (v. 23) y provocaba que se blasfemara el nombre de Dios entre los gentiles (v. 24).

La circuncision y la observancia de la ley (2:25-29)

¿Para qué sirve, pues, ser judío? Ser en verdad un judío es obedecer a Dios en fe con el corazón (v. 29). Su señal externa de la relación del pacto (la circuncisión) no le podía proteger de la ira de Dios. La circuncisión era solamente la señal visible de una relación verdadera con Dios en amor y obediencia (Dt. 30:6; Ro. 4:11). Algunos judíos confundieron la señal con la realidad. Cuando evidenciaron por su quebrantamiento de la ley de Dios que la realidad no estaba en ellos, Dios invalidó el significado del rito (v. 25).

Por el otro lado, cuando una persona no tiene la señal externa, pero demuestra por su obediencia amorosa a Dios y a su voluntad que posee la realidad interna, su incircuncisión por naturaleza contará para Dios como si estuviera circuncidado y en la relación de pacto (v. 26). La palabra judío significa «alabanza» (Gn. 29:35). Pablo declara que el verdadero judío no es aquel que se gloria y confía en la apariencia exterior de la circuncisión o en escuchar la ley y seguir sus preceptos de manera legalista. El verdadero judío es aquel que vive en íntima comunión con Dios en su corazón, en respuesta humilde (fe) a la elección de amor y gracia de Dios (Dt.

10:16). Tal persona busca la alabanza de Dios, no la del hombre.

Pablo en realidad no está argumentando que los gentiles que cumplen con la intención de la ley llegan a ser verdaderos judíos (a pesar de la mucha apelación a estos versículos para lo contrario). Él está hablando a sus compatriotas (v. 17) a efectos de que el verdadero significado de ser judío está en la relación con Dios, no en la nacionalidad o herencia religiosa. Aunque es verdad que Pablo dice: «Si, pues, el incircunciso [gentil] guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión [relación de pacto con Dios]?» (v. 26), él no llega aquí o en alguna otra parte (sobre Gá. 6:16 ver cap. 8, nota 25) tan lejos como llamar a los gentiles verdaderos judíos. «Circuncisión ... del corazón» (v. 29) se refiere al arrepentimiento sincero delante de Dios (Jer. 4:4); «en espíritu, no en la letra» es una referencia a la obra del Espíritu Santo o a la relación espiritual interna con Dios en contraste con el mera ejecución del rito (1:9); «la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios» (v. 29) vuelve al pensamiento del versículo 17 («sobrenombre judío») y excluye toda crítica de otros basada en el orgullo de la superioridad. De esa forma la verdad queda establecida que es el espíritu de la ley lo que es eficaz, no la simple celebración externa de formas y rituales.

La ventaja del judío (3:1-8)

¿Hay entonces alguna ventaja en ser judío y en someterse a la circuncisión (3:1)? La respuesta que cabría esperar a la luz de lo que Pablo acaba de decir es no. Por el contrario, él dice: «Mucho, en todas maneras»: (3:2). «Primero» (griego, *prōton*) anticipa una lista de ventajas, pero Pablo se desvía y nos da sólo la primera y, sin duda, la razón más importante: porque «les ha sido confiada la palabra de Dios» (3:2). Aunque la «palabra» (griego, *logia*, palabras o declaraciones) de Dios puede referirse a toda la revelación de Dios en el Antiguo Testamento, del versículo 3 se puede inferir que las

promesas a Abraham y a los profetas sobre el Mesías son prominentes (véanse también Hch. 7:38; He. 5:12; 1 P. 4:11). Lo que Pablo está diciendo es que la revelación de la salvación (palabras) fue una tremenda ventaja para el judío en el sentido de que le dio una comprensión especial sobre Dios, la condición del hombre, la salvación de Dios, su voluntad, las promesas de la venida del Cristo (Lc. 24:44), y las promesas abrahámicas confirmadas por los profetas.³⁴

Siguen después tres objeciones a la tesis de Pablo de que los judíos tienen una ganancia en la Palabra de Dios que les fue dada (3:3-8). Quizá si las contemplamos juntas con las respuestas de Pablo las podemos ver con más claridad:

Objeción número 1 (implícita): «Los judíos no ha creído en estas promesas (abrahámicas y mesiánicas).»

Respuesta: «¿Pues qué, si algunos de ellos han sido incrédulos...?» (vv. 3, 4).

Objeción número 2: «Y si nuestra injusticia hace resaltar...» (v. 5).

Respuesta: «En ninguna manera; de otro modo, ¿cómo juzgaría Dios...?» (v. 6).

Objeción número 3: «Pero si por mi mentira...» (vv. 7, 8).

Respuesta: «Cuya condenación es justa...» (v. 8).

La primera objeción toca el problema de la incredulidad de Israel en las promesas abrahámicas y proféticas sobre el Mesías que Pablo desarrolla más tarde en detalle (caps. 9—11). ¿Cómo puede ser una ventaja para Israel la posesión de la palabra de Dios si no creen en ella? A Israel le fue confiada la divina Palabra de que Dios quiere la salvación de todas las gentes sobre la base de la fe. Quizá la Palabra de Dios no es realmente confiable después de todo. Pablo responde que la incredulidad de «algunos» (no todos) no invalida la veracidad de la Palabra de Dios. Tampoco esa incredulidad cancela la gran ventaja que tiene la nación en la posesión del conocimiento de Dios en las Escrituras y en ser el pueblo del pacto. ¿Puede la falta de respuesta del hombre a las promesas de

Dios (incredulidad) cancelar su fidelidad (y hacer de Él un mentiroso) a su propio plan anunciado a Abraham?

En el versículo 4, después de reaccionar con horror a semejante pensamiento, Pablo añade una declaración adicional sobre la relación de la fidelidad de Dios con el pecado del hombre e incluye una referencia al Salmo 51. «De ninguna manera;³⁵ antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso ... para que seas justificado en tus palabras.» Incluso si *todos* (no solo algunos) fueran incrédulos a la Palabra de Dios, serviría sólo para destacar la veracidad y fidelidad de Dios. Por ejemplo, David declara que su pecado, más que hacer aparecer a Dios como injusto por condenarle, ha vindicado la justicia de Dios (Sal. 51:4). Si el pecado no separa la justicia de Dios, tampoco la incredulidad del hombre cancela la fidelidad y veracidad de Dios.

Este abordamiento de Pablo provoca más objeciones concernientes a cómo puede Dios ser justo en condenar al pecador cuando su pecado sirve en realidad para establecer la justicia de Dios (v. 5).³⁶ Pablo responde de nuevo con horror a este pensamiento y apela al gobierno moral de Dios en el mundo: «¿Cómo juzgaría Dios al mundo?» (v. 6).

Además, se objeta, si Dios recibe gloria por medio del pecado, ¿por qué no seguir pecando y así producir más gloria para Dios (v. 7)? En este momento Pablo descarta la cuestión de manera enérgica: «Cuya condenación [juicio] es justa» (v. 8), esto es, el juicio de todos aquellos que objetan el ser juzgados como pecadores. Pero él considerará de nuevo estos problemas morales más tarde en la carta (caps. 6 y 9—11).

Pablo ha mostrado que el hombre con el conocimiento de Dios en la Biblia está bajo la ira de Dios igual que lo está el pagano. El carece de ventajas delante del juicio de Dios. Ese hombre demuestra por su crítica y juicio contra el pagano que sabe lo que es bueno y recto, y con todo su propia vida demuestra que su relación con Dios es external y formal, no personal ni real. La gran ventaja en poseer las promesas de la Biblia no queda invalidada por ninguna cantidad de incredulidad. Las promesas de Dios permanecen verdaderas inde-

pendientemente del rechazo del hombre.

**CONCLUSION: CULPABILIDAD MORAL
DE TODO EL MUNDO (3:9-20)**

En este párrafo final de la larga sección que trata sobre la condición de la humanidad bajo el juicio de Dios (1:18—3:20), Pablo concluye presentando que tanto al pecador sin la Biblia (1:18-32) como al pecador con la Biblia (2:1—3:8) están ambos igualmente «bajo pecado» (3:9). El judío (o moralista) no está en mejor condición que el pagano. Ambos son igualmente culpables ante Dios. Pablo apela a las declaraciones de las Escrituras del Antiguo Testamento concernientes a judíos y gentiles (vv. 10-18) y concluye que el hombre es universal y totalmente afectado por la rebelión contra Dios (vv. 19, 20).³⁷

La acusación (3:9)

«¿Qué, pues? ¿Somos nosotros [judíos] mejores que ellos [paganos gentiles]? En ninguna manera.»³⁸ Se podría inferir por las declaraciones de Pablo en el versículo 2 que el judío estaba en mejor situación en relación con el juicio que el pagano porque tenía el beneficio de la palabra de Dios. Pero Pablo dice que lo contrario es la verdad. Aunque el judío tiene una gran ventaja en todos los demás sentidos, en uno no lo tiene, esto es, en el juicio por el pecado. Añade que él ya ha «acusado» (griego, *proaitiaomai*) que ambos están «bajo pecado». Estar bajo pecado significa, como Pablo ha mostrado en 1:18—2:29, que es estar bajo la ira y juicio de Dios por el pecado (7:14; Gá. 3:32). También puede significar «bajo el poder [dominio] del pecado». Pablo está diciendo que todos los hombres (sin excepción) están bajo el dominio de la culpabilidad moral y de la corrupción del pecado.

La prueba (3:10-18)

Pablo cita ahora seis pasajes seleccionados de los Salmos y del libro de Isaías para demostrar que la Biblia enseña que todos los hombres son injustos delante de Dios y que no le

reconocen como Señor en sus vidas. Estos pasajes requieren poco comentario.

1. El *carácter* de los hombres (vv. 10-12). Mediante cinco declaraciones negativas Pablo deja al hombre sin esperanza de poseer en él una chispa divina de justicia que sólo necesita soplar.

2. La *conducta* de los hombres (vv. 13-17). Los hombres descubren la condición interna de sus corazones por su forma de hablar («garganta», «lengua», «boca», véanse Mt. 12:37; Mr. 7:20, 21) y por sus acciones («pies», «caminos», «camino de paz»). El corazón abre el camino, y la boca y los pies siguen.

3. La *causa* de su conducta aparece al final (v. 18): «No hay temor de Dios delante de sus ojos» (Sal. 36:1).

La conclusion (3:19, 20)

El judío, por supuesto, podía pensar en escapar de la fuerza de estas citas de su propia Biblia insistiendo en que se referían a los paganos y no a los judíos, el pueblo de pacto. Aunque incluso el estudio cuidadoso del contexto de las citas muestra otra cosa, Pablo responde de forma algo diferente recordando al objetor que «todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley». Esta revelación en la ley del Antiguo Testamento (todo el A.T.)³⁹ que manifiesta el pecado universal de toda la humanidad ante Dios declara también el juicio de Dios igualmente para el judío que para el pagano.

El propósito doble por el cual el Antiguo Testamento declaraba este juicio era: (1) todo hombre, bien sea judío o pagano, no puede alegar delante de Dios ninguna justicia propia: «Para que toda boca se cierre» (griego, *phrassø*), o como lo expresó Phillips: «Que toda excusa muera en los labios de aquel que la hace»; y (2) que toda la raza humana (el mundo) «quede bajo el juicio de Dios». Debe guardar silencio y confesar que es un pecador. «Es la rectitud de la ley la que nos muestra cuán retorcidos estamos» (Phillips).

¿Por qué hablaba el Antiguo Testamento en esta forma tan

dura acerca del hombre? Porque Dios debe revelarle su verdadera condición delante de Él, el Creador, de que carece de justicia propia. El hombre debe, pues, abandonar «las obras de la ley»⁴⁰ como un medio de aceptación delante de Dios: «Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él» (v. 20). El salmista exclama: «JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?» (Sal. 130:3). Por consiguiente, la respuesta apropiada delante de Dios es invitar a Dios a que *no* «entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano» (Sal. 143:2). La primera gran función de la ley (de Moisés o de los profetas) es desenmascarnos y mostrar que somos pecadores («conocimiento del pecado») y que es imposible que seamos aceptados delante de Dios sobre la base de guardar la ley. Pero. ¿podemos aceptar esta denuncia?

Según Hans Christian Andersen, el gran escritor de cuentos danés, ciertos estafadores muy vivos se acercaron al emperador ofreciéndole coser para él un costoso traje que tendría la maravillosa capacidad de darle a conocer quiénes era los necios y los bribones de su reino. A causa de la calidad mágica de los hilos, el traje sería invisible para todos excepto para los sabios y puros. Encantado con la idea el emperador ordenó que le hicieran aquellas prendas reales que le costaron una fortuna, sólo para encontrar, para su mortificación, que él obviamente era un necio y un bribón, porque no vio nada. En el día preparado para el gran desfile, los vivos de los estafadores cobraron su dinero, le vistieron al emperador, es decir, le dejaron desnudo, y escaparon de la ciudad al empezar el desfile. Todo el pueblo se unió a los cortesanos para elogiar las ropas de rey, no atreviéndose a admitir que no veían nada, sino sólo la desnudez del emperador, y de esta manera reconocieron sus propia necedad y pillería. Sin embargo, todo el desfile se vino abajo, para vergüenza del rey y del pueblo, cuando un niño dijo con honradez: «El emperador está desnudo.»

Ni el emperador ni los súbditos admitieron su desnudez

hasta que un niño destruyó su mentira, quitándoles de un golpe las hojas de higuera de su común hipocresía. De esa forma el orgullo de todos quedó malparado y la vergüenza de todos quedó expuesta. De igual manera, mientras que los hombres vivan bajo la ilusión de que son justos en ellos mismos y rehusen reconocer la necedad de su pecaminosidad en la presencia de la verdad de la revelación de Dios, no puede haber apreciación del evangelio que Pablo predica. No es suficiente admitir que el hombre (emperador) no tiene ropa exterior. Debemos reconocer que el hecho de que tengamos conocimiento de la Biblia o no lo tengamos, ante los ojos de Dios estamos completamente desnudos. No es sólo que hemos cometido pecados (parcialmente desnudos), sino que debemos vernos a nosotros mismos como pecadores y en rebelión contra Dios (totalmente desnudos), completamente incapaces de proveernos por nosotros mismos de ninguna ropa aceptable (justicia) a los ojos de nuestro Creador.

El hombre, en su rebelión, ha detenido la verdad de su condición de criatura revelada en la naturaleza externa de su existencia (vv. 20-23). También se ha rebelado contra la ley de Dios en su naturaleza interna al violar su conciencia (2:14, 15). El pecado, como Pablo lo explica, es básicamente una mala relación con Dios; es la rebelión activa o pasiva contra el señorío de Dios en nuestras vidas; es un poder que nos está controlando. Este es el concepto de la Biblia del pecado del hombre que le deja sin excusa y bajo el juicio y la ira de Dios. La situación del hombre le deja sin esperanza a menos que Dios encuentre otras formas de aceptar a los hombres pecadores aparte de las obras de la ley o de los ritos religiosos. ¿Le dará al hombre justicia? ¿Cómo lo hará y al mismo mantenerse justo y santo?

3

LAS BUENAS NOTICIAS: EL DON DE LA JUSTICIA POR MEDIO DE LA FE

3:21—4:25

Gracias a Dios, la palabra de juicio no es la única palabra de Dios. «Pero ahora» (v. 21), dice Pablo, algo completamente nuevo ha entrado en la historia humana. Este es el momento crucial de la carta. Todo lo que el hombre ha sido capaz de lograr cae exactamente bajo la ira de Dios; pero nuestra propia necesidad queda satisfecha mediante la intervención de Dios en misericordia y gracia por medio de Cristo Jesús. La justicia de *Dios* que afecta la salvación del hombre ha sido revelada ahora como un don gratuito para el culpable. Se obtiene solamente sobre la base de la fe en Cristo Jesús, aparte de cualquier obra moralista (3:21-26). Toda jactancia sobre buenas obras queda, por tanto, excluida por el principio de la completa confianza en Cristo Jesús para nuestra aceptación en la presencia de Dios (3:27-31). Este método de salvación por la fe enseñado en la buenas noticias del evangelio es en realidad el mismo que aparece revelado en el Antiguo Testamento e ilustrado bella e irrefutablemente por las vidas de Abraham y David (4:1-25).

LA PROVISION DE DIOS: EL DON DE JUSTICIA (3:21-31)

Esta sección ha sido llamada «el corazón de la epístola y del mensaje paulino». En el corto espacio de unos pocos versículos, Pablo expone el plan consumado de Dios y cómo trata Él con la condición pecadora humana. Puesto que Pablo comprime tan gran cantidad de verdad en una sección breve, necesitaremos examinar y ampliar (con la ayuda de otros pasajes paulinos) las palabras clave que encontramos aquí, tales como redención, gracia, justificación, fe y propiciación. La

precisión del pensamiento de Pablo se revela también mediante el uso de un buen número de preposiciones y de preposiciones compuestas con otras palabras. Estas relaciones sintácticas son difíciles de explicar en un comentario breve, pero debemos ser conscientes de que hay mucho más en el texto de lo que simplemente significan las palabras.

En breve, Pablo enseña que lo que el hombre no podía efectuar por sí mismo (justicia) debido a que está bajo la ira de Dios, el Señor lo ha provisto como un don gratuito por medio de la fe en Cristo Jesús. La crucifixión pública e histórica de Jesús de Nazaret, el joven carpintero judío, revela la justicia de Dios y provee de la base para este completo perdón y liberación de la ira de Dios para todos aquellos que ponen su confianza en el Hijo de Dios (1:16). Pablo se refiere a la muerte de Jesús usando el lenguaje del sistema sacrificial del Antiguo Testamento (vv. 24, 25). En razón de que la liberación de Dios nos viene solamente mediante la fe, no hay lugar para la jactancia o la propia satisfacción (27-30).

Esta justicia no es por la ley (3:21)

A Pablo le gusta hablar paradójicamente: «Aparte de la ley» y con todo «testificada por la ley y por los profetas». ¹ El Apóstol ya ha mostrado que la justicia que es por la ley (legalismo) descansa sobre los logros humanos y, debido a nuestra naturaleza centrada en nosotros mismos, lleva a la ira de Dios (4:15). De forma que la justicia de Dios debe ser manifestada en una forma diferente a fin de que nos lleve a nuestra justificación. Por el otro lado, la ley (A.T.) misma, si la entendemos correctamente, señala en la misma dirección (3:31). Abraham y David son ilustraciones en la *ley* (cap. 4) de cómo les llegó a los hombres antiguos el don de justicia de Dios por la fe. Pablo ya ha citado Habacuc 2:4 de los profetas (1:17). El gran uso que hace él de la palabra *ley* (*nomos*) no deberíamos pasarlo por alto. Pablo aquí enfatiza que la justicia de Dios no nos viene por el legalismo (*ley*), no obstante, la ley (A.T.) como revelación de Dios da testimonio de la impor-

tancia de la fe.

La «justicia de Dios» aparece una vez más ante nosotros. Pablo ha relacionado este término en 1:17 con el evangelio y el poder de Dios que obran la salvación para todos aquellos que creen. Referimos al lector a ese pasaje para más ayuda y para la discusión sobre la justificación (3:24).

Esta justicia es la justicia de la fe (3:22, 23)

Del mismo modo que en 1:17, Pablo enlaza esta actividad salvadora con la fe del hombre. La mayoría de los comentaristas ven las siguientes dos expresiones relacionadas con esta misma verdad: «Por medio de la fe en Jesucristo» y «para todos aquellos que creen» (v. 22). Sin embargo, entender las dos expresiones de esa manera parece redundante. En consecuencia, algunos ven la expresión «por medio de la fe en Jesucristo» como una referencia a la propia fidelidad de Jesús a Dios. Traducen la frase: «por medio de la fidelidad de Cristo» y la interpretan como significando que por medio de la fidelidad y obediencia de Cristo, Dios ha manifestado su gracia salvadora, lo que permite a todos los que creen presentarse, justificados por la fe, delante de Dios.² «Porque no hay diferencia» (esto es, entre judío y gentil, entre aquellos con el conocimiento de la Biblia y aquellos que no lo tienen, entre el moralista y el pornográfico), «por cuanto todos pecaron» (v. 23). Todos han pecado en el sentido del concepto de pecado que Pablo describió en 1:18—3:20, esto es, sin tener en cuenta las diferencias entre los hombres respecto a la clase e intensidad de sus faltas contra la ley de Dios, todos sin excepción están en la categoría de pecadores rebeldes («bajo pecado» 3:9). Ellos han detenido deliberadamente el conocimiento interno y externo de Dios, quien declara como Creador ser el Señor de sus vidas. Al comportarse así, «están destituidos de la gloria de Dios».

Los tiempos de estos dos verbos son importantes: «Todos pecaron» (griego, tiempo pasado)³ y «están destituidos» (tiempo presente). El hecho histórico de la continua condición

pecadora del hombre le lleva a la situación presente de «están destituidos [griego *hystereo*, “están privados”, “no alcanzan”] de la gloria de Dios». Dios creó al hombre en su propia imagen y en dependencia de él, de forma que pudiera reflejar la excelencia moral y personal del Creador. El pecado destruye la relación del hombre con Dios y quiebra la actividad de imagen de la criatura. Cristo Jesús, como hombre, refleja perfectamente al Dios invisible (He. 1:3). Por medio de Él, los hombres pecadores son restaurados plenamente a la proyectada imagen y gloria de Dios (2 Co. 3:18; Col. 3:10).

El plan divino para comunicar esta justicia al hombre (3:24-26)

¿Cómo provee Dios en realidad este don de gracia de su justicia salvadora? ¿Qué papel cumplen Jesucristo y su muerte en este plan? ¿Puede Dios de verdad reconocer como justo a un hombre pecador? ¿Cómo se consigue el don de Dios? Algunos comentarios sobre cada una de las palabras clave en los versículos 24, 25 pueden ayudarnos a entender mejor los pensamientos del apóstol sobre estas cuestiones.

1. *Justificación* (v. 24). ¿Qué quiere decir Pablo por ser justificado? Mucha discusión se ha generado tratando de definir este concepto, que es, sin duda alguna, el tema clave de esta epístola. El verbo griego que traducimos por «justificar» (*dikaioo*) procede exactamente de la misma raíz que el nombre griego para «justicia» (*dikaioσyn*). Entonces, justificar a alguien significaría lógicamente hacer a alguien justo en el sentido de infundirle bondad (virtud). Aunque Crisóstomos (407 d. de C.), e igualmente la iglesia mantuvieron esta interpretación durante siglos, hoy generalmente se la considera equivocada (excepto para algunos católicos romanos). Este punto de vista es cuestionable aunque sea sólo por una razón. En las epístolas se menciona a menudo a cristianos que no son éticamente perfectos (justos), pero a pesar de todo están justificados (por ejemplo, 1 Co. 3:3; 6:11).

En su lugar se ofrece la traducción de «declarar [o tratar]

como justo».⁴ Esta idea sugiere que Dios contempla ahora al pecador como si fuera justo (bueno) o como si nunca hubiera pecado. Si bien esta traducción evita la dificultad de sostener que en la justificación los hombres son infundidos con justicia ética, tropieza de igual manera con dificultades en el terreno lingüístico y teológico. Si Dios *tratara* como éticamente justos a aquellos que no son moralmente justos, ¿no sería eso una cierta forma de ficción legal? ¿Puede Dios incluso pretender que lo negro es blanco o que lo malo es bueno?

Es mucho mejor y más en armonía con la enseñanza total de Pablo entender la justificación como significando *hacer justos*.⁵ Al mismo tiempo, es necesario reconocer que «justo» (en este caso) no se refiere a virtud o bondad ética, sino que significa *absolver, declarar inocente* en el tribunal de Dios.⁶ La justificación es, pues, la actividad de Dios a favor del pecador culpable, por medio de la cual Él los *perdona* y los *libera* por su gracia del juicio en el tiempo presente, declara que existe una *nueva realidad*, y los *transforma* y los *da poder* con el fin de que actúen para llegar a ser lo que son en la nueva realidad. Es más que —aunque ciertamente lo incluye— el simple acto forense (absolución legal) de Dios. Dios en realidad obra para perdonar al pecador (4:5), para llevarlo a una relación radicalmente diferente con Él (5:2), y para darle el poder de llegar a ser justo delante de Dios. Somos habilitados para esta nueva relación por medio del Espíritu Santo, quien hace realidad el señorío de Cristo en nuestras vidas (8:1-9), a fin de adorar y servir a Dios según su voluntad (santidad).⁷

Pablo además califica a esta justificación como «gratuitamente» (griego, *dōrean*, «sin tener que pagar»). Esta misma palabra la encontramos en Juan 15:25, donde Jesús dice: «Sin causa me aborrecieron», en Gálatas 2:21: «Entonces por demás Cristo murió» (esto es, «en vano», «por nada»). Está claro, pues, que mediante estas palabras Pablo está insistiendo en el aspecto «gratuito» del método de Dios para ponernos en posición correcta con Él. Somos absueltos (perdonados y salvados) no por alguna causa o razón que haya

en nosotros, es decir, no tenemos mérito o virtud, ni tampoco se nos exige (Fil. 3:9).

2. *Gracia* (v. 24). La razón por la cual los pecadores, aun siendo culpables, pueden ser justificados está en la gracia de Dios. Esta es una palabra clave de Pablo en todas sus epístolas (la usa en 100 ocasiones). En los siguientes capítulos este elemento será fundamental al hablar sobre la nueva vida impartida por medio de la justificación (5:2). Gracia (griego, *charis*) es el favor libre e inmerecido de Dios. Es aquel aspecto del amor de Dios que le lleva a otorgar a los hombres su perdón incluso cuando son pecadores rebeldes (5:8; Ef. 2:8). La gracia, no obstante, es algo más que la actitud favorable de Dios hacia nosotros; incluye también la actividad y la provisión divina para que vivamos plenamente en la nueva relación (Ro. 5:21; 1 Co. 15:10; 2 Co. 12:9). Cuando Pablo quiere enfatizar que la salvación surge de la iniciativa de Dios y de las obras humanas, usa la palabra *gracia* (11:6).

La gracia de Dios, aunque gratis para el pecador, no es una gracia «barata», porque a Dios le costó el tremendo precio de la muerte de su propio Hijo. Lo que le ha costado tanto a Dios no podemos tenerlo nosotros como barato. Esa gracia costosa nos confronta con el llamamiento a renunciar a nuestras propias vidas y someternos absolutamente a la obediencia de Cristo.⁸

G. Campbell Morgan acostumbraba a relatar una experiencia que tuvo mientras predicaba el mensaje del perdón gratuito en un pequeño pueblo minero en los Estados Unidos. Después del servicio, un minero se le acercó y argumentó que esta clase de salvación era demasiado barata. Morgan le preguntó:

«— ¿Qué hace usted para ir a trabajar cada día?

A lo que el minero contestó:

—Camino. Vivo cerca de la mina.

—¿Cómo baja usted a la mina? —le preguntó de nuevo Morgan.

—Me monto en el ascensor y bajo.

—¿Cuánto le cuesta a usted? —continuó Morgan

—Nada, es gratuito para los mineros —respondió el hombre.

—Entonces, el ascensor y su mantenimiento debe ser barato —razonó Morgan.

—¡No! —respondió el minero—, para nosotros es gratis, pero a la compañía le cuesta mucho.

De repente, como si se le hubiera encendido la luz, el hombre exclamó:

—¡Oh, Dios! Ahora entiendo. ¡La salvación es gratis para mí, pero a Dios le costó mucho, lo mejor que Él tenía!»⁹

La cuestión importante aquí es si la gracia es puramente arbitraria, o si descansa en algún acto judicial decisivo de Dios que le permite mantener sus propias normas santas y todavía perdonar y liberar pecadores.

3. *Redención* (v. 24). La respuesta de Pablo a esta pregunta está en la comprensión de la muerte de Jesús como una muerte sacrificial. Dos palabras tomadas del Antiguo Testamento subrayan esto. «Redención» (griego, *apolytrōsis*) significa básicamente rescatar a un esclavo de la esclavitud para libertarlo. Esta imagen surge tanto del concepto del Antiguo Testamento de redención de la nación de Israel de la esclavitud de Egipto (Éx. 6:6; 15:13) como del sacrificio del cordero de la Pascua (Éx. 12; 1 Co. 5:7).

La esclavitud producía una condición humana de la cual una persona no podía librarse a sí misma. Se hallaba sin esperanza a menos de que alguien desde fuera estuviera dispuesto a intervenir y pagar el precio para rescatarlo. La liberación de prisioneros de guerra o de rehenes puede ofrecernos una parábola moderna que se aproxima a la antigua situación de esclavitud. La imagen describe la terrible situación humana en la que el hombre se encuentra a sí mismo como resultado de su pecado. Está en una condición de encarcación de la cual no puede escapar. Se halla sin esperanza bajo el juicio de Dios. Pero Dios mismo ha intervenido, ha pagado el precio y ha efectuado la liberación. De la referencia a la

«sangre» del versículo 25, el precio pagado no puede ser otra cosa que la muerte de Cristo (Mr. 10:45; Gá. 3:13; 1 P. 1:18).¹⁰ La muerte de Cristo provee del pago del rescate exigido para libertar a los hombres de la cautividad y del dominio del pecado y liberarlos para hacer la voluntad de Dios. Jesús de Nazaret es él mismo el pago del rescate (1 Co. 1:30; Tito 2:14).

4. *Propiciación* (v. 25). Pablo inmediatamente enlaza la redención efectuada por medio de Cristo con el concepto de «propiciación por medio de la fe en su sangre». «Propiciación» (griego, *hilastērion*)¹¹ debe ser entendida en la luz del contexto del argumento de Pablo en 1:18—3:20. Él ha establecido que hay una auténtica ira de Dios que se extiende a todos los hombres a causa del deliberado detenimiento por el hombre de la verdad de que Dios es Creador y Juez. En este contexto, Pablo muestra que en la muerte histórica de Jesús («en su sangre»), esta ira (enojo) de Dios encontró su adecuada *satisfacción* judicial.

Dios no condona nada debido a su naturaleza santa y justa. Debido a que el pecado merece castigo y muerte (1:32; 6:23), no puede haber reconciliación sin satisfacción judicial. No estamos muy lejos de la verdad si vemos la muerte de Cristo como una sustitución (2 Co. 5:21; 1 P. 2:24). Él, el justo (y a la vez completamente humano) sufrió el castigo (ira) merecido por nuestros pecados a fin de que Dios todavía permaneciera justo y aquel que puede perdonar por completo al pecador culpable (v. 26). La maravilla consiste en el acto de la gracia de Dios, mediante el cual Él provee en su amor infinito la costosa satisfacción (propiciación) que nosotros no podíamos presentar por nosotros mismos (Ro. 5:8; Tit. 3:4; 1 Jn. 4:9, 10). Elizabeth C. Clephane pudo captar algo de este corazón de Dios cuando escribió:

Y aunque el camino es duro y escarpado,
Voy al desierto para buscar mi oveja.
Pero ninguno de los rescatados supo jamás
Cuán profundas eran las aguas ha cruzar,

Ni cuán oscura era la noche por la que el Señor pasó
Antes de encontrar la oveja que se había perdido.

La única respuesta adecuada a semejante amor y gracia es la fe obediente. Cuando nos olvidamos de nuestras propias obras y antiguas lealtades y nos echamos por completo en los brazos de Cristo Jesús como el sacrificio propiciatorio de Dios por nuestro pecado, entonces creemos en el sentido bíblico. En ese momento la justicia salvadora de Dios se hace efectiva en nuestra vida (4:16-25).

Pero Pablo, ¿por qué tenía que morir Jesús con el fin de revelar la justicia de Dios en el evangelio? En los versículos 25 y 26 Pablo intenta responder a esta pregunta. La muerte propiciatoria de Jesús muestra ante todo que Dios es de verdad moralmente justo. Dios mostró paciencia (griego *anochē*, Ro. 2:4) al no ejecutar su ira sobre los pecados de los hombres en tiempos pasados antes de que Cristo viniera «a causa de haber pasado por alto» (v. 25) sus pecados. El que Dios se contuviera a sí mismo no fue debido, por supuesto, a indiferencia moral hacia el pecado. Aunque «los pecados pasados» puede ser entendido como los pecados de la vida de una persona antes de llegar a ser cristiana,¹² la mayoría entiende que Pablo se refiere a los pecados de los hombres en *épocas anteriores* antes de que el acto judicial de Dios tuviera lugar en la muerte de Jesús. En los tiempos pasados Dios no ejerció su ira plenamente sobre los pecados de los hombres; por el contrario, fue paciente y misericordioso con ellos (Hch. 14:16; 17:30). Pero Dios manifestó en la muerte de Cristo la verdad de que Él no es blando con el pecado. Cristo pagó el supremo castigo por nuestros pecados. Esto le permitió a Dios permanecer como Dios —moralmente perfecto— y a la vez perdonar y recibir a los pecadores.

Así también en el presente, la justicia y el odio santo de Dios se mantienen contra el pecado, incluso cuando Él, en su gracia por medio del evangelio, recibe a los pecadores y los pone en la posición correcta con Él. La muerte de Cristo reivindica el carácter moral de Dios (v. 26). De nuevo (como en

el v. 24) Pablo enfatiza el tiempo presente de la justificación: «Y el que justifica [el que *está* justificando] al que es de la fe de Jesús.» Quiere hacer hincapié no sólo en que la justificación ocurre ahora en esta vida, sino también la idea de que Dios continuamente nos *habilita* para ser *justos*. El conocido himno de Isaac Watts, *La cruz excelsa al contemplar*, capta bien la respuesta del pecador a semejante gracia:

La cruz excelsa al contemplar
Do Cristo allí por mí murió,
Nada se puede comparar
A las riquezas de su amor.

El mundo entero no será
Dádiva digna de ofrecer.
Amor tan grande, sin igual,
En cambio exige todo el ser.

Los resultados del plan de Dios (3:27-31)

Hay dos resultados de este plan de justificación de «solo por fe». Primero, excluye la jactancia (vv. 27, 28). Toda jactancia depende de alguna supuesta superioridad lograda por medio de algún sistema de buenas obras (éticas y religiosas), que da pie al orgullo por lo conseguido. El sistema de fe, por el otro lado, depende completamente del acto de misericordia de Dios en la muerte de Cristo Jesús. En razón de que el acto de *gracia* de Dios lo ha hecho todo, no hay base para los logros humanos. Como D.T. Niles lo dijo muy bien: «El cristianismo es simplemente un mendigo diciéndole a otro mendigo dónde ha encontrado pan.» Si el cielo fuera un lugar donde vamos debido a nuestras buenas obras, lo convertiríamos en un infierno al ir de un sitio para el otro —y sin duda lo haríamos— presumiendo de todo lo que hicimos para llegar allí.

Segundo, este plan de salvación sólo por fe establece la verdadera unidad de Dios como Dios sobre todos los hombres (vv. 29, 30). El judío sería el primero en confesar que

Dios es uno (*shema*, Dt. 6:4). ¿Cómo, pues, podría Dios ser el Dios de judíos y gentiles a menos que tenga un plan que ponga a los hombres en situación correcta con Él que no requiera que todos los hombres sean judíos (circuncidados)? Este plan es el de la salvación por fe que es igualmente válido para los judíos (circuncidados) y los gentiles (incircuncidados).

Pero Pablo, lo que has dicho acerca del plan de la fe (3:21-30), ¿no invalida por completo la ley de Dios? Pablo responde «no» enfáticamente (v. 31). En realidad lo que él ha dicho sirve más bien para «confirmar» la ley (sostener su validez). Aunque por la palabra *ley* Pablo podría querer significar todo el Antiguo Testamento (3:19),¹³ el contexto inmediato (la fe en oposición a las obras de la ley) favorece una interpretación ligeramente diferente. Probablemente se refiere a la acusación de que mediante su evangelio de gracia está pretendiendo dejar de lado los mandamientos morales de la ley. Puesto que las acusaciones de antinomianismo (no tener obligación de observar la ley moral) contra Pablo son tratadas más tarde en detalle por el apóstol (caps. 6—8), lo más probable es que aquí hace la declaración categórica de que la justicia de Dios revelada en el evangelio concuerda por completo con la naturaleza moral de Dios revelada en los mandamientos del Antiguo Testamento.

Estos versículos (vv. 27-31) llevan a su conclusión el argumento más importante y concentrado de toda la carta (1:18—3:31). Antes de seguir adelante, sería bueno que resumiéramos brevemente los dos puntos focales principales.

Primero, Pablo ha descrito la situación humana desde la perspectiva divina. Los hombres, sean religiosos o arreligiosos, morales o inmorales, han elegido glorificarse a sí mismos en vez de a su Creador. El hombre sin el conocimiento de Dios en la Biblia se afirma en su rebelión contra el orden natural y su conciencia, y al hacerlo así se declara libre de Dios, sólo para encontrar al final que se degrada a sí mismo y se convierte en inhumano. Por el otro lado, el hombre religioso con el conocimiento de Dios en la Biblia —o al menos un sen-

tido de moralidad— afirma su rebelión al rehusar orgullosamente arrepentirse delante de Dios. Al sustituir la adoración a Dios por la adoración de su propia justicia, falla en mantener el verdadero espíritu de la Biblia, que es un sometimiento humilde y una obediencia internas al Dios de la Biblia. Ambas clases de personas se hallan igualmente bajo la ira judicial de Dios.

Segundo, la esperanza no queda totalmente perdida porque Dios mismo ha actuado poderosamente en la historia para la absolución del culpable. Su santa ira contra el pecado del hombre fue satisfecha por Cristo Jesús en su muerte propiciatoria en la cruz. Dios muestra de esa manera que es totalmente justo y capaz de justificar a todos los pecadores que confían en Cristo Jesús. Para explicar estas buenas noticias, Pablo ha echado mano del lenguaje de los tribunales de justicia (justificar), del de los mercados de esclavos (redención), y del templo (propiciación). Los hombres ponen su confianza en el acto de Dios en Cristo Jesús y experimentan un perdón completo, la liberación del pecado y una nueva posición y norma delante de Dios. Pablo usará el resto de la epístola para mostrar las implicaciones de esta nueva posición ante la presencia de Dios en su relación con muchas situaciones diferentes.

ABRAHAM Y LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE (4:1-25)

Pablo ha establecido el principio de que sólo la fe nos asegura una posición correcta delante de Dios, no las buenas obras de los logros humanos (3:21-31). Ha declarado (3:27) que el sistema de fe revelado en el evangelio excluye toda vanagloria basada sobre los logros humanos. Dios considera la fe del individuo, no la circuncisión, como la base para la justificación. El capítulo 4 desarrolla aún más estos puntos y concluye la argumentación principal de Pablo sobre la justificación.

En lo que se refiere al judío, toda discusión sobre el abordamiento correcto en relación con Dios debía incluir a Abra-

ham, el padre de Israel. Abraham es representado en el pensamiento judío como habiendo cumplido toda la ley antes de que fuera dada. Era visto como el ejemplo perfecto de todas las virtudes judías.¹⁴ Por esa razón el caso de Abraham era de suprema importancia. Si él no fue justificado por las obras, nadie lo podía ser; si él fue justificado por la fe, no podía haber otra justificación para el hombre. Este capítulo contiene una de las discusiones más importantes de la Biblia en lo concerniente a la relación entre la fe y las obras. Consideraremos muy cuidadosamente el material tan útil que Pablo incluye hacia el final del capítulo 4 declarando la naturaleza más exacta de la fe.

Pablo muestra que Abraham fue justificado por la fe y no por las obras, como también lo fue David (vv. 1-8). Puesto que la circuncisión de Abraham fue posterior a su justificación ante Dios, no podía haber sido la causa de su aceptación (vv. 9-12). Además, la promesa que le fue dada a Abraham, de que en su simiente serían benditas todas las naciones de la tierra, le fue dada por medio de la justicia de la fe y no tuvo nada que ver con la ley (vv. 13-22). Por último, Pablo razona que el mismo Dios que justificó a Abraham por fe, de igual modo nos justifica a nosotros en Cristo Jesús, quien murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (vv. 23-25).

Abraham y la justificación (4:1-8)

Pablo comienza con una objeción a toda su interpretación de la justificación. Pablo, tú dices que sólo la fe nos justifica delante de Dios, y, por tanto, toda jactancia queda excluida. ¿Qué, pues, diremos acerca de nuestro padre Abraham? ¿No tiene el virtuoso Abraham, si en verdad fue justificado por las obras (como los rabinos enseñan) nada de lo que jactarse? Pablo contesta: Sí, lo tendría, pero en realidad, delante de Dios, Abraham no tiene mucha base para jactarse. Olvídense, pues, de lo que les hayan enseñado acerca de la jactancia de Abraham. Las Escrituras resuelven el asunto cuando dicen:

«Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia» (Ro. 4:3; Gn. 15:6).¹⁵

El entendimiento judío actual de la fe incluye la idea de la obra meritoria. Pablo interpreta el pasaje de Génesis en una luz nueva (vv. 4-8). Primero, él une dos pares de expresiones opuestas. «Obras» y «deuda» son ligadas y presentadas en oposición a «fe» y «gracia». Aquel que trabaja, recibe paga por su trabajo; pero el que no trabaja (y a pesar de todo recibe salario) le debe ser contado como un favor o regalo. Puesto que Génesis dice que a Abraham le fue «contado por justicia» (Ro. 4:11), se infiere que debe haber recibido la justicia como un don de gracia y no como resultado de sus propias obras. Así como Abraham, «al que no obra, sino cree en aquel que justifica [tiempo presente de nuevo] al impío, su fe le es contada por justicia» (v. 5).

La referencia a Dios justificando al «impío» es única. Al menos dos cosas surgen con claridad: (1) justificación (y justicia) es claramente en su etapa inicial un término forense (de los tribunales) que no significa «hacer éticamente justo», sino «absolver» o «conceder un estado correcto»; y (2) puesto que es el impío (no el éticamente correcto) el que es justificado, Pablo nos está describiendo un acto divino de gracia único, sin precedente en los asuntos humanos.¹⁶

Pablo apela también a David, el gran rey y salmista de Israel (vv. 6-8). David ayuda a la argumentación de Pablo porque mientras que Abraham vivió antes de la entrega de la ley, David vivió completamente bajo ella. David, al contrario de Abraham, fue un flagrante violador de la ley de Dios y, no obstante, fue perdonado por el Señor. Si usamos aquí el principio interpretativo de que cuando la misma palabra aparece en dos pasajes bíblicos, cada uno puede ser usado para explicar el otro, vemos como Pablo cita el Salmo 32:1, 2 para mostrar que David también enseña la justificación sin obra.¹⁷ El «no culpa de iniquidad» que David menciona es equivalente al «contado por justicia» del caso de Abraham. Ambos fueron absueltos sin tener que hacer obras meritorias porque «contar» pertenece solamente a la categoría de gracia (favor

o regalo) y no a la de mérito (deuda). En cada nuevo paso de la argumentación de Pablo se hace más evidente que la justificación no es el pronunciamiento justo sobre los méritos humanos (el punto de vista judío) o la infusión de bondad (virtud), sino el perdón misericordioso del pecado y la liberación del juicio.¹⁸

Circuncisión y justificación (4:9-12)

Pablo —interviene un objetor—, Abraham y David fueron circuncidados antes de que pudieran recibir la bendición del perdón, ¿no es así? ¿Cómo pueden entonces los incircuncisos llegar a estar justificados ante Dios? ¿No es necesario circuncidarse y guardar la ley? (Hch. 15:1).

La respuesta de Pablo gira alrededor de la cuestión de cronología. Abraham fue en realidad circuncidado *después* de que se le contara por justicia: «No en la circuncisión, sino en la incircuncisión» (v. 10). Él había sido primero absuelto por fe (Gn. 15) y circuncidado (Gn. 17) unos catorce años más tarde. Pablo ve un propósito divino en este orden. Abraham iba a ser el «padre de muchas gentes» según la promesa divina en el momento cuando él creyó a Dios y fue justificado (Gn. 15:5; Ro. 4:17, 18). Si esta paternidad consistía solamente del pueblo judío (circuncidados), ¿cómo podía Dios cumplir la paternidad de muchas naciones de la promesa? (vv. 17, 18). Pero si esta paternidad consistía principalmente del linaje de todos aquellos que como Abraham habían recibido la «justicia de la fe» (v. 13), entonces los gentiles (incircuncidados) podía ser llamados correctamente hijos de Abraham. Él es ante todo el padre de los creyentes gentiles y después el padre de los de la circuncisión (judíos), suponiendo que ellos «también siguen las pisadas [lit. griego *stoicheo* “unirse a los demás”] de la fe» (v. 12). La fe es independiente de la circuncisión.

¿Por qué fue, entonces, circuncidado Abraham si la fe era todo lo que necesitaba? Pablo explica que la circuncisión era una «señal» (un marca externa) o un «sello» (seguridad, con-

firmación) «de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso» (v. 11). Cuando Dios renovó el pacto con Abraham catorce años después, él fue contado como justo (Gn. 15), Dios le cambió el nombre de Abram a Abraham («padre de muchas naciones»). Como un sello visible (confirmación) de que el acto original de fe de Abraham fue aceptado por Dios, el Señor le dio la señal de la circuncisión como una evidencia de que había sido perdonado (absuelto) por fe. Abraham tenía entonces que transmitir esta señal a un pueblo de pacto (Israel), quien tenía que recibirlo como él lo hizo, esto es, como un sello de justicia contado por la fe.¹⁹ La circuncisión originalmente no tenía nada que ver con las obras de la ley. Entendida correctamente, el rito confirma la verdad de la justificación por medio de la fe.

La promesa y la justificación (4:13-22)

Pablo ya ha aludido a la promesa a Abraham de que él sería el padre de muchas naciones (vv. 11, 12). Él amplía más en los versículos 13-22 sobre la relación entre la promesa y la ley de Moisés. Pablo une *promesa, fe, gracia y herederos* y los pone en antítesis con la ley (vv. 13-16). En primer lugar, la ley no vino sino hasta 430 años después de la promesa (Ro. 4:13; Gá. 3:17). Segundo, el único principio que asegurará el cumplimiento literal de la promesa a Abraham de ser el padre de «muchas naciones» (vv. 17, 18) es la fe. Puesto que solamente los judíos recibieron la ley, sólo una nación podía participar en la bendición (perdón de los pecados, vv. 7, 9), esto es, si es que el cumplimiento de la promesa dependía de la observancia de la ley. En cualquier caso, la ley produce ira a causa del pecado y sería incompatible con la promesa de la bendición (v. 15).²⁰

¿Qué es la promesa? La promesa tiene la misma naturaleza que la gracia. Su pensamiento aquí aparece casi igual que en los versículos 4-5. La promesa descansa en la completa confianza en aquel que ha hecho la promesa. No es un contrato legal donde se estipula la paga por el trabajo. Cuando el

trabajo se contrata, el hombre sabe que recibirá su paga; pero cuando todo se basa en la promesa del benefactor (gracia), el hombre debe creer que recibirá (como un don, regalo) el beneficio prometido (v. 16). Si la ley provee la base de la bendición heredada, entonces la «fe» y la «promesa» han perdido su significado (v. 14).

¿Qué es la fe? Los versículos 17-22 nos ayudan a entender más acerca de la naturaleza esencial de la fe de Abraham. Puesto que esta fe es como la fe en el evangelio, es bastante importante. En primer lugar, la fe de Abraham surgió como resultado de la Palabra de promesa de Dios para él: «Te he puesto por padre de muchas gentes» (v. 17). La fe bíblica auténtica existe sólo como respuesta a la revelación divina (10:17).

Segundo, esta fe está depositada en Dios mismo. El Dios de Abraham no era un desconocido. Él era el Dios que «da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen» (v. 17). El Dios de Abraham es un Dios que es la fuente de toda vida y resurrección, es el Creador. Para que Abraham pudiera tener un hijo, cuando era impotente y su esposa Sara era estéril, se requería un Dios que pudiera actuar y crear la vida usando cuerpos que estaban ya como muertos. Abraham, en el tiempo de la promesa de un hijo, tenía ya cien años y Sara noventa (Gn. 17:17).

Además, la fe tiene un aspecto de futuro en el que también acepta como cierto antes de su cumplimiento lo que Dios ha prometido: «El creyó en esperanza [en la promesa de Dios] contra esperanza [humana]» (v. 18). Él simplemente creyó la palabra dada por Dios. Abraham estaba «plenamente convencido»²¹ y no vaciló como un incrédulo de la promesa de Dios (como estaban haciendo aquellos que negaban esta doctrina de la justificación), sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios (vv. 20, 21). Él hizo lo que aquellos en los capítulos 1 y 2 fallaron en hacer. Abraham reconoció a Dios como Dios, el Creador, y como tal completamente diferente de la creación (santo), poderoso cuando el hombre es débil, vivo cuando ellos están muertos.²² Ninguna confianza en las

obras de la ley pueden dar esta clase de gloria a Dios. Por eso su fe se le contó como justicia (v. 22). Esa fe también nos será contada a nosotros como justicia.

La fe de Abraham y la fe del evangelio (4:23-25)

La misma clase de fe que le fue contada a Abraham como justicia, sin necesidad de obras meritorias, nos hace aceptos a nosotros por medio del evangelio de Cristo Jesús. Esta confianza está depositada en el mismo Dios vivo de Abraham. Él es el Dios que levantó a su Hijo, no de un vientre estéril, sino de la tumba (v. 24). Aun cuando la fe que nos trae hoy absolución y posición correcta delante de Dios no es idéntica en *contenido* a la de Abraham (promesa del nacimiento de Isaac), la fe del evangelio es la misma en *calidad* (no méritos) y en su objeto (el Dios vivo y Creador, que da promesas a los hombres y vida a los muertos). No nos piden que confiemos en una idea teológica o generalización, sino en el Dios que actúa en la historia y en la muerte y resurrección de Jesús. La fe en el evangelio, a semejanza de la fe de Abraham, involucra confianza en los actos históricos de Dios.

Crear en el Dios que levantó a Jesús de entre los muertos es creer también en la explicación divina de esa muerte, «el cual [Jesús] fue entregado [a muerte] por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación» (v. 25).²³ La fe no es un salto ciego hacia un Dios que nos es totalmente desconocido. La fe confía en el Dios de la gracia perdonadora que se revela plenamente en la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret.

Pablo ha armonizado su enseñanza acerca de la justificación con el Antiguo Testamento explicando cómo la fe de Abraham le fue contada por justicia. Ha terminado su argumento principal. Ha hablado por medio de su argumento basado en Abraham (cap. 4) acerca de: (1) La situación humana del hombre bajo la ira de Dios debido a su rebelión (1:18—3:20); (2) la liberación presente y futura del pecador de la ira por medio de la muerte sustitutoria de Cristo Jesús (3:21-31);

y finalmente (3) lo apropiada e indispensable que es la fe como la única forma de asegurar esta absolución delante de Dios. Estas son verdaderamente buenas noticias.

Pablo vuelve ahora a considerar la vida y la situación humana de aquellos que por la fe han entrado en este nuevo estado de aceptación delante de Dios (caps. 5—8). ¿Queda la vida del hombre alterada de alguna manera a causa de esta nueva relación con Dios? Los capítulos del 5 al 8 podemos verlos con provecho como el esfuerzo de Pablo para mostrar que existe en realidad una nueva vida, apesar de ciertos aparentes problemas que parecen indicar lo contrario.

4

LA NUEVA SITUACIÓN: LIBERTAD DE LA IRA DE DIOS 5:1-21

El capítulo 5 presenta un momento crucial en la Epístola a los Romanos. Pablo ahora da por sentado que el lector ha aceptado su argumentación sobre la justificación por la fe, y procede a explicar las implicaciones de esta nueva relación de gracia en las vidas de los justificados. Pablo pasa de un estilo argumentativo a uno confesional, de la segunda y tercera personas a la primera, y de un indicativo de tono declaratorio a un subjuntivo exhortatorio. Aceptar el don gratuito de justicia de Dios también significa aceptar una nueva autoridad sobre la vida. Los capítulos del 5 al 8 tienen que ver con la naturaleza y los efectos de esta vida radicalmente nueva en el mundo, fundada sobre la «gracia» en la cual estamos (5:2).

Debido a que Dios ha resuelto decisivamente en Cristo Je-

sús los problemas gemelos de la muerte y del pecado (5:12-21), una vida de gozo y de justicia no es una mera ilusión para el cristiano sino una genuina realidad (5:1-11). Por ejemplo, el cristiano queda habilitado para vencer el pecado (cap. 6); ya no está bajo el sistema de la ley que nunca podía cumplir (cap. 7); y está liberado del dominio del pecado y de la muerte a fin de vivir una nueva vida de justicia y esperanza en el poder del Espíritu Santo (cap. 8).

LOS BENEFICIOS QUE PROVIENEN DE LA LIBERTAD DE LA IRA DE DIOS (5:1-11)

¿Hay algunos beneficios o frutos en la vida que resultan del acto de Dios de justificarnos por medio de la fe? Pablo refiere que la paz, el gozo, el amor y la esperanza marcan las vidas de aquellos que han sido justificados delante de Dios (5:1-11). Por último, en una sección muy difícil al final del capítulo 5 (vv. 12-21), Pablo presenta una analogía entre Adán y Cristo donde el dominio opresivo del pecado, la muerte y la ley aparecen frente al dominio liberador de la justicia, la vida y la gracia.

Aunque ciertas cosas están claras en esta sección y en la siguiente, debemos admitir que resulta difícil de seguir el hilo preciso de los pensamientos de Pablo en este capítulo. Están claras las bendiciones que vienen a los justificados, tales como paz (v. 1), gozo (gloriamos, regocijamos, vv. 2, 3, 11), amor (vv. 5, 8), y esperanza (v. 2). Por el otro lado, no aparece claro que es lo que está en la mente de Pablo que evoca este énfasis. Quizá está pensando en un objetor que duda de que el método de la justificación por la fe sea seguro después de todo. Pablo, ¿podemos de verdad estar seguros que Dios justifica a los pecadores sólo por la fe? Una actitud así ocul-tándose en lo profundo de la mente de una persona podía destruir todo gozo sobre el nuevo estado ante Dios. En la expresión «mucho más» (vv. 9, 10, 15, 17, 20) Pablo, al estar usando la forma de argumentación común de ir de lo menor a lo mayor, parece estar tratando de balancear los sentimientos

de *inseguridad* que su enseñanza pudiera haber producido.

Paz

«Paz con Dios» es la primera consecuencia de haber sido justificado por la fe (v. 1). Esta paz no es ante todo una tranquilidad psicológica o un sentimiento de calma. Más bien, esta paz debe experimentarse como el estado objetivo de un hombre que ha sido justificado ante Dios. Es lo opuesto de haber estado bajo la ira de Dios (1:18). La relación del hombre con Dios ha pasado mediante la justificación de una situación de rebeldía contra la ley de Dios a otra de estar completamente absuelto, perdonado y habilitado para una nueva vida. La paz representa la conciencia de una relación personal, nueva y profunda con Dios el Juez.¹ Por supuesto, la contemplación interna de este hecho objetivo puede y debería producir un sentimiento verdadero de serenidad y seguridad. Considere, por ejemplo, los resultados de estar bajo la ira de Dios tal como se manifiestan en la vida. Experimentamos alienación de nosotros mismos y de otros, soledad y falta de propósito. El no estar ya más bajo la ira de Dios debería resultar en ser positivamente conscientes de la reconciliación con uno mismo y con otros, y una reorientación significativa con todo el orden creado por Dios (2 Co. 5:17). Una paz así cambia distintivamente nuestra vida. El pensamiento de esta clase de paz lleva a Pablo al final a una discusión sobre la reconciliación (vv. 10, 11).

Gracia y gozo

Pablo puede ahora hablar, sobre la base de esta nueva realidad de justificación, de «esta gracia en la cual estamos firmes» (v. 2). Al estar totalmente aceptado por Dios por medio de la fe, el hombre de fe tiene paz continua con Dios —la cesación de hostilidades— y se regocija de vivir constantemente por la gracia de Dios. Para Pablo, la gracia abarca no sólo el anterior don gratuito del perdón por medio de la muerte sacrificial de Jesús (3:24), sino también todo el estado pre-

sente y futuro del creyente. Tan completa provisión le permite «gloriarse» continuamente. Estando así de asegurado el pasado y el presente, el cristiano mira al más allá, hacia la plena manifestación de la gracia de Dios en el futuro; se regocija en «la esperanza de la gloria de Dios» (v. 2). Hablaremos más ampliamente de esta esperanza de gloria en el capítulo 8. Notemos bien la naturaleza de esta nueva vida. Es al mismo tiempo una vida presente y futura, algo que está a la mano y una realidad que espera su cumplimiento futuro.

Notemos aquí el uso que hace Pablo de la interesante palabra «entrada» (v. 2). En Efesios 3:12 se traduce la misma palabra griega para presentar la imagen del adorador que tiene acceso a la santa presencia de Dios por medio de un sacrificio. En la literatura no bíblica el término transmite la idea de la admisión de embajadores a una audiencia con grandes reyes (véase 1 P. 3:18).² Nuestra relación con Cristo nos proporciona el acceso a la gracia de Dios.

Después de la Guerra Civil, un desalentado soldado de la Confederación se encontraba sentado fuera de los terrenos de la Casa Blanca. Un jovencito se le acercó y le preguntó por qué se hallaba tan triste. El soldado relató cómo había tratado varias veces de ver al presidente Lincoln para contarle que le habían desprovisto injustamente de ciertas tierras en el sur después de la guerra. En cada ocasión que lo había intentado la guardia presidencial que protegía la entrada le había impedido el acceso. El muchacho le hizo señas al soldado de que le siguiera. Cuando se acercaron a la entrada los guardias se fijaron en ellos, pero abrieron la puerta para el muchacho. Él siguió hacia la biblioteca donde descansaba el presidente y allí presentó a su padre al soldado. El jovencito era Tad Lincoln. El soldado había obtenido una audiencia (acceso) con el presidente por medio del hijo del presidente.³ ¡Mucho más deberíamos regocijarnos nosotros por nuestro acceso a la gracia del Rey de reyes!

Esperanza y sufrimiento

No obstante, el regocijo cristiano no está dirigido solamente al futuro glorioso. Pablo dice: «Sino que también nos alegráramos [alegramos, regocijamos] en las tribulaciones [sufrimientos]» (v. 3). Nos regocijamos en la esperanza futura de la gloria de Dios, pero también nos alegramos en las pruebas presentes. ¿Por qué deberían ser las pruebas una ocasión de gozo en la vida cristiana? Porque nos apartan de la confianza en nosotros a la «paciencia». ¿Pero por qué es la paciencia tan valiosa? Porque la paciencia, o perseverancia, es la actitud de mirar más allá de la aflicción inmediata para encontrar su significado último en Dios (Stg. 1:2-4).

Las pruebas, más que destruir nuestra fe, desarrollan en realidad un carácter probado (v. 4).⁴ En esa clase de experiencia que nos hace humildes, las aflicciones nos llevan de la confianza en nosotros mismos a la completa confianza en Dios. La actitud de paciencia en las pruebas le da gloria a Dios y a nosotros nos proporciona un carácter probado (2 Co. 11:30; 12:9). Cuando llegamos al punto de que lo único que nos queda es Dios, nos damos cuenta entonces de que en realidad Él es todo lo que necesitamos. Cuando nos centramos completamente en Dios como resultado de las pruebas, tenemos la seguridad de su amor y aprobación; y esa aprobación fortalece nuestra esperanza en la gloria de Dios (vv. 4, 5). Andrew Murray ha captado bien el pensamiento:

Primero, Él me ha traído aquí,
es por su voluntad que estoy en este aprieto;
me regocijaré en ese hecho.
Después, Él me guardará aquí en su amor,
y me dará la gracia para comportarme como su hijo.
A continuación, Él hará de la prueba una bendición,
enseñándome las lecciones que quiere que aprenda,
y obrando en mí la gracia que me quiere conceder.
Por último, según su sabiduría Él me sacará de aquí,
cuándo y cómo Él sabe mejor.

Estoy aquí: (1) Por decisión divina; (2) Él me guarda; (3)

me entrena; y (4) por el tiempo que Él sabe. De manera que la fe, más bien que estar insegura por causa de las pruebas, usa en realidad las tribulaciones para fortalecer nuestra esperanza en la futura gloria de Dios. La esperanza es probada y fortalecida mediante el sufrimiento.

El amor de Dios

Además, esta esperanza no defraudará («no avergüenza», v. 5). Lo sabemos porque tenemos el conocimiento anticipado de su consumación: «Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (v. 5). El derramamiento del Espíritu Santo parece recordar vívidamente Pentecostés (Hch. 2). El amor que ha sido derramado y que continúa llenándonos (griego, *ekcheō*, derramarse como una corriente) no es nuestro amor por Dios (Agustín), sino el amor de Dios por nosotros (vv. 6-8). La validez de nuestra esperanza queda probada por la experiencia irresistible del amor de Dios en nuestros corazones. Somos conscientes de este amor por la presencia y actividad del Espíritu Santo, que nos fue dado en la conversión (véase 7:37-39). Esta es la primera referencia clara que Pablo hace del Espíritu Santo en la epístola. Debido a que todo en la vida cristiana depende del Santo Espíritu, Pablo elabora más esta verdad en el capítulo 8. No puede dejar este tema del amor de Dios hasta que no haya dicho algo más.

En los versículos 6-8 Pablo amplía el pensamiento de la naturaleza del amor de Dios que se describe mejor mediante lo que hace. La descripción ofrece prueba clara de que Dios ama a los hombres, pecadores tal como son. El amor de Dios queda demostrado principalmente en la cruz: «Cristo murió por nosotros» (v. 8). El Apóstol está deseoso de mostrarnos la naturaleza única de este amor. El amor de Dios no está motivado para nada por ninguna cualidad deseable que haya en la persona amada. Pablo nos llama «débiles» (v. 6), «impíos» (v. 6), «pecadores» (v. 8), e incluso «enemigos» (v. 10). Aun cuando algunos hombres pueden evidenciar su amor

dando su vida por algún hombre bueno (o causa justa), lo que nunca se oye es que alguien haya muerto por su enemigo, pero esto es exactamente lo que Cristo ha hecho.⁵

En el versículo 9 Pablo regresa al pensamiento original del párrafo: los beneficios de la justificación. Puesto que la justificación mediante la sangre de Cristo es ahora una realidad presente: «Tenemos paz para con Dios» (v. 1), el futuro está más asegurado.⁶ La «ira de Dios» se refiere sin duda al futuro «día de la ira» y juicio de Dios (2:5). Si bien la salvación espera su consumación final en el futuro, la evidencia del amor y de la gracia de Dios mostrada en nuestra presente absolución debería más que asegurarnos la liberación futura del juicio de Dios.

Puesto que se usan expresiones paralelas en los versículos 9 y 10 para «justificación» y reconciliación, podemos asumir que son metáforas diferentes que describen la misma realidad. Sin embargo, la idea básica en reconciliación va más allá de la justificación y significa: «Es cambiar por completo una relación desfavorable entre personas.» Nuestra vida de pecado nos constituía en «enemigos» y se requería la cesación de la enemistad y del alejamiento entre Dios y nosotros, o reconciliación: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (v. 10) se refiere a la eliminación objetiva en el pasado del obstáculo entre Dios y el hombre. La expresión «mucho más, estando reconciliados [justificados], seremos salvos por su vida [resurrección]» se refiere a nuestra aceptación de la reconciliación de Dios y mira hacia el futuro con seguridad, basada en la evidencia de la cesación de la enemistad, de que seremos completamente liberados por medio de la vida de Jesús de la ira final de Dios (Ro. 4:25; He. 7:24, 25). Notemos que Pablo siempre une nuestra completa relación con Dios (pasada, presente y futura) con Cristo Jesús.

El versículo 11 repite simplemente el pensamiento del versículo 10 y añade la nota de Pablo de regocijarnos en el hecho de que aquellos que creen en Jesús poseen ahora esta reconciliación.⁷ Probablemente esta idea de

reconciliación, más que ninguna otra que Pablo haya usado, hace hincapié en que en la justificación hay un cambio total en la relación con Dios. La relación con Dios afecta toda la vida del hombre (Col. 1:20, 22; Ef. 2:16). Para el cristiano, el resultado de su respuesta de fe al don de amor de Dios en Cristo es una vida totalmente cambiada (2 Co. 5:19-21). ¿Podemos hacer otra cosa que regocijarnos en esta completa situación de reconciliación?

ADÁN Y CRISTO (5:12-21)

Este pasaje (vv. 12-21) está generalmente reconocido como el más profundo y, a la vez, el más difícil en toda la epístola, y quizá de todo el Nuevo Testamento. Algunos ven esta sección como una inserción brusca, sin relación y por lo general ininteligible en el argumento principal de Pablo. Otros insisten fuertemente en que es el momento cumbre de toda la epístola, a la luz de lo cual se entiende mejor todo el resto.⁸ Algunos también han criticado, quizá con justicia, que es precisamente en este punto en el libro de Romanos donde la teología evangélica, al fallar en mantener el interés, ha debilitado su posición.⁹

El pensamiento principal de todo el pasaje gira alrededor del concepto de dos direcciones representativas (Adán y Cristo) y dos consiguientes grupos de la humanidad, en los que cada persona está unida sólidamente la una a la otra y a sus respectivas cabezas. Esto explica el uso constante que hace Pablo de la palabra «un, uno», como en «un hombre» (v. 12) «si por la transgresión de aquel uno ... de un hombre, Jesucristo» (vv. 16, 17) y así sucesivamente. Lo que tenemos que captar aquí es que Pablo visualiza la condición caída del hombre (bajo condenación), así como su condición de ser salvado (perdonado), no ante todo como una cuestión individual, sino, en un caso como en el otro, como un asunto de ser un representante (1 Co. 15:22, 45-49).

Cristo tiene un tremendo significado histórico. Cuando Adán se apartó de Dios, debido a que él era la cabeza repre-

sentativa de toda la raza humana, su acción no fue algo que le concerniera sólo a él como un individuo. En el acto de desobediencia de Adán, el pecado y la muerte se hicieron universales en todo el orden histórico humano. Por el otro lado, por medio de Cristo, el nuevo representante del hombre, en la misma forma totalmente inclusiva e incluso más, la vida se ha hecho universal en el orden histórico humano. La muerte en la Biblia no es simplemente la terminación de todas las funciones corporales. La muerte física resulta a causa de nuestra propia pecaminosidad y, en última instancia, anula y condena la vida humana. Es muerte en verdad porque el hombre muere como ha vivido, en un estado de rebelión contra su Creador y alienado de sus semejantes.

La vida, por el otro lado, no es la simple continuación de las funciones corporales. En su lugar, la vida procede del don de la gracia de Dios (justicia, perdón) por medio de la relación con Cristo Jesús. Es vida en verdad a causa de la bienaventuranza en esta vida humana de ser liberado de la esclavitud del pecado y de la muerte (He. 2:15), y porque nos lleva a la meta de una vida eterna en esta misma bienaventuranza.

La solidaridad con nuestros semejantes es una realidad que a menudo pasamos por alto en la afirmación de nuestra individualidad. Las palabras de John Donne citadas frecuentemente expresan con elocuencia la verdad de la unidad humana:

Ningún hombre es una isla, completo en sí mismo; todo hombre es parte de un continente, una parte del todo. Si una porción de tierra fuera arrastrada por el mar, Europa sería menor, lo mismo sucedería si fuera un promontorio, o la casa de un amigo, sería como perder algo propio. La muerte de un hombre me disminuye, porque estoy involucrado en la humanidad, y, por consiguiente, nunca pregunte por quién doblan las campanas, tocan por ti.¹⁰

Si preguntamos si la naturaleza humana puede cambiar

alguna vez, Pablo podría responder, no y sí. En Adán la raza humana nunca puede cambiar. Pero ha nacido una nueva humanidad: la vieja «solidaridad en Adán» de pecado y muerte ha sido quebrantada y reemplazada por la «nueva solidaridad en Cristo» de gracia y vida. Sin embargo, en el presente estas dos humanidades se sobreponen la una a la otra en la vida individual del cristiano. Aquellos que estaban anteriormente en Adán, aunque ahora están en Cristo, llevan todavía la sentencia de muerte corporal que le corresponde a la raza de Adán. Pero aquellos que están en Cristo tienen la seguridad de haber recibido de Dios la justificación que produce resurrección de vida.

Subyacente en todo el pasaje (vv. 12-21) puede estar la cuestión de cómo un hombre, Cristo Jesús, podía proveer mediante su muerte y resurrección de semejante esperanza de salvación universal y cierta. El tema de la reconciliación de la humanidad que aparece en los versículos 10-11 podía quizá haber estimulado esa cuestión. La respuesta de Pablo está, extrañamente, no en la apelación a la deidad de Cristo, sino en su perfecta humanidad. Jesús representaba al hombre en la *obediencia* a Dios, así como Adán le representaba en la *desobediencia* a Dios. Si el primer hombre, Adán, podía llevar a toda la raza humana (en él) al pecado y a la muerte mediante un acto de desobediencia, de igual modo (más aun) el Hijo del hombre, el último Adán, podía llevar a toda la raza humana (en Él) al perdón y a la vida mediante un acto de justicia (muerte en la cruz).

En los versículos 12-14 Pablo enfatiza primero la dirección de Adán. La podemos ver en el siguiente diagrama:

De paso, podemos hacer algunas observaciones sobre la historicidad de Adán, un tema de debate en nuestro día. Si insistimos en que es esencial para el evangelio contar con la figura histórica real del hombre Jesús, no la mera idea de un representante en Cristo, ¿podemos entonces eliminar la necesidad de un hombre histórico real, Adán, en favor de la idea de un mero representante simbólico? ¿Puede la idea, más que la verdadera realidad histórica, formar la contrapartida válida de la necesaria realidad de significado histórico real en Cristo? Creemos que es esencial para el argumento de Pablo que Adán, el primer representante del hombre, fuera tan históricamente real como Cristo, el último representante del hombre.

La expresión de Pablo estableciendo la causa de la muerte universal es: «Por cuanto todos pecaron» (v. 12). Se ha desarrollado considerable discusión a lo largo de los años sobre el sentido correcto de esta expresión. Algunos argumentan que todos morimos porque todos pecamos individualmente, como lo hizo Adán (punto de vista pelagiano).¹¹ Pero esta explicación falla en responder por qué todos escogemos pecar y por qué los infantes todavía mueren cuando no han pecado voluntariamente. Otros razonan que la intención de Pablo es que veamos una conexión definida entre el pecado y la muerte de Adán y el pecado y la muerte de todos nosotros (vv. 13-15, 19). Existen tres variaciones principales de esta segunda interpretación. La *primera*, la agustiniana, entiende que todos pecamos «en Adán» en el sentido de que todos estábamos en la simiente de Adán cuando él pecó, y que en un sentido hicimos lo que él hizo (cp. He. 7:4-10). Más popular es el punto de vista de que «porque todos pecaron» se refiere a nuestra «solidaridad» con Adán y, por tanto, el «todos pecaron» del versículo 12 se refiere a los mismos eventos de «la transgresión de aquel uno» de los versículos 15-19,

esto es, la «caída de Adán». Una *tercera* variación del mismo énfasis ve el «todos pecaron» (v. 12) como refiriéndose al pecado personal y real de cada individuo, pero como una consecuencia de su conexión con Adán y su pecado (contrasta esta interpretación con la pelagiana que citamos arriba). Todos pecamos por iniciativa propia y, en consecuencia, morimos, porque todos heredamos la corrupción de Adán. Aunque resulta difícil decidirse entre las variaciones dos y tres, seguiremos la última en la siguiente exposición.¹²

La pecaminosidad universal es evidente incluso en la ausencia de mandamientos divinos específicos desde el tiempo de Adán hasta los días de Moisés, incluso aunque el pecado como violación de un mandamiento revelado no les fuera imputado a los hombres. El pecado lo impregnaba todo y estaba universalmente presente en la humanidad y causaba la muerte (vv. 13, 14). Estos versículos apoyan de manera natural la interpretación adoptada arriba (v. 12), la cual entiende que todos los seres humanos quedaron contaminados en el acto de desobediencia de Adán. Pablo añade que Adán era un «tipo» de uno que iba a venir (esto es, Cristo). Quizá la palabra *analogía* le iría mejor al uso que hace Pablo de la palabra «tipo», si lo entendemos como una contrapartida histórica. «En ambos casos el acto de un hombre tiene consecuencias trascendentes para todos sus semejantes. No es necesario que las maneras de las consecuencias que resultan de los actos tenga que ser exactamente paralelas.»¹³ No puede en realidad haber un paralelo adecuado de Cristo, pero Adán es el más cercano.

En los versículos 15-19 Pablo pone en comparación, mayormente por contraste, la dirección de Cristo con la de Adán. Si la diagramamos aparecería así:

En lo que queda de esta sección Pablo se sale de su camino para enfatizar el hecho de que la gracia de Dios en Cristo opera de forma más inclusiva e intensivamente que el pecado y la condenación de Adán. No puede hacer otra cosa que seguir diciendo «mucho más», «la abundancia», «abundase» en relación con la obra de Cristo por el hombre (vv. 15, 17, 20). Aquellos que están afectados por la transgresión de Adán son mucho más afectados por el acto de justicia del Hombre, Jesucristo.

El versículo 17 es importante y bello. Se refiere a dos gobiernos, o sistemas (muerte y gracia), bajo los cuales viven todos los hombres: «Si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia» (v. 17). El problema principal del hombre es que vive bajo el sistema opresivo del pecado personal y de un sistema corporativo de pecado. Ambos dominios producen en él el temor de la muerte. Pero por medio de la «abundancia de la gracia y del don de la justicia» (v. 17), puede ser liberado de la cautividad y entrar en un sistema completamente nuevo de perdón y vida en el hombre Cristo Jesús.

Esta vida está disponible solamente para aquellos que «reciben» el don (v. 17). Pablo nos recuerda de esta manera todo lo que ha enseñado acerca de la indispensabilidad de la fe (cap. 4). En este pasaje (vv. 12-21) no se enseña para nada el universalismo¹⁴ ni un estricto individualismo, sino el representacionalismo con responsabilidad individual. Nos metimos en esta situación no sólo por una decisión individual, sino también por la relación con Adán, nuestra vieja cabeza;

salimos de ella no sólo mediante una decisión individual, sino por la relación con Cristo, nuestra nueva cabeza. Notemos bien como Pablo enseña enfáticamente la necesidad de la respuesta de la fe o «recibir» esta gracia a fin de que la justificación y la gracia vengan a nosotros.

En los versículos 18 y 19 Pablo continúa el contraste entre Adán y Cristo con el uso de las palabras «todos los hombres», «los muchos». De nuevo surge el problema del universalismo. Pero el pensamiento de Pablo es que en la transgresión de Adán todos los hombres cayeron en realidad bajo condenación, mientras que en el acto de justicia de Cristo¹⁵ todo los hombres entraron en una situación de absolución, que sólo llega a ser real cuando reciben por la fe el don de Dios (2 Ts. 1:8, 9). «Los muchos» del versículo 19 podría referirse a los «todos» del versículo 18, pero la expresión de «los muchos» se refiere a un grupo de solidaridad en una forma que no lo hace el «todos» los hombres. (Ro. 12:4; 1 Co. 10:17). Probablemente este último hecho guarda a la doctrina bíblica del perdón del error del universalismo ya que sólo aquellos que están en el «grupo» de solidaridad participan en los resultados del acto de representación. Sólo aquellos que por la obediencia de la fe están entre «los muchos» de la dirección de Cristo participan en ser declarados justos delante de Dios (Mr. 10:45).

Pero Pablo, ¿no te has olvidado del evento histórico más importante de todos: la dispensación de la ley? ¿Cómo afecta esto la historia de la salvación? En esta ocasión su respuesta es simple y directa (más tarde en el capítulo 7 dará una respuesta más elaborada): «la ley se introdujo para que el pecado abundase» (v. 20). La ley entró (griego, *parerchomai*) como una parte inferior en el plan principal de Dios (esto es, la promesa, Ro. 4; Gá. 3:19). El pecado queda revelado en toda su plenitud como rebelión solamente en la presencia de la ley divina. La ley en realidad no remedia el problema del pecado, por el contrario lo agrava e incluso lo incrementa (7:5-11). Pero el aumento del pecado por medio de la ley no puede frenar la gracia de Dios: «mas cuando el pecado abundó, so-

breabundó la gracia» (v. 20). Por último, los hilos principales de esta sección quedan resumidos en el versículo 21 al contrastar el dominio del pecado por medio de la tiranía de la muerte con el nuevo dominio de la gracia que nos trae justificación (perdón delante de Dios) y vida eterna por medio (sólo por medio) de Jesucristo nuestro Señor.

Para resumir esta sección (vv. 12-21), notamos que nuestro antepasado Adán, como primer *representante del hombre*, hundió a toda la posteridad humana en el pecado y la muerte. La humanidad no podía escapar por sí misma de esa situación. Por el otro lado, como consecuencia de la aparición del segundo y último *representante del Hombre* y de su completa obediencia a Dios, incluso hasta su muerte propiciatoria, emerge una humanidad radicalmente nueva. Esto fue posible porque era desde el principio el Hijo de Dios encarnado. Como hombre se sometió por completo a Dios, incluso hasta la muerte, a fin de que la vida que era particularmente suya como el Hijo encarnado y obediente (esto es, vida eterna) pudiera brotar para toda su posteridad.¹⁶

La condición de vida de pecado del hombre en el mundo puede en verdad cambiarse, pero nunca mediante una acción humana, sino únicamente por medio de intervención divina. Cada elemento en este capítulo converge uno sobre otro para garantizar por medio de la gracia divina la seguridad del presente amor de Dios por nosotros y la futura seguridad contra todo poder que quisiera amenazar y anular nuestra salvación eterna. A la luz de semejante seguridad, cualquier cosa que sea menos que regocijarse continuamente es una burla de la verdad de Dios.

5

LA NUEVA SITUACIÓN: LIBERTAD DE

LA CAUTIVIDAD DEL PECADO

6:1-23

Pablo ha terminado el desarrollo de la tesis y argumento principales de la carta. Ha defendido que todos están bajo condenación por su rebeldía contra Dios, pero que el Creador ha intervenido a favor de todos proveyendo absolución y perdón para ellos por medio de la muerte sustitutoria de Jesús (1:18—3:31). Además, ha declarado que Dios nos ofrece este perdón individualmente sin tener en cuenta nuestras virtudes morales o la falta de ellas. La aceptación delante de Dios viene solamente mediante la fe que confía en el Dios que se revela a sí mismo y que ha actuado a favor de nuestra salvación en la muerte y resurrección de Jesús (4:1-25). Por último, nos ha descrito la base por medio de la cual podemos regocijarnos continuamente en la seguridad de nuestra futura salvación (5:1-11). Insiste en que esta seguridad no se apoya en nuestros logros morales (guardar la ley), sino exclusivamente en la gracia de Dios (5:12-21). Pablo llega incluso a enseñar que aun cuando el pecado abunda, la gracia sobreabunda más (5:20).

Aquí es cuando el Apóstol se acerca peligrosamente al borde de un abismo, un paso en falso y todo lo que ha ganado hasta este momento se puede perder. Porque se podría concluir fácilmente, si le hemos entendido bien a Pablo, que, si la ley está subordinada, y la gracia se manifiesta más cuando el pecado aumenta, los cristianos no tienen razón para ser moralmente buenos. ¿Por qué no seguir pecando cuando la provisión de la gracia podría aumentar (v. 1)? ¿No quedará Dios más glorificado si por causa de nuestro continuo pecar la gracia se manifiesta mucho más? Este es el error antinómico (completa libertad moral) que mal entiende la libertad cristiana y que lamentablemente ha estado presente en todas las épocas del cristianismo, incluso hoy. La gracia de Dios en Cristo Jesús es en verdad libertad (Ro. 6:15-18;

Gá. 4—5), pero libertad *del* pecado, no libertad *para* pecar (1 P. 2:16).

Un caso histórico notable del abuso de la enseñanza de Pablo la podemos ver en el monje ruso Rasputín, el genio malvado de la familia Romanov durante sus últimos años en el poder. Rasputín enseñó y ejemplificó la doctrina de la salvación por medio de repetidas experiencias de pecado y arrepentimiento; él sostenía que, como aquellos que pecan más requieren mayor perdón, un pecador que se entrega continuamente al pecado goza cada vez que se arrepiente más de la gracia de Dios que el pecador ordinario.

En los días de Pablo, el debate sobre el abuso de la doctrina de la justificación giró en dos direcciones. El Apóstol dedica la sección más amplia de los capítulos 6 al 8 para responder a estas dos objeciones. La primera es la objeción ética que presenta la pregunta: «¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?» (6:1). El responde a esto en 6:2-14 apelando a la realidad de un cambio radical interno en la vida del creyente del cual el bautismo da testimonio y que consiste en el hecho de la crucifixión y resurrección del creyente con Cristo.

La segunda objeción es más un problema legal, planteado de igual manera mediante una pregunta en 6:15: «¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?» Pablo responde a esta distorsión apelando primero a la verdadera naturaleza de la libertad cristiana, a saber, la servidumbre a la justicia (6:15—7:6); segundo, mostrándoles la verdadera función de la ley de Moisés (7:7-25); y tercero, iluminando la naturaleza de la vida de libertad en el Espíritu en el capítulo 8. Estos son los capítulos más importantes en todo el Nuevo Testamento al establecer que la vida cristiana es una renovación moral continua y una santificación progresiva.

UNIDOS CON CRISTO EN SU MUERTE Y RESURRECCIÓN (6:1-14)

Recordamos que la acusación (v. 1) era que puesto que el

aumento del pecado lleva a que sobreabunde la gracia (5:20), ¿no seguiremos pecando a fin de conseguir más y más gracia? La primera reacción de Pablo es de indignación: «En ninguna manera» (6:2).¹ Después declara que semejante conclusión contiene una contradicción inherente: «Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?»² Podemos notar desde el principio que este hecho de la muerte del cristiano al pecado es la premisa fundamental de toda la argumentación en este capítulo. La expresión «los que» de este versículo es una forma griega especializada (*hoitines*) que le da sentido a esta paráfrasis: *Nosotros*, los que en nuestra naturaleza esencial somos cristianos (perdonados en Cristo), hemos muerto. La muerte y la vida son incompatibles. Ser cristiano significa haber muerto al pecado. Por consiguiente, es una contradicción moral fundamental para un cristiano estar todavía viviendo en el pecado al cual ha muerto.³

¿Pero cómo morimos al pecado? Pablo responde a esta pregunta usando tres metáforas. Apela primero a la importancia de nuestra muerte al pecado mediante la metáfora del bautismo cristiano. La verdad de su muerte al pecado era desde luego conocida por todos los cristianos en Roma: «¿O no sabéis que todos...?» Con todo, ¿cuánto conocían de verdad de su verdadero significado? Es difícil saber a ciencia cierta dónde Pablo depende del conocimiento común y dónde va más allá de la comprensión popular a su plena implicación. Pero podemos suponer que ellos al menos conocían que estar «bautizados en Cristo Jesús» era equivalente a la completa expresión de ser «bautizados en el nombre de Jesucristo» (Mt. 28:19; Hch. 2:38; 10:48; 19:5).

Ser bautizados en el nombre de Cristo significa estar unidos a Cristo Jesús. Ser bautizados en Moisés quería decir someterse al liderazgo de Moisés y participar en todos los privilegios que eso incluía (1 Co. 10:2). Ser bautizado en el nombre de Pablo significaba bautizarse en el discipulado y dedicación de Pablo, una idea que Pablo rechazó enérgicamente (1 Co. 1:13, 15). En consecuencia, bautizarse en Cristo significa quedar unidos a Él, dedicados a Él y participar en

todo lo que Cristo es y ha hecho. Entonces, si el bautismo significa que los cristianos estamos unidos con Cristo, quiere decir ante todo que estamos unidos con Él en su muerte; esto es, para usar una segunda metáfora, que estamos crucificados con él (v. 6).

Además, nuestra unión con Cristo significa que no sólo estamos identificados con Él al punto de estar «sepultados juntamente con Él para muerte» (v. 4), sino que de igual manera estamos unidos a Él en su resurrección (vv. 5 y 8), a fin de que ahora podamos vivir (comportarnos) una vida (resucitada) nueva (v. 4).⁴ Más tarde se señala que esta nueva calidad de vida resucitada es una clase de vida que se vive en plena obediencia para la gloria de Dios (v. 10).⁵

Pablo sigue reforzando en el versículo 5 el hecho de que estar unidos con Cristo significa participar tanto en su muerte como en su vida de resurrección: «Porque si fuimos plantados juntamente con él [griego, *symphutoi*, creciendo juntos] en la semejanza de su muerte, así lo seremos en la de su resurrección» (v. 5). Las palabras «plantados juntamente» y «semejanza» son muy difíciles de entender. Esta tercera metáfora «plantados juntamente» la podemos entender en el sentido de un injerto en un árbol. Repetimos, esta figura hace hincapié en la unión vital, o fusión.

Pero «la semejanza de su muerte», ¿se refiere al bautismo o a la muerte real de Cristo? Probablemente a ninguna. No significa ni completa identidad (aquello que es) ni simple semejanza (aquello que es semejante a), sino una íntima semejanza (aquello que es exactamente parecido). De manera que no se refiere al agua del bautismo ni a la muerte de Cristo mismo, sino más bien a la transformación espiritual que tiene lugar en la conversión cuando quedamos unidos a la muerte al pecado exactamente como Cristo. No se requiere que tengamos que morir la muerte física real de Cristo, sino morir como lo hizo Isaac en la semejanza y figura de su muerte; esto es, morir al pecado. De forma que la expresión «así también lo seremos en la de su resurrección» no requiere una resurrección física real como la de Cristo, sino sólo mostrar

que el valor de nuestra unión con él ahora en su resurrección hace posible la vida nueva que distingue al cristiano. La «semejanza de su resurrección» es la «nueva vida».⁶

Parece que lo que Pablo tiene en mente en estos versículos es *tanto* la realidad interna de la muerte al pecado *como* el rito del agua bautismal. Sin embargo, el agua del bautismo, debería ser vista en el contexto de la primitiva iglesia, donde era el medio para expresar la fe del creyente en Cristo Jesús. Como tales la realidad y el rito están íntimamente unidos. No obstante, aparece también claro en la enseñanza de Pablo que es la respuesta de fe al evangelio lo que afecta la realidad de la salvación, y no el rito de por sí (1 Co. 1:17).⁷

Más específicamente, «nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él» (v. 6). El viejo hombre se refiere a todo el hombre no regenerado como lo vemos en Adán: el estilo de vida del hombre bajo el dominio del pecado y de la muerte, juicio y condenación (5:12-14). Con esa figura se hace resaltar la naturaleza radical y completa del cambio de la situación de la vida del cristiano (Gá. 2:20; 2 Co. 5:17). Tal crucifixión tuvo lugar con el propósito de que «el cuerpo del pecado sea destruido» (v. 6). El «cuerpo de pecado» no se refiere al cuerpo humano como tal. Tampoco se refiere al cuerpo humano individual en su vieja condición como un esclavo del pecado,⁸ ni, más ampliamente, significa la vieja solidaridad en el pecado y la muerte que como raza humana compartimos en Adán.⁹ En cualquier caso, el énfasis está en la distintivamente nueva vida en la que hemos entrado por medio de Cristo Jesús.

Esta vieja condición «[fue destruida]» (v. 6). El verbo griego para «sea destruido» es *katargeō* y significa que ha quedado «por completo inoperante» o «sin uso». El verdadero propósito, entonces, de estar unidos con Cristo en su muerte es llevar a cabo nuestra libertad de la esclavitud del pecado. Pablo ve esto en la analogía de ser esclavos al dominio del pecado en nuestra vieja condición, «el que ha muerto [con Cristo], ha sido justificado [griego, *dikaioo*, “liberado” o “ab-suelto”] del [dominio del] pecado (v. 7).¹⁰

¿Quiere esto decir que los cristianos ya no pecan o pueden pecar? La experiencia respondería con un enfático no. Pablo también reconoce que los cristianos serios (los justificados) también pueden en realidad pecar (1 Co. 1:2, 9, 11; 3:1-4; 5:5; 6:11). Lo que él está enseñando es que la apetencia y la necesidad de pecar ha sido quebrantada. El cristiano *puede* pecar, pero el hecho es que ya nunca más *necesita* pecar, porque ha sido anulado este poder de la naturaleza pecadora humana en Adán.

¿Pero cómo puede hacerse una realidad en nuestras vidas diarias el quebrantamiento del poder del pecado? ¿Es la vida cristiana simplemente la actividad negativa de no hacer aquellas cosas que antes practicábamos? Pablo responde a estas preguntas enfocando la atención en el lado positivo de nuestra unión con Cristo. Esta es en realidad la respuesta a la pregunta crucial que encontramos en el versículo 1 de por qué los cristianos deberían llevar una vida moral. Al pensar en la muerte de Cristo, nuestra atención se enfoca también inmediatamente en la contrapartida histórica de aquella muerte: la resurrección de Jesús.

En los versículos 8-10 el apóstol Pablo describe la clase de muerte que Jesús tuvo y la clase de vida resucitada que ahora vive. Jesús «murió una vez por todas» (v. 10). Cristo murió una vez por todas al poder del pecado sobre su vida. No es que él mismo pecara, sino que en su total identificación con nosotros los pecadores en la cruz, experimentó el poder del pecado teniendo dominio sobre Él y llevándole a la muerte (2 Co. 5:21; 1 P. 2:24). Él murió una vez en obediencia a Dios, pero lo hizo bajo el poder del pecado a fin de que pudiera quebrantar el poder de esclavitud del pecado sobre nuestras vidas (8:3). Cristo ahora resucitado de entre los muertos vive una vida exclusivamente para Dios. Vive en completa obediencia —nunca vivió de otra manera— a Dios, pero sin tener que enfrentar de nuevo las perspectivas del pecado y de la muerte. De forma que los cristianos que mueren esta clase de muerte (una de victoria para siempre sobre el poder del pecado), comparten también con Cristo

esta nueva vida (totalmente para Dios, de gustosa obediencia a Él). Si esto es cierto, cualquier insinuación de que la justicia de la fe lleva a una vida de continuo pecado y desobediencia es completamente contraria a las realidades de nuestra nueva relación con Cristo.

Pero esta victoria sobre el pecado en la vida no es un proceso automático. Pablo declara que continuamente debemos «[considerarnos] [tiempo presente] muertos al pecado [como un poder esclavizante], pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (v. 11). La práctica de victoria sobre el poder esclavizante no viene por esforzarnos más o por negarnos más a nosotros mismos, sino por «considernos». Esta es la misma palabra que se usa para describir como Dios le «contó» a Abraham su fe como justicia (4:3). «En Cristo Jesús» quedamos de nuevo relacionados con Dios. Esta nueva relación nos ha puesto en una posición completamente diferente a la anterior de esclavización del pecado. Cuando se presenta la provocación a hacer el mal (desobedecer a Dios), debemos contar con el hecho de que ahora estamos en Cristo, que somos parte de una nueva humanidad que está libre de la vieja cautividad que nos llevaba a seguir los dictados del pecado. Crisóstomos (407 d. de C.) expresó el desafío moral en sus memorable frase: «Si muere en el bautismo, ¡siga muerto!» Además, estamos vivos con la vida de resurrección de Cristo para servir en obediencia a Dios. La muerte victoriosa de Cristo sobre el poder del pecado es también nuestra victoria; la resurrección de Cristo a una vida de continua obediencia a Dios es también nuestra nueva vida.

Alguien podría decir suspirando, ¿pero Pablo es que no somos todavía humanos? ¿Es que no vivimos en un mundo lleno de codicia y malos deseos? Él responde en los versículos 12-14 con exhortaciones basadas en la verdad que ha establecido en los versículos 1-11. Las «concupiscencias» (apetitos) (griego *epithumiais*, deseos) son los valores que nos alejan de la obediencia a Cristo (v. 12). Son la mortaja que llevamos de la antigua vida a la nueva. Para decirlo específicamente, son los hábitos de pecado aprendidos en la

viejo estilo de vida adámico. Debemos rebelarnos y luchar contra el dominio del pecado, porque somos como «vivos de entre los muertos» (v. 13). Para el cristiano la vida es una gran paradoja. Está muerto al pecado, pero todavía vive con él; está vivo con Cristo, pero se halla todavía en un cuerpo mortal; es totalmente justo mediante la justificación de Dios, pero todavía es un pecador necesitado de progresar en la obediencia a Dios en la santificación (v. 19). El cristiano vive entre dos edades. Está llamado a vivir ahora en la vieja edad como si la nueva ya hubiera llegado («como vivos», v. 13). En realidad el creyente participa ya mediante la justificación en la gloria futura en Cristo.

La clave para esta nueva vida está en: (1) «consideraos» (v. 11) y (2) «presentéis» (v. 13). «Presentar» (griego, *paristanō*) significa ponerse a disposición de otro para servir. Como cristianos debemos cesar en ofrecer nuestros miembros (tales como el ojo, la mano, el pie) al pecado como «instrumentos» contra Dios para el establecimiento de la injusticia. Antes bien, debemos entregar sin demora todo nuestro ser a Dios como vivos en la vida resucitada de Jesús y ofrecer nuestros miembros a Dios como instrumentos contra el mal para el establecimiento de la justicia (v. 13). Huelga decir que la presentación continua, momento tras momento, de nuestros miembros corporales a Dios sólo puede hacerse después de haber presentado nuestra voluntad a Dios sin reserva. Esta distinción se refleja en la traducción en la que se manejan de forma diferente los dos diferentes tiempos verbales que Pablo usa para los dos casos de «presentar» en el versículo 13.¹¹

Pablo declara en el versículo 14 que el pecado no tendrá dominio sobre nosotros porque «[no estamos] bajo la ley, sino bajo la gracia». ¿Qué significa no estar bajo la ley sino bajo la gracia? Aunque hay diferentes interpretaciones,¹² Pablo probablemente no tiene en mente la liberación del cristiano de la naturaleza moral de los mandamientos (contra los que está argumentando), sino la libertad de la ley como sistema tanto de justificación como de esforzarse por la virtud ética (santifi-

cación). El sistema de la ley causa que el pecado se fortalezca y se multiplique (5:20), porque no ofrece otra cosa que condenación para sus violadores (4:15; 7:10) debido a la debilidad de la carne humana (8:3). Por lo tanto, estar bajo la ley es estar bajo la esclavitud del pecado, porque la ley agrava el pecado y condena al pecador, y además no tiene poder para liberar al transgresor. Abundaremos más en este punto más tarde (7:1 ss.).

La gracia, por el otro lado, representa todo el poder liberador y la virtud de la muerte y resurrección de Cristo. La gracia fue manifestada para liberarnos de la esclavitud del pecado proveyéndonos todo lo que necesitábamos para servir a Dios en amor obediente. ¿Ve usted entonces cuán contradictorio es preguntar si deberíamos vivir en el pecado a fin de que la gracia pueda abundar?

SOMETIDOS A LA JUSTICIA (6:15-23)

Aunque el problema moral de la libertad de la ley se considera más específicamente en 7:1-6, Pablo empieza a responder en una forma general a esta obvia dificultad. Él ya ha declarado que estamos libres de la ley y vivimos bajo la gracia (6:14). Un objetor podría decir: Pablo, si ese es el caso, ¿no podríamos ignorar la ley y el pecado (violación de la ley), ya que la ley no está sobre nosotros? El Apóstol responde de la misma manera que la vez anterior (v. 2), con un enfático: «En ninguna manera» (v. 15). Esta respuesta muestra claramente que estar libre de la ley no significa ser indiferente hacia la voluntad moral de Dios. Libertad de la ley no es libertad para pecar. Sin la ley moral de Dios, el hombre pierde la capacidad de reconocer la seriedad del pecado. La ley puede ser impotente para prevenir el pecado, pero los mandamientos de Dios aseguran al menos que el pecado será tomado seriamente. Puesto que la ley de Dios revela su voluntad, el cristiano nunca puede ser indiferente hacia ella. Hay un sentido en el cual el cristiano no está bajo la ley y hay otro sentido el que sí está (Ro. 13:8-10; 1 Co. 9:21). En

nuestro tiempo de relativismo moral, es especialmente importante prestar cuidadosa atención a la enseñanza de Pablo. Hablaremos más acerca de esto después (13:9, 10).

En los versículos 16-23, Pablo describe la libertad cristiana como esclavitud a la voluntad de Dios (justicia). Emplea para ello la analogía natural («hablo como humano» o «en términos humanos», v. 19) de la relación esclavo-amo para persuadirnos.¹³

Cuando alguien se ofrece a otro voluntariamente como siervo, se convierte entonces en el siervo exclusivo de *aquel* amo, y de nadie más (v. 16). La analogía de amo-esclavo es bastante apropiada, ya que nadie podía ser esclavo de dos amos diferentes al mismo tiempo. La naturaleza de la esclavitud lo imposibilita. Jesús dijo: «Ningún siervo puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas» (Lc. 16:13; ver Jn. 8:34). En el corazón del hombre (el centro religioso de la existencia humana), sólo hay dos opciones disponibles para su obediencia. Un hombre escoge como señor al pecado o a Dios. Escoger ser libre para seguir sus propios deseos es en realidad escoger el pecado como amo (v. 12). El pecado lleva en última instancia a la muerte eterna; la obediencia a Dios lleva a la vida eterna (v. 23).

Pablo confía en que los romanos han respondido a aquella «forma de doctrina» (o forma de enseñanza) predicada en el evangelio concerniente a la obediencia a Dios por medio de Cristo Jesús (v. 17). Notemos que el evangelio llegó a ellos con un contenido definido, al cual ellos se habían entregado (Ro. 6:17; 1 Co. 15:3).¹⁴ Vemos por la mención de Pablo de esta «forma de doctrina [enseñanza]» que el evangelio no era sólo de él; sino que era el mensaje cristiano común. Las buenas noticias no sólo los liberaba de la esclavitud del pecado, sino que también los esclavizaba a su nuevo amo, la justicia (v. 18). Quedan libres del pecado para ser siervos de Dios y de la justicia (la virtud ética, en este contexto).

Pablo continúa su exhortación a efectos de que no deberíamos poner los miembros de nuestro cuerpo a disposición de la impureza (servir a sus propias pasiones), lo que lleva a

más y más impiedad (indiferencia moral), sino poner esos miembros corporales a disposición de la justicia (la voluntad de Dios) para «santificación» (v. 19). El término «santificación» (griego, *hagiasmos*) es parte de un grupo de palabras en el Nuevo Testamento que incluye las palabras «santo», «santidad», «purificar». Significa ante todo ser apartado por completo para el uso, o servicio, de Dios. En segundo lugar, debido a esta relación, significa adquirir ciertas cualidades morales de aquel para quien es apartado. La santificación sigue a la justificación, como la fruta al árbol; nunca es al revés, que la justificación siga a la santificación (esto es, que el árbol le siga al fruto). El proceso de la santificación es la obra del Espíritu Santo, y Pablo desarrollará esto en el capítulo 8.

Finalmente, el pasaje enfatiza de nuevo el contraste entre la obediencia al pecado en la antigua forma de vida no cristiana y la obediencia a Dios (vv. 20-23). El servicio hecho al pecado y el servicio hecho a Dios produce cada uno su propio premio o fruto, y también su propio producto final. El fruto del pecado consiste de cosas de las que ahora los cristianos se avergüenzan y llevan finalmente a la muerte (eterna) (v. 21). Por el otro lado, el fruto de Dios consiste en santificación (virtud ética) (Ro. 6:19; Gá. 5:22, 23) y finalmente lleva a la vida eterna (v. 22). Para resumir, Pablo declara que el viejo amo de pecado (la vida en Adán, 5:12-14), paga el salario final de la muerte.¹⁵ El pecado nos engaña; nos ofrece vida y termina pagando con la muerte. Como la «paga» del pecado es un proceso continuo, podemos pensar de la «muerte» no sólo como la paga última, sino también arrojando su sombra sobre la existencia presente. Por otra parte, el don gratuito de Dios (no la paga) ofrece al final vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (v. 23), el cual también arroja su sombra sobre esta vida.

De manera que el nuevo dominio de la gracia por medio de la justificación por la fe lleva no a una vida que se vive en pecado sino a una nueva vida en Cristo en el servicio de la justicia (voluntad de Dios). El dominio del pecado bajo el sistema de la ley que esclaviza a los hombres ha quedado ahora que-

brantado y reemplazado por el dominio de la gracia. Pero el cristiano toma el pecado seriamente porque la gracia, más que liberarnos para ser siervos de nuestras propias bajas pasiones, nos ha liberado en vez de eso para Dios y su justicia, con el resultado de un servicio fructífero y santificación ética.

La piedra angular, pues, de la vida cristiana es una obediencia completa a la voluntad de Dios revelada en Cristo Jesús nuestro Señor. Dietrich Bonhoeffer, el polémico teólogo alemán, escribió algunas palabras no polémicas acerca de esta *costosa gracia*:

La gracia barata es la justificación del pecado sin la justificación del pecador ... quien se aleja del pecado y de quien se aparta el pecado. La gracia barata *no* es la clase de perdón que nos libera de las redes del pecado. La gracia barata es la gracia sin discipulado, gracia sin la cruz, gracia sin Cristo Jesús, viviente y encarnado. La gracia costosa es la gracia de Cristo mismo, que prevaleció entre los discípulos para dejarlo todo y seguirle a Él. Cuando Lutero habló de la gracia, él siempre daba por supuesto que como un corolario le costaría su propia vida, la vida que estaba por primera vez sujeta a la absoluta obediencia de Cristo. Bienaventurados son aquellos que conociendo esa gracia, pueden vivir en el mundo sin pertenecer a él, quienes por seguir a Cristo Jesús están tan seguros de su ciudadanía celestial que se sienten completamente libres para vivir sus vidas en este mundo.¹⁶

¿Pero qué acerca de este asunto de la ley (6:14)? ¿Cómo pasamos del dominio de la ley al dominio de la justicia? ¿Qué entonces acerca de la ley? ¿No termina eso siendo después de todo una mala negociación? ¿Para qué fue dada la ley? Debemos de escuchar lo que nos tiene que decir Pablo sobre esto en el capítulo 7.

6

LA NUEVA SITUACIÓN: LIBERTAD DEL DOMINIO DE LA LEY

7:1-25

Este capítulo continúa respondiendo a la objeción de que estar bajo el dominio de la gracia y no de la ley es ser indiferente hacia el pecado. Pablo ha respondido ya a esta objeción en un aspecto al mostrar que el cristiano es libre del pecado sólo para ser esclavo de Dios y de la justicia (6:15-23). Pablo anteriormente había hecho sólo afirmaciones acerca de la ley: «pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios; ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (3:19, 20); «¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley» (3:31); «pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión» (4:15); «pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia» (5:20); «¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?» (6:15).

Estas declaraciones de Pablo acerca de la ley parecen contradecirse la una a la otra. Por un lado, él obviamente toma la ley (es decir, la ley judía como aparece contenida en el Antiguo Testamento) como la expresión definitiva de la voluntad de Dios para el ordenamiento de la vida humana (2; 3:31). Por el otro lado, mantiene que la ley no capacita al hombre

para escapar de la existencia terrenal orientada hacia el pecado en la que se encuentra (3:20; 4:15; 5:13, 20). El capítulo 7 provee de algunas pistas para reconciliar estas polaridades aparentemente opuestas.

La historia de la controversia sobre la función de la ley en la vida cristiana es larga y variada. Lutero veía la ley como jugando sólo un doble papel negativo: (1) su función *civil* es restringir el pecado mediante la amenaza del castigo, y (2) su función *teológica* es incrementar el pecado, especialmente en la conciencia, y mostrarle al hombre cuán corrupto realmente es. Calvino, por el otro lado, intentó sintetizar el evangelio y la ley y vio su propósito primario para el cristiano como *didáctico*, o de *instrucción*, para ayudarlo a entender la voluntad de Dios y animarle a la obediencia. Paul Althaus, un teólogo alemán contemporáneo, ha sugerido en días recientes otra tesis. Él entiende que el Nuevo Testamento enseña que los mandamientos amorosos de Dios que expresan su deseo de comunión con nosotros se han convertido en ley a través de la caída, y que como tales son normas negativas y prohibitivas que condenan al hombre. No obstante, a través del evangelio la misma ley se transforma una vez más en mandamientos amorosos de Dios. En este sentido estaríamos de acuerdo con Calvino en que el cristiano está libre del legalismo, pero no de los mandamientos.¹ El no clarificar esta distinción entre la ley y el legalismo puede llevar a dos extremos: (1) al legalismo moderno o (2) al libertinaje en nombre de la «libertad».

La relación de la ley con la ética cristiana ha recibido hoy renovado interés debido a la enseñanza popular de la ética de situación, que mantiene que la única norma absoluta para los cristianos es el amor. Para los defensores de esta posición, tales como Joseph Fletcher, estar gobernados por la norma de los mandamientos divinos es legalismo. Según él, si yo determino que el amor (como yo lo entiendo) se cumple mejor en una situación dada dejando a un lado una o todas las normas divinas, yo estoy en libertad y debo dejarlas a un lado.² Puesto que los apóstoles rechazaron el desorden moral

(1 Jn. 3:4-6), la cuestión de la relación de los cristianos con las normas de Dios puede ser crucial para la comprensión de quien es hoy un auténtico discípulo de Cristo.

LA ANALOGÍA DEL MATRIMONIO (7:1-6)

La cuestión de por qué el pecado no se enseñoreará de nosotros porque estamos bajo la gracia y libres de la ley (6:14) salta a primera plana. Es el punto más importante, y también el más difícil, de toda esta amplia discusión de Pablo. Primero, se declara la verdad general de que es la naturaleza de la ley (de cualquier ley) tener dominio sobre la persona mientras que esta vive (v. 1). Por ejemplo, la ley del matrimonio (sea judío o romano) une a dos personas juntas mientras que los dos viven. Pero si el marido (o la esposa) muere, la ley que los unía en matrimonio queda cancelada, y en este caso la viuda ya no está bajo la ley del matrimonio. Sería considerada legalmente una adúltera si, mientras su esposo viviera, se juntara con otro hombre; pero, cuando su esposo fallece, ya no está obligada por la ley y puede casarse con otro hombre (vv. 2, 3).

Hasta aquí esto es todo lo que Pablo ha dicho. Su intención no es enseñar a favor o en contra del divorcio en este contexto. Simplemente quiere ilustrar el hecho de que en términos comúnmente aceptados, la muerte cancela las obligaciones de la ley del matrimonio.

¿Pero qué significa esto? No debemos intentar forzar la analogía de Pablo y hacer de ella una completa alegoría (donde cada parte tiene una contrapartida análoga), porque ya no sería completamente apropiada. En la aplicación de la analogía que da en el versículo 4, el cristiano queda representado por la mujer en la ilustración, y la ley por el marido. Así como la ley que une a una mujer a un hombre queda anulada por la muerte del hombre, de igual manera la ley a la cual los hombres debían anteriormente obediencia queda a un lado por medio de nuestra muerte con Cristo. La realidad de la muerte permite que tenga lugar un nuevo matrimonio

(esto es, con el Cristo resucitado). Visto que estábamos anteriormente ligados por la ley (de Moisés), ahora «habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo»,³ y somos libres de unirnos a otro Señor, de aquel «que resucitó de los muertos». Este pensamiento une en paralelismo Romanos 6:5-8 y Gálatas 2:19, 20: «Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.» ¿Por qué era necesario morir a la ley? A fin de que el «fruto» del Espíritu pudiera brotar (vv. 4, 6).

¿Por qué la ley no era capaz de generar vida y fruto para Dios? Porque antes de que fuéramos cristianos («mientras estábamos en la carne»)⁴ las pasiones e impulsos conectados con pecados eran despertados en nosotros por medio de la ley (v. 5). Estas pasiones usaban nuestros miembros corporales para producir pensamientos y actos caracterizados por la muerte. Esta la misma idea que Pablo desarrolla en 6:20-22, con la conexión agregada en este contexto entre la ley y el pecado. Tal era nuestra condición fuera de Cristo y de la gracia. «Pero ahora» (v. 6) que somos cristianos, unidos al Cristo resucitado, hemos sido liberados (v. 2) de la ley de Moisés que nos mantenía cautivos. «Régimen nuevo del Espíritu» (v. 6) es una referencia al Espíritu Santo (cap. 8), que afecta la novedad de vida en el servicio a Dios; mientras que «el régimen viejo de la letra» se refiere al abordamiento legalista de las tablas de la ley (2 Co. 3:3), que fueron incapaces de producir una vida de justicia delante de Dios porque en el contexto de todo el sistema de ley trajeron condenación. ¿Pero cómo o en qué sentido nos mantuvo «sujetos» la ley (v. 6)?

Pablo había creído, junto con algunos de sus contemporáneos judíos, que en la observancia de la ley se encontraba el único camino de aceptación y paz con Dios (Dt. 4:1; 6:25; Ro. 7:10). Como un legalista buscando la justificación de Dios, intentó cumplir con las estrictas observancias legales de toda la ley (Fil. 3:6). Pablo vio la ley como la norma de Dios, pero también en la forma negativa de que despierta el pecado (5:20; 7:8) y lleva a la persona a la muerte y a la condenación

(7:9, 10; 2 Co. 3:7, 9). ¿Por qué había cambiando tan radicalmente su visión de la ley? La única respuesta adecuada está en su encuentro con el Cristo resucitado en el camino de Damasco y su aceptación de Jesús como el Cristo (Hch. 9). La ley había sido cumplida por Cristo Jesús.

¿Cómo cambió esto su manera de ver la ley? De la siguiente forma: ¡Jesús estaba vivo! Esto significaba que Dios le había aceptado, y que la maldición de la cruz no era por causa suya, sino nuestra (Gá. 3:10-13). Pablo había guardado la ley intachablemente, no obstante había estado de acuerdo en la justicia de la crucifixión de aquel joven carpintero de Nazaret. Había guardado la ley (pensaba él), y, sin embargo, era todavía el «primero de los pecadores», porque había perseguido a aquellos que creían en Jesús como el Mesías (1 Ti. 1:13, 15). La ley, entonces, no le había hecho justo delante de Dios, porque había hecho mal uso de ella como la oportunidad para jactarse de su propia bondad. La ley había producido en Pablo exactamente el efecto contrario del que él había supuesto. En vez de hacerle justo ante Dios, le había en realidad condenado. ¿Cómo puede el pecado pervertir el uso recto de la ley?

LA VERDADERA NATURALEZA DE LA LEY (7:7-25)

Pablo en realidad encontró en su experiencia que la ley que prometía promover la vida, en vez de eso le provocaba al pecado, y según el pecado aumentaba la muerte dominaba. ¿Cómo podía ser eso? Cuando la ley fue originalmente dada a Israel en el Sinaí (Éx. 20), también ofrecía la promesa de vida a aquellos que la cumplieran (Dt. 4:1). No obstante, según Pablo: «Porque si la ley dada pudiera vivificar, la justicia [el perdón y vida] fuera verdaderamente por la ley [de Moisés]» (Gá. 3:21). Pero algo está fallando. El gran problema es que todos los hombres son transgresores de la ley (Gá. 3:22). La vida, bajo el sistema de la ley, estaba sólo garantizada para aquellos que cumplían perfectamente con los requerimientos de los mandamientos de Dios (Gá. 3:12; Lv. 18:5).

Fallar en un punto de la ley era hacerse transgresor de la ley, y ningún transgresor de la ley podía recibir la vida sobre la base de haber guardado la ley (Stg. 2:10). Los resultados de violar uno de los mandamientos de la ley no es como los efectos de romper una de las cerdas de la escoba, pues podemos seguir barriendo bastante bien con las cerdas rotas. Las consecuencias de quebrantar un mandamiento es más semejante a romper la vidriera de una ventana; lo rompe en un lado y deshace toda la vidriera. Dios no nos califica de cualquier manera. Quebrantar la ley significaba que la «maldición» de la ley caía sobre la vida (Dt. 11:26-28; 27:26; 28:15-68).⁵

Pablo interpreta la maldición de la ley como involucrando finalmente condenación y muerte eterna (Ro. 5:15, 18). Bajo tales condiciones de la ley, nuestras posibilidades de justificación eran nulas. Pero Dios intervino por medio de Cristo, quien, aunque nacido bajo la ley, no fue condenada por ella, sino que la cumplió (Mt. 5:17). Por tanto, cuando Jesús murió, Él cargó por nosotros con la maldición de la ley en su propio cuerpo (Gá. 3:13). Dios tomó la condenación que la ley establecía por nuestras violaciones de los mandamientos y las clavó sobre Jesús en la cruz (Col. 2:14; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24). De manera que en la muerte de Cristo morimos a la esclavitud de la ley, y ahora le servimos a Dios por medio del Espíritu sin ningún temor de condenación por violar uno de los mandamientos de Dios (8:1).

¿No era la ley, entonces, en realidad algo malo («pecado», v. 7)? La respuesta de Pablo es un no enfático: «En ninguna manera.» «La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno» (v. 12). El Apóstol tiene que manejar el timón correctamente entre los dos peligros gemelos del legalismo y de la indiferencia moral a la ley divina. Por un lado, Pablo afirma enfáticamente que no hay nada malo con la ley («espiritual», v. 14), no obstante, la ley demuestra en la experiencia que es ineficaz para rescatar al hombre de su situación pecaminosa. El problema no está en la ley; el culpable es la naturaleza pecaminosa sobre la que tiene que actuar.

Incluso alguien como Rembrandt sería incapaz de pintar sobre un pañuelo de papel. ¿Culparíamos al ancla si el barco se va a la deriva cuando está anclado sobre el lodo?

En los versículos del 7 al 13 Pablo usa el décimo mandamiento, «No codiciarás», para ilustrar cómo el mandamiento santo funcionando en la naturaleza pecaminosa del hombre termina en realidad produciendo «toda codicia» (v. 8). El pecado usa el mandamiento bueno como una «oportunidad». La palabra griega (*aphormē*) aparece a menudo usada en los contextos militares y comerciales para indicar la base de operaciones para una expedición o una guerra.⁶ El pecado lanzó un ataque contra el hombre y maliciosamente usa el mandamiento como una posición segura para avanzar.

Cuando acercamos un globo inofensivo lleno de agua caliente a una serpiente de cascabel, la serpiente ataca al sentir el calor e inyecta su veneno en el globo. Hasta que el globo no aparece, el veneno está oculto en la glándula de la serpiente, pero el globo provee de la «ocasión» para la liberación del veneno a la vista de todos. De igual manera, la ley, aunque buena en sí misma, tiene el efecto de hacer que salga el veneno del pecado del hombre en la forma de actos deliberados de rebelión contra Dios. En *El progreso del Peregrino*, de Juan Bunyan, Cristiano es llevado por Intérprete a un cuarto espacioso (el corazón) lleno de polvo (el pecado). Un hombre (la ley) viene a barrerlo con una escoba, haciendo que el polvo se levante de tal manera que Cristiano queda casi sofocado.⁷

Los versículos 7-12 describen a Pablo (y a todos nosotros) en su experiencia como jovencito o en su experiencia como fariseo afligido por sentimientos de culpa. Cuando un jovencito judío llegaba a la edad establecida para asumir su propia responsabilidad por el cumplimiento de los mandamientos (*Bar Mitzvah*), él podía descubrir también un nuevo deseo de entrar en el mundo prohibido sobre el cual Dios ha puesto lo que a él le parece una restricción injustificada.⁸ De este modo, al intentar guardar los mandamientos de Dios, muere en

la experiencia de desilusión y decepción. Porque en vez de recibir vida por medio de los mandamientos, experimenta muerte porque no puede hallar el poder para cumplirlos y queda así separado de su Creador (vv. 9, 10). Pablo se da prisa en enfatizar que la falla no está en el mandamiento, porque este es la verdadera expresión de la voluntad de Dios, sino en la naturaleza pecaminosa del hombre que toma el mandamiento bueno y por medio de él nos trae la muerte a nosotros (vv. 11, 12). El pecado queda al descubierto, por medio del mandamiento, en todo su carácter de rebelión (v. 13). A semejanza de una placa de Rayos-X, la ley revela el cáncer del pecado dentro de nosotros. La ley es ciertamente «espiritual» en que procede del Espíritu de Dios y es una verdadera expresión de su voluntad (v. 14). La ley de Dios vino a fin de que pudiéramos reconocer el pecado (3:20; 7:7).

Hemos evitado a propósito hasta este momento considerar el problema principal de interpretación de este capítulo, el cual ha producido divergentes puntos de vista. Este es el problema: Cuando Pablo usa la primera persona singular Yo (vv. 7-25) y el tiempo presente (vv. 14-25), ¿se está refiriendo a su propia experiencia personal como un hombre no regenerado bajo la ley o a su experiencia como cristiano? Aunque la cuestión de cuándo ocurrió esta experiencia no es realmente el asunto principal de Pablo,⁹ ha preocupado profundamente a los cristianos de todos los tiempos. En una conferencia sobre la descripción que Pablo hace de sí mismo de «estar entregado al pecado», el doctor Alexander Whyte dice:

Tan pronto como mi amable librero me envía un nuevo comentario sobre Romanos para que vea si me interesa, busco de inmediato el capítulo siete. Y si el comentarista me presenta a un hombre de paja en el capítulo siete, cierro el libro rápidamente. Se lo devuelvo cuanto antes con la nota: «No, gracias. No quiero gastar en un hombre así el dinero que tanto me cuesta ganar.»¹⁰

Es también posible tomar el «yo» en los versículos 7-13 refiriéndose a Pablo el hombre no regenerado (y los hombres no regenerados), y el «yo» en los versículos 14-25 a Pablo el hombre regenerado (y los hombres regenerados). (Barrett, Murray y Cranfield siguen aquí a Calvino.) Esta parece ser la mejor posición.

Si descartamos la posición menos probable de que el «yo» de Pablo en los versículos 14-25 es simplemente una referencia general a la humanidad o al punto de vista de Stauffer sobre el progreso hegeliano de la historia,¹¹ hay tres posibles interpretaciones: (1) Pablo (y todos nosotros), los fariseos no cristianos bajo la ley (los padres griegos, Sanday y Headlam); (2) Pablo (y todos nosotros), el cristiano normal (Agustín, Bruce, Murray), y (3) Pablo (y todos nosotros), el cristiano carnal (W.H. Griffith-Thomas). Aunque parece imposible que podamos nosotros adoptar algunos de los puntos de vista mencionados sin alguna insatisfacción, nosotros consideraremos y discutiremos la segunda opinión. No hay duda de que la razón por la que no hay unanimidad entre los comentaristas en la interpretación de este pasaje es porque relata una experiencia psicológica, y dependiendo de nuestra propia experiencia pre-cristiana y cristiana, nos inclinaremos a interpretar la experiencia de Pablo de acuerdo con la nuestra propia.

A favor de la primera interpretación están las expresiones en el pasaje que sentimos son incompatibles con el estado cristiano: «Mas yo soy carnal, vendido al pecado» (v. 14); «sino el mal que no quiero, eso hago» (v. 19); «me lleva cautivo... ¡Miserable de mí!» (vv. 23, 24). A favor de la segunda opinión están las expresiones que pensamos son incompatibles con una experiencia no cristiana: «Me deleito en la ley de Dios» (v. 22); «yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios» (v. 25); «el bien que quiero» (v. 19). A favor de la tercera interpretación está el hecho de que la persona descrita parece desear el bien y aborrecer el mal, pero carece del poder para vencer el mal y termina desesperándose (vv. 18, 24). Puesto que no aparecen referencias al Espíritu Santo en el capítulo 7 (excepto posiblemente en el versículo 6), es obvio para aque-

llos que abogan por la tercera interpretación que Pablo se describe a sí mismo como un cristiano que trata de vivir para Dios en el poder de la carne acomplándose a la ley. De manera que para aquellos que sienten que esta sección describe al cristiano carnal, Pablo está hablando acerca de la incapacidad que la ley tiene en sí misma (esto es, como un sistema total) de producir fruto para Dios.

En nuestra opinión la confusión principal en la interpretación surge debido al intento de forzar una secuencia cronológica o lógica en la experiencia de Pablo del capítulo 7 al 8 en vez de ver los dos capítulos como complementarios. Precisamente porque es la experiencia real de Pablo es por lo que ha surgido toda esta dificultad. Perdemos lo que quiere enseñarnos al involucrarnos excesivamente en el tiempo exacto en el que él experimenta esta desesperación. Lo que Pablo busca describir es la verdad de la presencia continua de la naturaleza pecaminosa en la persona redimida. Cuando llegamos al capítulo 8, el cuadro cambia con el énfasis en la vida del poder del Espíritu Santo. No obstante, este nuevo énfasis en el capítulo 8 no tiene el propósito de negar que cada cristiano a lo largo de su vida experimenta hasta cierto punto los sentimientos del capítulo 7. Pablo nos da en el capítulo 8 la experiencia complementaria y simultánea de nuestras vidas (Cranfield).

Es evidente que hay un conflicto, o batalla, descrita en los versículos 15-25 que no aparece en los versículos 7-13. Pablo también cambia los tiempos de los verbos en el versículo 15, usando el tiempo pasado en los versículos 7-14 y después el presente en los versículos 15-25. ¿No podría esto sugerir que la primera sección (vv. 7-13) tiene que ver con la experiencia pasada de Pablo como hombre no regenerado bajo la ley que corresponde a las palabras en el versículo 5: «mientras estábamos en la carne... llevando fruto para muerte», mientras que del versículo 15 en adelante está describiendo la manera en que la naturaleza pecaminosa opera dentro de él como persona redimida que desea hacer el bien? Pablo describe el mismo conflicto (vv. 15-25), difícilmente po-

sible en uno que ha *muerto* (vv. 9, 11), en Gálatas como un conflicto en el cristiano entre el Espíritu Santo y la carne pecaminosa (Gá. 5:17).

Se le ve preocupado a lo largo de toda la sección tratando de mostrar que la ley es buena (v. 12), pero impotente por la pecaminosidad humana. Su conflicto interno demuestra la espiritualidad de la ley. Pero no hay ninguna indicación hasta el versículo 25, en el que se anticipa la nueva vida en Cristo, de esperanza más allá de la triste experiencia de este capítulo. Quizá unos pocos comentarios sobre palabras y significados en los versículos 14-25 nos ayudará a llevar esta tediosa discusión a una conclusión fructífera.

En el versículo 14, «carnal» rollizo, gordo, y en consecuencia débil, pecaminoso y transitorio.¹² «Vendido al pecado» (literalmente, bajo el pecado) se refiere a la cautividad producida por el pecado operando por medio de la ley buena (véase también el v. 23). El «no lo entiendo» (griego, *ginōskō*) del versículo 15 revela que Pablo está perplejo por la manera extraña en que la ley actúa en su naturaleza pecaminosa: no puede practicar lo que desea (la ley de Dios). En vez de eso el apóstol termina haciendo lo que aborrece, lo que demuestra que está de acuerdo en su conciencia que la ley es buena aunque no la cumple (v. 16).

El contraste entre «yo» y «el pecado que mora en mí» en el versículo 17 no debería usarse como base para ninguna profunda teoría psicológica. Estas declaraciones deberían ser entendidas como términos populares para describir el conflicto personal de Pablo, y no como un desarrollo técnico de alguna teoría psicológica en particular.

Entenderemos mejor el sentido de la última cláusula del versículo 18 si leemos: «pero no el *poder* para hacerlo.» Los versículos 21-23 contienen varias referencias a la «ley». «La ley de Dios» (v. 22) y «la ley de mi mente» (v. 23) son referencias claras a la ley mosaica. «Esta ley» (v. 21) y «la ley del pecado» (v. 23) se refieren a un tipo de ley falsa, o principio, que opera en la carne pecaminosa que se opone a la verdadera ley de Dios y que lleva al hombre cautivo a cumplir sus

órdenes. La expresión «que me lleva cautivo» del versículo 23 se refiere a hacer prisioneros de guerra en el sentido de que el pecado, luchando contra la voluntad de Dios en mi vida, obtiene la victoria y por medio de la ley me hace prisionero (véanse Lc. 4:18; Ef. 4:8; 2 Co. 10:5). Las experiencias de prisioneros de guerra en Viet Nam hace esto más significativo en nuestro tiempo.

«¡Miserable de mí!» (v. 24) es el gemido de angustia de Pablo; es una expresión fuerte de sufrimiento y dolor. «Este cuerpo de pecado» (v. 24) se refiere al cuerpo humano que por medio del pecado y de la ley ha caído bajo el dominio y la condenación de la muerte. La angustia de Pablo se debe a una condición de frustración, no a la de un ser dividido. Él quiere servir a Dios con lo más profundo de su ser redimido (vv. 15, 19, 21, 22, 25), pero su deseo queda frustrado por la irracionalidad de su verdadera actuación. Clama por liberación de esta naturaleza pecaminosa. Como Tennyson, en *Morte d'Arthur* (La muerte de Arturo) clama: «¡Que un hombre nuevo surja dentro de mí y domine al hombre que soy!» ¿Dónde su puede encontrar tal liberación? Pablo conoce la respuesta porque escribe como un cristiano: «Gracias doy a Dios [porque la liberación viene] por Jesucristo nuestro Señor» (v. 25). Pablo usa en otro lugar exactamente la misma expresión como una referencia a la futura resurrección corporal de los muertos al regreso de Cristo (1 Co. 15:57). La liberación final de esta perpetua frustración viene por medio de la futura redención del cuerpo (8:23). Mientras tanto, la obra presente del Espíritu Santo en el creyente, que anticipa en una pequeña medida la futura gloriosa liberación, le habilita para elevarse parcialmente por encima de la debilidad de la carne humana y vivir para la justicia (cap. 8).

Si la interpretación lógica o cronológica se hubiera enfatizado en los versículos 14-24, la última parte del versículo 25 estaría fuera de lugar. Si Pablo de verdad se estaba dirigiendo a una conclusión en el capítulo que prepararía a sus lectores para un énfasis completamente nuevo en el capítulo 8, él habría terminado con la nota triunfante del 25a; pero termina

la discusión dando lo que parece ser su experiencia presente: «Así que, yo mismo con la mente [su ser interior, su espíritu] sirvo a la ley de Dios, más con la carne [sirvo] a la ley del pecado.» Al terminar de esa manera, enfatiza que incluso él como un cristiano en este mundo no puede escapar a las frustraciones de vivir una nueva vida en Cristo en un cuerpo que, hasta la resurrección, lleva todavía las marcas de la vieja raza adámica; pero el capítulo 7 no es el todo de la experiencia cristiana.¹³

7

LA NUEVA VIDA DEL ESPÍRITU

8:1-39

La situación que encontramos en el capítulo 8 es el lado contemporáneo y complementario de la experiencia cristiana de aquella descrita en el capítulo 7. Este principio de la nueva vida del Espíritu habilita a aquellos que están justificados en Cristo («ninguna condenación», v. 1) para: (1) Cumplir la ley moral (v. 4); (2) elevarse por encima del principio operativo del pecado y de la muerte (v. 2); y (3) gozar de vida y paz (v. 6). En este capítulo Pablo describe muchos de los dones y gracias del Espíritu Santo, quien capacita ahora al cristiano para que experimente en parte lo que disfrutará en su plenitud cuando Cristo vuelva, aunque al mismo tiempo experimenta las frustraciones que aparecen descritas en el capítulo 7.

El capítulo 8 de Romanos es uno de los grandes capítulos de la Biblia. Si la Biblia fuera un anillo y Romanos la piedra

preciosa en el centro, el capítulo 8 sería el punto brillante de la joya. Charles Erdman ha captado muy bien la emoción de entrar en este terreno santo.

Si la epístola a los Romanos ha sido llamada correctamente «la catedral de la fe cristiana», podríamos entonces considerar al capítulo ocho como su capilla más sagrada, o su altar mayor de adoración, alabanza y oración ... Aquí aparecemos con la plena libertad de los hijos de Dios, y disfrutamos de la perspectiva de la gloria de Dios que algún día compartiremos.¹

Bien dicho, porque el capítulo comienza con «en Cristo Jesús» (v. 1) y termina con «en Cristo Jesús Señor nuestro» (v. 39); empieza con «condenación» (v. 1) y termina con «*nada ... nos podrá separar*» (v. 39).

El énfasis en el capítulo 8 está indudablemente sobre la vida en la que mora el Espíritu Santo. Antes de este momento aparecen sólo tres referencias sobre el Espíritu Santo en la carta, pero en este capítulo se le menciona veintiuna veces, más que en ningún otro capítulo en toda la Biblia. Esta vida en el Espíritu se caracteriza como una vida en la que es evidente la demostración y cumplimiento de la voluntad de Dios (vv. 4, 12-14), una vida que aquí y ahora lleva la promesa de la resurrección y de la vida eterna (vv. 6, 10-17), una vida que se vive en esperanza (vv. 17-30), y una vida que experimenta triunfalmente aquí y ahora el amor de Dios en medio del calidoscopio de sufrimientos, gozos, fracasos, injusticias, pérdidas y éxitos de la vida (vv. 31-39).

El amplio razonamiento de Pablo a favor de la naturaleza moral del método de la justificación por la fe (6:1—7:25) alcanza ahora su declaración más clara y completa en los versículos 1-11. En oposición a todas las objeciones supuestas, este método de justificación era el único método posible mediante el cual los pecadores podían ser completamente perdonados y liberados de la esclavitud del pecado a fin de que «las justas demandas de la ley se cumplieran en nosotros» (v. 4, NVI).

Pablo resume primero los anteriores argumentos del libro.

Refiere cómo hemos sido simultáneamente librados de la ira de Dios y de la cautividad del pecado al ser hechos parte de una nueva forma de vida que él describe como andando «no conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» (v. 4).² Esta nueva vida en el Espíritu (2) se hace posible mediante la aparición en carne humana del Hijo de Dios quien por medio de su vida sin pecado y de su muerte sacrificial condenó el dominio del pecado sobre la naturaleza humana (v. 3) Cristo Jesús ahora da origen a una nueva humanidad, a personas que no caminan conforme a la carne sino según las normas del Espíritu que mora en el creyente (vv. 4-14).

EL ESPÍRITU QUE MORA EN EL CREYENTE Y LA NUEVA VIDA MORAL (8:1-11)

La encarnación y muerte de Jesús: Los medios divinos para la derrota del pecado en la vida humana (8:1-4)

En el versículo 1 Pablo declara resumiendo y recapitulando: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.» El «ahora, pues» probablemente se relaciona directamente con el 7:6, donde Pablo, después de una amplia explicación de la santidad de la ley y de la pecaminosidad de la naturaleza humana (7:7-25), ha declarado que estamos libres del dominio de la ley, que nos mantenía cautivos, y somos ahora capaces de servir a Dios en la nueva vida en el Espíritu. Estar bajo «ninguna condenación»³ se refiere tanto a la justificación como a la liberación de la ira de Dios (capítulo 5) y también a nuestra liberación del efecto esclavizante de la ley (6:15—7:6). El cristiano puede verdaderamente regocijarse porque por la gracia y misericordia «en Cristo Jesús» (en unión con Él, 6:3-5) toda nuestra pecaminosidad y rebelión contra Dios ha sido perdonada. Nuestra culpa, que era una parte de nuestra carne pecadora, ha sido abolida para siempre.

Pablo nos explica de nuevo en los versículos 2-4 por qué

ya no estamos sujetos a la servidumbre del pecado. Es debido a que los cristianos han sido liberados de la antigua forma de vivir «en la carne» mediante la invasión de un nuevo principio de vida para vivir en obediencia al Espíritu (v. 2). ¿Cómo viene a nosotros esta nueva manera de vivir? Fue exclusivamente puesta a nuestra disposición mediante el acto de gracia y salvación de Dios demostrado en la venida y muerte de su Hijo (vv. 3, 4). Jesús entró en el mundo identificándose por completo con la carne humana pecadora que vino a redimir: «en semejanza de carne de pecado» (v. 3). No obstante, deberíamos recalcar que «semejanza» de carne de pecado no significa que Cristo pecara (véase 2 Co. 5:21; 1 P. 2:22), ni que sólo pareciera ser humano, sino que se encarnó en verdadera carne humana.

Esta verdadera carne humana puede ser entendida en dos maneras diferentes. Algunos interpretan la expresión «en semejanza de carne de pecado» como refiriéndose al hecho de que Jesús vino en verdadera carne humana que «se parece» a todas las demás personas desde Adán (carne pecaminosa), pero que era diferente porque Cristo, a diferencia del resto de nosotros, no tenía una naturaleza humana *pecaminosa*, caída. Por esto Pablo usa el término «semejanza» de la naturaleza humana caída («carne de pecado») para llamar la atención a la diferencia entre la naturaleza humana de Jesús y la nuestra. Otros, por el contrario, entienden que Pablo usa la palabra «semejanza» aquí como la emplea en otras partes para significar no que «se parece» sino que «forma parte de» sin ninguna indicación a simple parecido (cp. 1:23; 6:5; Fil. 2:7). Este último sentido es mejor y significaría que «el Hijo de Dios tomó nuestra mismísima naturaleza humana caída, pero que en este caso esa naturaleza caída nunca fue el todo de él, porque nunca cesó de ser el eterno Hijo de Dios». ⁴ La venida de Cristo «a causa del pecado» quiere decir que Él vino como una ofrenda por el pecado o que vino para enfrentarse con el pecado.

En definitiva el propósito de su venida fue el de «condenar al pecado en la carne» (v. 3). La ley, simplemente condenan-

do, no podía vencer la práctica del pecado en la naturaleza humana. Podía prescribir la voluntad de Dios, pero no proveía de poder para llevar a cabo su voluntad en nuestra carne pecadora. Con todo, no era culpa de la ley que el pecado prevaleciera y que incluso aumentara bajo su dominio. La falla está en la «debilidad» de la ley para producir justicia en nosotros debido a que el pecado arruinó nuestra carne, dejándola impotente para responder (7:7-25). Mas ahora Dios ha hecho lo que la ley quería hacer pero que no podía hacer. Él ha condenado el dominio del pecado sobre la naturaleza humana creando una nueva humanidad en Cristo Jesús. Al vivir una vida plenamente humana, en completa obediencia a Dios, Cristo quebrantó el dominio que el pecado tenía sobre la naturaleza humana desde Adán. Mostró que el pecado no es lo natural de la humanidad, sino un usurpador. Cristo proveyó mediante su muerte de los recursos donde todos aquellos que están relacionados con Él pueden participar de su misma victoria sobre el dominio del pecado (6:2-14).

Cranfield capta la esencia de la admirable verdad que Pablo está declarando en este versículo:

Que Pablo tenía en mente la muerte de Cristo ... es difícil dudarlo. Pero, si reconocemos que Pablo creía que era la naturaleza humana caída lo que el Hijo de Dios tomó sobre sí, nos inclinaremos probablemente a ver aquí una referencia a la guerra ininterrumpida de toda su vida terrenal mediante la que forzó a nuestra rebelde naturaleza a dar perfecta obediencia a Dios ... Porque, desde esta perspectiva, la vida de Cristo antes de su ministerio y muerte no fue simplemente estar donde Adán estuvo antes de la caída pero sin caer en la tentación a la que Adán había sucumbido, sino cuestión de empezar donde nosotros empezamos, sujetos a todas las presiones del mal que heredamos, y usando por completo el material poco apto y prometedor de nuestra naturaleza corrompida para dar paso a una obediencia perfecta,

pura.⁵

Ese mismo pensamiento se repite ahora en el versículo 4, donde Pablo dice que Cristo condenó al pecado en la carne «a fin de que las justas demandas⁶ de la ley se cumplieran en nosotros» (NVI). Las demandas de la ley eran que nosotros fuéramos santos delante de Dios. Toda la ley, dijo Jesús, se cumple en esto: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón... y a tu prójimo como a ti mismo» (Lc. 10:27; Ro. 13:9). La amorosa obediencia a Dios y el amor a otros es lo que era el objetivo de muchos de los mandamientos de la ley.

Sin embargo, en la verdadera experiencia humana, la ley no fue capaz de producir esa amorosa obediencia debido a la carne controlada por el pecado. Pero ahora el creyente en Cristo tiene esta meta de la ley cumplida en él debido al simple hecho de que en Cristo él ya no vive para sí. Por medio de la unión con Cristo por la fe, el cristiano ha entrado en un camino de vida completamente nuevo. Vive conforme a la dirección y recursos del Espíritu Santo de Dios más que conforme a los recursos de la carne. Este cambio en la relación queda captado bien en los siguientes versos:

Que cumpla los mandamientos de la ley, me dicen,
para lo que no me dan los recursos que necesito;
pero el evangelio me trae mejores noticias:
Me invita a volar, y me da alas.

Autor desconocido

La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús (v. 2) se describe en el versículo 4 como andando no «conforme a la carne, sino conforme al Espíritu». En los versículos 5-14 Pablo nos muestra lo que está involucrado en este nuevo camino de vida en el Espíritu.

Pero, ¿entonces en qué queda la ley de Moisés para el creyente en Cristo? ¿Está enseñando el versículo 4 que el cristiano es habilitado por el Espíritu Santo para guardar todos los mandamientos que no pudo observar cuando no era

cristiano y de esa manera cumplir la ley? ¡No! Los cristianos tampoco pueden cumplir perfectamente con la ley. La cuestión es que la ley demanda obediencia a Dios motivada por el amor a Dios. Esta demanda sólo la pueden cumplir por medio del evangelio aquellos quienes por la gracia de Dios han entrado en una relación totalmente nueva con Dios por medio de Cristo. Esto es lo que Pablo está recalcando. Pablo da por supuesto que el cristiano será sensible a toda expresión revelada de la voluntad de Dios, incluidos los mandamientos de Moisés, pero el observar la ley no es la preocupación principal del cristiano. En su lugar él está enfocado en la nueva vida en el Espíritu (véase 7:6; 8:5-14), no en el viejo código escrito. (Véase 13:8-10 para más información al respecto.) «Los requerimientos de la ley serán cumplidos mediante la determinación de la dirección, el estilo de nuestras vidas por el Espíritu, por medio de estar siendo capacitado una y otra vez a decidirnos por el Espíritu y en contra de la carne, de orientarnos más y más hacia la libertad que el Espíritu de Dios nos ha dado» (Cranfield).

Sigamos los impulsos del Espíritu (8:5-11)

Pablo se centra ahora en explicar esta vida vivida conforme al Espíritu (vv. 5-14). El Espíritu viene a nosotros como un don (no merecido bajo ningún concepto) cuando nos hacemos cristianos. Por medio de este don el amor de Dios fue derramado en el corazón de los cristianos (5:5). En el 7:6 se habla del Espíritu como el agente de la nueva vida. Cristo Jesús es nuestra justificación y nuestra santificación, y es el Espíritu Santo el que lo hace real y efectivo para nosotros en nuestra vida diaria. El «Espíritu de Dios» o «Espíritu de Cristo» parecen ser expresiones idénticas (v. 9). La justificación nunca puede ser separada de la santificación (semejanza a Cristo). Ambos están inseparablemente unidas al don de la gracia de Dios en Cristo Jesús. No obstante, en nuestra experiencia, ¿cómo efectúa el Espíritu la santificación?

Primero, el Espíritu Santo produce en nosotros una cierta

manera de pensar (vv. 5-8): «los que son del Espíritu [piensan (griego *phroneo* tienen la intención de seguir)], en las cosas del Espíritu» (v. 5). Nos puede ayudar el notar que ciertos términos que Pablo usa aquí indican ciertos estados de existencia (cristianos o no cristianos) o diferentes formas de comportamiento. Estar «en la carne» es no ser cristiano, es estar bajo el poder del pecado (vv. 8, 9); por el otro lado, estar «en el Espíritu» o «en Cristo» es ser un cristiano, vivir bajo el poder del Espíritu. Andar «conforme a la carne» es equivalente a «vivir según la naturaleza pecaminosa» o andar «conforme al Espíritu» y «por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne» significa conducir nuestras vidas por las normas, valores y recursos del Espíritu de Dios en nosotros (vv. 4, 5, 13).⁷ La presencia del Espíritu Santo redirige nuestra vida hacia Dios y crea en nosotros nuevos deseos y valores. «Pensar o fijar la mente» en las cosas de la carne o del Espíritu significa tener nuestros pensamientos, deseos y anhelos constantes dirigidos hacia la vida de la carne (el yo) o hacia la vida del Espíritu (Cristo). En esta lucha nosotros nos ponemos del «lado de» la carne o del «lado del» Espíritu.

Los resultados se producen (v. 6). Tener la mente dirigida sólo hacia el yo y hacia este mundo material significa separarse de la única Fuente de verdadera vida humana y el resultado es la muerte ahora en esta vida y muerte eterna después.⁸ Por el otro lado, tener la mente dirigida hacia Dios por medio del Espíritu resulta en «vida» (perdón y santificación) y «paz», el gozo consciente de la reconciliación con Dios.

Hace algunos años un pastor amigo mío se trasladó a Houston, en Texas. Unas semanas después de llegar, tuvo ocasión de usar el autobús desde su casa hasta el centro de la ciudad. Cuando se sentó, descubrió que el conductor del autobús le había devuelto más dinero del que correspondía. Al pensar en qué hacer, aparecieron alternativamente dos pequeñitos ángeles sentados sobre sus hombros y susurrándole instrucciones al oído. Uno aparecía y le decía: «Es mejor que devuelvas la moneda. Es malo que te quedes con ella. Cristo no lo haría.» En el otro hombro una voz decía: «Olvída-

te de ello. Es sólo una moneda. Quién se va a preocupar de esa pequeña cantidad. Además, la compañía de autobuses gana mucho dinero a diario. Con sus millones nunca van a echar de menos esa moneda. Cállate y acéptalo como un regalo de Dios.» Cuando llegó a su parada, se paró un momento en la puerta de salida, y dándole la moneda al conductor, le dijo:

—Escuche. Usted accidentalmente me devolvió dinero de más cuando le pagué el boleto.

El conductor contestó:

—¿No es usted el nuevo pastor que ha llegado a la ciudad? He estado pensando últimamente en ir a alguna iglesia. Yo simplemente quería saber qué haría usted si le daba una moneda de más.

Cuando mi amigo bajó del autobús se agarró literalmente del farol más cercano, se quedó allí, y dijo: «¡Oh, Señor, casi vendo a tu Hijo por una moneda!»

Pablo sigue describiendo la mente que está orientada hacia la carne (no cristianos) en su relación para con Dios (vv. 7, 8). Los intereses de la carne son tales que aquellos que viven para agradarse a sí mismos están en realidad en un estado de hostilidad contra Dios. Semejante hostilidad es evidente porque la mente dirigida por la carne pecaminosa, no se somete a la ley (voluntad) de Dios, ni es capaz de hacerlo (7:14-25). La consecuencia es que aquellos que viven para agradarse a sí mismos no pueden vivir para agradar a Dios.

Lo opuesto entonces sería verdad de aquellos que por la gracia de Dios tienen su mente dirigida por el Espíritu: En vez de desobediencia a la ley (voluntad) de Dios hay una amorosa obediencia; en vez de apartarse de Dios en su caminar, caminan con Él.

En los versículos 9-11 Pablo contrasta el estado del cristiano («en el Espíritu») con la descripción precedente de aquellos «en la carne» (vv. 7, 8). En el versículo 9, «mas vosotros», el «vosotros» es enfático: «Sin embargo, *vosotros* no vivís.» Pablo enseña claramente en el versículo 9 que todos

los cristianos están «en el Espíritu», lo que quiere decir que «el Espíritu de Dios mora» en todos los cristianos. En realidad, él está diciendo: «Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él» (como uno justificado). Estar «en Cristo» o «en el Espíritu» se refiere a nuestra unión con Cristo; tener a Cristo en nosotros (v. 10) o al Espíritu en nosotros (v. 4) se refiere a ser propiedad de Cristo.

El Espíritu «mora» (griego *oikeo*, vivir en una casa) en nosotros en el sentido de una persona haciendo de nuestras vidas su hogar. La figura de morar combina el pensamiento de que los cristianos son individuos cuyas vidas están dirigidas por una fuente fuera de ellos mismos con la idea de que esta fuente de vida está también relacionada vitalmente con ellos. Tres veces se enfatiza en los versículos 9-11 esta morada del Espíritu en nosotros. «El pensamiento de Pablo es que por medio de esta morada del Espíritu, Cristo está presente en nosotros, esta morada del Espíritu es el “estilo de Cristo actuando en nosotros”» (Calvino, como lo cita Cranfield, *Romans* [Romanos], 1:389).

¿Cuáles son los efectos en nuestra experiencia de esta morada del Espíritu de Dios? Pablo declara que, aunque el cuerpo está muerto por causa del pecado, el «espíritu vive a causa de la justicia» (v. 10). Lo que enseña es un dualismo modificado en la experiencia cristiana. En el presente hay un principio doble funcionando en el cristiano. Por un lado, él todavía posee un cuerpo físico condenado a muerte por causa del pecado de Adán (5:15; 6:23). La simiente de la decadencia y de la muerte está actuando en nuestros cuerpos. No obstante, para el cristiano hay también ahora otra realidad en acción. La vida está también presente debido a la morada del Espíritu que nos ha sido dado por medio de la justificación. El Espíritu nos habilita para «vivir» a pesar del hecho de que al cuerpo le han asestado un golpe de muerte (v. 13).⁹ El cristiano entonces, aunque todavía en la carne débil y pecadora, ha sido liberado de su poder; aunque todavía en el cuerpo, el cual ha recibido una herida mortal del pecado, tiene un nuevo principio de vida actuando en él por medio de la justicia de

Dios en Cristo. El cristiano está totalmente muerto por un lado, pero completamente vivo por el otro. Esa verdad nos salva de esperar la absoluta perfección en esta vida o de caer en el completo pesimismo concerniente a la presente manifestación del amor y de la justicia de Cristo en nuestras vidas.

Además, la presencia del mismo Espíritu, que da ahora vida a los creyentes que viven en cuerpos decayentes, es también la garantía de que nuestros cuerpos, destinados a la muerte física, serán levantados de la muerte de la misma forma que fue levantado el cuerpo de Cristo (v. 11). El Padre es el agente específico en la resurrección como lo fue en el caso de Cristo (6:4), pero en el caso de Jesucristo, el Espíritu fue también un agente (1:4). Más adelante en el capítulo Pablo se referirá a esta esperanza futura de la resurrección como la «redención de nuestro cuerpo» (v. 23). Se nos recuerda de nuevo que así como la naturaleza humana no fue hecha para el pecado, pero que el usurpador se apoderó ilegalmente de ella (v. 3), así también el cuerpo mortal no fue hecho para la muerte y será en el tiempo de Dios, por causa del Espíritu de vida, resucitado a la vida inmortal (1 Co. 15:51-53). Esto no es simple resurrección espiritual. ¡Qué gloriosa verdad!

EL ESPÍRITU QUE MORA EN EL CREYENTE Y LA TRANSFORMACIÓN MORAL EN LOS HIJOS DE DIOS (8:12-16)

Pero, ¿qué acerca de la vida ahora en el cuerpo? ¿No tiene el Espíritu nada que contribuir? ¿Cómo puede la «vida» que ha sido hecha posible mediante la justificación (v. 10) manifestarse en realidad a sí misma en nuestros cuerpos sujetos a muerte? Pablo ya ha dicho que el cristiano como creyente es alguien que anda no conforme a la carne sino conforme al Espíritu (vv. 4-11). ¿Pero quiere decir esto que los cristianos ahora, porque están «en el Espíritu», siguen automáticamente la voluntad de Dios? La respuesta debe ser no, porque en los versículos 12-16 se exhorta específicamente a

los cristianos a que «vivan conforme al Espíritu». ¿Recuerda cómo Pablo declaró en el capítulo 6 que debido a la unión con Cristo en su muerte y resurrección los creyentes están ahora «libres del pecado» y entonces él procede a exhortarles a luchar contra el pecado y a no entregarse a sí mismos como siervos de la injusticia? Liberados y todavía no liberados. Aquí de igual manera se nos ha mostrado a los cristianos que estamos definitivamente liberados de la muerte (vv. 11, 21) por causa del Espíritu que mora en nosotros, pero debemos luchar en la vida presente contra el pecado y el principio de la muerte que actúa en nuestros cuerpos.

Vivir según la carne (en separación de Dios) lleva a la muerte tanto ahora como eternamente. Puesto que los cristianos han sido sacados de la servidumbre de la carne (yo) y puestos en el servicio del Espíritu, quien es el Espíritu de vida e inmortalidad, están moralmente obligados a dejar de vivir sus vidas bajo el dominio de la carne pecadora. Antes bien, los cristianos deben hacer «morir las obras de la carne» a fin de que puedan vivir (v. 13). Aquí tenemos el principio de iniciar la práctica de la vida santa. Lo podríamos llamar una neurocirugía espiritual. La traducción de Phillips dice: «Corta los nervios de tus acciones instintivas mediante la obediencia al Espíritu.» «Hacer morir las obras de la carne» se refiere a nuestra continua (tiempo presente) actividad como cristianos por la cual, por medio de la habilitación provista por el Espíritu, damos muerte a los hábitos malos del cuerpo que son contrarios a la voluntad de Dios.

Pablo no nos dice específicamente en este contexto cómo sucede esto. Las «obras» [*praxeis*, hábitos, malas tendencias] de la carne» pueden probablemente identificarse con «lo terrenal en vosotros» (RVR-60) o «haced morir lo terrenal en vuestros miembros» (RVA) o «hagan morir todo lo que es propio de la naturaleza terrenal» (NVI) de Colosenses 3:5 que aparecen enumerados de la siguiente forma: «fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia que es idolatría» (véanse también Gá. 5:19-21; Ef. 4:22—5:14).

Aunque en este contexto la neurocirugía espiritual es primariamente negativa, se da por supuesto que en el proceso es una *renovación*, no simplemente una destrucción. Las hojas y ramas muertas de las prácticas pecaminosas caen para dar paso al «fruto del Espíritu» (6:21; 7:4; Gá. 5:22, 23). Las tijeras del podador son aplicadas para que el fruto de la gracia de Dios pueda florecer y crecer. De forma que en la práctica no buscamos simple paciencia o amor o pureza (este sería un abordamiento moralista), sino que buscamos la liberación de la vida de Cristo, esto es, su paciencia, su amor, su pureza, al seguir los impulsos del Espíritu. La vida cristiana es un intercambio de vida. Ese proceso lleva verdaderamente a la «vida» ahora como también a la vida eterna e inmortal en el futuro.

El versículo 14 es transicional. Pablo concluye el pensamiento de los versículos anteriores afirmando que todos aquellos que están siendo «guiados por el Espíritu de Dios [que están haciendo morir constantemente las obras de la carne], éstos son hijos de Dios». La verdad de la dirección del Espíritu sugiere no una guía general sobre lo que Dios quisiera que hiciéramos (vocación), sino más bien lo que deberíamos ser (carácter). Todos los hijos de Dios disfrutan esta guía; sin embargo, no es opcional. Porque «guiados» frecuentemente implica el proceso por el cual nuestros deseos son dirigidos (2 Ti. 3:6), quizá el pensamiento de Pablo es que el Espíritu Santo imparte nuevos deseos e impulsos dentro de la vida redimida hacia los cuales el cristiano desarrolla una sensibilidad al responder tanto negativamente (proceso de hacer morir) y positivamente (el proceso de llevar fruto). «El proceso de hacer morir a diario, a cada hora, las intrigas y acciones de la carne pecadora por medio del Espíritu es un asunto de ser guiados, dirigidos, impulsados, controlados por el Espíritu» (Cranfield, *Romans* [Romanos], 1:395).

«Hijos» de Dios incluye el ser hijos de Dios, pero también involucraba en el mundo romano de los días de Pablo la idea de una nueva etapa de madurez en el desarrollo del hijo que le relacionaba con el padre como heredero de todas las cosas

(Gá. 3:26; 4:6, 7).

El Espíritu, quien ahora se relaciona con nosotros en una nueva forma de vida aunque todavía estamos en la vieja naturaleza de pecado (vv. 1-14), es también el «espíritu de adopción» (v. 15). Los versículos 15 y 16 continúan el pensamiento del versículo precedente al hacer hincapié en la seguridad de que así como cristianos nos relacionamos verdaderamente con Dios como «hijos» y no como aquellos que están bajo esclavitud. El temor viene por la ausencia de auténtica esperanza que lleva a la esclavitud de los poderes terrenales inferiores que prometen liberación. Pero los cristianos han sido hechos verdaderos hijos de Dios (adoptados)¹⁰ y poseen la seguridad de una esperanza genuina. La evidencia de su relación de hijos con Dios es el testimonio interno del Espíritu Santo. Este testimonio de nuestra relación filial con Dios lo vemos más claramente en la urgencia de la oración cristiana cuando clamamos: «¡Abba, Padre!» La expresión «¡Abba, Padre!» combina la palabra aramea sin traducir *abba*, que significa «padre» en un sentido muy personal e íntimo (Mr. 14:36 con Mt. 26:42), con la palabra griega para padre, *pater*. Sólo Jesús usa esta forma íntima de oración en los evangelios debido a su relación tan única con Dios (Mr. 14:36). Cuando los cristianos claman a Dios, el Espíritu de hijos los estimula a decir como un niño diría a su padre: «Abba», o «papá», o «querido padre».¹¹

Hace unos años visité Israel. Un día, avanzada la tarde, paramos en un hotel de jóvenes en Tiberias, en la ribera del lago de Galilea. Me hallaba en un mirador observando a unos pequeños niños judíos que jugaban abajo. Tres o cuatro de ellos habían formado un grupo y señalaban hacia otro niño de unos dos años que estaba allí sólo. Cuando el pequeño se dio cuenta de que iban a por él echó a correr con todas las fuerzas de sus piernas, gritando: «¡Abba! ¡Abba! ¡Abba!» El clamaba por su papá y lo quería en aquel instante.

Cranfield observa que

la implicación de este versículo [16], entendido en su

contexto, es que es en esa acción del creyente de llamar «Padre» a Dios que la santa ley de Dios es establecida y «justas demandas» (v. 4 NVI) son cumplidas, y que el todo de la obediencia cristiana queda incluido en este llamar a Dios «Padre». Este versículo, en realidad, toma en principio todo lo que hay que decir en cuanto a la ética cristiana; porque no hay nada más que se nos requiera que debamos hacer que esto ... Dirigirnos al verdadero Dios llamándole Padre con toda sinceridad y seriedad involucrará buscar de todo corazón ser y pensar y decir y hacer lo que le agrada a Él y evitar todo lo que le disgusta.¹²

Además, «el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (v. 16). Este es un testimonio adicional de nuestra condición de hijos dado directamente a nuestro espíritu. Este conocimiento consiste quizá en la convicción indefinible pero real, por medio de las promesas de Dios, de que ahora pertenecemos a Dios (1 Juan 5:6, 9-12). Notemos que el Espíritu Santo es personal y que es un ser distinto y separado del propio espíritu del hombre.¹³

EL ESPÍRITU QUE MORA EN EL CREYENTE Y LA AUTÉNTICA ESPERANZA EN EL SUFRIMIENTO (8:17-27)

Como hijos de Dios somos «herederos» de Dios. En realidad, la única manera de participar en la herencia futura es ser «coherederos con Cristo» (v. 17).¹⁴ La herencia de Cristo es fabulosa: «a quien constituyó heredero de todo» (He. 1:2). Antes de que Pablo siga hablando más de esta gloria futura, que es como una herencia que recibimos sólo por causa de nuestra relación con alguien, menciona primero una condición para compartir la gloria de Cristo: «que padecemos juntamente con él» (v. 17). Aquí descubrimos otra implicación de nues-

tra unión con Cristo (6:8). Así como Cristo sufrió antes de entrar en la gloria (He. 2:9, 10; 1 P. 1:11), así también aquellos que se identifican con él sufren antes de entrar en la futura gloria. «En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (Jn. 16:33). Con todo, este es un padecimiento «con Él». Cristo está tan unido con su cuerpo, la iglesia, que cuando los miembros sufren por el evangelio y por causa de la justicia, Él como la cabeza, también sufre (Hch. 9:4; Fil. 1:29; Col. 1:24; 1 P. 4:13). Pablo no nos dice por qué debe continuar el sufrimiento de los miembros del cuerpo de Cristo, ni tampoco nos lo dicen los demás escritores bíblicos. Hay un misterio conectado con el sufrimiento que a Dios no le ha placido explicar a sus criaturas hasta el presente. Es suficiente confiar implícitamente por fe en Dios quien nos revelará que ese sufrimiento era en alguna forma indispensable para la plena manifestación de su gloria.

Mientras tanto, Pablo nos muestra que hay buenas razones para permanecer fieles a Dios incluso en medio del sufrimiento y de las persecuciones (vv. 18-30). Cada razón está relacionada con un ministerio especial del Espíritu Santo. Primero, el Espíritu ayuda mediante su presencia a crear conciencia de la realidad de la grandeza de la gloria futura (vv. 18-25). Segundo, el Espíritu nos ayuda definitivamente a vencer nuestra debilidad natural (vv. 26, 27). Tercero, está la seguridad de que todas las cosas ayudan para nuestro bien en el propósito eterno de Dios (vv. 28-30). Observe la calidad poética desplegada en este pasaje, particularmente los versículos 19-22.

La esperanza de gloria (8:18-25)

Primero, en los versículos 18-25 Pablo busca aliento en la esperanza cristiana de la futura gloria: «Las aflicciones ... no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (v. 18). Tan real como es para nosotros hoy el sufrimiento, así es de cierta nuestra participación en la gloria futura de Cristo (2 Co. 4:16-18). ¿A qué se refiere la «glo-

ria» que se manifestará en el futuro? Primero, involucra la liberación de la decadencia y de la muerte de todos los hijos de Dios. Segundo, después sigue la liberación de toda la creación de la esclavitud de corrupción, pecado y muerte (vv. 19, 21, 23). Esta liberación de la decadencia no sólo afecta a nuestros cuerpos individuales (v. 23), sino que se extiende a todo el orden creado: «la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción» (v. 21). Pablo incluye a la creación para mostrar cuán grande será el efecto de la futura revelación de los hijos de Dios. Tan grande es esta gloria que toda la creación la desea con anhelo ardiente,¹⁵ esperando impacientemente la revelación en cuerpos resucitados de los hijos de Dios (vv. 19, 23). ¿Por qué está la creación tan expectante? Porque la naturaleza ha sido sometida por Dios mismo a la vanidad a fin de que también pudiera compartir la misma esperanza de liberación de la decadencia que un día experimentarán los hijos de Dios (vv. 20, 21). La esperanza del hombre no está en la congelación de los que van a morir para descongelarlos en el futuro cuando la ciencia haya descubierto la manera de superar la enfermedad y la decadencia, sino en la resurrección.

Pablo habla de la presente creación como: (1) sujeta a vanidad (frustración), (2) no por su propia voluntad, y (3) sujeta en esperanza. «Vanidad» (griego, *mataiotēti*) significa «sin propósito». Este puede ser el comentario de Pablo sobre Eclesiastés 1:2: «Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad.» La naturaleza parece estar impregnada de vanidad, decadencia y muerte («esclavitud de corrupción», v. 21). La naturaleza no cumple ahora con el fin propuesto, que era el de ser el hábitat maravilloso del hombre. Las fuerzas de la naturaleza parece que de vez en cuando actúan en contra de ella misma y del hombre y no alcanzan los fines proyectados. Cuando las sequías, las inundaciones, los huracanes o las enfermedades destruyen la vegetación y la vida, entonces la belleza se marchita, la vitalidad decae y el gozo se convierte en llanto. Esta frustración produce lo que podríamos llamar una sinfonía de la naturale-

za tocada en una clave menor, pero con la expectativa de un glorioso final. Dios mismo ha sometido el universo creado a una forma de esclavitud en esta aparente falta de propósito a fin de crear «esperanza» en una liberación futura y gloriosa de la creación junto con los hijos de Dios (vv. 20, 21).

Sin embargo, la interpretación más simple y clara tomaría «vanidad» aquí, en su sentido más básico, para indicar la ineficacia de aquello que no alcanza su meta. El sentido que Pablo le da sería algo así: La creación fue llamada a existir con el fin de glorificar a Dios, el Creador. Pero la creación no puede lograr su propósito sin la participación de buena voluntad del hombre, por medio de la cual la creación es ofrecida a través de la adoración del hombre como una ofrenda a Dios. Como Cranfield lo expresó:

Podemos pensar de todo el magnífico teatro del universo, junto con todas sus espléndidas propiedades y todos los coros de la vida subhumana, creado para glorificar a Dios, pero incapaz de hacerlo plenamente, mientras que el hombre como actor principal en el drama de la alabanza falle en contribuir con su parte racional (1:414).

En contraste, compare el extraordinario himno de Francisco de Asís, en el que «todas las criaturas de mi Dios y Rey» son exhortadas a «Elevad vuestras voces y con nosotros cantad: ¡Aleluya, aleluya! Por el ardiente sol con sus rayos dorados... por la luna plateada con sus suaves destellos... el viento arrollador... las nubes... la mañana naciente... las luces del atardecer... las flores y los frutos... por nuestra hermana madre tierra... Load y bendecid a mi Señor y dadle gracias y servidle con gran humildad.»

Pablo no nos dice por qué Dios sometió al universo; puede que esté ligado con el pecado del hombre y la «maldición» sobre la tierra (Gn. 3:17; 5:29). Aquel que puso originalmente la creación bajo el dominio del hombre la ha sometido ahora a la esclavitud de los efectos del pecado del hombre y la hará

una participante de las bendiciones del hombre en el futuro (Mt. 19:28; Hch. 3:21, «la restauración de todas las cosas»).

Es importante que notemos en nuestro tiempo que Pablo conecta al hombre con la naturaleza. La suerte de la naturaleza está unida al destino del hombre. El hombre no puede resolver sus problemas ecológicos sin atender al mismo tiempo a sus propios problemas. Notemos cuidadosamente que el hombre sólo encontrará remedio parcial a los problemas de la ecología (creación) hasta que no se solucione el problema fundamental de la existencia humana en carne de pecado mediante el retorno personal de Cristo Jesús y la creación de nuevos cuerpos y un nuevo medio ambiente (Ap. 20:6; 21:1, 2). Por lo que la libertad es la marca significativa de la glorificación tanto para la creación como para el cuerpo humano.

Pero la presente experiencia no es simplemente un camino con baches. «Toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora» (v. 22), y también nosotros «gemimos dentro de nosotros mismos, esperando ... la redención de nuestro cuerpo» (v.23). La creación no puede hacer otra cosa que esperar, gemir y tener esperanza. Los cristianos tampoco escapan a esta frustración en sus conflictos espirituales. La vida (aparte de la muerte) y el dolor son las dos realidades gemelas de la auténtica existencia cristiana. Nosotros también a menudo tenemos que esperar, gemir y vivir en esperanza, pero los cristianos tienen algo que la creación carece, esto es, «las primicias del Espíritu». Las primicias son la promesa o anticipo de la gran cosecha que viene (Lv. 23:10; Ro. 11:16). La presente obra del Espíritu en nosotros es el anticipo de todo lo que Dios ha prometido hacer por nosotros en el futuro. No está claro el significado preciso de nuestras pruebas presentes y del sufrimiento sin sentido aparente, pero debido al aliento del Espíritu podemos esperar para ver el glorioso resultado. Piense en un gusano de seda avanzando lentamente sobre el tejido de un tapiz. El sólo puede ver cambios ocasionales en el color y medidas del diseño, pero no tendrían mucho sentido para él incluso si lo entendiera. Sin embargo, cuando el gusano se transforma en

mariposa y puede volar sobre el tapiz y contemplar el hermoso diseño en su conjunto, la experiencia de caminar sobre el tejido quedará transformada.

Los cristianos no están todavía redimidos por completo, aunque sí están plenamente aceptados por Dios. Poseen ahora un cuerpo de muerte (7:24; 8:10), pero también han recibido el Espíritu que mora en ellos y les habilita para elevarse por encima de la vida adámica (controlada por la tendencia al pecado) y la garantía de que nuestros cuerpos se verán un día liberados por medio de la resurrección de la muerte y de la decadencia (8:11; 2 Co. 5:4). Somos ahora verdaderos hijos de Dios y adoptados (8:15), pero todavía no somos por completo hijos de Dios (adopción, v. 23) hasta que nuestros cuerpos físicos hayan sido liberados («redimidos») de la muerte y la decadencia (incluyendo la enfermedad). La presencia y ministerios del Espíritu en nosotros son nuestra garantía alentadora de las grandes cosas por venir (2 Co. 1:22; 5:5; Gn. 24:53).

Pablo nos presenta de nuevo una paradoja en los versículos 24 y 25. Fuimos de verdad salvos en el pasado cuando Cristo vino a ser por la fe nuestra justicia, pero no lo fuimos por completo porque fuimos salvados «en esperanza» de nuestra futura completa restauración. Nuestra presente salvación incluye la esperanza de la futura resurrección de nuestros cuerpos (Fil. 3:21), pero puesto que todavía no ha sido realizada («vemos») debemos esperarla pacientemente (v. 25; 5:3-5). La fe es el medio por el cual recibimos una salvación que incluye esperanza. Por tanto, la fe y la esperanza, aunque distinguibles, son inseparables en la experiencia cristiana. «La esperanza alimenta y sostiene a la fe», declaró Calvino. El poder para vivir con Cristo en los presentes sufrimientos está en la dirección de esta esperanza en nuestra futura glorificación con Cristo.¹⁶ Ciertamente, desde nuestra perspectiva, el Dios del futuro es más grande que el Dios del pasado. «La esperanza es la fuerza que está detrás de todo uso creativo de la imaginación» (D. Gelpi). La esperanza futura del cristiano debe afectar sus imaginaciones en la manera

en que él se enfrenta al dolor y a la oscuridad en el presente. Enfocarse en la realidad del futuro de Dios transforma la evaluación de nuestras experiencias y decisiones presentes. Por lo tanto, crecer en esperanza es la clave para crecer en el amor de Dios y en el amor por otros (Ro. 15:13).

La ayuda del Espíritu en la oración (8:26, 27)

El Espíritu no sólo crea la esperanza en nosotros sino que también provee ayuda para nuestras debilidades (vv. 26, 27). La tensión entre el sufrimiento del tiempo presente y la expectativa de la futura gloria marca ciertamente la vida cristiana en la tierra y estimula nuestros gemidos y anhelos. Si los sufrimientos de Cristo, que incluyen todas las formas de frustración y sufrimiento bajo las cuales vivimos en el tiempo presente, nos agobian, también lo hace nuestra «debilidad» (v. 26). «De igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad» (v. 26) es la descripción que hace Pablo de la segunda ayuda que recibimos en los presentes sufrimientos. «De igual manera» puede referirse a la comparación entre la forma en que el Espíritu nos habilita en el presente sufrimiento para experimentar las primicias de la bendita y segura gloria futura y así esperarla pacientemente (vv. 18-25), y en la misma manera también el Espíritu nos alivia en nuestras debilidades mediante su ayuda.¹⁷ Nuestra principal debilidad es espiritual, es decir, nuestra lucha para permitir que la nueva vida del Espíritu tenga libertad en nosotros mientras vivimos en un cuerpo corroído por el pecado y en un medio ambiente con olor de muerte.

La palabra *ayuda* traduce el término compuesto griego *synantilambanō*. La raíz de esta palabra significa «asir» (*lambanō*). El primer prefijo (*anti*) de este término compuesto significa «enfrentar» o «cara a cara», mientras que el segundo prefijo (*syn*) significa «junto con». El erudito del griego A.T. Robertson sugiere que el significado compuesto quiere decir: «El Espíritu Santo se ase de nuestras debilidades junto con nosotros (*syn*) y lleva su parte de la carga que enfrentamos

(*anti*) como si dos hombres llevaran una carga colgando de un palo, cada uno agarrando un extremo del mismo.»¹⁸ Esta expresión la encontramos en el Nuevo Testamento sólo en el ruego de Marta a Jesús para que María la ayudara en la cocina (Lc. 10:40).

Probablemente el ejemplo más completo de cómo el Espíritu nos echa una mano para ayudarnos en nuestras debilidades tiene que ver con la oración: «pues qué hemos de pedir como conviene» (v. 26). Nuestro problema no es ignorancia de la *forma* de la oración (el cómo), sino que nuestra debilidad es una incapacidad para expresar el *contenido* (el qué), esto es, lo que deberíamos pedir específicamente en los sufrimientos para satisfacer nuestras necesidades y al mismo tiempo cumplir la voluntad de Dios. El Espíritu nos echa una mano «intercediendo» por nosotros ante Dios (vv. 26, 27). Los cristianos tenemos dos intercesores divinos delante de Dios. Cristo intercede por nosotros ante el tribunal del cielo en relación con nuestros pecados (Ro. 8:34; He. 7:25; 1 Jn. 2:1). Por el otro lado, el Espíritu intercede en el escenario de nuestros corazones aquí en la tierra en relación con nuestras debilidades. El Espíritu intercede a Dios por nuestras verdaderas necesidades «con gemidos indecibles» (v. 26). La creación gime (v. 22); los cristianos gimen (v. 23); y también Dios el Santo Espíritu gime. Cuando Dios el Padre «escudriña los corazones» de sus hijos —de manera seria pero también confortadora— encuentra en ellos gemidos sin expresar e inexpressables.¹⁹ Aunque sean inexpressables no son incomprensibles para el Padre. Además, estos suspiros en nuestro corazón resultan ser deseos espirituales dentro de la voluntad de Dios porque en realidad son expresiones de la intercesión del Espíritu a favor de nuestras debilidades (v. 27). En este sentido podemos entender cómo Dios «hace todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Ef. 3:20).

Cuando uno de nuestros hijos preescolares quiere escribirle una carta a la abuelita, mi esposa le entrega una hoja de papel y bolígrafo y ella expresa sus sentimientos mediante

líneas, círculos y marcas en zigzag. Son en realidad signos ininteligibles. Cuando la niña le devuelva el papel a la mamá, ella añade algunas palabras inteligibles a marcas apropiadas en el papel, tales como: «Hola, abuelita» con una flecha señalando a los primeros garabatos. «Te echamos de menos» conectado con otras líneas o círculos, y finalmente: «Ven a vernos pronto. Te quiero mucho. Anita.» La mamá de verdad ha interpretado-intercedido por Anita ante la abuelita, como el Espíritu intercede por nosotros ante el Padre.

¿Cuáles son las aplicaciones prácticas de la intercesión del Espíritu? Primera, esta verdad nos ayuda a reconocer la distinción entre la intención de nuestras oraciones y la verdadera solicitud específica que podemos expresarle a Dios. Él puede separar las dos aunque nosotros no podemos. Hace unos años mi hija, que tenía diez años en aquel momento, vino y se sentó a mi lado en el sofá cuando leía el periódico después de cenar. Se sentó allí sin decir nada. Sintiendo que este no era su comportamiento normal, dejé el periódico y le pregunté si le pasaba algo. «Oh, no, no sucede nada, papi», respondió. Le pregunté cómo le iba en la escuela, y contestó: «Bien.» Después de un poco logré que admitiera que había tenido un malentendido con una de las maestras durante un período de estudio. Se esperaba que ella llevara suficiente tarea para estar ocupada durante todo el período; así lo había hecho, pero terminó antes de lo previsto y se quedó hablando en voz baja con una compañera cercana a ella. La maestra se acercó y la reprendió severamente por no estar haciendo su tarea. Mi hija se sintió aplastada por esta aparente injusticia, y no fue capaz de funcionar bien el resto del día. Ahora estaba allí llorando. Después de haber hablado un poco más sobre el asunto, le pregunté si deberíamos orar sobre el asunto. Me respondió: «Sí». Volví a preguntar: «¿Cómo crees que debemos orar?» A lo que respondió: «Pide que no vuelva a ver a esa maestra nunca más.» Su verdadera necesidad era ser aceptada y entendida por su maestra. Esta era la intención de su petición; pero la mejor manera en que ella vio que esa intención se cumpliera no era exactamente lo que yo

tenía en mente. Cuando oré pedí: «Señor, ayuda a la maestra de Lisa a no sacar conclusiones equivocadas y ser más comprensiva, ayuda a Lisa a ser más paciente y perdonadora.» Intercedí interpretando las intenciones de mi hija ante Dios. El Espíritu intercede de la misma manera por nosotros.

Segunda, otra aplicación de la intercesión del Espíritu es no creer que la oración queda sin respuesta. Debo confiar en las miles de formas que Dios tiene a su disposición para hacerlo. No obstante, debo entrar en un diálogo con Dios y estar listo, como lo estuvieron Jesús y Pablo, para tener mi solicitud específica corregida por la respuesta de Dios (estudie Mt. 26:38-44 y Ro. 15:30-32, y repase los comentarios en este libro sobre Romanos). En este sentido Lutero pudo decir: «No es una mala señal, sino muy buena, si parece que sucede lo opuesto de lo que pedimos. Porque no es una buena señal si nuestras oraciones se cumplen en todo lo que pedimos. Si todo sucediera en la manera en que yo lo quiero, terminaría en aquella falsa seguridad que es en realidad un instrumento del juicio divino.»²⁰

EL PLAN DE DIOS (8:28-30)

Los versículos 28-30 nos dan por último la tercera razón para perseverar pacientemente en el sufrimiento. Pablo afirma con convicción que bajo la mano del Señor soberano de toda la creación «todas las cosas ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (v. 28). Dios tiene un plan. Todo en nuestras vidas contribuye a la realización de ese propósito. Es un plan completo en el que «todas las cosas» están incluidas; ningún detalle de nuestra vida queda excluido. Es un plan cooperativo en el que todas las cosas concertadas «ayudan a bien»; todos los ingredientes individuales como en una receta de cocina, no tienen virtud o significación última en ellos mismos aparte de la combinación providencial en el propósito divino. El plan es bueno porque su meta es para «bien». Es también selectivo porque se aplica sólo a los que «aman a Dios», quienes son en realidad

aquellos que son «llamados» por Dios a su glorioso propósito por medio de la redención efectuada a través de Cristo Jesús.²¹ Nuestro bien, señala C.S. Lewis, es amar a Dios y cumplir su voluntad en nuestras vidas.²²

En los versículos 29 y 30 Pablo se enfoca en los principales eventos que llevan al eterno «propósito» de Dios para los cristianos: la glorificación final con Cristo. Él empezó antes que comenzara el tiempo con el conocimiento anticipado del Padre y concluye cuando termine el tiempo en la glorificación; entre estos dos, dentro del tiempo viene el llamamiento y la justificación. Note por favor dos elementos prominentes de este plan. Primero, Dios mismo es el diseñador y ejecutor de cada eslabón en la cadena. *Él* sabe de antemano y *él* predestina; *él* llama y *él* justifica y *él* glorifica. El hombre no tiene parte activa en el diseño ni en la ejecución del propósito. La única parte del hombre es su respuesta de amor continuo a Dios (v. 28).

Segundo, todos aquellos que empiezan y continúan en este plan de amar a Dios también terminan. Aquellos «a los que» conoció son también aquellos «a los que» llamó. Aquellos «a los que» llamó Él también justificó, y a aquellos «a los que» justificó también glorificó. Él empieza con cien ovejas y llega a la gloria con cien, no con noventa y nueve. Cuando contemplamos los sufrimientos y los reveses de la vida presente, nada nos puede dar mayor seguridad que el saber que el presente es sólo un pequeño segmento entre la justificación y la glorificación en un plan total que tiene ya tres fases cumplidas. Nos llena con un sentido de humildad, de valor y de dignidad que está más allá de toda comprensión y un sentido de la habilidad de Dios para resolver todo desafío que pretenda desbaratar su propósito en nuestras vidas.

La presciencia de Dios («antes conoció», griego *proginōskō*) se refiere a algo más que el conocimiento anticipado (1 P. 1:2, 20). Enfatiza el hecho de que la salvación fue iniciada por Dios en su amorosa y eternal elección por medio de la cual nos escoge en Cristo para ser el objeto de su amoroso propósito (veáanse Amós 3:2; Efesios 1:4-6). Con todo lo difícil

que pueda parecer, el conocimiento de antemano depende siempre de la elección de Dios y nunca de nuestro escogimiento de Dios (2 Ts. 2:13, 14). Aquellas personas que Dios escoge para poner su amor en ellas son las mismas que ha determinado que sean hechas «conformes a la imagen de su Hijo» (v. 29). Predestinación (griego, *proorizō*) es casi el equivalente de presciencia (v. 30; sólo la predestinación es repetida en la cadena) pero enfatiza la meta o el fin, mientras que el conocimiento anticipado se enfoca en la persona involucrada (Hch. 4:28; 1 Co. 2:7; Ef. 1:5, 11). La meta del propósito de elección de Dios es que Cristo pueda ser el «primogénito entre muchos hermanos» en la gloria que lleven su misma imagen o semejanza (1 Co. 15:49; Fil. 3:21; Col. 1:18; He. 2:10; 1 Jn. 3:2). La glorificación involucra recibir la perfecta humanidad de Cristo en un cuerpo redimido adaptado a la plena expresión del Espíritu.

Aquellos que fueron predestinados a esta gloria desde antes del comienzo del tiempo fueron llamados y justificados por Dios en el tiempo (v. 30). *Llamados* se refiere a la amorosa apelación directa de Dios a nuestros corazones para responder en fe a su oferta de perdón y nueva vida en el evangelio de Cristo Jesús (2 Ts. 2:14). Esa es también una palabra asociada con la elección divina (Is. 41:9; 1 Co. 1:26, 27); Dios nos llama (elige) para que salgamos del pecado y de la muerte por medio del evangelio de Cristo. El llamamiento es la aplicación que Dios hace en el tiempo de su elección antes del tiempo (Ef. 1:4, 5). Nuestro acto de fe en el evangelio de Cristo asegura nuestra justificación (perdón y vida) que ha sido la preocupación de Pablo a lo largo de la carta. El último eslabón que completa el plan de Dios es nuestra glorificación con Cristo (v. 30).

Todas las expresiones «a los que» se refieren a la primera oración que hallamos en el versículo 28: «... a los que aman a Dios». Pablo lo puso lo primero en el griego porque quería que todos se dieran cuenta. ¿Son llamados porque aman a Dios, o aman a Dios porque fueron llamados? Los teólogos han debatido esta cuestión durante siglos.²³ Lo importante

aquí en Romanos es que Pablo no queda atrapado en esta clase de especulación teológica. Todo lo que él dice es que aquellos a los que Dios conoció de antemano, llamó, predestinó, justificó y glorificó son aquellos cuyas vidas terrenales han pasado desde su conversión por un gran proceso de amor a Dios.

Entonces, las penas y contratiempos del presente no deben ser nunca vistos como fuerzas destructivas contrarias al cristiano. Cada una de ellas encaja como eslabones en el propósito manifestado de Dios. Nos están preparando de alguna manera para la futura revelación de su gloria en los redimidos y en toda la creación. Los reveses y las dificultades pueden abatirnos. Por el otro lado, no obstante, la contemplación de la realidad de la futura salvación (vv. 18-25), junto con la ayuda del Espíritu Santo en nuestras debilidades y el firme conocimiento de que todas nuestras experiencias obran para nuestro bien en el plan eterno de Dios (vv. 28-30) se combinan para hacer que nuestros espíritus se eleven en alabanza triunfante a Dios. Es Él quien nos pone en una relación eterna consigo mismo y nos libera de todas las acusaciones (vv. 31-34) y de toda posibilidad de separación de su amor en Cristo Jesús (vv. 35-39).

EL ESPÍRITU QUE MORA EN NOSOTROS Y LA EXPERIENCIA TRIUNFANTE DEL AMOR DE DIOS (8:31-39)

Los versículos del 31 al 39 concluyen con el más alto nivel de consolación que, desde el versículo 18 en adelante, el escritor ha estado montando. Pablo quiere aplicar este conocimiento de la seguridad para generar en el creyente un sentimiento de confianza.

Primera pregunta: «¿Son quizá demasiado para nosotros las amenazas de los hombres?» (8:31, 32)

Dios está a nuestro favor (mediante el perdón y la aceptación en Cristo). ¿Quién nos podrá acusar con derecho ante

Él, si Cristo es su propio Hijo, aquel que es su más grande don y mediante el cual muestra su amor por nosotros (vv. 31. 32)? En la frase «no escatimó ni a su propio Hijo» podemos ver una alusión a Abraham ofreciendo a su hijo Isaac, mediante lo cual mostró su amor intenso por Dios (Gn. 22). En el presente vemos a Dios expresando su amor supremo por nosotros al no perdonar ni a su propio Hijo de la muerte. Si Dios ha demostrado ya su amor por nosotros (5:8), ¿cómo podemos pensar que cualquier cosa que nos ocurra no es una manifestación de su propósito obrando en nosotros para bien (v. 28)? «¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (v. 32b). Dwight L. Moody ilustró una vez este concepto señalando que si su amigo el señor Tiffany, le ofreciera a él un diamante grande y precioso, él no titubearía en pedirle un poco de papel corriente para envolver el diamante.

Segunda pregunta: «¿Fracasaremos quizá a causa del pecado en nuestras vidas?» (8:33, 34)

¿Quién puede acusarnos si Dios, quien es el más alto tribunal de apelación, nos ha perdonado (v. 33)? ¿Quién nos puede condenar a sufrir el castigo por haber quebrantado la ley, si Cristo mismo, el Juez del hombre (Jn. 5:22), ha muerto y resucitado y está intercediendo ante Dios por nosotros (Lc. 22:31, 32; Ro. 8:34; He. 7:24, 25)? La gracia, y sólo la gracia, nos ha llevado a esta seguridad de la aceptación de Dios.

Tercera pregunta: «¿Pueden quizá circunstancias sumamente penosas demostrar que Dios no se preocupa por nosotros?» (8:35-39)

Si ninguna persona puede acusarnos, ¿quién o qué puede separarnos del amor eterno de Cristo por nosotros? «¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?» (v. 35). Pablo ya había experimentado todas ellas excepto la última, y había encontrado que su fe y esperanza no habían quedado destruidas sino fortalecidas (5:3-5). En cuanto a la «espada» (muerte), Pablo podía refe-

rirse a la historia de persecución del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento (Sal. 44:22) no como algo que indicaba desaprobación de parte de Dios, sino más bien como (1) que viene de él, «por causa de ti», (2) continuamente, «cada día», y (3) entregados a la muerte, «somos contados como ovejas para el matadero» (v. 36).

¿Pueden algunas de estas cosas separarnos de alguna manera del amor de Cristo? ¡NO! responde Pablo, porque en realidad es «en todas estas cosas» que Dios lleva a cabo su plan para bien (vv. 28, 37) y hace que «seamos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (v. 37).²⁴ Ninguna aflicción o imposición terrenal puede perturbar esta confianza en el amor de Dios por nosotros. Cranfield enfatiza la gracia involucrada en ello: «No es por medio de ningún valor, perseverancia o determinación de nuestra parte, sino por medio de Cristo, y ni siquiera porque nosotros nos asimos de Él, sino porque Él nos ase, que somos más que vencedores» (1:441).

Más aún, Pablo está también convencido de que ningún factor de la existencia humana (vida o muerte), ni los poderes espirituales invisibles (ángeles, principados o potestades), ni la extensión del espacio (alto, profundo), ni el curso del tiempo (presente o por venir), nada en todo el universo de Dios (ni ninguna otra cosa creada) puede apartarnos del amor increíble de Dios, el Padre, manifestado en la cruz y derramado en nuestros corazones cuando recibimos la gracia de Dios (vv. 38, 39; 5:5). No obstante, se nos recuerda en toda esta gloriosa victoria que no nos olvidemos de los medios o del foco de semejante triunfo, puesto que es «por medio de aquel que nos amó» (esto es, Cristo Jesús) y «en Jesús Señor nuestro» (vv. 37, 39). Un testigo cristiano del siglo quinto ilustró muy bien el júbilo de Pablo:

Cuando Crisóstomo fue llevado a comparecer delante del emperador romano, el emperador le amenazó con desterrarlo si permanecía como cristiano. A lo que Crisóstomo contestó:

—No podéis desterrarme de este mundo porque es la casa de mi Padre.

—Pero puedo quitarte la vida, dijo el emperador.

—No, tampoco podéis hacer eso —contestó aquel noble campeón de la fe—, porque mi vida está escondida con Cristo en Dios.

—Te quitaré esos tesoros.

—No, tampoco podréis, porque mi tesoro está en los cielos y mi corazón está allí.

—Te apartaré de todo hombre y no tendrás ningún amigo.

—Tampoco podréis hacerlo, porque tengo un amigo en el cielo de quien no me podéis separar jamás. No hay nada que me podáis hacer que me pueda dañar.²⁵

Hay más en este capítulo que lo que nosotros podemos abarcar en toda nuestra vida. El gran desafío es vivir nuestras vidas bajo la dirección y el poder del Espíritu que mora en nosotros y en una experiencia siempre creciente del amor incesante e incondicional de Dios en Cristo Jesús.

Este capítulo no es para mí un simple ejercicio académico. Su verdad ha cambiado profundamente mi vida y ha ganado mi corazón. Vivo en las orillas de este inmenso río, pero anhelo penetrar cada vez más profundamente en sus aguas abundantes.

8

LA FIDELIDAD DE DIOS: EL DESAFÍO DE LA INCREDULIDAD DE LOS JUDÍOS Y UNA ADVERTENCIA SOBRE EL ORGULLO GENTIL

9:1—11:36

Algunos interpretan esta sección sobre los judíos como parentética en el pensamiento principal de la carta. Nosotros vamos a argumentar a favor de que los capítulos 9—11 forman un eslabón esencial en todo el razonamiento sobre la justicia de Dios y cumplen una función necesaria y culminante en esta sección doctrinal. El problema al que se enfrenta Pablo en la exposición de su doctrina es doble. Primero, si en la predicación universal del evangelio de Cristo la prioridad estaba en «al judío primeramente» (1:16), ¿por qué entonces el judío participa tan escasamente en esta salvación? ¿No ha mostrado la historia de incredulidad del judío en el evangelio de Pablo que es básicamente incompatible con la revelación del Antiguo Testamento?

Segundo, ¿qué ha ocurrido con la específica promesa divina de bendición para Abraham y su simiente? Si resulta que la mayoría de los judíos quedan rechazados porque no pueden aceptar la nueva fe que Pablo predica, ¿cómo puede Dios permanecer fiel y cumplir su promesa a Abraham? O dicho de manera diferente, ¿anula el evangelio que Pablo predica todo el privilegio de Israel como pueblo que encontramos en el Antiguo Testamento, el cual el apóstol mismo había afirmado previamente (3:1, 2)?

La respuesta de Pablo a esta aparente discrepancia entre el mensaje del evangelio y la incredulidad judía la hallamos en dos amplias direcciones. Él muestra, por un lado, que la incredulidad de Israel no es por causa de la infidelidad de Dios sino por su propio descreimiento. Si son rechazados es porque ellos primeramente han rechazado a Dios (capítulos 9—10).

Pero esto no agota la respuesta. Pablo describe el funcionamiento de un «misterio» divino en la incredulidad de Israel. La misericordia y la compasión de Dios se manifestarán sin paralelo por medio de la incredulidad de Israel (cap. 11). Más específicamente, la promesa a Abraham no era para que se cumpliera en todos los descendientes de Abraham sino en una simiente escogida o remanente fiel de judíos y gentiles (9:6—10:21). No obstante, aunque la integridad de Dios en

cuanto a sus promesas se cumplen en el remanente, Dios tiene también en mente la restauración final de todo el pueblo de Israel por medio de su fe en Cristo y por medio de ellos bendecir ricamente a todo el mundo (11:1-36). De manera que «misericordia» es la palabra clave en estos capítulos.

LA TRISTEZA DE PABLO POR LA INCREULIDAD DE ISRAEL (9:1-5)

La tristeza de Pablo (9:1-3)

Pablo parece pasar desde la cumbre del gozo en el último capítulo al valle de la tristeza en estos primeros versículos. El gran apóstol de los gentiles (11:13), que repetidas veces ha tenido que hablar en contra del concepto de la justificación por obras sostenido por algunos de sus compatriotas, muestra que él no es un renegado insensible hacia su propio pueblo. Pablo nunca renunció a su herencia judía. Él se siente constante y profundamente dolido en su corazón por la falta de fe en Cristo que muestran sus compatriotas. Tres veces apela a la absoluta sinceridad de sus sentimientos (v. 1). Tan intensa es su tristeza y dolor por el rechazo de recibir a Cristo como Mesías que llega a desear ser «anatema» (maldecido y separado)¹ de Cristo si de esa manera pudiera reconciliarnos con Cristo (v. 3). Aunque eso no era posible, su amor auténtico por aquellos que eran sus «parientes según la carne» (no hermanos en Cristo) propició su expresión agonizante por su bienestar espiritual. ¿Entristecen nuestros corazones aquellos que se oponen al evangelio hoy?

Los privilegios judíos (9:4, 5)

Pablo ya ha mencionado la «ventaja» del judío en 3:1, 2 (en realidad menciona sólo una: «la palabra de Dios»). Ahora menciona ocho privilegios que conllevaba el ser judío, lo cual intensifica su tristeza. Porque a quien más le es dado más se espera de él, y tanto más profundo es el dolor cuando se falla. La ventaja era múltiple: (1) La «adopción» fue el llama-

miento amoroso de Dios a Israel para ser su hijo en el éxodo (Éx. 4:22; Os. 11:1); (2) la «gloria» fue la manifestación visible de Dios en la nube y en la columna de fuego (Éx. 13:21, 22) o en el santuario (Éx. 40: 34, 35); (3) Los cinco «pactos»: El abrahámico (Gn. 15), el mosaico (Éx. 20), el palestino (Dt. 29), el davídico (2 S. 7) y el nuevo (Jer. 31); (4) la «promulgación de la ley» fue en el Sinaí (Éx. 20); (5) el «culto» era la adoración a Dios asociada con el tabernáculo; (6) las «promesas», generalmente asociadas con los pactos, incluía como elemento principal las bendiciones por medio de la venida del Mesías; (7) los «patriarcas» se refiere a los padres fundadores de la nación (11:28); y (8) el «Cristo», quien vino por medio de descendencia judía (v. 5).

La última parte del versículo 5 ha sido motivo de mucho debate debido a la manera en que puede ser puntuada (en el griego no había puntuación). Una puntuación hace de la expresión una doxología final a Dios el Padre: «Dios, quien es sobre todas las cosas, sea por siempre alabado.» Esta puntuación es muy improbable porque una doxología independiente dedicada a Dios en este momento no es lo acostumbrado en Pablo, pues las doxologías paulinas por lo regular tienen lugar a principio de la oración y son «una parte integral de la declaración precedente».²

En la otra puntuación «el cual» se refiere a Cristo. Esta traducción es preferible porque refiere la doxología de Pablo a la doble naturaleza de Cristo de ser de descendencia judía y a la vez es «sobre todas las cosas» Dios.³

LA PROMESA, LA ELECCIÓN DE DIOS Y LA HISTORIA DE ISRAEL (9:6-29)

Pablo ha enfocado el problema de la incredulidad de los judíos en los versículos 1-5. Si Dios dio tales privilegios y promesas a los judíos, ¿cómo puede ser que ahora sean separados de las bendiciones del Mesías por la incredulidad? Si Dios hace una promesa, ¿puede mantenerla? ¿En qué queda la justicia de Dios, que el evangelio proclama, si aparente-

mente la veracidad y la fidelidad de Dios han fallado en relación con la Palabra de Dios a Israel? Si Dios ha incumplido sus promesas a Israel, ¿cómo puede estar seguro el cristiano de que Dios no va a cambiar de opinión en cuanto a él? Si las promesas de Dios son revocables, ¿cómo puede tener alguien gozosa confianza en el plan eterno de Dios en Cristo? Tanto la validez de las promesas como, por implicación, el carácter de Dios están en peligro.

El apóstol nos ofrece cuatro líneas de razonamiento para responder al desafío. La primera tiene que ver con las promesas de Dios enraizadas en el libre y justo propósito electivo de Dios en la historia de Israel (9:6-29). Pablo va a mostrar basado en la historia de Israel que la promesa de Dios a Abraham estaba para ser cumplida sólo en aquellos a quienes Él en su soberanía «llamaba».

Es importante que tengamos en este momento cierto conocimiento acerca del pensamiento judío del primer siglo sobre la elección. Problemas que han detenido a los teólogos por años en los capítulos 9 y 10 podrían haberse evitado si este material se hubiera considerado más seriamente. Además, al estar preocupados con estos debates teológicos, muchos se han perdido la verdadera enseñanza del capítulo 11.

Berkeley Michelsen resume bien el argumento judío en su comentario sobre Romanos en *Comentario bíblico Moody: Nuevo Testamento*.⁴ Los oponentes judíos de Pablo presentarían esta opinión: «Tenemos la circuncisión como una señal (Gn. 17:7-14) de que somos el pueblo elegido de Dios. Los miembros del pueblo elegido de Dios no perecerán. Por consiguiente, nosotros no pereceremos.» La evidencia rabínica muestra que esta era la actitud de la mayoría de los judíos en el tiempo de Pablo. Hermann L. Strack y Paul Billerbeck han preparado un *Commentary on the New Testament* [Comentario al Nuevo Testamento] en el que presentan juntos pasajes paralelos del Talmud y de Midrashim que arrojan luz sobre el Nuevo Testamento.⁵ En el volumen 4, parte 2, han dedicado un apéndice completo (núm. 31) al asunto del *Seol, el gehena* (lugar de castigo) y *el huerto celestial de Edén* (paraíso). Las

siguientes traducciones incluyen nombres de tratados de los escritos rabínicos de los que se han sacado sus ideas acerca de estos lugares.

El rabí Levi ha dicho: En el futuro (en el otro lugar, lo que los griegos llaman el mundo del espíritu) Abraham se sienta a la entrada del Gehena y no permite que ningún circuncidado de entre los israelitas entre en él (esto es, el Gehena). (Midrash Rabba Génesis, 48 [30, 49])⁶

En este mismo contexto se hace la pregunta: ¿Qué acerca de aquellos que pecan excesivamente? La respuesta es: Son devueltos a un estado de incircuncisión al entrar en el gehena. La siguiente traducción tiene que ver con lo que le ocurre después del fallecimiento de un israelita.

Cuando un israelita va a su morada eterna (= la tumba), un ángel que está encargado del celestial huerto de Edén, lleva a cada hijo de Israel que está circuncidado al celestial huerto de Edén (paraíso). (Midrash Tanchum, Sade, 145^a, 35).⁷

De nuevo se suscita la pregunta: ¿Qué acerca de aquellos israelitas que sirven a los ídolos? Cómo anteriormente, la respuesta es: Volverán a un estado de incircuncisión en el gehena. He aquí una traducción que contempla a los israelitas como un grupo.

Todos los israelitas que son circuncidados entran en el huerto celestial de Edén (paraíso). (Midrash, Sade, 145^a, 32).⁸

Es obvio por estas citas que la mayoría de los judíos creía y así los enseñaban que todos los israelitas circuncidados que morían iban al paraíso y que no hay israelitas circuncidados en el *gehena*. Notemos también que ser puesto en la ca-

tegoría de los «incircuncisos» (gentiles) es asegurar que el fin será el gehena (infierno). De manera que el capítulo 9 se centrará en la inclusión de los gentiles en el pueblo de Dios sobre la base de la fe. El desafío que Pablo enfrenta es mostrar la libertad de la misericordia de Dios.

A la declaración de que el Señor no podía rechazar a su pueblo elegido, Pablo contesta primeramente enfatizando la libertad, la justicia y la soberanía de Dios. Él actúa con libertad, en justicia y soberanamente porque es libre, justo y soberano en su propio ser eterno.

La promesa y los descendientes de Abraham: Isaac y Jacob (9:6-13)

¿No ha guardado Dios su palabra dada a Israel? No, afirma Pablo: «No que la palabra de Dios [la promesa] haya fallado» (griego *ekipto*, «ser en vano», «perder validez») y por implicación la propia fidelidad de Dios (v. 6). La razón por la que Pablo sostiene que las promesas a Israel no han sido en realidad invalidadas es que la promesa ha estado siempre vinculada al propósito de Dios determinado por la elección o llamamiento (v. 11). Desde el mero principio de la historia de Israel, Dios ha sido selectivo en la aplicación de la promesa. Él dice: «Porque no todos los que descienden de Israel [la verdadera simiente espiritual] son israelitas [linaje físico]» (v. 6). La promesa es sólo válida para aquellos a quienes iba dirigida.

Cranfield capta bien la fuerza del argumento de Pablo: «El hecho de que en el presente la mayoría de los judíos permanezcan fuera del círculo interno de la elección, que es el Israel dentro de Israel, no es prueba de que fallara el propósito de Dios, puesto que se conforma a la manera en que funciona el propósito divino desde el principio» (2:471). Todos los judíos son miembros del pueblo elegido de Dios (11:28); pero no todos son miembros del Israel dentro de Israel, los escogidos por gracia (11:5, 6), la compañía de aquellos que están dispuestos a la obediencia y son testigos de esa gracia y ver-

dad. Los términos que se usan para distinguir las dos formas de elección en los versículos 6-8 se pueden plantear así:

Elección amplia de Israel

«descienden de Israel» (6b)

«descendientes de Abraham» (7a)

(7c)

«hijos según la carne» (8a)

(8b)

(8b)

Elección específica de Israel

«son israelitas» (6b)

«son todos hijos» (7b)

«en Isaac ... llamada descendencia»

«hijos de Dios ... hijos según la
promesa»

«contados como descendientes»

Pablo usa en los versículos 6-13 dos casos del comienzo de la historia de Israel para demostrar que cuando Dios dio la promesa de bendición a Abraham y a sus descendientes, él no tenía en mente a *todos* los descendientes de Abraham. Dios en primer lugar escogió a Isaac antes que a Ismael para la continuación de la promesa hecha a Abraham: «En Isaac te será llamada descendencia» (Ro. 9:7; Gn. 21:12); y la Palabra dijo: «Sara tendrá un hijo» (Ro. 9:9; Gn. 18:10). En un razonamiento paralelo a aquel que aparece más elaborado en Gálatas 3 y 4, Pablo argumenta que los descendientes de Ismael por medio de la sierva Agar son de la carne y no son herederos de la promesa. Lo que está diciendo es que Dios siguió adelante con el cumplimiento de la promesa por medio de la elección como en el caso de los hijos de Abraham.

Deberíamos ser muy cuidadosos en notar que esta elección de Isaac en vez de Ismael para cumplir el propósito especial de Dios no quiere decir que Ismael quedara excluido de la misericordia de Dios (véanse Gn. 16:10-14; 17:20; 21:13, 17-21). Esto ciertamente tiene importancia hoy en relación con las actitudes de los cristianos hacia los árabes (los descendientes de Ismael).

¿No eran hijos de Abraham (Isaac e Ismael) nacidos de diferentes madres? Dios probablemente escogió a Isaac, se

podría sugerir, porque nació de Sara, la esposa con plenos derechos. Para mostrar que la elección de Dios no tenía que ver con méritos derivados de la posición o relación de las madres, Pablo muestra el mismo principio operando en *otra* madre, Rebeca, y el nacimiento de sus hijos gemelos, Jacob y Esaú. La elección de Dios no tiene nada que ver con los méritos de un linaje especial o los méritos propios de un individuo. Todo depende de la voluntad soberana de Dios. El Señor escogió a Jacob («el mayor servirá al menor», v.12) para continuar con el linaje por medio del cual la promesa sería cumplida, aunque tal reconocimiento era contrario a las costumbres del Cercano Oriente sobre el derecho de herencia del primogénito (vv. 10-12).

Pablo apela en el versículo 13 a un pasaje en los profetas para apoyar más la práctica de la elección de Dios: «A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí» (Ro. 9:13; Mal. 1:2, 3). Amar y odiar en este contexto no tiene nada que ver con el amor o el odio personal y emocional de Dios, sino con la *elección* de uno sobre el otro para continuar con el cumplimiento de la promesa.

De nuevo es necesaria una cautela: «Es importar resaltar que estas palabras tal como aparecen en Génesis o como son usadas por Pablo no se refieren al destino eterno de estas personas o de los miembros individuales de las naciones que surgieron de ellos; la referencia es más bien a la relaciones mutuas de estas dos naciones en la historia» (Cranfield, 2:479).

Mis hijos disfrutaban de un juego en el que se usan canicas de varios colores. Me informan que tengo que interesarme sólo en canicas de un cierto color, no tengo que usar o tomar las otras canicas de diferentes colores. Con palabras semejantes a las de Malaquías, me dicen: «Papá, tú *odias* las azules (canicas) y amas las *rojas* (canicas).» De manera que elijo (amar) las canicas rojas para mi propósito del juego y dejo (odio) las azules para otros propósitos. Sin embargo, los propósitos de Dios en la salvación nunca son llevados a cabo sin consideración a la respuesta humana de fe o incredulidad.

Pablo hablará de ello más tarde (vv. 30-33), pero primero debe responder a dos objeciones a su concepto de elección.

La soberanía de Dios y la justicia de Dios (9:14-29)

La objeción más natural a la enseñanza de Pablo sobre la elección soberana de Dios (si la entendemos correctamente) es que parece que presenta a Dios como injusto en que escoge a uno y deja al otro (incluso antes del nacimiento como en el caso de Jacob) sin ninguna consideración por sus obras. De manera que el objetor podría decir: «¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios?» (v. 14). La respuesta de Pablo es desilusionante, pero instructiva. El simplemente aborrece la idea («en ninguna manera») y muestra que Dios ejerce su misericordia con absoluta libertad de elección. Pablo da por supuesto en todo momento que Dios es justo y que sus acciones de elección son también consecuentes con su justicia.

Para apoyar su visión de la justicia de Dios en sus escogimientos misericordiosos y libres, el apóstol vuelve a buscar más evidencia en las palabras de Dios a Moisés y Faraón (vv. 15-18). Si alguien en la historia de Israel debería ser elegido por sus buenas obras, éste sería Moisés, el gran dador de la ley; pero es a Moisés a quien Dios le dice: «Tendré misericordia del que yo tenga misericordia» (Ro. 9:15; Éx. 33:19). Ni incluso Moisés podía mostrar la misericordia de Dios excepto sobre la base de la elección de Dios de bendecirle (v. 17). Todos los actos de Dios hacia el hombre son sobre la base de su misericordia; el hombre no se merece nada, porque funciona en rebelión. Si Dios se acerca al hombre con misericordia, la posición y bendición del hombre delante de Dios no puede deberse a la voluntad y logros humanos. Esta es la posición constante de Pablo en relación con la justificación por la fe (capítulos 1-8).

¿Qué acerca de Faraón mismo (Éx. 4:21)? Fue precisamente porque Faraón endureció su corazón que Israel fue oprimido, y Dios pudo mostrar su poder en el éxodo y procla-

mar su nombre a lo largo de los siglos por medio de la celebración de la Pascua (v. 17). Sobre el que Él quiere muestra su misericordia, y «al que quiere endurecer, endurece» (v. 18). El endurecimiento del corazón de Faraón, que resultó de su incredulidad (Éx. 4:21; 7:3; 9:12), fue designado para mostrar la misericordia de Dios. Los actos soberanos de Dios se extienden hasta el encallecimiento de los corazones de los hombres. Pero incluso esta acción severa fue un medio para el fin de mostrar su misericordia. Faraón primero endureció su propio corazón después de las primeras cinco plagas; a continuación Dios endureció el corazón de Faraón en las últimas cinco plagas.⁹ Faraón puede ser también un tipo de la incredulidad de Israel, quien a pesar de su indisposición y desobediencia se convirtió en un testigo negativamente de la verdad y del poder salvador de Dios.

Pablo expresa con estilo de diatriba (véase 2:1-4) las palabras reales de otra objeción: «¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad?» (v. 19). La objeción tiene sentido y es demoledora. Si Dios en su soberanía endurece los corazones de los hombres como en el caso de Faraón, ¿cómo puede Él juzgarlos con justicia como pecadores endurecidos puesto que nadie puede resistir su soberana voluntad? Este es el problema de la responsabilidad humana y justicia divina. La respuesta de Pablo es incluso más desilusionante en un sentido que la anterior, pero quizá más instructiva. Él no responde a la acusación, sino que dice en la forma más fuerte posible que la posición del hombre como criatura no le califica para contradecir a su Creador (vv. 20, 21). ¡El hombre debe guardar silencio! Así como el alfarero puede formar su vaso en la forma que él quiera (Jer. 18), de igual manera Dios tiene perfecta libertad para hacer de la humanidad lo que le plazca. Como el vaso no puede altercar con el alfarero y discutirle su diseño, tampoco puede el hombre hacerlo (Is. 29:16).

Alguien puede objetar: ¡El hombre no es un vaso y *hará* preguntas! La respuesta de Pablo rechaza esa clase de argumentación porque presupone la centralidad del *hombre* y el

tratar de responder tendería a rebajar a Dios al razonamiento humano y a intentar justificar a Dios teóricamente. Pablo más bien afirma la centralidad de Dios y no rebajará sus acciones para ajustarlas al razonamiento humano. Su respuesta demanda que Dios sea ante todo reconocido como Dios (1:21). En última instancia, así como el alfarero es responsable por el vaso que forma, Dios es también responsable por lo que hace en la historia.

Es importante notar que hasta este momento en el capítulo no hay en realidad evidencia concreta para argumentar que Pablo está hablando sobre que Dios escoge a unos *individuos* para salvación eterna y a otros para condenación. Antes bien ha estado razonando que Dios tiene perfecta libertad para ser misericordioso para con quien quiera serlo y en la manera que escoge serlo. Los siguientes versículos (22, 23) revelarán que Dios elige ser misericordioso para con todos, tanto judíos como gentiles, sobre la base de su fe en el evangelio de Cristo Jesús.

Los versículos 21 al 24 amplían el pensamiento de que el alfarero tiene el derecho absoluto de hacer vasijas para cualquier fin que él desee, bien sea para fines estéticos o para usos más ordinarios («un vaso para honra y otro para deshonra»). Pablo sigue usando la analogía del alfarero, pero empieza a enfilar su sentido en su interés inmediato. Dios hace «vasos [instrumentos] de ira preparados para destrucción» (v. 22)¹⁰ y «vasos [instrumentos] de misericordia que él preparó de antemano para gloria» (v. 23).

Algunos alegan que el versículo 24 indica claramente que Pablo tiene *personas* en mente: «A los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros». Además, «llamado» en la epístola se refiere a individuos llamados a la salvación y a la justificación (8:30). No podemos entonces —se argumenta— a pesar de la dificultad, debilitar al menos la parte última del énfasis del capítulo sobre la elección y llamamiento individual (a pesar de las porciones primeras) para favorecer una mera elección nacional o corporativa. El verdadero propósito de Pablo, dicen ellos, es el opuesto, esto es, Dios ha elegido por

gracia a un grupo de la nación al que manifiesta su misericordia (perdón), y ha destinado a otros para recibir su ira (merecida a causa de su incredulidad, vv. 30-33).¹¹

Otros argumentan que las referencias a «vasos de ira» o a «vasos de misericordia» tienen grupos corporativos (naciones) en mente con individuos (como Faraón) como sus representantes. Razonan que este pasaje no indica (siguiendo a Calvino) que Dios escoge a algunos individuos para eterna salvación y escoge a otros para condenación. «Esta gracia salvadora opera en la historia mediante el método de la selección de instrumentos (o para usar la expresión paulina, “vasos”) por medio de los cuales —bien sea por obediencia (“vasos de misericordia”) o por desobediencia (“vasos de ira”)— Dios lleva a cabo su propósito universal.»¹²

Debe notarse que a menos que acusemos a Dios de rigor arbitrario, la preocupación de Pablo es mostrar que la intención deliberada de Dios era mostrar su misericordia (23). Con el fin de hacerlo, Dios soportó con mucha paciencia a los vasos de ira (Faraón, a los judíos incrédulos y a los gentiles del tiempo de Pablo) no destruyéndolos inmediatamente sino dándoles la oportunidad de arrepentirse antes de que sea manifestada la plenitud de su poder e ira (2:4, 5).

Parece que la idea principal de Pablo es que cuando la incredulidad y el endurecimiento del corazón se presenta como en el caso del faraón y de la mayoría de los judíos en el tiempo de Pablo, Dios tiene un propósito en la historia (como también para con el individuo). Su propósito es ante todo revelar su ira en contra de la rebelión y de ese modo mostrar al mundo su poder. Segundo, por medio de la incredulidad la voluntad de Dios hace que su misericordia se manifieste sobre aquellos que ha llamado. En última instancia, la historia es entonces redentora en su propósito. En gloria y en ira por medio de la elección Dios está llevando a cabo su propósito en la historia de manifestar su justicia.

En los versículos del 25 al 29 Pablo recurre a las profecías del Antiguo Testamento para los principios que confirman su declaración, lo hace mediante referencias a los anuncios de

Dios de escoger una compañía elegida de judíos y gentiles para que participen de su misericordia. Con el fin de mostrar que Dios tenía en mente «llamar» (a salvación) a los gentiles, el Apóstol cita Oseas 2:23 y 1:10, que originalmente se aplicó a los judíos rechazados como «no sois mi pueblo» y «no compadecida», en el sentido de que Dios llamaría para sí a aquellos que no eran su pueblo (por aplicación a los gentiles) para hacerlos «hijos del Dios viviente» (vv. 25, 26)

Es más, Pablo cita a Isaías para mostrar que el Antiguo Testamento predice que Dios «llamaría» no a *toda* la nación de Israel por medio de su promesa, sino que sólo un remanente sería salvo (Ro. 9:27-29; Is. 1:9; 10:21, 22; 11:11). Otra vez, en los días de Isaías la ira de Dios fue derramada por medio de los asirios sobre una nación incrédula (v. 28). De forma que en todos los tratos de Dios con nosotros, la promesa de bendición (perdón) se relaciona con la simiente escogida que son de la fe; y si la incredulidad prevalece, no por eso queda anulada la Palabra de Dios.

EL FRACASO DE ISRAEL ES POR SU PROPIA CULPA (9:30—10:21)

Pablo ha argumentado que la incredulidad de Israel no puede invalidar la Palabra de Dios porque la promesa divina está basada en el principio de la elección. Si Dios es totalmente libre para mostrar misericordia sobre cualquiera que Él quiera, entonces nuestra respuesta a la elección libre del Señor nos hace responsables ante Él. Su elección no está relacionada con nuestra creencia. El tropiezo de Israel se debió a sus esfuerzos desencaminados para hallar misericordia ante Dios por medio de la obediencia a la ley en vez de por la fe. «Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree» (9:30—10:4).

Además, esta justicia por la fe que Pablo proclama, al contrario de la ley, está fácilmente disponible para todos los que escucharán la Palabra de Dios (10:5-13). Sin embargo, muchos judíos han escuchado esta Palabra de Cristo universal-

mente predicada y la han rechazado con desobediencia como los profetas anticiparon. Ellos son, por consiguiente, completamente responsables por el rechazo que Dios hace de ellos (10:14-21).

La causa del fracaso de Israel (9:30—10:4)

Aunque los judíos no habían carecido de entusiasmo por Dios («iban tras una ley de justicia», «tienen celo de Dios», 9:31; 10:2), su encomiable sinceridad no les había ayudado ante Dios porque estaba egoístamente dirigida. El moralista judío, en el intento por obtener la aceptación de Dios mediante la observancia de la ley, no ha alcanzado, de hecho, esa aceptación (justicia) como lo consiguió el gentil creyente. ¿Por qué? Porque, como Pablo ya ha argumentado a lo largo de la primera parte de la carta (capítulos 1—8), todos son pecadores y no pueden acercarse a Dios sobre la base de sus buenas obras. Sólo podemos ir a Él en humilde aceptación por fe de la provisión de Dios en Cristo (vv. 30-32).¹³ Esta «piedra de tropiezo» (esto es, Cristo y la justicia por la fe; 1 P. 2:6-8) fue preparada por Dios y anticipada por el profeta Isaías (Ro. 9:33; Is. 8:14; 28:16). Si la imagen del corredor todavía en la mente de Pablo, entonces el cuadro del corredor tropezando con una valla y perdiendo la carrera capta vívidamente lo que quiere decir (vv. 32, 33).

El celo por Dios mal dirigido de sus compatriotas judíos intensifica la tragedia de su rechazo. El deseo ardiente de Pablo es que se den cuenta de su error y se vuelvan a Cristo para liberación de sus pecados (10:1, 2). Charles Erdman comentó que no habría escasez de convertidos a la fe cristiana si todos los que profesan seguir a Cristo sintieran por el bienestar de sus compatriotas el profundo interés expresado por Pablo por su propio pueblo.¹⁴

El error del moralista empieza con su fracaso para juzgarse a sí mismo correctamente a la luz de sus propios defectos morales y espirituales. Al pensar de sí mismo que todo está bien con él o que es tan bueno como otros, desarrolla un es-

píritu de orgullo que es la raíz del pecado. Termina presumiendo de su propia justicia (v. 3; 3:27). Al buscar establecer su propia justicia delante de Dios, el moralista pasa por alto el camino de justicia de Dios, que viene por la fe en Cristo Jesús. Es una irónica tragedia: celo por Dios, pero rechazado por Dios. Estas declaraciones de Pablo deberían cancelar para siempre la tesis de que la sinceridad en vez de la verdad es suficiente delante de Dios. La sinceridad puede en verdad indicar una actitud correcta ante Dios, pero no necesariamente, como lo revela el presente caso. Tampoco puede alegarse la ignorancia como una excusa delante de Dios porque ningún hombre es totalmente ignorante de la verdad de Dios (1:19, 20).

Cristo es el «fin» (griego *telos*, meta, terminación) de la ley para obtener la justificación de todos aquellos que tienen fe (v. 4). Cuando uno se somete a Cristo como el medio de Dios para la justificación, pone fin a los intentos (inútiles) de buscar la justificación mediante el abordamiento moralista de la ley.¹⁵

La justicia de la fe: ¿Es demasiado difícil? (10:5-13)

En estos nueve versículos se contrasta la justicia que viene por la ley (v. 5) con la justicia basada en la fe (vv. 6-13). La última no sólo está disponible (vv. 5-8), y es universal en su apelación (vv. 11-13), sino que descansa sobre el hecho histórico de la muerte y resurrección de Cristo Jesús (vv. 9, 10).

¿Qué acerca de la obediencia a la ley? ¿No era la observancia de la ley el requisito para tener vida (Lv. 18:5; Lc. 10:28)? Si Dios dio la ley y mandó total obediencia a la ley, ¿puede sostenerse que la obediencia no tendría relevancia? Pablo parece argumentar en el versículo 5 que Moisés enseñó que el alcanzar la justicia ante Dios sobre la base de la obediencia a la ley era al menos una posibilidad teórica.¹⁶ Sin embargo, Pablo argumentó antes en la carta que la ley vino para que aumentara la transgresión (5:20). Puede que no sea imposible reconciliar estas dos ideas opuestas si recordamos que cuando un hombre intenta guardar toda la ley, descubre

que es incapaz de hacerlo y que es juzgado pecador por la misma ley por la que él buscó aceptación y vida (Dt. 27:26).

El verdadero error de algunos judíos (y de todos los moralistas), según Pablo, no es que ellos no tomen la ley seriamente, sino que fallan en tomarla con la suficiente seriedad. Los moralistas cuentan con dos ilusiones. Creen, por un lado, que ciertas buenas obras acreditadas en el libro de la vida cancelarán a largo plazo muchas de las deudas pendientes y que al final les pondrán en buenas relaciones con Dios. Por el otro lado, también mantienen la falsa creencia de que todo aquello que haya quedado sin balancear será cancelado por la tendencia perdonadora de Dios. Pero Dios no lleva ningún libro de contabilidad de esa clase con las columnas de haber y debe, porque Él tiene una manera muy diferente de cancelar las deudas. La justicia nos viene sólo por medio de la fe en el Señor Jesucristo.

En los versículos 6-8 Pablo combina referencias de la ley del Antiguo Testamento (Dt. 30:11-14) con declaraciones acerca del evangelio. Es evidente que las palabras: «No digas en tu corazón» están dirigidas a la actitud de incredulidad hacia el evangelio. Lo que no es tan claro es el uso que hace Pablo de las palabras: «¿Quién subirá al cielo?» o «¿quién descenderá al abismo?» que han sido tomadas del pasaje de Deuteronomio. ¿Quiere decir Pablo que las palabras que fueron originalmente aplicadas a la ley en el Antiguo Testamento tienen igual significado cuando son aplicadas a la fe en Cristo? La advertencia de Moisés es en contra de la burla de la incredulidad expresada cuando un hombre declara que la revelación de la ley es demasiado difícil (imposible) de cumplir porque es inaccesible (en el cielo o en el abismo). Pablo ve el peligro de la incredulidad en el evangelio que se evidencia cuando demandamos, antes de llegar a confiar en Cristo, tener un prueba empírica de primera mano sobre la encarnación («para traer abajo a Cristo») o de la resurrección («subir a Cristo de entre los muertos»).

Pero la fe opera sobre la base de la *Palabra* de testimonio divino proclamado en el mensaje de Cristo, y, por tanto, la

salvación por fe, es inmediatamente posible cuando uno escucha el mensaje del evangelio. Esta verdad es tan importante que conecta la veracidad de los hechos históricos de la muerte y resurrección de Cristo con la predicación de la Palabra del testimonio del evangelio. Esto significa que cuando creo en el mensaje del evangelio por fe no necesito en realidad el testimonio o de ser capaz de verificar de manera infalible aquellos eventos históricos a fin de tener inmediatamente aplicada a mi vida su certidumbre y eficacia.

Los versículos 9 y 10 describen el doble contenido de esta justicia que es por la fe: Es decir, (1) «Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor» (el rey divino del cielo); y (2) «creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos». Esta clase de fe que concede perdón y aceptación delante de Dios consiste básicamente de dos artículos. Junto con la aceptación de Jesús como Señor, va la segunda, Dios le levantó de los muertos. La resurrección es un hecho crucial porque eso señala a Jesús, el Señor del cielo, de manera distintiva como absolutamente distinto de otro señor. Él es aquel mediante el cual el Padre ha consumado su obra redentora a favor del hombre (He. 1:3).

No debería verse nada especial en el versículo 10 sobre el doble uso de «corazón ... justicia» con «boca ... salvación». La idea bíblica del corazón se refiere al centro religioso o núcleo de nuestra vida y no debería limitarse tan sólo a las afecciones y emociones. Lo que el corazón crea será expresado por los labios. Como Pablo dice en otro lugar: «Nadie puede llamar a Jesús Señor, si no por el Espíritu Santo» (1 Co. 12:3; Mt. 12:34). «Confesar» significa declarar, reconocer, profesar, proclamar. Parece evidente que la «confesión» debe hacerse en voz audible delante de otros, con la boca, no por otras acciones.

Junto con una afirmación de Isaías 28:16 a afectos de que aquel que confía en el Señor no será «avergonzado» o «desilusionado», Pablo toca la nota de la universalidad de esta salvación por fe en los versículos 11-13. Todos (judío o gentil) todo aquel que confiesa el nombre del Señor será salvo (Jl.

2:32). El Antiguo Testamento anticipó esta salvación universal que está disponible para todos aquellos que evidencian su fe en el Señor.¹⁷ ¿Por qué, entonces, no han creído algunos judíos? ¿Por qué han sido ellos aparentemente rechazados en favor de los gentiles? Pablo se enfoca ahora en este problema.

El fracaso de la fe: ¿Es que acaso ellos no escucharon? (10:14-21)

¿Es quizá el problema la ignorancia del evangelio? En los versículos 14 y 15 Pablo construye una cadena de cinco eslabones para enfatizar que la ignorancia no es la causa del fallo de los judíos. Sólo confesaremos para salvación a aquel en quien creemos. La fe debe tener un ser o cosa que reconozca y proclame conscientemente, y que requiere un mensaje y un mensajero. Por último un mensajero genuino o un apóstol que es comisionado por el mismo Señor debe ser «enviado» (griego, *apostalōsin*) (v. 15). Este último eslabón es confirmado mediante una referencia al Antiguo Testamento donde Dios menciona de forma aprobatoria el ministerio de los *enviados* (apóstoles) a Israel con propósitos de salvación (Is. 52:7).

Pablo en este momento interrumpe repentinamente la cadena y presenta el asunto de la incredulidad parcial de Israel: «Mas no todos obedecieron al evangelio» (v. 16). Escuchar el mensaje era sólo beneficioso cuando se recibía por fe (He. 4:1, 2). «Y los de junto al camino», escribe Lucas, «son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven» (Lc. 8:12). Incluso Isaías confirma la verdad que Pablo declara al predecir que el mensaje concerniente al Mesías no sería aceptado (Is. 53:1).

El Apóstol resume en el versículo 17 («Así que») su enseñanza principal al afirmar la conexión entre el mensaje proclamado por los apóstoles de Cristo y la fe que confiesa el nombre del Señor para salvación. La fe salvadora surge, pues, en respuesta al mensaje (la predicación de la Palabra)

de Cristo (su señorío y resurrección, v. 9).¹⁸ La fe tiene una relación perpetua con la Palabra y no puede ser separada de ella, de la misma manera que los rayos no pueden ser separados del sol de donde proceden.

En los versículos 18 al 21 Pablo habla más directamente del porqué Israel falló en responder a Cristo Jesús. ¿Es que quizá ellos en realidad no tuvieron oportunidad de responder al evangelio? Pablo responde enfáticamente lo contrario: «¡Claro que sí!» (18, NVI). El vocabulario del Salmo 19:4, que Pablo usa para describir la saturación universal del mundo con el mensaje del evangelio, ha causado una pregunta importante (v. 18).

¿Es que la revelación de Dios en la naturaleza, a la cual el salmo se refiere, lleva consigo el mensaje del evangelio? En este caso Pablo estaría diciendo que los judíos escucharon el evangelio en el testimonio de la naturaleza. Aunque este sentido es posible, el contexto apunta a un significado diferente. Así como la revelación de Dios en la naturaleza es universal (Sal. 19:4) y no hace distinción entre el judío y el gentil, de igual manera la revelación histórica de Dios en el evangelio de Jesús se ha hecho universal llegando a todos los lugares y pueblos. Israel había escuchado en verdad la proclamación del mensaje al menos en el primer siglo. No podían alegar ignorancia acerca de Cristo. La fidelidad obediente de los creyentes del primer siglo en esparcir el mensaje de Cristo en todo el mundo conocido sin importar el costo debería sin duda inspirarnos a nosotros.

Por último, el apóstol ofrece otra razón para explicar el porqué Israel falló en aceptar a Cristo al preguntar: «¿No ha conocido esto Israel?» (v. 19). El sentido de esta breve pregunta quedaría más claro si se tradujera con más exactitud por «entender» o «comprender». ¿Es que quizá los predicadores del evangelio no lo expresaron claramente e Israel malinterpretó el mensaje? De nuevo la respuesta implícita es no, porque tanto la ley (Moisés, v. 19) como los profetas (Isaías, vv, 20, 21) declararon que Dios iba a trabajar de forma significativa entre los gentiles («no es pueblo»; «con pueblo insen-

sato») y como resultado los judíos tendrían «celos» e «ira» (v. 19). Una respuesta emocional tan fuerte no podía ser sino el resultado de entender claramente el carácter universal del mensaje del evangelio, el cual ponía a judíos y gentiles en un plano de igualdad.

Es más, la respuesta de los gentiles fue inmediata y agradecida, de parte de personas que no estaban ni siquiera asociados con el Señor (v. 20; Is. 65:1). No obstante, Dios declaró a Israel por medio del profeta (Is. 65:2) que Él había extendido incesantemente sus manos en amor constante sólo para encontrarse con rechazos (ver también Mt. 23:37-39). Hay ciertamente un gran misterio en el porqué el hombre se rebela contra su Creador.

Parece que queda claro a la luz de este capítulo que el fracaso de algunos judíos en responder a la Palabra de Cristo no está en falta de conocimiento ni en fallar en entender el significado del mensaje. El rechazo tiene sus raíces en su propia decisión de incredulidad y desobediencia. No es porque Dios les haya retirado su amor y sus promesas.

EL FRACASO DE ISRAEL NO ES TOTAL NI FINAL (11:1-36)

Puesto que muchos judíos han rechazado el evangelio de Cristo, ¿quiere esto decir que ellos han sido completamente rechazados por Dios? ¿Ha terminado su elección? ¿Ha quedado frustrado el plan de Dios de llamar a esta nación su pueblo por causa de su obstinación? ¿Quién hará ahora lo que Dios quería que Israel hiciera? La respuesta de Pablo es doble y definitiva. Primero, Dios no ha rechazado al pueblo judío. El Apóstol muestra que Dios todavía tiene un propósito para ellos como un todo. Pablo representa no meramente el hecho de que un judío puede llegar a ser un creyente en Jesús como el Mesías. Más bien, él como un *judío* se ha convertido en el misionero a los gentiles. En él, pues, hay un fuerte argumento para las esperanzas futuras de Israel como un pueblo (véase más abajo). Segundo, Dios no ha terminado

con este pueblo como una nación, sino que tiene planeado un gran avivamiento para ellos en algún momento en el futuro (11:11-29). Estos dos aspectos del presente y del futuro de los judíos son presentados mediante una pregunta separada en los versículos del 1 al 11.

El fracaso judío no es total (11:1-10)

Pablo pregunta, teniendo en mente todo lo acaba de decir (10:18-21): «¿Ha desechado Dios a su pueblo?» (v. 1). La forma de la pregunta en el griego hace esperar una respuesta negativa, de forma que él responde inmediatamente con un no rotundo: «En ninguna manera» (véase 3:4). La razón principal para su seguridad en el favor de Dios hacia el pueblo judío como un todo es que él procede de una ascendencia judía pura y, no obstante, cree en Jesús como el Mesías. A menudo se argumenta que la existencia de judíos cristianos en el mundo prueba que Dios no ha desechado a toda la comunidad judía.¹⁹ Cranfield afirma que

la explicación más probable es que lo que Pablo tiene en mente no es sólo el hecho de que él, un judío, es un cristiano, ni tampoco que él que se había opuesto tan violentamente al evangelio es un cristiano, sino el hecho de que él, un judío (y uno que se había opuesto duramente al evangelio) es el apóstol escogido de Dios para los gentiles. Si la intención de Dios fuera tan sólo salvar a unos pocos de Israel y desechar al resto de Israel como un todo, ¿habría él escogido a un israelita para ser el apóstol de los gentiles y el principal portador del mensaje del evangelio? La vocación misionera de Israel se estaba cumpliendo al fin en su persona e Israel estaba activamente asociado con la obra del Cristo resucitado. Esta es una evidencia más convincente de que Dios no ha desechado a su pueblo de lo que es el simple hecho de que un judío en particular ha llegado a creer.²⁰

«No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció» (v. 2a) refleja el lenguaje del Salmo 94:14 (cp. 1 S. 12:22). Dios permanece siempre fiel a sus promesas del pacto con Abraham (Gn. 22:17, 18). No deberíamos entender (en oposición a Calvino) que «su pueblo» (*laos*) en el versículo 2a es una referencia al remanente creyente elegido, sino una referencia a la elección general de Israel como un todo como se hace en el versículo 1. El hecho de que Dios «desde antes conoció», en el sentido de unirlos deliberadamente a Él mismo en amor de pacto, excluye la posibilidad de que Él los desechara (véase 11:28, 29).

Pablo vuelve en los versículos 2b-5 a uno de los muchos casos en el Antiguo Testamento en los que la nación se había alejado en gran medida de la voluntad de Dios, pero que todavía quedaban algunos que le seguían. Forma un paralelo con el problema de incredulidad de los días del apóstol Pablo. Las circunstancias de Elías en la rebelión contra Dios provocada por Jezabel le llevó a la conclusión de que él era el único en toda la nación que seguía fielmente al Señor (1 R. 19:10-14). No obstante, la Palabra de Dios vino a Elías y le reveló que había otros siete mil que el Señor se había «reservado» para Él y que todavía le obedecían (v. 4). Pablo se identifica con Elías en su soledad y también en la suave pero alentadora reprimenda de parte de Señor, quien le recuerda al profeta que había un remanente escogido en Israel que constituía el verdadero Israel con el que continuaría el propósito del pacto de Dios (cp. 9:6-8, 27).

«Así también [como en los días de Elías] aun en este tiempo ha quedado un remanente [de creyentes judíos en Jesús] escogido por gracia» (v. 5). Puesto que el remanente sólo puede existir por elección divina, debe ser sobre la base de la gracia y no de las obras del hombre. Pablo hace una breve digresión en el versículo 6 para enfatizar su principal argumento que apareció antes en la carta (3:27—4:25). Dios trata con nosotros sólo sobre la base de su gracia (por lo tanto, fe) y no nuestras obras. La gracia y las obras son principios mutuamente excluyentes para obtener la aceptación delante de

Dios. Si la elección de Dios es la base para la existencia del remanente, debe estar entonces basada en la gracia de Dios, que precede a todas las obras humanas; de otra manera la gracia deja de ser gracia, y las obras dejan de ser obras. En otras palabras, si confundimos tales principios opuestos como gracia y obras, las palabras pierden su significado (Ef. 2:8, 9; Ro. 9:11). «Fue Dios, por su propia decisión y por el logro de su propio propósito, quien hizo que el remanente permaneciera firme; y por esta misma razón su existencia estaba llena de promesas para el resto de la nación» (Cranfield, 2:547).

Pero, ¿qué de «los demás» de la nación de Israel que no estaban en el remanente? Pablo dice que ellos «fueron endurecidos» (v. 7) de acuerdo con las predicciones del Antiguo Testamento en los escritos de Moisés (Ro. 11:8; Dt. 29:4), y en las declaraciones de David (Ro. 11:9, 10; Sal. 69:22). El endurecimiento es un juicio divino causado por la incredulidad (véanse Ro. 9:17, 18; 11:20; Mt. 13:14, 15; He. 3:12, 13). La incredulidad produce ceguera, insensibilidad, esclavitud («agóbiales la espalda», v. 10) y discordia social («su convite en trampa y en red», v. 9). No podemos rehusar la gracia divina sin al mismo tiempo oponernos positivamente a Dios (Mr. 9:40). Tal oposición trae el juicio activo de Dios en la vida presente de la misma manera que en la triple referencia al juicio divino («Dios los entregó») en el capítulo 1. Pero esta no es la última palabra que Dios tiene para «los demás» (véase vv. 23, 26, 31).

La expresión en el versículo 7 en el sentido de que Israel no ha alcanzado lo que buscaba puede significar nada menos que la mayoría del pueblo no alcanzó la justicia o justificación delante de Dios (9:30; 10:3). El remanente elegido obtuvo la justificación por la fe, pero los demás no.

El fracaso judío no es final (11:11-32)

Si la mayoría de la nación judía tropezó con el evangelio, aunque un remanente creyó, ¿significa eso que Dios ha terminado con el pueblo como un todo o como una nación? La

pregunta de Pablo en el versículo 11 es muy importante: «¿Han tropezado los de Israel para que cayesen?» Que algunos judíos han «tropezado» en la incredulidad y en la desobediencia es algo que el apóstol ya ha señalado claramente (9:32). Pero, ¿qué quiere decir con la frase: «para que cayesen»?

Algunos entienden que «cayesen» se refiere al rechazo final de Israel como una comunidad religiosa en el sentido de que Dios tiene el propósito («para que») de que como un todo nunca se recobrarían. La respuesta negativa: «en ninguna manera» indicaría que eso no es cierto. Es más, la última parte del capítulo (vv. 12, 25-27) también apoyaría esta idea de que Dios no ha terminado con la nación como una comunidad espiritual cuando se refiere a la futura salvación de «todo Israel».²¹

El principal problema con este punto de vista es que no hace justicia con el resto del versículo 11: «Pero por su transgresión [tropezado] vino la salvación a los gentiles, para provocarles [Israel] a celos.» En este uso de las palabras «por su transgresión» (griego *paraptōma*, transgredir, pecar, 5:15), la referencia es claramente a su tropiezo en el pecado y en la incredulidad.

Es preferible, pues, otro sentido para la palabra «cayesen». La verdadera pregunta de Pablo es si la caída de los judíos en el pecado de incredulidad fue planeada por Dios a fin de que ellos pudieran perder su relación de pacto que involucraba no solamente una redención futura sino también un propósito presente. Pablo responde con un no rotundo, indicando que ellos no han caído por completo y prosigue a declarar que hay dos propósitos divinos en la caída temporal de Israel: (1) Que el evangelio de salvación pueda ser predicado a los gentiles y (2) que, como resultado, de la bendición de los gentiles los judíos sean provocados a celos y tengan el deseo de acudir a Cristo (11, 14). Ambos propósitos están motivados por la misericordia. Esto, pues, es claro. La exclusión de la gran mayoría de los judíos es temporal, y mientras que dura sirve para un propósito divino de gracia y amor.

El resultado inmediato, en primer lugar, del rechazo de Cristo por los judíos fue la decisión de los apóstoles de dirigirse a los gentiles (Hch. 13:46; 18:6; 28:28). De manera que incluso en su desobediencia, Israel todavía cumple con su llamamiento de ser un eslabón entre Cristo y las naciones. Segundo, como un resultado de la conversión de los gentiles, los judíos serán provocados a celos por la obra de Dios entre aquellos que anteriormente no eran su pueblo. El propio ministerio de Pablo a los gentiles puede ser visto en última instancia como un medio para alcanzar al menos a algunos de sus compatriotas judíos con el evangelio de Cristo al provocarles a celos (vv. 13, 14).

En los versículos 12 y 15 Pablo contrasta y compara el efecto presente de la conversión de los gentiles con los efectos futuros del arrepentimiento de Israel:

Pablo contempla un futuro glorioso para el pueblo de Israel como un todo y por medio de ellos una tremenda bendición para todo el mundo. La última verdad aparece destacada en el versículo 15 mediante la difícil expresión «vida de entre los muertos». Esta frase probablemente no describe la resurrección de los muertos (así piensa la mayoría de los comentaristas desde Orígenes incluyendo ahora a Cranfield) o el avivamiento de la nación de Israel. Más bien, debería de entenderse como una figura para describir alguna condición futura vivificante y gloriosa de todo el mundo como resultado de la con-

versión de Israel.²² Sea lo que sea que Pablo tenga en mente, puede ser solamente descrito como una diferencia entre la muerte y la vida (v. 25).

Con el fin de desarrollar más este argumento de que la nación de Israel gozará todavía de una futura restauración como pueblo de Dios, Pablo selecciona dos analogías en el versículo 16. Las «primicias» o la «primera pieza» de la masa era una pequeña porción de la nueva masa de pan que era apartada y, después de haber sido cocida, era ofrecida al Señor (Nm. 15:19-21).²³ La consagración y ofrenda de una parte de la masa al Señor santificaba, o apartaba para el propósito de Dios (hacia «santa»), toda la masa. Pero, ¿quiénes eran las primicias de Israel? Algunos los identifican como el remanente judío del que Pablo ha estado hablando en el contexto (v. 5). En esta interpretación, los pocos judíos cristianos, como Pablo mismo, serían las primicias de que toda la nación sería al final salvada.²⁴

La mayoría de los expositores, sin embargo, prefieren entender que las primicias se refieren a los primeros antepasados (los patricarcas) de Israel (v. 28). Debido a que los primeros judíos fueron santos, esto es, los patriarcas como Abraham, que estuvieron de verdad consagrados a Dios, el pueblo que salió de estos piadosos antepasados del pacto forman un todo con estos patriarcas. Incluso aunque una incredulidad y rechazo temporales se hayan apoderado de algunos en la nación, el pueblo del pacto aparecerá todavía en el futuro en su verdadero carácter y propósito como pueblo de Dios. La incredulidad parcial y temporal de incluso un número mayor de generaciones de israelitas, argumenta Pablo, no puede anular el propósito santo continuado de Dios para su pueblo como un todo.

En la segunda metáfora de la «raíz» y las «ramas» de un árbol, Pablo sigue enfatizando el mismo principio (v. 16). El árbol tiene el mismo carácter que las raíces. Si la raíz (Abraham, Isaac, etc.) es santa (pertenece a Dios) también lo son las ramas (toda la nación brotando de la raíz). Es en el carácter de Israel como pueblo de pacto, cuyos orígenes son bue-

nos, que Pablo ve la esperanza de su futura restauración como una nación. Así como la esposa o el esposo creyente santifican (hacen santo) todo el pacto matrimonial y unión de un creyente y un no creyente, de manera que los hijos no son considerados ilegítimos ni rechazados por Dios (1 Co. 7:14), así los antepasados creyentes del pueblo judío santifican a toda la posteridad del pacto en el sentido de que están destinados a cumplir el propósito de Dios como una nación de pacto.

Los versículos 17 al 24 continúan la figura del árbol con su raíz y ramas. Pablo en esta sección está preocupado con evitar algunas ideas equivocadas acerca de su enseñanza que pudieran surgir en las mentes de los cristianos gentiles a los que está escribiendo. Debido a que el pueblo judío es asemejado por Pablo a ramas de una raíz santa (v. 18), pudiera razonarse que su presente incredulidad y rechazo cancelan el pacto de Dios con los patriarcas y negar de esa manera todo futuro para los judíos como pueblo de Dios. Pablo, ¿no es esa la consecuencia lógica de su respuesta a Cristo? ¿No están recibiendo lo que se merecen por su incredulidad? ¿No ha tomado Dios ahora a los gentiles como su nuevo pueblo en lugar de los antiguos judíos? Esto levanta la importante pregunta de cuál debería ser la actitud de los cristianos hacia los judíos incrédulos. Un cierto número de hechos importantes debe ser considerado, y cada uno de ellos seriamente, si vamos a desarrollar una actitud correcta hacia este antiguo pueblo de Dios y hacia nosotros mismos como cristianos gentiles.

Pablo primero enfatiza la posición humilde de los cristianos gentiles. Extendiendo la imagen del árbol (v. 16), el apóstol declara que incluso aunque una porción (históricamente) del pueblo judío ha caído en la incredulidad, sus transgresiones han resultado solamente en que algunas de sus ramas se han desgajado y no en el desarraigo de todo el árbol, porque la raíz es santa. Los cristianos, pues, no deberían pensar que Dios ha terminado con el pueblo judío como un todo. Ellos son todavía, a pesar de su rechazo temporal, el pueblo del

pacto de Dios.

Se da una equivocación bastante común entre los cristianos hoy. Algunos han desechado como visionarias todas las predicciones de un resurgimiento nacional futuro de Israel como una entidad espiritual, y se han apropiado para sí mismos en algún sentido espiritual de las promesas hechas específicamente a la nación de Israel en el Antiguo Testamento, pensando que ellos son el nuevo Israel, el pueblo distintivo de Dios. Esta creencia todavía persiste, incluso aunque el presente Estado de Israel (desde 1948) les fuerza a algunas serias reconsideraciones. En vez de eso Pablo ve bajo la figura del olivo un pueblo del pacto de Dios que continúa. La raíz, el origen, del cual todos los creyentes judíos y gentiles reciben su alimentación y fortalecimiento espiritual, se encuentra en los patriarcas que recibieron las promesas originales de salvación en Cristo (Gá. 3:16). Las ramas pueden ser individuos creyentes o generaciones de creyentes que derivan su vida de la continua familia del pacto de Dios a la que pertenecen.

Las ramas son de dos clases: (1) Las ramas originales son el pueblo judío, algunas de las cuales fueron «desgajadas» debido a su incredulidad en las promesas de Dios (v. 20), y (2) las ramas del «olivo silvestre» son los creyentes gentiles que son injertados en la familia del pacto de Dios. El uso que hace Pablo del «olivo silvestre» (v. 17) y la referencia al injerto «contra naturaleza» (v. 24)²⁵ recalcan más la posición humilde del cristiano gentil, quien incluso no era originalmente parte del árbol.

Pablo advierte a los gentiles de que no se jacten contra las ramas desgajadas (los judíos incrédulos). Hay dos razones para esto: (1) Los creyentes gentiles están gozando de las bendiciones de Dios porque han sido hechos partícipes de las promesas del pacto dado a los patriarcas de Israel y no al revés: «Sabe que no sustentas tú la raíz, sino la raíz a ti» (v. 18) y (2) los gentiles están en buena relación con Dios por causa de la fe. Si empiezan a mostrar orgullo por su posición, Dios los quitará del árbol de la misma manera que lo hizo con aquellos judíos orgullosos e incrédulos (vv. 19-22). Sólo la fe

(ausencia de orgullo, 3:27, 28) le prové al hombre de su única esperanza, paz y seguridad. Temor reverente es la actitud apropiada que nos corresponde siempre ante Dios (v. 20).

Estas lecciones son de mucha necesidad hoy. ¿Qué podría ser más contrario a las Escrituras que los cristianos despreciaran y discriminaran a los judíos incrédulos? No sólo los cristianos han heredado las bendiciones que los judíos han traído al mundo, sino que incluso Jesús dijo: «La salvación viene de los judíos» (Jn. 4:22).

Además, los cristianos gentiles no deben ser escépticos acerca del problema de la continua incredulidad de los judíos, puesto que es mucho más natural para Dios poner de vuelta a los judíos en su propia herencia que es el salvar a los gentiles (vv. 23, 24). Debemos recordar que Pablo está hablando acerca de grupos de personas o generaciones no de individuos como tales.

Pablo considera ahora más directamente la predicción del futuro avivamiento judío en los versículos 25-27. Él todavía desea advertir un poco más a los cristianos gentiles acerca de no elogiarse a sí mismos por ser más sabios que los judíos; más sabios porque ellos respondieron al evangelio mientras que los judíos lo rechazaron. Los cristianos no deberían olvidar nunca que Israel como nación y como entidad espiritual tiene un futuro glorioso en el llevar a cabo el propósito de Dios en la historia. Ya que hay varios términos importantes en estos versículos y cada uno tiene sus propios problemas, es conveniente que los consideremos brevemente.

1. El *misterio*. «Misterio» es la forma característica de Pablo de referirse a un propósito secreto de Dios en el pasado que ha sido ahora desvelado y dado a conocer (Ro. 16:25; Col. 1:26, 27; 2 Ts. 2:7), o a un propósito futuro que se da a conocer ahora para la instrucción y actitud del creyente (1 Co. 15:51). El misterio es este: Un endurecimiento parcial (no total) ha tenido lugar al presente entre algunos judíos debido a su incredulidad (v. 7) y continuará hasta que entre la plenitud de los gentiles, y entonces todo Israel será salvo. Pablo habla

aquí de la nación de Israel y no de cada individuo en la nación. Él dice en efecto que el endurecimiento de la nación hacia Cristo es «en parte», no total; temporal, no permanente («hasta»).

2. La *plenitud* de los gentiles. ¿Qué significa «plenitud» (v. 25)? Se han dado varias interpretaciones. En el versículo 12 Pablo se refiere a la «plena restauración» (en griego es la misma palabra en ambos casos) de Israel en vez de su disminución (sólo es salvo ahora un remanente). De manera que la plenitud de los gentiles podría significar su «número completo» en comparación con el pequeño número que se había convertido en el tiempo de Pablo (Cranfield). La plenitud podría ser lograda en cualquier generación en la que se convirtiera la última persona que llena el total. Pero a la luz de lo que la misma palabra significa («restauración») en el versículo 12 —no un remanente redimido, sino una masa de convertidos— parece mejor entender la «plenitud de los gentiles» como indicando un tipo de gran avivamiento futuro que resulta en la conversión de la mayoría de los gentiles justo antes de la gran cosecha de los judíos.²⁶

Otros intentan relacionar la plenitud de los gentiles con el cumplimiento de los «tiempos de los gentiles» de los que habló nuestro Señor en Lucas 21:24. El sentido sería: «Un endurecimiento parcial ha sucedido en Israel hasta que llegue el cumplimiento de los tiempos de los gentiles.» La aceptación de Israel es precedida por el momento en el cual Dios pone fin a la opresión de Israel por las naciones gentiles.²⁷ Pero «gentiles» en Romanos 9—11 casi siempre significa cristianos gentiles (9:24, 30; 11:12, 13), y «tiempos de los gentiles» tiene una connotación opresiva, desfavorable. La «plenitud de los gentiles» como la «plena restauración» de Israel (v. 12) tiene el sentido de una favorable bendición divina.

Otra modificación del primer punto de vista merece ser mencionada. La plenitud de los gentiles puede hacer referencia a plenitud geográfica, esto es, podría referirse a todo el mundo de los gentiles, o a todas las naciones gentiles como

un todo.²⁸ Esta nota de la universalidad de la evangelización de las naciones gentiles es tocada por Cristo en el discurso del monte de los Olivos cuando dice: «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; entonces vendrá el fin» (Mt. 24:14). De nuevo, la referencia, como en la primera interpretación, sería algún gran esfuerzo evangelizador de parte del cristianismo por alcanzar a todos los gentiles que precederá a la conversión de Israel y en alguna manera relacionado con el evento del fin. Eso no quiere decir que se convertiría cada gentil, pero sería suficiente referirse a todo el grupo étnico o entidad. La principal objeción a esta modificación es, como nosotros la entendemos, que la «plenitud» se refiere más definidamente a conversión que a evangelización.

Nos parece preferible a nosotros adoptar el primer punto de vista aunque reconocemos que hay todavía algunas ambigüedades sin resolver.

3. *Y luego*. Puede parecer que esta pequeña expresión: «y luego» (v. 26) no es importante, y aislarlo suena a pedantería. Pero si hacemos que el texto se lea «entonces» o «después de» no distorsionaríamos totalmente el sentido de Pablo, aunque podemos perder su más profundo sentido. El uso de «y luego» enfatiza una conexión *lógica* (no temporal) entre la plenitud de los gentiles y la salvación de todo Israel. El «y luego» puede referirse a la manera de la restauración de Israel, esto es, que Israel será salvo por medio del Redentor que viene, descrito en las siguientes palabras: «Vendrá de Sion el Libertador» (v. 26). Probablemente es mejor ver el término como refiriéndose a todo el misterio explicado en el versículo 25: El extraño desvío por el cual continúa la parcial incredulidad de Israel hasta que Dios haya traído la plenitud de los gentiles.²⁹ No aparece claro, sin embargo, si la plenitud de los gentiles provocará la emulación de Israel o se usarán otros medios.³⁰

4. *Todo Israel* será salvo. Por último, ¿qué se quiere decir por «todo Israel» (v. 26)? Algunos entienden que Pablo se está refiriendo al Israel *espiritual* compuesto tanto de los creyentes

judíos como de los gentiles creyentes (Gá. 6:16). Esta interpretación la sostuvieron un cierto número de padres de la iglesia como Teodoro, Agustín y otros; Lutero, Calvino y la mayoría de los reformadores.³¹ Sin embargo, el contexto y factores exegéticos favorecen fuertemente un punto de vista alternativo.

Todo el uso que Pablo hace de la palabra *Israel* en esta sección del libro (capítulos 9-11), especialmente en el capítulo 11, e incluso en el versículo precedente, hace virtualmente cierto que él está indicando al Israel étnico o al pueblo judío, lo que no puede incluir a los gentiles. Este uso más limitado se hace evidente cuando notamos el sujeto de la siguiente frase: «su plena restauración» (v. 12); «si no permanecieren en incredulidad, serán injertados» (v. 23); «por la desobediencia de ellos... éstos ahora han sido desobedientes... ellos alcancen misericordia» (vv. 30, 31); y «sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos» (v. 32).

«Todo» Israel debe, pues, referirse al perdón de todo el pueblo o nación de Israel, a todo el grupo étnico en contraste con el remanente salvo de judíos en los días de Pablo y en los nuestros. Es todo el pueblo, más bien que una pequeña parte, el que se convertirá al Mesías (así lo enseñaron Orígenes, Crisóstomos, Ambrosio, Agustín en *La ciudad de Dios*, y Jerónimo).³² En otras palabras, el endurecimiento «en parte» (parcial) será quitado.

En los versículos 26 y 27 Pablo apela al Antiguo Testamento para apoyar su posición de que todo el pueblo de Israel será un día salvo. Cita Isaías 59:20, 21 y 27:9 que se refiere al día cuando el Mesías (el Libertador) quitará toda impiedad de Jacob (Israel) y perdonará a todos sus pecados. Este hecho apoya la opinión de Pablo de que Dios un día restaurará a todo el pueblo a las bendiciones del nuevo pacto. Lo que no está claro es si esta referencia en Isaías a la venida del Mesías se refiere a la primera venida y a las implicaciones todavía futuras para la nación de esa venida, o si Pablo tiene en mente la segunda venida de Cristo. Cualquiera de ellas le hace justicia al contexto.

Además, el hecho existente de la presente incredulidad de Israel no va en contra de la interpretación de Pablo de la plena salvación de todo el pueblo en el futuro porque Israel tiene una relación con Dios única y paradójica: Son al mismo tiempo «enemigos» y «amados» de Dios (vv. 28, 29).

Por un lado son enemigos de Dios porque han rechazado el mensaje del evangelio, que es de origen divino. Por el otro lado, son amados de Dios por su elección, pacto y propósitos para la nación. La última frase en cada caso muestra el eterno propósito de las acciones de Dios: «por causa de vosotros» explica por qué la mayoría de los judíos están bajo la ira de Dios: Es porque en la providencia de Dios se les ha extendido a los gentiles el llamamiento a la salvación. «Por causa de los padres» (los patriarcas, Abraham, Isaac, Jacob) explica por qué Israel va a ser todavía bendecido y recibido como pueblo. Las promesas del pacto dadas por Dios a los patriarcas concernientes a la bendición nacional por medio de la salvación en el Mesías no han sido abrogadas, a pesar de la incredulidad de muchos de los judíos. En el versículo 29, Pablo declara enfáticamente: «Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios», es decir, las promesas del pacto de Dios son irrevocables debido a su propia fidelidad (3:3). Esto en ninguna manera pasa por alto el que los judíos como individuos estén dentro o fuera de la correcta relación con Dios sobre la base de su fe, como tampoco significa que no son responsables en el juicio delante de Dios.

En los versículos 30, 31 Pablo reitera la verdad que ya ha declarado varias veces. La salvación de los gentiles fue ocasionada por la incredulidad de Israel (v. 30). Pero la salvación de Israel no será ocasionada por el regreso de los gentiles a la incredulidad, sino por medio de la gran misericordia mostrada a estos que no son judíos (v. 31).

Por último, en el versículo 32 Pablo concluye llamando nuestra atención a la relación entre la desobediencia del hombre y la misericordia de Dios. Es sólo en el contexto de la desobediencia que la misericordia puede operar. Tanto los judíos como los gentiles están entregados a la desobediencia,

pero el propósito de Dios es mostrar misericordia. Pablo no está enseñando que todos los individuos serán salvos, sino que la misericordia de Dios está extendida a todos sin ninguna discriminación (Gá. 3:22).

La alabanza de Pablo (11:33-36)

A Pablo le había sido concedida una pequeña ventana para contemplar el gran plan de Dios para el hombre. Él está allí contemplándolo asombrado y maravillado. Adora a Dios exclamando: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» (v. 33). Los caminos y pensamientos de Dios son inconmensurables para las inteligencias creadas. Su inagotable gracia y bondad (riquezas), su providencia (sabiduría) y entendimiento (ciencia) eluden todo intento de seguir la pista de sus causas o direcciones porque Dios mismo es el origen inescrutable de estas características (v. 34, de Is. 40:13). Sólo la poesía puede hacer justicia a esta idea:

En el mar fue tu camino,
Y tus sendas en las muchas aguas;
Y tus pisadas no fueron conocidas.

Salmo 77:19

Esta es la razón para la adoración y la ocasión para la fe. Esta es la manera en que Dios actúa siempre con nosotros: Manifiesta bastante de sí mismo y de sus planes para que podamos ver la sabiduría y el movimiento de sus caminos y quedar maravillados, pero sólo lo suficiente para mantener el misterio de su Ser más allá del velo de nuestra mirada más profunda.

Además, nadie consigue la relación con Dios como benefactor o innovador. Dios siempre actúa por gracia y amor hacia nosotros; por tanto, nunca podemos edificar un almacén de méritos: «¿O quién le dio a él [Dios] primero, para que

le [hombre] fuese recompensado?» (v. 35, de Job 41:11).

Pablo termina con una explosión de alabanza al Dios soberano: «Porque de él [fuente], y por él [agente], y para él [meta], son todas las cosas» (v. 36). Él es el centro de todo el orden personal, histórico y creado. Dios es el Alfa y la Omega (la A y la Z), el principio y el fin, el primero y el último (Ap. 4:11). Si en este caso de sus tratos con Israel podemos captar la justificación de su misteriosa providencia, podemos esperar en otros casos la explicación de su sabiduría y la evidencia final de su amor y misericordia. Sin duda alguna, entonces, sólo a él le pertenece la gloria por siempre jamás. Amén.

Esta es la expresión de una fe que confía cuando no puede entender, que ama cuando no puede explicar, que razona correctamente que sólo el bien puede venir de Dios para aquellos que aceptan su gracia por medio del Señor Jesucristo.

NOTAS ADICIONALES SOBRE EL CRISTIANISMO Y EL JUDÍO Y EL ISRAEL CONTEMPORÁNEOS

Este no es el lugar para una discusión amplia sobre las relaciones judío-cristianas o el moderno Israel en sus aspectos religiosos, políticos y proféticos. Pero no resulta muy apropiado escribir un comentario moderno sobre estos capítulos y no decir algo sobre las relaciones de los cristianos con los judíos y del actual Estado político de Israel.

En relación a evangélicos y judíos

¿Cuáles son las actitudes apropiadas para los cristianos en relación con los judíos que no creen en Cristo como Mesías y Señor a la luz de las enseñanzas de Pablo? En primer lugar, los cristianos deberían eliminar toda forma de antisemitismo e incluso su sutil sugerencia (un enfoque discriminatorio de una persona o grupo simplemente porque es «judío»). Además, deberíamos condenar enérgicamente y oponernos activamente a toda acción antisemita de parte de otros, así

como arrepentirnos nosotros mismos de cualquier asociación que los cristianos hayan tenido con esta clase de deplorable actividad. Los judíos, por supuesto, conocen sólo el «convertirse o morir» del testimonio cristiano. Kenneth Kantzer declara correctamente: «A medida que los evangélicos demuestran en maneras tangibles su rechazo de las acciones antisemitas, declararán al mundo entero: *Atacar a los judíos es atacar a los evangélicos, y tales ataques serán opuestos por los evangélicos como ataques contra ellos mismos.*»³³

Debemos repudiar el viejo mito teológico de que el pueblo judío es responsable de la muerte de Jesús. Aunque unos pocos (no todos) dirigentes judíos y el procurador romano Poncio Pilato estuvieron involucrados en la muerte histórica de Jesús, desde la perspectiva del Nuevo Testamento estos pocos actuaron como representantes del mundo incrédulo al llevar a cabo el propósito de Dios en la muerte redentora de Jesús (Hch. 4:28). Nuestros pecados fueron responsables en última instancia por la muerte de Cristo (2 Co. 5:21). En realidad puede ser posible ver en el sufrimiento de Jesús el judío alguna relación misteriosa con el sufrimiento judío en el mundo a través de los siglos y viceversa.

Tampoco deberíamos sacar fuera de su contexto histórico lo que fue básicamente un debate familiar entre judíos del primer siglo y de ese modo hacer del Nuevo Testamento un escrito antisemítico. Debemos ser muy cuidadosos hermenéuticamente en no hacer de las referencias a los «judíos» en el primer siglo referencias a todos los judíos en todos los tiempos. Como Kantzer de nuevo señala: «Los cristianos no son sensibles a estos problemas, pero lo serían si sus abuelos, dos tíos y seis primos hubieran muerto en los campos de concentración nazis.»³⁴

Por último, ¿deben los cristianos procurar la evangelización de los judíos? Debido a que Pablo enfáticamente no hace distinción entre el judío y el gentil en términos de su *necesidad* del evangelio (Ro. 1—3), no queda ninguna duda de que los creyentes en Cristo tienen la responsabilidad de dar testimonio de Cristo y del evangelio a los judíos así como a

los gentiles. Quizá la forma de ese testimonio será diferente en cuanto al judío. Puesto que ellos ya son el pueblo de Dios, no buscamos convertirlos a otra religión sino darles testimonio del cumplimiento de su propia fe en Jesús, el Cordero de Dios que murió por nuestros pecados. Una de las maneras menos ofensivas en que los cristianos pueden dar testimonio de Cristo a los judíos hoy es a través de encuentros de diálogo y por medio de provocarles a celos mostrando en sus vidas cómo Dios obra en ellos.³⁵

La cuestión de si los judíos deberían ser señalados como un *grupo* para ser evangelizados es muy problemático. Aunque Pablo sostiene la esperanza de que judíos individuales, como él mismo, acudan en fe a Cristo Jesús, ¿No admite él indirectamente el fracaso de la misión a los judíos como un todo (10:21; 11:15) y la continuación de este fracaso hasta el momento de la futura intervención divina para la salvación de Israel (11:26, 27)? En cualquier caso, no estaríamos muy lejos de la posición de Pablo en Romanos 11 si sugerimos que «el Dios de Abraham revelado ahora en Cristo, el Dios de gracia en quien tanto judíos como cristianos comparten una fe inmemorial, los abarca en una unidad en la que sus actuales diferencias no negociables sobre el significado de Jesús como Mesías no debe permitirse que destruyan, incluso cuando no serán resueltas antes del fin de la historia».³⁶

Pueblo y país

Hemos visto mediante una exégesis cuidadosa que Pablo claramente enseña que habrá un avivamiento en el pueblo judío cuando ellos sean restaurados como pueblo a las bendiciones de Dios en el olivo. La cuestión es si esta futura restauración debe involucrar la antigua tierra de Canaán o sólo la actual Palestina.³⁷

No hay duda que en el Antiguo Testamento la promesa de Dios a Israel como un pueblo está conectada explícitamente con una franja de tierra en particular: Canaán (Gn. 12:1; 13:12; 17:7, 8; Dt. 30:1-10). Dispersión y separación de la

tierra es la señal repetida del juicio de Dios por la desobediencia de Israel, y la restauración de la tierra es la señal de la gracia de Dios a la nación (Dt. 28:64-66; 30:1-10; Is. 62:4; Ez. 36:8-12, 28, 33-36; Am. 9:11-15; Zac. 8:1-23; 10:9, 10). Los dos últimos pasajes enfatizan de manera especial cuán íntimamente está conectada la salvación de Israel como pueblo a la tierra de Palestina.

Algunos creen que en las palabras de Jesús en el Nuevo Testamento parece haber una continuación con este mismo pensamiento del Antiguo Testamento. La destrucción de Jerusalén en el año 70 d. de C. no es el último episodio en la conexión de tierra y pueblo, porque Jesús predice: «Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan» (Lc. 21:24). Este último de los grandes discursos proféticos les parece a ellos que reitera que sin importar cuán insuperable puedan ser las dificultades, tierra y pueblo serán un día reunidos e Israel cumplirá su destino en Palestina. En esta visión de las Escrituras no está claro si este retorno precede a su arrepentimiento nacional o lo sigue. Otros evangélicos creen que la cuestión de la tierra es ambigua o está reinterpretada en el Nuevo Testamento sin negar la futura reconciliación del pueblo judío como un todo (véase nota 37). Está claro que viene un tiempo dentro de esta era en la que la fidelidad de Dios triunfará sobre la incredulidad de Israel y éste cumplirá su destino como pueblo, quizá en Palestina, como una gran evidencia de la actividad salvadora de Dios en el mundo.

El estado político de Israel

¿Cuál debería ser la actitud de los cristianos hacia el Estado de Israel establecido en 1948? Para empezar, sin tener en cuenta nuestra posición profética sobre el significado del regreso judío a Palestina, debemos decir algunas cosas claramente. Los cristianos no deben apoyar ninguna clase de retórica antisemita y actos que tienen su raíz en el antisemitismo. Hay amigos de Israel y enemigos de Israel. Es difícil ver cómo

los cristianos podrían justificar ser un enemigo de Israel. Los judíos sin duda tienen derecho a vivir y prosperar en su tierra nativa.

Entre los amigos de Israel los hay de dos tipos. Unos apoyan ciegamente al Estado de Israel y su política. Muchos evangélicos sionistas caen en esta categoría. Los otros amigos, creo que son los mejores, apoyan con sentido crítico a Israel. Aunque no apoyan a los enemigos de Israel, estos últimos amigos buscan una justa solución al enconado problema de los derechos de los árabes palestinos en la tierra. Es importante enfatizar, sin embargo, que lo que los amigos críticos no buscan juzgar a Israel con una norma diferente a la de las demás naciones, sino llamar a Israel y a las otras naciones a ser responsables ante una norma más elevada: La norma de la justicia de Dios revelada en la Biblia y en la ley natural. Hay dos pueblos en Palestina: los judíos y los árabes palestinos, ambos involucrados en una lucha por la existencia y la dignidad. Los cristianos no pueden inclinarse por uno en contra del otro en cada caso, pero deben mantener los derechos legítimos de ambos lados si es que quieren ser una presencia reconciliadora en el conflicto y no meros peones de políticas partidistas.³⁸

En cuanto a la dimensión escatológica, la cuestión principal para los cristianos en relación con el presente Estado de Israel es si esto tiene alguna conexión con las predicciones del arrepentimiento nacional de Israel y una posible reunión con la tierra de Palestina. Es una cuestión difícil y compleja, pero que es muy significativa. Cuando los cristianos consideran la manera en la que el Estado de Israel nació, pueden preguntarse si Dios tuvo algo que ver con ello.³⁹ Si Dios no está directamente involucrado en la formación del presente Estado de Israel, sería difícil para los cristianos mantener cualquier significado especial en ello por encima de cualquier otro nacionalismo temporal. Con todo, Dios ha invalidado en la historia pasada de Israel sus cuestionables actividades para llevar a cabo en ellos sus propios propósitos. Encontramos un buen ejemplo de esto en los relatos de Jacob y José.

Sin embargo, puesto que no tengo ninguna forma directa de saber cuál de estas alternativas es en realidad el caso, mi posición profética como cristiano hacia el presente Estado de Israel es un tanto ambivalente. Desde la perspectiva teológica, si decido que Dios está preparando o en realidad empezando el proceso de la restauración de Israel, puedo estar dejándome llevar por mis simpatías por ellos y deseos de bienestar en la tierra. No obstante, debo pedirles que cumplan la misma norma elevada de justicia divina que exijo a mi país o a cualquier otro. Debo estar listo como un amigo amoroso y crítico para condenar actos o conductas de injusticia hacia los palestinos como lo haría con otros gobiernos y países.

La misma actitud debe ser desarrollada por la persona que cree que el presente Estado de Israel no es obra de Dios sino mera obra humana. No podemos pasar por alto o tomar a la ligera actos de injusticia cometidos por los líderes árabes contra su propio pueblo o contra los israelitas. En el presente conflicto los cristianos no deben identificarse completamente con las posiciones políticas de árabes o israelitas. Ambos pueblos tienen históricamente derechos relacionados con la tierra. Nosotros deberíamos ser el elemento de reconciliación entre los dos pueblos.

El reino milenial

Aunque hay varios puntos de vista cristianos dignos de consideración sobre la cuestión del futuro reino divino de paz sobre la tierra establecido en la historia, parece bastante apropiado pensar de este reino en asociación con la restauración de Israel como pueblo. El Antiguo Testamento ve este reino de paz como teniendo lugar en la historia y centrado en la tierra de Palestina (Is. 2:2-4; 4:1-6; 9:6, 7; Zac. 14:8-11). Es una cuestión muy debatida entre los cristianos si el Nuevo Testamento apoya esta expectativa premilenial. Los estudiantes están invitados a consultar la discusión más amplia de este problema por parte del autor en su comentario sobre el

libro de Apocalipsis.⁴⁰

Posibilidades de un avivamiento mundial

Hemos mostrado exegéticamente que la interpretación del pensamiento de Pablo favorece la opinión de que habrá una gran expansión del cristianismo gentil poco antes de, y en conexión con, el arrepentimiento de Israel. ¿Hay señales de que nuestra era pueda estar cercana a este suceso? Por supuesto, aunque cualquier respuesta a esta pregunta pueda ser especulativa, hay varios hechos interesantes para notar. Hace algunos años (década de los setenta) tuvo lugar un importante avivamiento entre la juventud estadounidense que parece que tuvo implicaciones en la comunidad internacional y ha estado creando un movimiento de «Judíos para Jesús» dentro de su despertar (aunque pequeño al presente). Con todo lo subjetivo que esto pueda parecer hay numerosos líderes en la comunidad evangélica que sienten que estamos cerca de que suceda un gran avivamiento mundial.⁴¹

Por último, nos impresiona saber que en Israel hoy la Biblia es el centro del enfoque cultural. Cada joven debe memorizar en hebreo todos los libros históricos (Génesis a Crónicas), además de los profetas (Isaías hasta Zacarías) antes de que pueda graduarse de la Escuela Secundaria. Aunque esto es principalmente un énfasis histórico y moral, esta preparación de las mentes y corazones judíos puede jugar en el futuro un papel significativo en la aceptación por la nación de Jesús como Mesías. Hay también hoy una apertura significativa en Israel hacia la discusión de la relación entre judíos y cristianos.

Así, pues, Pablo ha lidiado decisivamente con la principal objeción a su doctrina de la fidelidad de Dios despertada por la incredulidad judía: Israel ha tropezado debido a su propia infidelidad, no la de Dios, y es más, Dios está obrando en la incredulidad judía un misterio divino que engrandecerá su misericordia de una manera sin paralelo (capítulos 9—11).

El principal argumento de Pablo en el libro se ha comple-

tado ahora (1:18—11:36). Quedan con todo varias áreas de preocupación más inmediata pertinentes al funcionamiento de la nueva vida en Cristo al tocar el mundo real de los cristianos romanos.

9

EL CAMINO CRISTIANO DE VIDA 12:1—15:13

Como en todas sus otras cartas, Pablo establece primero los fundamentos teológicos del cristianismo y después aplica estas verdades a varias situaciones concretas de la vida cristiana real en el mundo. En los anteriores capítulos el Apóstol ya ha tocado la nota de la renovación moral de toda la vida. Esta nueva vida está inseparablemente unida a la acción de perdón de Dios (capítulos 6-8).

Debería observarse cuidadosamente que Pablo, al contrario de muchos predicadores hoy, basa su llamado a desarrollar el carácter cristiano sobre la doctrina cristiana; él conecta la expresión de la semejanza a Cristo con la creencia. No vamos a encontrar en Pablo la aguda distinción frecuentemente repetida, aunque errónea, entre «doctrina» y «vida». Esas exhortaciones a vivir un cierto tipo de vida ética que no tienen su base y crecimiento en los hechos del evangelio y en el mensaje redentor son simple moralismos, impotentes para afectar la verdadera transformación de la vida moral. De forma que hacer alguna diferencia significativa entre las secciones doctrinales de Pablo y las secciones prácticas manifiesta que hemos fracasado en captar la relación. Además, deberíamos también notar que las secciones de enseñanza

doctrinal contienen enseñanza ética, y las secciones de enseñanza ética que tenemos delante enseñan doctrina implícita o explícitamente.

Pero ahora le podríamos preguntar a Pablo: ¿Cuál es exactamente la relación entre toda esta teología y doctrina y mis experiencias reales y conducta cristianas?

Más específicamente, la ética cristiana es la aplicación de la redención cristiana o lo que llamamos santificación. Nuestra conducta surge de la unión con Cristo (6:1-4). Cristo Jesús mismo constituye tanto la forma y por medio del Espíritu el poder de realización o transformación del estilo de vida cristiana. Nuestra motivación para esta vida de discipulado descansa en el deseo de ser obediente a Cristo, que es un elemento esencial en la fe (1:5), y una expresión de nuestra gratitud a Dios quien nos ha mostrado su misericordia perdonadora y justificadora.

En los siguientes capítulos, Pablo esboza la relevancia específica de la fe obediente en Cristo Jesús para las situaciones más generales, pero reales de la vida. Se tocan tres grandes temas: (1) Las relaciones de los cristianos entre ellos (12:3-13); (2) las relaciones de los cristianos con la sociedad no cristiana incluyendo el Estado (12:14—13:14); y finalmente (3) un problema especial en la relación de los creyentes unos con otros, que surge de las diferencias de trasfondos culturales (14:1—15:6). Aunque la aparente floja conexión entre los pensamientos a lo largo de estos capítulos enfatiza la espontaneidad de la ética cristiana al enfrentar el espectro complicado de las situaciones éticas, hay, no obstante, una regularidad subyacente en la aplicación del principio de la vida en el nuevo ser en Cristo, que es el andar en amor.

EL SACRIFICIO VIVO (12:1, 2)

Pablo empieza con el fundamento de todo el vivir cristiano. En estos dos versículos encontramos el secreto que abre las posibilidades ilimitadas de la genuina vida cristiana en el mundo. Llamando hermanos a los cristianos en Roma, Pablo

apela a ellos para hacer la suprema ofrenda de la completa dedicación a Dios.

Pablo basa su apelación en «las misericordias de Dios» (v. 1). La mejor pista para el significado de esta declaración la encontramos en «así que», lo que indica que Pablo basa su presente apelación sobre lo que previamente ha dicho en la carta. La misericordia de Dios significa la actividad misericordiosa de Dios hacia los pecadores por medio de Cristo que Pablo ha estado exponiendo en las secciones anteriores del libro y especialmente en los capítulos 9—11 (véase 11:32). Un cristiano, entonces, es una persona que ha experimentado la misericordia de Dios.

Pero, ¿qué tienen que hacer los cristianos? Se les exhorta a: «Presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo.» Este lenguaje procede de los sacrificios rituales de las ofrendas del Antiguo Testamento: «Presentéis» (ofrenda sobre el altar), «sacrificio», «santo», «agradable a Dios». Buscando la imagen adecuada de la respuesta apropiada del creyente a las misericordias de Dios, Pablo piensa, como hizo previamente (3:21), en los sacrificios y especialmente en la ofrenda de paz u ofrenda quemada (Lv. 1:3-17). Cuando un israelita quería expresar su devoción al Señor, seleccionaba un animal apropiado o un ave y la llevaba al tabernáculo para presentarlo al Señor. Ponía su mano sobre la cabeza del animal, indicando con ello una identificación sustitutoria, y lo mataba, después el sacerdote quemaba el cuerpo del animal sobre el altar de los sacrificios. La ofrenda era «santa» al Señor y era totalmente suya (el sacerdote no se quedaba con ninguna parte). Este acto de adoración y servicio era de olor «agradable» para el Señor (cp. Ef. 5:2).

George MacDonald ha captado poéticamente la naturaleza de nuestra presentación al Señor con la siguiente descripción: «El anciano de la tierra encorvado sobre el suelo de la caverna, levantó una gran piedra, y la dejó inclinada. Puso a la vista una gran abertura que descendía vertical. “Este es el camino”, dijo. “Pero no hay escaleras. Tienes que lanzarte por él. No hay otro camino”» (De *The Golden Key and Other Stories*

[La llave de oro y otros relatos]).

Por «cuerpo» Pablo no quiere decir nuestras personalidades o nuestro yo, sino nuestros cuerpos físicos con todas sus funciones (6:6, 12; 8:10, 11, 23).¹ Tenemos que servir a Dios con estos cuerpos terrenales temporales, no en ninguna otra cosa imaginada o visión. Al hacer hincapié en el sacrificio del cuerpo Pablo debe haber estado contrarrestando ciertas ideas filosóficas griegas latentes, que enseñaban el menosprecio del cuerpo y la final liberación del hombre de su cautividad. Quizá algunos pensaron que debido a que el «cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado» (8:10), no podía ser aceptable a Dios para servirle.

«Culto racional» es más difícil. La palabra «culto» (griego *latreia*, *latría* en castellano) significa adorar a Dios mediante el sacrificio. Debido a que toda la actividad cültica de los sacerdotes en el Antiguo Testamento se veía como un servicio a Dios, el mismo término tiene tanto la connotación de adoración como de servicio a Dios. En el nuevo pacto, en esta era, cada creyente es un sacerdote y puede servir a Dios mediante la ofrenda sacrificial de su cuerpo como un acto de culto, de adoración al Señor (1 P. 2:9).

Se describe esta adoración-servicio como «racional» (otras versiones traducen «espiritual») (griego *logikΣ*). Aunque la palabra griega que Pablo usó se relaciona con el término griego para «razón» o «racional», el significado puede acercarse más al pensamiento de algo que es verdadero o posee realidad interna en contraste con la simple forma externa y material. La adoración tanto en el judaísmo como en los rituales paganos tendían a lo externo, a la forma más material.² El cristiano, en contraste con aquellas religiones de rituales externos, tiene que presentar su cuerpo físico como un acto de verdadera adoración-servicio interno dirigido a Dios mediante el Espíritu Santo (Jn. 4:23, 24; Ro. 1:9; Fil. 3:3). «Eso implica que cualquier adoración cültica que no va acompañada por la obediencia en los asuntos ordinarios de la vida debe ser considerada como una adoración falsa, no aceptable para Dios.»³

El completo abandono de nuestros cuerpos al culto y servicio a Dios constituye el fundamento indispensable o núcleo de la vida cristiana. Un compromiso así debe ser hecho como un logro decisivo, como sugiere el tiempo verbal griego «presentéis». Todas las decisiones y acciones futuras serán constantemente dirigidas a guardar este paso inicial. Quizá la mejor analogía es el matrimonio. Desde el primer acto de los esposos de darse totalmente el uno al otro, sigue después toda una vida de vivir juntos en el contexto del compromiso original.

Nos estamos sencillamente engañando a nosotros mismos si tratamos de hacer cosas cristianas sin habernos dedicado nosotros mismos por entero a Cristo Jesús. La gracia de Dios es gratuita, pero no es barata, porque Dios nos dio el don más costoso que podía darnos: el sufrimiento hasta la muerte de su amado Hijo unigénito por nuestros pecados. El descubrimiento de este don es como encontrar una perla incomparable o un tesoro de millones en el patio de nuestra casa (Mt. 13:44-46). ¿Qué respuesta al amor y a la misericordia de Dios menor que la que Pablo propone sería suficiente? Como Isaac Watts ha escrito:

Gotas de dolor nunca podrán pagar
La deuda de amor que debo;
Aquí estoy, Señor, me doy a mí mismo,
Esto es todo lo que hacer puedo.

Como el finado Sam Shoemaker declaró: «Ser cristiano significa darme a mí mismo tanto como pueda al Cristo Jesús que voy conociendo.»

Pablo describe en el versículo 2 la naturaleza general del proceso de crecimiento que es el resultado natural e inseparable de nuestro acto supremo de servicio divino expresado en el primer versículo. «Este siglo» («este mundo») se refiere a este mundo «que pasa» (1 Jn. 2:17) y aunque algunas versiones de la Biblia no traducen como «mundo», probablemente es mejor traducirlo como «siglo» (griego *aiōn*). El término

siglo en la enseñanza bíblica ve al mundo presente bajo el control de poderes extraños tales como el pecado, la muerte, la carne y la codicia (Gá. 1:4). Su principal característica es la lujuria y el egoísmo (1 Jn. 2:15, 16). Este siglo, o mundo, tiene mucho más que ver con actitudes y valores que con cosas; está mucho más relacionado con el egoísmo que con ciertas clases de actividades. Este siglo pasará (1 Co. 7:31); no tiene permanencia; es sólo como una moda; se apodera del escenario, pero carece de verdaderos valores internos. Cuando la persona se da cuenta de cuán necio es poner la vida en algo tan vacío y temporal, acude a Cristo que es mucho mejor.

Pablo advierte a sus lectores a no *conformarse* a «este siglo». Esta palabra significa ser derramado dentro de un molde de algo y entonces quedar amoldado a su apariencia exterior, como copiar algo. La traducción de Phillip viene a decir: «No permitan que el mundo les meta en su propio molde.»

Pero Pablo no se queda simplemente con lo negativo como hacen muchos cristianos. Sigue para exhortarlos que deberían permitir que el reino de Dios entre en sus vidas y les «transforme» (produzca literalmente una metamorfosis). La palabra que usa Pablo aquí es la misma que se emplea para referirse a la «transfiguración» de Jesús (Mt. 17:2). Usa la palabra para describir la «transformación» de los creyentes en la imagen de Cristo por medio del Espíritu Santo al reflejar la gloria de Cristo (2 Co. 3:18). Esto no es una simple imitación de Cristo, sino el resultado de la presencia y el poder divinos en la vida. Que la «mente» necesita «renovación» muestra cuán radicalmente diferente es la idea de Pablo de la vida de la del pensamiento griego, que exaltaba la mente casi a un estado divino. La mente aquí, sin embargo, implica mucho más que las actividades intelectuales del hombre. Se refiere a las fuentes más profundas de la existencia humana e incluye nuestras facultades afectivas, de voluntad y de conocimiento.⁴

El propósito o meta de esta renovación constante de la mente es para que podamos comprobar «cuál sea la buena

voluntad de Dios» (v. 2). «Comprobar» no significa someter a prueba la voluntad de Dios para ver si es buena o mala, sino se refiere a experimentar que es buena. En la mente consciente de la persona que está siendo transformada por el Espíritu de Cristo, está la posibilidad de en realidad reconocer y llevar a cabo la voluntad de Dios en cada situación humana (Ef. 5:9, 10).

Este desafío del Apóstol indica, por un lado, que «lejos de ser un elemento no caído de la naturaleza humana», la mente «necesita ser renovada ... Por el otro lado», esta última cláusula en el versículo «indica la dignidad del cristiano individual» que es «llamado a ejercer una libertad responsable». Es, de igual manera, una fuerte refutación de cualquier forma de gobierno de iglesia que «reduciría al cristiano a ser una clase de ciudadano de segunda clase en la iglesia local» (Cranfield, 2:610).

En el comprobar y afirmar lo que es en realidad la voluntad de Dios, el creyente descubrirá también que es precisamente equivalente a «buena», «agradable» y «perfecta» a los ojos de Dios en cualquier situación. Al seguir el significado y uso que Pablo hace de estos términos podemos obtener otra pista de lo que constituye precisamente la voluntad de Dios.

Tenemos, pues, aquí en estos dos primeros versículos la manera en que Pablo reafirma el llamamiento de Cristo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» (Mt. 16:24, 25). Encontramos allí una tensión constante en la vida cristiana entre el presente siglo en el cual vivimos y la era que viene que, en cierta medida, ha empezado ya en nuestras vidas por medio del Espíritu Santo. Hay una manera equivocada de estar en el mundo, como hay una manera errónea de huir del mundo.⁵

El cristianismo es cambio, cambio radical y revolucionario en el centro de la consciencia humana. Pablo golpea con fuerza devastadora a cualquier forma de cristianismo que está estancado, que es complaciente, que está orgulloso de sus

logros, o que no es suficientemente radical para pasar el juicio sobre cualquier aspecto de su relación con el presente siglo, sea política, social, personal o eclesial.

LA COMUNIDAD CRISTIANA (12:3-8)

En el funcionamiento práctico de nuestra profunda relación personal con Cristo, nos vamos a enfrentar inmediatamente con el hecho de que el cristianismo involucra personas. No podemos ser semejantes a Cristo solos. Cada cristiano está unido inseparablemente a otros cristianos en un cuerpo en Cristo (vv. 4, 5). Pablo en una de sus cartas a los creyentes corintios había elaborado ya de forma más completa este pensamiento (1 Co. 12).

Además, esta sección de la carta de Pablo ilustra el funcionamiento del primer principio de la ética cristiana establecido en el versículo 2. Tal es la fuerza de la expresión: «Digo, pues, por...» al comienzo del párrafo. Una de las características de este siglo que los cristianos no deben copiar es el orgullo (v. 3). El orgullo tiene siempre referencia a otros y debe ser visto como una de las principales raíces de disensión. Pablo pudo haber tenido conocimiento de algún grupo de cristianos en Roma que pensaba que era mejor que otros (11:18-21; 14:1-4). De manera que les exhorta: «A cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura» (v. 3).

La humildad, en contra de la opinión general, no es ponerse en el último lugar o dejar que los demás vayan siempre delante de nosotros. Más bien la humildad es la actitud y la acción que resultan por examinarnos honestamente y ver dónde encajamos mejor en el conjunto de la obra de Dios como Él ha determinado por los dones que nos ha dado. Pablo mismo, por ejemplo, ejerció su don como apóstol al exhortar a los cristianos romanos, introduciendo sus exhortaciones con las palabras: «Por la gracia que Dios me ha dado» (15:15). El orgullo asume o desea más prerrogativas de las

que Dios nos ha dado. Es un amor propio exagerado. La falsa humildad, por el otro lado, tiende a asumir un papel menor que el que Dios nos ha dado. Por lo tanto, cada persona debe pensar «de sí con cordura» o sostener un punto de vista equilibrado por su contribución armoniosa al conjunto del cuerpo (vv. 4, 5).

«La medida de fe» (v. 3) se debería entender ciertamente como lo mismo que «diferentes dones, según la gracia que nos es dada» (v. 6) y corresponde a declaraciones similares de Pablo sobre los dones en 1 Corintios 12 y Efesios 4. Los dones del Espíritu son dados a cada creyente. Estas habilitaciones espirituales son diferentes y, no obstante, entrelazadas dentro de la iglesia de forma que se preserva la bella relación de la singularidad de cada contribución individual junto con la importancia y necesidad de la comunidad de los redimidos por la mutua edificación y madurez de cada creyente individual (Ef. 4:13-16).⁶

Los cristianos individuales no deben pensar acerca de ellos mismos como si fueran toda la iglesia, sino como pétalos de la iglesia. En el cumplimiento de esta verdad debo afirmar constantemente dos cosas: (1) Yo, o mi grupo, no poseo toda la verdad o todos los dones, y (2) la otra persona o grupo puede que tenga algo de verdad y dones como yo los tengo. De manera que para ser completo debo tener comunión y diálogo con todos los verdaderos cristianos en todo el mundo. Pablo enumera siete de estos dones en este pasaje. No deberíamos pensar que esta es una lista exhaustiva o sin un significado especial en la mente de Pablo en relación con las necesidades y problemas de los cristianos en Roma.⁷ Es interesante preguntar por qué no se mencionan dones «carismáticos» especiales como se hace en la correspondencia con los corintios (1 Co. 12, 14).

La profecía se menciona en primer lugar (v. 6). En las otras listas de dones el «apóstol» tiene preeminencia incluso sobre el de profeta (1 Co. 12:28; Ef. 4:11). Quizá debido a que ningún apóstol había aparentemente ministrado a los cristianos romanos (15:20), es por lo que Pablo omite mencionarlo. El

don profético tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento involucra el recibir el mensaje de Dios y comunicarlo. A menudo, aunque no siempre, el profeta predice eventos futuros (Hch. 21:10, 11) como también dar la Palabra de Dios para la situación contemporánea.

La iglesia está en necesidad de este ministerio hoy. Aquellos que pueden discernir con sensibilidad el movimiento de Dios en los eventos contemporáneos y son capaces de aplicar dinámicamente la revelación divina a nuestros tiempos pueden ser profetas modernos de nuestros días como el finado Francis Schaeffer. Por supuesto, sus palabras no son infalibles y deben ser siempre evaluadas críticamente a la luz de las Escrituras (1 Co. 14:29), especialmente por aquellos que tienen el don de «discernimiento de espíritus» (1 Co. 12:10).

El profeta debe usar su don «conforme a la medida de la fe». Esta expresión puede significar que el profeta debe hablar de acuerdo con la fe, esto es, la doctrina de las Escrituras. Sin embargo, es mejor en el contexto entender la exhortación como un sutil recordatorio de parte del apóstol de que el profeta no debe ir por orgullo más allá de la autoridad recibida, sino que debe ejercer el don en exacta concordancia con la habilitación que por la gracia divina ha recibido.⁸ La misma advertencia sería también cierta en relación con todos los demás dones. Aquellos que ministran con estos dones no deberían ser ni negligentes ni pretenciosos.

El siguiente don mencionado es el de «servicio» o ministerio (v. 7). No deberíamos entender este don como que simplemente involucra el llamamiento a ser predicador o misionero, sino que abarca toda clase de servicio, especialmente al necesitado (Ro. 15:25, 31; 2 Co. 8:4). Puede también referirse al trabajo del diácono (Hch. 6:1-3; 11:29; Fil. 1:1; 1 Ti. 3:8, 10, 12, 13). Este don y su ministerio no debería ser considerado como menos espiritual porque trata con necesidades materiales. Un hombre o mujer (Ro. 16:1) puede dar tiempo completo a tales servicios sin codiciar otros ministerios más altos o supuestamente más espirituales (1 Ti. 3:13).

La «enseñanza» (v. 7) involucra explicaciones y aplicacio-

nes más sistemáticas de la verdad cristiana que simplemente predicar, tal como Pablo ha hecho en esta carta a los cristianos en Roma (Hch. 13:1; 15:35). Aunque toda predicación profética contiene explicaciones (1 Co. 14: 1-5; 20-25) y toda enseñanza debería tener aplicaciones contemporáneas, el profeta está más preocupado con la proclamación de una palabra directa de parte de Dios para la situación histórica inmediata, mientras que el maestro explicará y relacionará esta palabra con el resto de las Escrituras y sus grandes temas. El ministerio efectivo de la Palabra de Dios necesita de ambos dones. Si no se encuentran en la misma persona, lo cual suele ser raro, se debería proveer entonces de múltiples ministerios públicos.

En cuanto a «exhortación» (v. 8) Pablo puede estar refiriéndose al don de ministrar consolación (la palabra griega es la misma) a aquellos que están en aflicción o el don de exhortar a los hombres para alentar sus espíritus y animar sus corazones hacia Dios y su voluntad. Ambos aspectos están relacionados. Más de una vez hemos salido de estar con un cristiano diciéndonos a nosotros mismos: *¡Cuántas gracias doy a Dios por la vida de esta persona! ¡Qué contento estoy de ser cristiano!* Creo que este es el ministerio de exhortación que todos nosotros necesitamos en un tiempo de olas continuas de cristianos poco celosos.

El que «reparte» (o contribuye) debe hacerlo con «liberalidad» o quizá mejor «sin sentimientos encontrados en el corazón» (2 Co. 8:2; 9:11, 13; 11:3; Ef. 6:5; Col. 3:22). Aunque es posible entender las palabras de Pablo por «liberalidad» en el sentido de distribuir «liberalmente» (generosamente), la idea es que el dinero dado por el individuo a los necesitados debería ser con el sólo propósito de mostrar amor cristiano para satisfacer las necesidades de las personas y no para ganar méritos delante de Dios o prestigio ante los hombres. Tanto debemos cuidarnos en este sentido que Jesús encontró necesario decirnos: «Mas tú cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha» (Mt. 6:3). ¡Cuán diferente suena esto de mucho del dar cristiano en la actualidad en el

que todos saben quién es el generoso dador! Recuerdo al pensar en esto de una placa fijada a un gran edificio usado ahora por una conocida organización cristiana en California: «Adquirido por un cristiano y donado para la gloria de Dios.»

Pablo menciona después a aquellos que «presiden» (o dirigen). La palabra griega que se usa aquí puede significar «cuidar de». Porque «presidir, dirigir o cuidar de» son equivalentes para explicar el hecho de que cuidar de las necesidades de las personas en la iglesia primitiva era la obligación de los ancianos o de los dirigentes (1 Ts. 5:12; 1 Ti. 3:4, 5; 5:17). El énfasis no está tanto sobre la autoridad o el poder como el cuidado pastoral.⁹ Jesús enfatizó este aspecto como el papel principal del líder (Lc. 22:26). Cuidar del rebaño debe hacerse con «solicitud», diligencia o celo, lo que explica por qué Pablo recomienda en otras partes dar especial reconocimiento a esta «solicitud» (1 Ti. 5:17).

Por último, aquel que «hace misericordia» como expresión de un don del Espíritu Santo debe hacerlo con alegría. El comentario de Calvino capta bien el espíritu de esta exhortación: «Nada proporciona más consuelo al enfermo o a cualquiera que está angustiado que ver a hombres alegres y dispuestos a asistirle en su necesidad; porque observar tristeza en el rostro de aquellos que dan asistencia les hace sentirse todavía más despreciables.»¹⁰

Aunque es muy alentador en nuestro tiempo encontrar a tantos cristianos individuales ejercer una variedad de dones del Espíritu, es triste ver tan pocas iglesias cristianas que proveen alguna estructura en las reuniones de la iglesia para cultivar los dones de ministrarse los unos a los otros. Para contrarrestar esta deficiencia una iglesia en la década de 1970 fue pionera en fomentar una reunión los domingos por la tarde llamada *La vida del cuerpo*. Después de que casi mil personas se congregaran en el templo de la Iglesia de la Biblia en Palo Alto, California, el líder empezó diciendo: «Esta es la familia, el cuerpo de Cristo. Nos necesitamos unos a otros. Vamos a compartir.» Una detrás de otra, personas en todo el santuario se levantaron y empezaron a compartir. Una mujer

divorciada, madre de tres hijos, dijo cómo Dios les había provisto de pan aquella semana. Una joven solicitó oración por su hermano mayor que se estaba destruyendo así mismo con las drogas y no paraba. El pastor solicitó a un antiguo drogadicto que se pusiera al lado de la joven y les dirigiera en una oración por el hermano. Una mujer entregó las llaves del segundo vehículo de la familia a un estudiante que había expresado la necesidad de transportación para ir a trabajar. Otras necesidades, ayudas, oraciones, aportación de ideas, apoyo y buenas noticias fueron compartidas, y en otros momentos hubo risas, sonaron aplausos o se percibieron expresiones silenciosas de angustia. Cuando se pasó la ofrenda, aquellos en necesidad podían tomar también hasta diez dólares.¹¹ Creo que ese ejemplo de alguna manera debe aproximarse más al significado de los dones en el Nuevo Testamento que lo que la mayoría de las iglesias han experimentado.

LA APLICACIÓN DE LA LEY DEL AMOR (12:9-21)

Pablo en este momento parece cambiar de asunto y ofrece un cierto número de mandamientos éticos o normas generales de conducta cristiana.¹² Cada mandamiento parece permeado del principio subyacente de mostrar amor primero a los cristianos (vv. 9-13), y después a todos, incluso a aquellos que tratan a los cristianos como sus enemigos (vv. 14-21). En esta sección y en la siguiente Pablo parece estar integrando y aplicando la enseñanza de Jesús que encontramos en el Sermón del Monte (Mt. 5—7), así como mandamientos éticos seleccionados del Antiguo Testamento. Dos principios sobresalientes gobiernan la conducta cristiana: amor y paz. En estas exhortaciones no se presenta en realidad un sistema de ética, pero, no obstante, todo en la vida cae bajo la dirección de la mente renovada en Cristo (v. 2). No se necesita mucho comentario excepto en ciertos puntos de la exposición.

El Apóstol encabeza la lista con amor, como lo hace en otras partes (Gá. 5:22). Si el amor es verdadero y no simplemente una máscara o táctica, entonces todo lo demás

a lo que Pablo exhorta a la iglesia se cumplirá. La gran marca identificadora del estilo de vida cristiana y la apologética más convincente del cristianismo es el amor que los cristianos tienen unos por otros (Jn. 13:34, 35). Este amor debe ser especialmente visible al mundo que nos rodea. Un área en donde somos probados profundamente es la manera en que nos comportamos con otros cristianos que difieren de nosotros. Debemos lamentarnos sinceramente por nuestras diferencias que causan fricción entre nosotros y debemos mostrar un amor que nos cuesta, practicándolo conscientemente unos con otros sin tener en cuenta los inconvenientes que nos cause personalmente o en grupo.¹³

«Aborreced lo malo, seguid lo bueno» (v. 9) subraya la doble naturaleza del mundo en el que viven los cristianos. El amor cristiano debe a veces negar constructivamente algunas cosas en el mundo y afirmar otras. Además, este amor debe abarcar a otros hermanos cristianos como si fueran miembros de la misma familia con todos sus lazos emocionales y afectivos (v. 10). Amor genuino por otros en nuestra común familia en Cristo nos incitará a «[preferirnos] los unos a los otros» o «tomar la iniciativa» en honrar a otros antes que procurar que los demás nos honren a nosotros (v. 10), cada uno estando más listo que los otros en reconocer y honrar los dones de Dios en el hermano o hermana (Ef. 3:8). Esta exhortación puede tener un gran efecto sanador en la iglesia fracturada que vemos hoy, especialmente si lo aplicamos a grupos de cristianos diferentes al nuestro y les honramos por encima de nosotros.

El versículo 11 contiene tres exhortaciones que parecen relacionarse con el problema de la apatía cristiana. «Nunca dejen de ser diligentes» o «no vacilantes en el celo» es más literal y se relaciona con mostrar entusiasmo en usar los dones de Dios para multiplicar su cosecha (Mt. 25:26, 27; 2 Ti. 1:6, 7). Encontramos en otras partes esta advertencia en contra del desaliento (Gá. 6:9; He. 12:3). Para sacar a la luz este problema, podríamos hacer la pregunta: ¿Hay algunos asuntos en mi vida acerca de los cuales estoy preocupado?

¿He dejado de estar entusiasmado acerca de algo?

«Fervientes en espíritu» se relaciona sin duda alguna con el anterior mandamiento y con el siguiente de servir al Señor. Aunque «espíritu» puede referirse al Espíritu Santo, no lo es necesariamente aquí, porque el espíritu humano interno del cristiano puede «encenderse» mediante el fuego del Espíritu (Hch. 18:25). La orden final de «sirviendo al Señor» sugiere cómo debe canalizarse este celo para evitar la apatía en nuestras vidas cristianas. Cuando los cristianos llegan a estar excesivamente deprimidos en cualquier tipo de trabajo o servicio, y el celo decae, puede deberse al hecho de que la prioridad del servicio al Señor se ha escapado de sus vidas. Estas son exhortaciones generales dirigidas a guardar al pueblo de Dios de la indolencia y de la apatía.

Encontramos otros tres mandamientos breves, enlazados entre sí, en el versículo 12: «Gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración.» El poder para vivir descansa ahora en la dirección de la futura esperanza del cristiano (8:18-27). Debido a que Dios nos ha concedido en sus promesas una visión tan fuerte de su futuro reino y de la resurrección, nuestras vidas presentes debemos vivirlas como si este reino hubiera ya llegado.

Esa vida en esperanza producirá una crítica y juicio radical sobre el presente orden del mundo que resultará en la reacción del mundo y a menudo en persecución. El creyente debe mantenerse firme en estas aflicciones y no renunciar a su confianza en Dios. No hay un recurso más grande de fortaleza en las pruebas y de gozo en la esperanza que en la oración, actividad ésta que deberíamos cultivar seriamente como parte de nuestro equipo espiritual de guerra.

«Constantes en la oración» enfatiza la persistencia que distinguía las oraciones de los primeros cristianos de las oraciones meramente repetitivas y exhibitorias de los judíos y paganos contemporáneos. «Constantes» en la oración capta bien la fuerza del término griego, que significa perseverar diligentemente en algo (es la misma palabra que encontramos en Lucas 11:1-13; 18:1-8; Hechos 1:14; Efesios 6:18; Colo-

senses 4:2).

Pablo continúa con la exhortación «compartiendo para las necesidades de los santos» (v. 13). La fuerza del verbo indica «hagan suyas» las necesidades de hermanos y hermanas en Cristo. Debemos sentir la unidad —como de la misma familia— con aquellos que sufren aflicciones y privaciones por el nombre de Cristo. Cuando seguimos de verdad esta exhortación, brotará con naturalidad en nosotros el *atender* estas necesidades si es posible para nosotros.

Si, por el otro lado, estos cristianos en necesidad vienen a nosotros, los recibiremos con corazones y hogares abiertos. «Practicando la hospitalidad» no capta bien la fuerza intensa del verbo que implica «procurarlo activamente». La hospitalidad cristiana demanda un esfuerzo especial que va más allá de las simples inconveniencias de los no cristianos; nosotros no podemos escoger las personas que van a presentarse ni el momento en el que van a aparecer. La hospitalidad en la primitiva iglesia era un ejemplo de primer orden de «[compartir] para las necesidades de los santos» (véase también 1 Ti. 3:2; Tit. 1:8; He. 13:2; 1 P. 4:9). Quizá deberíamos ver la prueba de este ministerio hoy en términos de si nuestros hogares están abiertos a aquellos con muchos menos recursos y posibilidades que nosotros disfrutamos.

En el versículo 14 cambia bruscamente el carácter del pensamiento. Hay un cambio que podemos notar por dos razones: Primera, cambia el asunto desde exhortaciones generales o mandamientos que hacen hincapié sobre todo en las relaciones entre cristianos, hasta amonestaciones que tienen que ver con respuesta a las actitudes y acciones de los no cristianos. La estructura gramatical de estos versículos cambia también de participios e imperativos en griego a infinitivos.

«Benedicid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis» (v. 14) nos recuerda claramente las palabras de nuestro Señor (Mt. 5:44; Lc. 6:28). Una respuesta así demanda el ejercicio del radical amor cristiano expresado hacia alguien que se ha declarado nuestro enemigo al perseguirnos. Bendecir significa algo más que simples palabras porque la ex-

presión debe venir del corazón y la voluntad seguido de las acciones apropiadas según permitan las circunstancias. Cuando nos «[gozamos] con los que se gozan; y [lloramos] con los que lloran» (v. 15) nos identificamos como cristianos con otros en nuestra común humanidad como seres humanos. Debemos y deberíamos ser verdaderamente capaces de simpatizar con ellos siguiendo el ejemplo de nuestro Señor (Lc. 15:1, 2). Crisóstomo, uno de los primeros padres de la iglesia, observó agudamente que nos es más fácil llorar con otros que gozar con ellos. Es en esos momentos de nuestros dolores y gozos que somos más profundamente nosotros mismos. En esos instantes el cristiano debe identificarse en amor con otros.

Pablo continúa en el versículo 16 exhortando a los cristianos a cultivar una amorosa armonía y practicar la humildad en las relaciones con los no cristianos. «No altivos, sino asociándoos con los humildes» es un pasaje difícil y lamentablemente ambiguo en el griego. ¿Se refiere «humildes» a otros o a cosas? Si es lo último quiere entonces decir que no debemos cultivar ambiciones egoístas, sino darnos nosotros mismos a tareas humildes (Fil. 4:11; 1 Ti. 6:8, 9). Si se refiere a personas el sentido entonces es que nos entreguemos a la asociación con otros menos atractivos, a los más humildes en el mundo. No hay manera de decidir definitivamente entre las dos interpretaciones. Ambas son dignas metas cristianas. En cualquier caso, una línea de pensamiento nos llevará a la otra.

La fuerza de la exhortación «No seáis sabios en vuestra propia opinión» está en que no debemos engreirnos (Pr. 3:7). Esas palabras golpean fuertemente a la persona que se ensoberbece en sus propias ideas y juicios como si fueran la verdad absoluta y rehusa reconocer las opiniones y pensamientos de otros. Además, no deberíamos dejarnos engañar por nuestras propias preferencias que a menudo se inclinan por aquello que halaga nuestro orgullo, es decir, lo distinguido y lo brillante. Hay una manera de apegarnos a la verdad que no es otra cosa que apegarnos a nosotros mismos.

Por último, en los versículos 17-21 de este capítulo, Pablo habla más específicamente acerca de la cuestión de la respuesta cristiana a la hostilidad de los no cristianos. Como en la enseñanza de Jesús sobre la no violencia y no vengarse (Mt. 5:38-42), la preocupación de Pablo tiene más que ver con la respuesta del cristiano y de la iglesia. En el capítulo 13 consideraremos qué respuesta es la correcta hacia la hostilidad y el mal de parte de las autoridades civiles.

El amor no debe nunca vengarse ni devolver golpe por golpe (Pr. 17:14), sino, por el contrario, debe «procurar lo bueno delante de todos los hombres» (v. 17). La conducta cristiana debe ser algo que los no cristianos reconozcan y alaben (2 Co. 8:21; 1 Ts. 5:15). Muchos cristianos hoy, por el contrario, están mucho más preocupados con el cómo su compartamiento afecta a sus amigos cristianos que ver si es aceptable para los no cristianos.

Esta norma del comportamiento no quiere decir que el cristiano se vuelva al mundo para seguir sus normas de conducta, pero al buscar la voluntad de Dios en cada situación ética, considerará lo que es correcto y justo «delante de todos los hombres» como parte de la base para su decisión (v. 17; véase también v. 2). En la práctica, el creyente debe pesar las consecuencias de las acciones que lleva a cabo en cuanto a los efectos del testimonio sobre la comunidad no creyente, pues nuestras decisiones y acciones van a hablar a favor o en contra del mensaje cristiano (Mt. 5:16; 1 Co. 10:31, 32). Este principio tiene en cuenta que la ley de Dios opera en los corazones de todos los hombres, sin importar cuán atenuada ellos la perciban o la reconozcan al formular sus conceptos de lo bueno y lo malo (2:15). El cristiano debe, sin embargo, obedecer siempre la ley de Dios en vez de la del hombre en toda situación que se presente.

Al actuar así se promueven los intereses de la paz y de la buena voluntad (v. 18). Hay, sin embargo, una calificación: «Si es posible, en cuanto dependa de vosotros», o si la posibilidad de paz puede ser creada por ti. La paz no puede ser asegurada al precio de la verdad de Dios o si otros rehusan

cooperar (Mt. 10:34-36; Lc. 12:51-53; Stg. 3:17). Los cristianos deberían hacer todo lo que esté en su mano para ser el elemento reconciliador en las hostilidades entre personas en el mundo. Si el conflicto surge en donde el cristiano está involucrado, que se suscite sólo por la postura del cristiano a favor de la verdad de Dios y de la justicia. Las luchas y los conflictos nunca deberían ser buscados o iniciados por el cristiano.

En los versículos 19-21 el Apóstol responde una posible objeción a su camino de paz en la vida (v. 18). Alguien podría decir: ¿No ayuda este enfoque a los malvados, favoreciendo sus maquinaciones y permitiendo que vayan sin control en sus maldades? ¿No sería mejor enderezarlos por la fuerza y poner fin a sus injusticias? Pablo dice que no. La esencia del pecado en las relaciones humanas es que los individuos asumen el papel de Dios y toman la justicia en sus propias manos. No podemos pretender hacer eso, porque no sólo estamos limitados en nuestra información y comprensión, sino que cuando nuestros propios intereses personales han salido perjudicados nosotros invariablemente distorsionamos la justicia en favor de nuestros propios intereses egoístas.

Por consiguiente, los cristianos no deben tratar de vengarse de aquellos que han actuado mal para con ellos. En vez de eso debemos confiar en Dios y en su administración de justicia sobre los injustos, esto es, la ira de Dios (2:5, 8; 3:5; 5:9; 9:22). La ira de Dios está al presente dirigida directa e indirectamente hacia los hacedores de maldad (1:18-25) por medio de las autoridades civiles (13:4, «castigar») y se manifestará por completo en el futuro juicio final (Ro. 2:5, 6; Ap. 20:11-15). Deberíamos recordar que la ira de Dios de la que Pablo habla aquí es «la ira de Dios revelada en su pleno horror en Getsemaní y en el Gólgota como la ira de un Dios totalmente santo y amoroso» (Cranfield, 2:647). Pablo cita Deuteronomio 32:35 para apoyar este principio de no vengarse uno mismo, el cual debería ser la norma absoluta del pueblo de Dios.

Pero el cristiano debe hacer algo más que ser pasivo hacia la actitud de animosidad personal; deberíamos dar pasos po-

sitivos para manifestar que no buscamos la venganza contra el ofensor. No sólo no pagamos mal con mal, sino que hacemos el bien a pesar del daño sufrido: «Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber» (v. 20). Aquí Pablo parece que nos está recordando la exhortación de Jesús de amar a los enemigos (Mt. 5:44 y Lc. 6:27), pero en realidad está citando Proverbios 25:21, 22. «Ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza» no se refiere a carbones de juicio (lo que sería una manera de volver contra el otro), sino las llamas de la vergüenza y del remordimiento que queman la conciencia del ofensor y quizá le lleven al arrepentimiento y a la reconciliación. Al seguir este curso no natural pero amoroso de acción, los cristianos no serán conquistados por las personas malas en su propósito de promover la paz (v. 18). Por el contrario conquistarán tales males promovidos contra ellos mediante el bien (actos de amor) realizado a favor del que hizo el mal, más de lo que podrían hacerlo los actos de venganza (v. 21). El mal es más permanentemente neutralizado cuando los corazones de los malos son cambiados y vencidos sus resentimientos que cuando son simplemente entregados a la justicia.

Hay todavía otra consecuencia al rehusar tomar venganza. Cranfield dice: «La victoria cristiana sobre el mal consiste en rehusar ser parte en la promoción del mal al devolver mal por mal y ponerse así a la altura del que le injurió, sino recibiendo la injuria sin resentimiento, sin permitir que su amor se convierta en odio o que lo debilite... Al hacerlo así él toma parte en la victoria del evangelio sobre el mundo y señalando con su testimonio hacia la realidad del amor de Dios por los pecadores. Él vivirá como uno que está siendo transformado por la renovación de la mente» (2:650).

EL CRISTIANO Y LAS AUTORIDADES CIVILES (13:1-7)

Es importante que desde el principio establezcamos en este pasaje tan controversial la relación, si la hay, con la sec-

ción precedente. Esta enseñanza sobre el gobierno aparece un tanto repentinamente (sin una partícula de conexión) entre dos exhortaciones pertinentes al ejercicio de la paz y del amor cristianos (12:9-21 y 13:8-10). Se han propuesto algunas líneas de razonamientos para una conexión lógica con el pasaje precedente: Entre la idea de «venganza» y la «ira de Dios» (12:19 con 13:4); o el pensamiento de no conformarse a este mundo o ninguna de sus instituciones (12:2); o como una respuesta al problema de si el cristiano debe ver al Estado como malo porque responde al mal con el mal, algo que los cristianos no deben hacer.

Aunque puede que estas conexiones lógicas no estén presentes, son sobre todo puras conjeturas. Puede que en realidad las condiciones históricas locales de Roma tuviera más que ver con la inclusión de esta sección que con el material precedente. Ese punto de vista estaría también en consonancia con la naturaleza más espontánea de las exhortaciones en los capítulos 12-16. En cualquier caso no deberíamos pensar que esta sección sobre el gobierno civil es un paréntesis en esta exposición.

Puede que sea mejor por varias razones adoptar la explicación histórica. En primer lugar, hay bastante evidencia de que, en el tiempo en el que Pablo escribió Romanos (a principios del 57 d. de C.), se estaba desarrollando gran hostilidad entre el gobierno romano y los judíos. En el año 49 el emperador Claudio tomó la decisión de expulsar a los judíos de Roma debido a los alborotos y disturbios causados por un tal Chrestus (o Cristo).¹⁴ Una inscripción de este tiempo parece indicar que la causa de las dificultades fue la predicación en Roma de la resurrección de Jesús por los judíos creyentes y el contraataque de los judíos incrédulos de que el cuerpo de Cristo fue retirado de la tumba por los discípulos (Mt. 28:11-15). Esta acusación sobre el robo del sepulcro puede explicar por qué surgieron los enfrentamientos en Roma en relación con «Chrestus» entre los judíos cristianos y los judíos incrédulos, y por qué Cludio dio un edicto en ese mismo tiempo (curiosamente encontrado en Nazaret) prohibiendo manipular

las tumbas de los condenados a muerte.¹⁵

Es más, las actividades revolucionarias judías (por los zelotes) contra Roma en este tiempo están bien documentadas. Debido a que Jesús era un Mesías judío, el gobierno romano sospechaba probablemente que los seguidores de Cristo podían tener tendencias revolucionarias. Por consiguiente, cualquier insubordinación a las autoridades de algunos de los grupos cristianos podía ser interpretada como una amenaza revolucionaria al gobierno romano de parte de todo el movimiento cristiano.

Además, hay evidencia de que ciertos cristianos, debido a sus antecedentes paganos o judíos, sostuvieron ciertas nociones equivocadas acerca del reinado y del señorío de Cristo en relación con los reinos de este mundo (véase Mt. 22:17).¹⁶

¿Era compatible la obediencia a Cristo como rey con la obediencia a las instituciones civiles? Esta cuestión también involucraba el problema adicional de la extensión de la libertad cristiana bajo el señorío de Cristo que incluía la libertad de todas las demás autoridades (1 P. 2:13-17).

De la sección de 13:1-7 podemos sacar cuatro principios generales concernientes a la relación del cristiano con el gobierno: (1) Hay una responsabilidad cristiana vinculante tanto hacia la autoridad del gobierno como hacia la autoridad de Cristo; (2) el gobierno humano es una institución divinamente establecida; (3) el propósito del gobierno es doble: promover el bien de la sociedad y controlar y castigar a los malos; y (4) la lealtad en general al gobierno y el apoyo a sus necesidades debería ser la actitud correcta de todo cristiano.

El principal problema teológico de esta sección es la cuestión de si la autoridad civil está bajo el señorío directo de Cristo. De ser así el gobierno puede responder a las demandas de Cristo y de su amor; si no, es entonces una ilusión buscar llevar el gobierno al servicio del reino de Cristo.¹⁷

Pablo declara más específicamente en los versículos 1 y 2 que todos los cristianos («toda persona») sin ninguna excepción deben ser obedientes a las «autoridades superiores». Deben hacerlo así porque todas las autoridades anteriores

(«no hay autoridad sino de parte de Dios») y los funcionarios actuales («y las que hay») han sido establecidas por Dios (Dn. 2:21; 4:17, 35; Jn. 19:11). Además, resistir a los funcionarios del gobierno en el ejercicio de su función es oponerse a los mandamientos de Dios y caer, por tanto, bajo el juicio divino administrado mediante los castigos impuestos por las autoridades (v. 2).

Las «autoridades» son ciertamente los representantes del gobierno romano.¹⁸ En los días en que Pablo escribía (principios de 57 d. de C.), Nerón era el emperador de Roma (54-68 d. de C.). Aunque es cierto que Nerón fue cruel, lujurioso y asesino, él contó con la ayuda de dos consejeros (Burro y Séneca) relativamente sabios y honestos que promovieron un modelo bueno de gobierno durante los primeros cinco años del reinado de Nerón (el tiempo en el que Pablo escribió esta carta). Maravilla que el Apóstol escribiera estas palabras de obediencia al gobierno después de que él mismo fuera maltratado por las autoridades romanas en Filipos (Hch. 16:37). Pedro también escribió unas exhortaciones semejantes a los cristianos más tarde en el reinado de este mismo emperador (1 P. 2:13-17, alrededor del 64 c. de C.). «Acarrean condenación para sí mismos» quiere decir que recibirán castigo de parte de los gobernantes, no condenación eterna (v. 2).

Pablo continúa describiendo la razón por la cual la autoridad civil puede usar el poder para castigar que ha recibido (vv. 3, 4). Dios ha establecido autoridades para un deber doble que refleja el propósito general del Estado: (1) El gobierno no debe destruir o subvertir lo bueno de la sociedad sino protegerlo y promoverlo: «Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella» (v. 3); «porque es servidor de Dios para tu bien» (v. 4); y (2) el poder civil debe estar para detener el mal y castigar a aquellos que promueven el mal en la sociedad: «porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo» (v. 4). Los cristianos que hacen el bien y no lo malo no deberían temer a los poderes civiles.

«Alabanza» de parte de los magistrados (gobernantes)

significa sólo aprobación sin que necesariamente implique premio. Los evangélicos harían bien en enfatizar este tema más que estar siempre señalando el aspecto punitivo del gobierno. «Servidor de Dios» (dos veces, v. 4) se refiere al cumplimiento de la autoridad civil establecida por Dios (vv. 1, 2) y no tiene nada que ver con la salvación del gobernante. Ese término contrarresta fuertemente cualquier tendencia a atribuir perversidad a la existencia del Estado *per se*, como algunos abogan en nuestros días. Que el gobernante es un servidor de Dios para «tu bien» indica que el gobierno existe para el bien de la comunidad cristiana, así como para los no cristianos (v. 4). El Estado no es, pues, una entidad sólo para los no cristianos (v. 4), pero la gracia de Dios para la iglesia es en alguna forma mediada mediante su protección y beneficios.

La «espada» que el gobernante lleva, ¿se refiere a algo más que al mero símbolo de su autoridad o sugiere también su derecho a usarla para hacer cumplir la justicia, y si es necesario dar muerte al culpable (Mt. 26:52; Hch. 12:2; 16:27; He. 11:34, 37)?¹⁹ «No en vano» significa que no la lleva de adorno. El gobernante no lleva la espada sólo como un símbolo, sino que puede usar la autoridad que representa para administrar justicia. Se le describe también en este servicio a Dios como el «vengador» (notemos que esta es la misma raíz que la palabra griega para «venganza» en 12:19) para «castigar» (ira de Dios). La expresión puede significar simplemente como «agente para ira» (Kasemann). La palabra aquí («vengador») se relaciona con la palabra para justicia o vindicación. No está claro si «castigar» quiere decir aquí ira de Dios (12:19) o simplemente ira humana. En cualquier caso, la acción coercitiva del gobernante humano en detener el mal y castigar (ejercitar la justicia retributiva) a aquellos que practican el mal está ligada de alguna manera a la agencia y voluntad de Dios en las sociedades humanas.

Entendemos de esto que el gobernante tiene la autoridad dada por Dios para promover el bien y castigar el mal como un servidor de Dios en los asuntos civiles. Tal reconocimiento

impone una doble obligación moral sobre los cristianos para sujetarse a las autoridades civiles (v. 5). Primera, porque resistirse al Estado haciendo el mal acarrearía sobre él su poder de «vengador», que, como hemos razonado, está ligado al juicio de Dios sobre el mal (v. 5). Segunda, nuestra «conciencia» hacia Dios nos molestaría interiormente por haber violado sus ordenanzas sobre nuestra vida en esta área (v. 5).

Debemos recordar que nuestra conciencia no es una norma en sí misma, sino que involucra un mecanismo que se establece al reconocer el bien y el mal que se obtiene de una fuente externa. La conciencia cristiana tiene que ser desarrollada por la Palabra de Dios como se entiende en la comunidad de la fe, en el orden de la creación y en los estímulos del Espíritu Santo. Por lo tanto, siempre que el poder civil nos manda violar la voluntad de Dios, debemos rehusar hacerlo sobre la misma base de conciencia hacia Dios (Hch. 4:19, 20; 5:29). Pedro dice: «Por causa del Señor, someteos a toda institución humana» (1 P. 2:13). Es esta cuestión de conciencia hacia Dios que deja abierta la posibilidad de resistencia e incluso desobediencia al gobierno.

Por último, Pablo da un paso más y sugiere que debido a que el gobierno civil está ordenado por Dios, el cristiano debería participar en su continua existencia apoyando las varias necesidades del gobierno, tales como los impuestos, los peajes, las contribuciones, las revalorizaciones de propiedades, y respetar a los funcionarios civiles como servidores de Dios (vv. 6, 7). La palabra «pagáis» referida a los tributos (v. 6) es la misma palabra que se usa en 12:12 para exhortar a los cristianos a que sean «constante en la oración». ¿Se imagina lo que ocurriría en la iglesia si los cristianos fueran tan constantes en la oración como el Ministerio de Hacienda lo es en su dedicación a los impuestos? La terminología que se usa en estos versículos 6 y 7 para referirse a tributos e impuestos tiene que ver con impuestos directos tanto como indirectos. Esta descripción no limita o justifica en ninguna manera los impuestos o la cantidad que puedan establecerse.

Parece evidente que la posición de Pablo acerca de la relación de los discípulos de Cristo con las autoridades gobernantes es la misma que Jesús. Ambos están opuestos al concepto revolucionario fanático. Según sus palabras a menudo citadas, Jesús hábilmente equilibra a ambas autoridades: «Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios» (Mt. 22:21).

La posición teológica de Pablo concerniente a las autoridades civiles deja sin responder varias cuestiones contemporáneas. No podemos hacer otra cosa aquí que intentar dar uno o dos comentarios.

¿Cuál es la mejor forma de gobierno?

Pablo no recomienda ni condena ninguna forma de gobierno, ni tampoco lo hace el resto del Nuevo Testamento. Desde una perspectiva cristiana, cualquier forma de gobierno es mejor que la anarquía y como tal es digno de nuestro apoyo leal. Debemos recordar que el gobierno romano, con su mezcla de dioses paganos y adoración del emperador, no presentaba un gobierno más especial a los cristianos del primer siglo que lo sería para un cristiano el vivir hoy bajo un régimen dictatorial y ateísta.

Debería también recordarse que Pablo no sabía nada de lo que nosotros conocemos hoy como repúblicas y democracias, puesto que Roma no reconocía a todos sus súbditos el derecho a votar, ser elegido para una posición pública o a participar en las decisiones que afectaban al pueblo. Si esa hubiera sido la situación de Pablo, él podía haber exhortado más enfáticamente a involucrarse en la participación en el gobierno más que el simple hecho de pagar impuestos o sujetarse a los magistrados. La cuestión de qué forma de gobierno es mejor que otras debe derimirse en el nivel de la teoría política y económica iluminada por las Escrituras, no en el nivel teológico.

¿Debe ser criticada alguna vez la política del

gobierno?

¿Es posible ser leal a las autoridades civiles en obediencia a Romanos 13 y al mismo tiempo criticar ciertos actos y políticas de los gobernantes? Parece ser que Jesús se sintió libre para criticar no sólo a los líderes civiles judíos (Jn. 18:23), sino también a Herodes Antipas, el gobernante romano, a quien llamó «zorra» (Lc. 13:32). Pablo de igual manera acusó a un miembro del sanedrín judío, que mandó que le golpearan en la boca, de ser como una «pared blanqueada», aunque luego se disculpó al enterarse de que era el sumo sacerdote (Hch. 23:1-5).

Estos ejemplos son pocos en número, pero suficientes para mostrar que el principio de una actitud crítica hacia ciertos actos y políticas malas no es ajeno al cristianismo. Tales críticas deben ir siempre dirigidas a la mejora del gobierno no a socavarlo u orientadas a cuestionar si un gobernante en particular está representando debidamente al gobierno. El cristiano debe reservarse el derecho de decirle sí o no al Estado. Cuando el cristianismo está demasiado ligado a las autoridades civiles se encontrará pronto con que lo están usando para sancionar ciertas políticas particulares y actos de un gobierno que usa a la iglesia para ganar la aprobación ciudadana.

¿Qué acerca de la desobediencia civil?

Es evidente que el Nuevo Testamento enseña que la obediencia a Dios tiene prioridad sobre la obediencia al Estado sin importar las consecuencias (Hch. 4:19, 20; 5:29). Si bien una orden directa del Estado de desobedecer un mandamiento directo de Dios —digamos, el caso de adoración idolátrica— no presenta ningún problema, sí aparece el dilema cuando nuestra conciencia cristiana nos lleva a la resistencia e incluso la desobediencia al gobierno en materias que no son tan claras ni directas. Por ejemplo, Pablo aparentemente desobedeció la orden del funcionario romano de salir en secreto de la cárcel porque él juzgó que las autoridades civiles filipenses les habían tratado injustamente (Hch. 16:35-40).

Parece que él no recibió ningún mandamiento directo del Señor de hacerlo así.

Hay muchas cuestiones desconcertantes en relación con la desobediencia civil, y cristianos sinceros y conscientes se han visto divididos sobre los asuntos a lo largo de la historia.²⁰ Esto es todo lo que podemos decir, Pablo no califica en Romanos 13 su petición de obediencia a los poderes civiles. Sin embargo, sí indica claramente que el papel apropiado del gobierno es promover el bien y castigar el mal, y se refiere al papel de la «conciencia» hacia Dios en nuestras acciones. Podemos asumir que si ninguna de estas dos condiciones se cumplen puede haber base para la resistencia o incluso la desobediencia. El Estado no es absoluto en sus demandas sobre nosotros, tampoco es infalible ni está siempre del lado de la justicia. Con todo, parece que nunca habrá unanimidad entre los cristianos sobre la cuestión de cuándo y cómo deben resistirse o desobedecer al Estado. La cuestión debe ser estudiada y discutida constantemente a medida que llevamos todas nuestras decisiones para ser examinadas a la luz de las Escrituras y la conciencia cristiana. Toda acción que se tome debe ser responsable y conscientemente cristiana.

¿Debería el cristiano participar alguna vez en la revolución política?

Esta pregunta es extremadamente importante en un tiempo de grandes movimientos revolucionarios, especialmente entre los jóvenes. La revolución política es una forma más extrema de desobediencia civil dirigida a la destrucción de la estructura establecida de una forma particular de gobierno y su reemplazamiento por otra nueva forma de gobierno. Pablo da instrucciones sobre lo que el cristiano debe hacer cuando tiene lugar una revolución: «Sométase toda persona a las autoridades superiores» (13:1). Él no discute en qué momento el nuevo gobierno llega a ser las «autoridades superiores» porque tales discusiones caen más en el área del pensamien-

to moral y político que en la dirección teológica para el comportamiento cristiano.

Además, Pablo indica que el gobierno ideal funciona como servidor de Dios cuando promueve el «bien» y resiste el «mal» (13:3). Si en el juicio de la mayoría de los ciudadanos, el gobierno existente suprime en buena medida el bien y promueve el mal, ¿ha abdicado entonces la autoridad civil de sus órdenes divinas y ha demostrado que ya no es digno de la obediencia del cristiano?

Sea cual sea nuestra respuesta a estas preguntas complejas y difíciles para la conciencia cristiana, debemos afirmar que debido a que nuestra lealtad pertenece en última instancia (aunque no exclusivamente) al reino de Dios, no nos podemos identificar nunca totalmente con una propuesta revolución o con la forma establecida de poderes de gobierno. Nuestra posición en Cristo nos llevará a ser críticos, aunque no distantes, de todos los movimientos humanos. No puede haber revoluciones «cristianas». «A veces el Señor del mundo habla más audiblemente desde las celdas de las prisiones y desde las tumbas que desde las iglesias que se felicitan a sí mismas por sus concordatos con el Estado» (Käsemann). Debéramos darnos cuenta también que muchos de los movimientos revolucionarios de nuestro tiempo surgieron de la filosofía de la historia marxista y no de la visión mundial cristiana. ¿No lleva la enseñanza y ejemplo de Cristo a condenar la violencia en todas sus formas? Esto todavía dejaría abierta la posibilidad de la acción cristiana responsable para reemplazar de forma no violenta a un gobierno totalmente corrompido.

¿Aconseja Pablo a los cristianos ir a la guerra?

Debería estar claro por lo que se ha dicho sobre la exégesis del texto de Romanos 13:1-7 que Pablo no está hablando acerca de si el gobierno comparte el derecho divino de hacer o no la guerra. La «espada» es el derecho de castigar incluso con la muerte a los que se oponen al gobierno civil. Si este

derecho se extiende también a castigar a los malhechores que asaltan al gobierno desde afuera, sólo puede ser una inferencia que se saca del pasaje pero no una enseñanza directa.

La iglesia se ha visto dividida desde los primeros tiempos sobre si el matar en tiempo de guerra bajo la obediencia a su propio gobierno constituye una violación de la enseñanza de Jesús sobre amar al enemigo y del sexto mandamiento acerca de no matar. Un grupo de cristianos (pacifistas) ve tal matanza violenta como una desobediencia a la voluntad de Dios y rehusa participar; otro grupo (que creen en la guerra justa) argumenta que los gobiernos deben defenderse a veces por medio de la guerra para castigar a los que hacen el mal y, por consiguiente, tienen el derecho de que los ciudadanos obedezcan y lleven a los culpables ante la justicia por todos los medios que sean necesarios.

Aunque Pablo parece consentir que el gobierno civil haga uso legítimo de la fuerza dentro de su esfera, él no prohíbe o justifica el matar en la guerra. Esta cuestión tan difícil debe resolverse mediante la inclusión de otros factores, entre ellos principios bíblicos del Antiguo y Nuevo Testamentos y preocupaciones morales. Si yo como cristiano estoy de acuerdo en que la obediencia al Estado involucra la participación en una guerra justa, eso no me libera de aportar una crítica moral constructiva sobre la actividad militar de mi país. Por el otro lado, si mi conciencia hacia Cristo me lleva a rehusar cumplir con el servicio militar, debo hacerlo de tal manera que no socave las otras funciones del gobierno. Debo también mostrar que mi posición contribuye al bien de la sociedad en una forma totalmente responsable.

OTRAS INSTRUCCIONES SOBRE EL AMOR, LA VIGILANCIA Y LA SANTIDAD (13:8-14)

Pablo muestra en esta sección cómo el gran mandamiento de Cristo concerniente al amor se relaciona con los mandamientos divinos del antiguo pacto. Él argumenta que el anti-

guo y el nuevo son mutuamente complementarios, el primero anticipando el posterior, y el último revelando al primero (vv. 8-10). Al cierre del capítulo Pablo regresa a las exhortaciones sobre la santidad motivado por la consideración de la proximidad del regreso de Cristo y la consecuente urgencia para actuar (vv. 11-14).

En el versículo 8 Pablo encomienda a los cristianos a que «no debáis a nadie nada», lo que muchos entienden como una referencia a lo que dice en el versículo 7 relacionado con el pagar nuestros impuestos. En cualquier caso esta exhortación se refiere a deudas impagadas y no a préstamos de dinero (Éx. 22:25; Mt. 5:42; Lc. 6:35). Debemos pagar todas nuestras deudas excepto una: la deuda perpetua de amor cristiano que nos debemos unos a otros. Esta única obligación perpetua no está en desacuerdo con las obligaciones de los mandamientos divinos de Moisés, porque «el que ama al prójimo, ha cumplido la ley». El «prójimo», quien a menudo llega a ser una persona muy semejante a nosotros, es definido por la palabra «otros» en el versículo 8 como «el otro que es diferente» a nosotros (griego *heteros*, el otro que es diferente). Esto evita que el amor cristiano sea simple mutua admiración.

En los versículos 9 y 10 Pablo sigue explicando la conexión entre la ley y el amor cristiano. Cita los siguientes mandamientos de las tablas mosaicas como el arquetipo de la ley (el orden varía un tanto): no adulterar, no matar, no hurtar, no decir falso testimonio, no condiciar. Dice que estos y cualquier otro mandamiento de Dios (positivo o negativo) se resumen en la declaración: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 9, de Lv. 19:18; Mt. 22:39, 40). Lo que Pablo señala es que la esencia o intención principal de los mandamientos es promover la acción amorosa hacia la otra persona. Está enfatizando que la ley y el amor sirven al mismo fin: no hacer daño a la otra persona (v. 10).

Enfrentar el amor con la ley como algunos han hecho en nuestros días es no entender la enseñanza de Pablo aquí.²¹ Donde el amor prevalece no ocurren las cosas que prohíbe la

ley (véase Gá. 5:23). Notemos cuidadosamente que el Apóstol no instituye un nuevo legalismo de «amor-justicia» que amerite la justificación como hace la ética de situación, pero en la enseñanza de Pablo el cumplimiento de la ley es una expresión divina válida de amor por el prójimo. Puesto que la ley requiere amor por la otra persona, Pablo enseña que el amor «es el cumplimiento [o plenitud] de la ley» (v. 10). Sólo es el amor que hace que la ley cumpla con su propósito. El cristiano que camina continuamente en el amor cumple todas las demandas de la ley.

El pensamiento cambia en los versículos 11-14. El Apóstol se enfoca ahora en una exhortación ética final concerniente a la urgencia de adornar nuestra vida con la santidad de Cristo. El versículo 11 da una razón adicional por todas las exhortaciones de los capítulos 12 y 13; es la clase de «tiempo» en el que vivimos. La palabra que Pablo usa para tiempo (griego, *kairos*) no se refiere a la sucesión cronológica del tiempo, sino a la clase, la estación, o cualidad del tiempo. En el Nuevo Testamento tiene a menudo un sentido escatológico (Mr. 13:33; Lc. 21:8; Hch. 1:7; 1 Ts. 5:1; 1 Ti. 4:1; 1 P. 1:5; Ap. 11:18). Estamos viviendo, según el Nuevo Testamento, en el tiempo escatológico que llamamos «los últimos días» (Hch. 2:17; 2 Ti. 3:1; He. 1:2; 1 Jn. 2:18), no es el sentido cronológico sino cualitativo. Esta clase de tiempo de los «últimos días» empezaron con la primera venida de Cristo y continuarán hasta la Segunda Venida. Los «últimos días» es el tiempo de la inminente consumación de todas las cosas y la manifestación de nuestra completa salvación (8:23) en el reino de Dios (la llegada del «día» al mundo). Cada día nos acerca más a esta consumación.

A causa de que vivimos al borde de este nuevo día, nuestra conducta debe mantener en orden con este evento final. Debemos despertar y no vivir, o «dormir», como si el carácter del tiempo fuera diferente (Mt. 24:42-44). La venida de Cristo era siempre «inminente» para la iglesia, no en el sentido de que fuera a ocurrir pronto, sino desde el punto de vista de que nada grande necesitaba tener lugar antes de que Cristo pu-

diera regresar. Pablo y la primitiva iglesia (al igual que cada generación) pudieron haber pensado que la venida estaba cerca (1 Co. 7:29-31), puede incluso que después revisaran su estimación (2 Ti. 4:6-8), pero ellos todavía mantuvieron su criterio de inminencia. Creían que Cristo podía todavía venir en cualquier momento (Ap. 2:25; 3:11; 22:20). «La intención de esta frase era hacer hincapié en la necesidad de velar: Para Pablo y sus lectores el tiempo de la oportunidad de la fe y la obediencia era cada vez más corto ... Podemos además decir que la importancia trascendente del evento esperado da por sí mismo significancia a cada momento y período de tiempo que pasa» (Cranfield, 2:682).

Dado que el carácter de la consumación que viene es «luz» y «día», la respuesta apropiada es vivir en la luz como si el día ya hubiese llegado («honestamente», v. 13, que significa «decentemente»). Esto requiere que nos levantemos y que nos despojemos de las vestimentas de las tinieblas: «glotonerías ... borracheras ... lujurias ... lascivias ... contiendas y envidias» (v. 13). Por último, debemos ponernos la vestimenta del «día» que consiste de «las armas de la luz» (v. 12), que Pablo define en varios lugares como fe, amor y esperanza (1 Ts. 5:8, 9); o bondad, justicia y verdad (Ef. 5:7-10), las armas de lucha contra las fuerzas de las tinieblas espirituales. Esta figura de cambiar la vestimenta es, en buena tradición hebrea, una apelación a llevar a cabo un cambio interno y espiritual (Is. 61:10; Zac. 3:3).

Notemos que nada es tan inclusivo como la expresión en el versículo 14: «Vestíos del Señor Jesucristo» (véase Gá. 3:27). Vestirse de Cristo significa vivir en conformidad con su mente y voluntad (12:2), que es el resultado natural de nuestra identificación y unión con Cristo en su muerte y resurrección (6:1-10). «Significa seguirle en el camino del discipulado y esforzarnos en dejar que nuestras vidas sean moldeadas según el modelo de humildad de su vida terrenal» (Cranfield, 2:688-89). «No proveáis para los deseos de la carne» es no hacer planes para satisfacer los deseos egoístas y pecaminosos de la carne. Juan hace el mismo énfasis cuando dice:

«seremos semejantes a él ... todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro» (1 Jn. 3: 2, 3).

Esta sección tiene cierta importancia histórica porque el gran teólogo Agustín de Hipona fue dirigido a la aceptación personal de Cristo Jesús sobre la base de estos dos últimos versículos cuando meditaba bajo una higuera (*Confesiones*, libro VIII).

Es triste encontrar que en nuestro tiempo mucha de la predicación y de la enseñanza «profética» enfatiza el abordamiento cronológico y carece del verdadero sentido de la fuerza apolítica del énfasis paulino y del Nuevo Testamento.²² Y, no obstante, esta última forma de predicación es de gran necesidad en la iglesia cristiana de hoy tan apática y moralmente débil.

LA LIBERTAD Y EL AMOR CRISTIANOS (14:1—15:13)

Con la sección anterior Pablo ha concluido una serie de mandamientos éticos relativos a la santidad cristiana personal, en la iglesia, en el mundo y el Estado. En los capítulos 14 y 15 (primera parte) cambia el pensamiento a la consideración de problemas especiales que existían en la iglesia debido a la diversidad cultural de algunos de los convertidos al cristianismo. El problema pudo haberse intensificado por la presencia en la iglesia de Roma (como también en Corinto, 1 Co. 8—10) de cristianos tanto judíos como gentiles. La minoría judía en la iglesia pudo haberse resistido a: (1) abandonar ciertas reglas ascéticas relacionadas con la carne (v. 2) y con tomar vino (v. 21), y (2) dejar algunas de las fiestas y ayunos judíos (v. 5). Sin embargo, no hay evidencia de que estas personas fueran exclusivamente, o incluso primariamente, de antecedentes judíos.

El problema sobre antecedentes religiosos y culturales en las iglesias de Roma y Corinto no debería confundirse con los

problemas más serios que causaron ciertos maestros judaizantes en Galacia (Gá. 5:2), o por los maestros judíos-gnósticos de Colosas (Col. 2:16, 17, 21). Estos casos últimos involucraban distorsiones doctrinales y Pablo no tuvo ninguna tolerancia con ellos, mientras que los problemas en Roma apelaban a una actitud de paciencia y simpatía por parte del Apóstol. Además, el problema en Corinto de comer carne y beber vino sacrificado a los ídolos no parece ser exactamente igual al asunto que trataban en Roma, incluso aunque ambos casos resultaban en un espíritu anticristiano de alienación. Pablo exhorta a cada hermano a andar en amor con los demás que diferían de él en estos asuntos (14:15).

Estos capítulos tienen pertinencia especial para los cristianos de hoy que tienen diferentes opiniones sobre la significancia religiosa y moral de ciertas prácticas que no aparecen específicamente mencionadas en la Biblia. Ver como Pablo aborda estos problemas es de gran importancia para nosotros a fin de preservar el amor y la unidad en la familia cristiana.

Más específicamente, había en la iglesia de Roma un grupo que, debido a convicciones religiosas y de conciencia, quería abstenerse de comer ciertos alimentos (carne y vino, v. 21) y hacer «diferencia entre día y día» (v. 5). Debería estar claro por lo que sigue que Pablo no está hablando acerca de ningún mandamiento específico de Dios o prohibiciones bíblicas tales como el adulterio, la mentira y la idolatría. Este argumento tiene que ver con ciertas cosas materiales y con la observancia de costumbres sociales. Este grupo era considerado «débil» por la mayoría en la congregación que no tenía problemas de conciencia en estos asuntos.²³ El problema consistía en cómo la iglesia debería responder a esta minoría.

No se nos dice por qué este grupo sostenía estas opiniones. Sin embargo, hay buena razón para creer, basados en problemas similares en Corinto (1 Co. 8—10), que los que se abstenía de carne y vino habían asociado esas sustancias con su anterior adoración idólatra y su vida de borracheras. El problema sobre el «día», por el otro lado, podría tener algo que ver con convertidos judíos que se sentían compelidos a

continuar la observancia del sábado. Pablo claramente está de acuerdo con la mayoría en que los escrúpulos de los débiles no tienen base. Está convencido, en base de su relación con Cristo, de que nada «es inmundo en sí mismo» (v. 14). El Apóstol piensa que estos asuntos son de poca importancia para la fe cristiana, pero debido a que el problema es una amenaza a la unidad de la iglesia, debe tratarlo con amplitud.

El principio de la aceptación mútua (14:1-4)

¿Qué debería hacer la mayoría de la iglesia? La respuesta es clara. Aquellos que son fuertes deberían «aceptar» a los débiles (v. 1). Aunque los débiles en la fe tienen ciertos escrúpulos acerca de algunos asuntos, ellos son miembros por entero del cuerpo de Cristo y «Dios le ha recibido» (v. 3). Pero el fuerte no debería recibirle con el propósito de debatir y hacerle cambiar sus prácticas y «opiniones» (v. 1). Una actitud así de parte de los fuertes lo único que conseguiría sería echarle leña al fuego de la división. En vez de eso, debería haber una mútua aceptación sin esnobismo de parte de los fuertes y sin fuertes críticas de parte de los débiles (vv. 3, 4). Debería ser la gloria de la iglesia el que nos aceptemos unos a otros tal como somos sin intentar presionar a los demás para meterlos en cierto molde en particular. Esa forzada conformidad queda expresamente prohibida en estas exhortaciones.

El principio de las motivaciones internas (14:5-9)

Pablo enfatiza en los versículos 5-8, en contraste con divisiones insignificantes sobre costumbres sociales, lo que es realmente importante en la vida cristiana. Que comamos o no comamos carne es secundario. Lo que es de verdad importante es la motivación interna de nuestras acciones. Debemos desarrollar convicciones personales delante del Señor en todo lo que hagamos: «Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente» (v. 5). En los versículos siguientes (6-9) aparece uno de los pasajes más fuertes del Nuevo Testamen-

to acerca del señorío de Cristo sobre la vida cristiana individual («Señor» aparece siete veces). Tanto el fuerte como el débil deben estar motivados en su comportamiento por su devoción a Cristo, que se evidencia en que ambos dan «gracias a Dios» por lo que comen o por lo que se abstienen (v. 6). En los versículos 7 y 8 se enfatiza aún más la posesión del cristiano por parte de Cristo y la actitud consecuente del cristiano en relación con toda su vida y con la muerte. Ya no vivimos para nosotros mismos sino que vivimos para aquel que murió y resucitó para ser Señor en la vida y también en la muerte (v. 9).

El principio del juicio presuntivo (14:10-12)

Cuando el fuerte menosprecia al débil o el débil condena al fuerte, uno ha juzgado presuntuosamente al otro. Todos los juicios en estos asuntos deben dejarse al Señor, pues sólo Él sabe si la motivación detrás de nuestras acciones era realmente para honrarle a Él. Pablo apela a Isaías 45:23 para apoyar su razonamiento sobre el juicio universal futuro de todos los creyentes (v. 11). En aquel día no seremos considerados responsables por otros, sólo seremos responsables ante Él por nosotros mismos: «Cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Ro. 14:12; 1 Co. 3:11-15; 2 Co. 5:10).

El principio de la limitación de la libertad en el amor cristiano (14:13-23)

Pablo exhorta ahora a los fuertes sobre la conducta que demanda su amor por los débiles. Cuando los fuertes usan su libertad, no están equivocados en su posición (v. 14), pero nunca deben permitir conscientemente que su libertad ponga en peligro la vida y crecimiento espiritual de su hermano en Cristo. Aunque nada (material) es malo (inmundo) en sí mismo, puede ser visto como malo por la persona cuya mente está más influenciada por su trasfondo cultural que por la verdad de la creación de Dios que enseñan las Escrituras (Mr. 7:15).

Una de nuestras hijas trajo la idea de la escuela sobre cómo podía poner la semilla de un aguacate en un vaso de agua para que retoñara y después plantarlo. Pasada una semana empezamos a notar un olor fuerte y desagradable en la cocina. Después de mucho buscar encontramos la causa del olor: Sí, era la semilla del aguacate, se había podrido y olía mal. La mamá lo tiró a la basura y después lavó cuidadosamente el vaso; pero hasta la fecha nadie quiere en la familia beber nada con aquel vaso. Está perfectamente limpio, pero en nuestras mentes está asociado con la semilla podrida del aguacate y nadie se siente cómodo usándolo.

Todo el asunto gira alrededor del significado de «tropiezo, tropezar» (vv. 13, 20, 21). ¿Qué es lo que el cristiano fuerte crea para el débil mediante el uso de su libertad que hace que el débil quede «contristado» (v. 15), perdido o destruido (vv. 15, 20), e incluso condenado (v. 23)? El lenguaje que se usa es mucho más fuerte para simplemente referirse, como a menudo se explica, al desagrado que siente el débil en su corazón cuando ve a otro cristiano hacer algo que él siente que está mal. El débil debe quedar en alguna manera animado por el ejemplo del fuerte a *hacer algo* que en realidad va en contra de su convicción y conciencia de lo que es bueno, y de esa manera su propia conciencia es violada y «contristada» por su propio pecado. Debido a que una acción así no es hecha por fe, sino en contra de su fe, causa el juicio de Dios en su propia vida y arruina su relación con Dios (v. 23).

El fuerte debe entonces considerar la gravedad de las consecuencias de su ejemplo para el débil. Si fallan en tener en cuenta en este asunto a su hermano cristiano, no caminan en amor responsable y de esa manera pecan contra Cristo (vv. 15, 20). Notemos que la piedra de tropiezo no es el simple desagrado que otro cristiano puede tener acerca de mi comportamiento, sino la tentación que pueden tener de ir más allá de lo que su propia fe aprueba y caer en el pecado por abandonar sus convicciones. Ellos no hacen estas cosas para agrandar a Cristo, como yo lo puedo haber hecho, escribe Pablo, sino por su deseo de placer o conveniencia. El débil ha

malentendido mi ejemplo.²⁴

¿Pero qué acerca de la libertad que nosotros, los fuertes en la fe, tenemos en Cristo? Si acomodamos nuestro comportamiento a los cristianos más débiles, ¿No estaremos abandonando nuestra libertad que Cristo quiere que ejercitemos? Además, ¿no debería el cristiano mostrar su libertad al mundo y de ese modo mostrar su fe? Pablo dice que la fe que nosotros tenemos (el fuerte), debemos de mantenerla en privado entre nosotros y Dios (v. 22). Y que no es la exhibición de nuestra libertad lo que ensalza nuestra fe ante el mundo, sino nuestra práctica de un amor responsable (Jn. 13:35). Somos los representantes de Dios ante el mundo, no en cuestiones de libertad sobre comer o beber, sino en asuntos del reino de Dios. El reino es el gobierno de Dios sobre nosotros. ¿Cuáles son, pues, los asuntos de este reino? Pablo responde: «Justicia, paz y gozo en el Espíritu santo» (v. 17). De forma que aquel que enfatiza la justicia y la paz de Dios en las relaciones humanas y que crece con fuerza en el gozo interno producido por el Espíritu Santo ha encontrado la esencia realmente importante del cristianismo ante Dios y ante otros (v. 18).

El principio de vivir para agradar a otros (15:1-6)

No sólo el fuerte debe andar en amor responsable para con sus hermanos débiles sino que tiene que ayudarlos a llevar sus debilidades incluso aun cuando sea desagradable, «y no para agradarnos a nosotros mismos» (15:1, 2). El ejemplo de Cristo le provee a Pablo de más razones para apoyar su exhortación (v. 3). Toda la vida humana de Jesús es un resumen de su voluntaria humillación para llevar sobre sí mismo los vituperios de los impíos contra Dios (Sal. 69:9). Lo que Pablo parece que quiere decir es que cualesquiera que sean los inconvenientes u oprobio que el fuerte tenga que padecer a fin de agradar a sus hermanos débiles edificarlos, nunca podrá compararse con los inconvenientes y afrentas que nuestro Salvador sufrió a fin de darnos vida eterna.

Esas Escrituras que Pablo ha estado citando le proveen al cristiano con enseñanza para la «paciencia» (perseverancia) y la «consolación» (v. 4). No aparece claro cómo se relaciona esto con el contexto. Quizá Pablo esté diciendo que al conocer mediante las Escrituras que Dios es consciente de nuestras circunstancias y que Él suple lo que necesitamos para perseverar, tenemos esperanza (consolación) en su plan y providencia supremas. En todo caso, encontramos el carácter de Dios en las Escrituras, lo cual hace sonar la nota de esperanza en todos aquellos que la oyen hablar.

Por último, al confiar en tales gracias que nos vienen del Dios que se revela en las Escrituras, podemos glorificar a Dios por su misericordia para con nosotros con una voz unida de alabanza libre de actitudes condenatorias de unos hacia otros (15:5, 6). Más que criticarnos unos a otros y sospechar constantemente unos de otros, debemos, conforme a la voluntad de Dios, buscar juntos la gloria de Dios en todas nuestras relaciones.

Cristo y los gentiles (15:7-13)

Estos versículos reflejan de nuevo el hecho que había prejuicios raciales en la iglesia de Roma. A los creyentes judíos les costaba superar sus antecedentes de discriminación en contra de los gentiles. Acostumbrados a pensar de los que no eran judíos como «pecadores» y «perros», los judíos, incluso aquellos que confesaban a Cristo Jesús como Señor, no podían todavía aceptar a sus hermanos gentiles tan completamente como lo hacían ellos entre sí. Pablo habla claramente de este asunto y los anima a dejar a un lado semejantes actitudes y acciones. Él dice: «Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios» (v. 7). Tenemos que tratar a los demás, sin importar cuán diferentes sean de nosotros, en la misma manera que Cristo nos trata a nosotros. No puede haber discriminación racial allí donde esta verdad se toma seriamente y se obedece.

Pablo retoma el ministerio de Cristo para afirmar las razo-

nes por las que él confinó sus labores entre los judíos. No fue debido a favoritismo, sino con el propósito de ratificar las promesas del pacto hecho a los patriarcas judíos (v. 8). La «circuncisión» fue el sello del pacto dado a Abraham y a sus descendientes en esperanza del cumplimiento de la promesa de una simiente en la que todo el mundo sería bendecido (Gá. 3:16; 4:9-31).

Además, contenida en la promesa original a Abraham estaba la promesa de bendición universal a todos los hombres (Gn. 22:17, 18; Gá. 3:8). Por lo tanto, el ministerio de Cristo a los judíos (los de la «circuncisión») fue no sólo para demostrar la fidelidad de Dios a su Palabra, sino también para que los «gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia» mostrada a ellos (v. 9). Pablo procede en los versículos 9-12 a juntar citas del Antiguo Testamento que predicen las bendiciones de los gentiles juntos con Israel, unidos todos en una relación de pacto con Dios (v. 9b, tomado de 2 S. 22:50 y Sal. 18:49; v. 10, basado en Dt. 32:43; v. 11, tomado del Sal. 117:1; v. 12, tomado de Is. 11:10). Pablo ciertamente no vio ninguna enseñanza teológica en el Antiguo Testamento que hiciera distinción entre judíos y gentiles cuando ambos están en Cristo. El Antiguo Testamento predice en realidad la aceptación de ambos sobre un mismo plano de igualdad ante Dios.

Finalmente, el versículo 13 forma una bella piedra angular para toda esta sección que trata de las relaciones de unos cristianos con otros. Pablo ora por todos los creyentes para que por la abundancia divina de gozo y paz provista por medio de su fe creciente, puedan ser fortalecidos por el poder del Espíritu que mora en ellos a fin de que abunden en la esperanza de su futura y final salvación.

La iglesia necesita urgentemente en nuestros días la visión y las exhortaciones de Pablo contenidas en esta sección. Mientras que un buen segmento de la cristiandad busca la unidad sobre unas bases falsas, los que confesamos a Cristo como nuestro divino Señor nos separamos unos de otros por cualquier pequeñez. En muchas iglesias evangélicas los débiles se han hecho con el control y por medio de muchas reglas

y restricciones extrabíblicas han sacado a los fuertes de la membresía. Los prejuicios raciales todavía abundan en diversos grados en muchas de nuestras iglesias hoy.

No obstante, siempre que los cristianos han sido capaces de superar las barreras que los dividen, allí se ha producido un gran testimonio del Cristo viviente entre su pueblo. Esta es la mayor gloria de la iglesia cristiana. No es que eso pueda penetrar a las interpretaciones más ortodoxas de las Escrituras, con todo lo importante que es conocer lo que enseñan bíblicas, o delinear la mejor expresión de lo que significa tener un testimonio cristiano hoy, sino que la mayor gloria de la iglesia es que, a pesar de las fuertes diferencias que tenemos, podemos aceptarnos plenamente unos a otros *como* Cristo nos ha aceptado también a nosotros. No se trata de que la iglesia tenga una sola opinión, sino que siga un sólo propósito, para que con una sola voz de alabanza glorifiquemos a Dios.

De esta sección (14:1—15:13) aprendemos que la fe viva para los cristianos significa que en todo lo que hagamos honremos conscientemente al Señor (14:6). El pecado, por el otro lado, no consiste en romper con los tabús tradicionales, sino más bien en la traición de nuestras propias convicciones de fe (14:23), o en hacer que el hermano tropiece al arrastrarlo por medio de nuestra libertad a hacer cosas en contra de sus propias convicciones de fe (14:15), o al hacer juicios presuntivos sobre un hermano en algunas de estas áreas (14:10-12). Por último, la verdadera gloria de Dios se manifiesta cuando nos aceptamos plenamente unos a otros a pesar de las fuertes diferencias en convicciones (15:7).

10

EPÍLOGO

15:14—16:27

Pablo ha terminado con la parte principal de la carta. El resto del material tiene que ver con palabras de una naturaleza más personal, incluyendo su propósito para escribir, palabras de aliento, reconocimientos, saludos, una advertencia final y la doxología que lo cierra todo. Nuestro tratamiento de esta sección será breve, llamando simplemente la atención a algunos de los elementos más significativos.

LAS RAZONES DE PABLO PARA ESCRIBIR (15:14-21)

En esta sección Pablo comunica con mucho tacto su propósito al escribir a los romanos. Su carta un tanto atrevida no fue escrita tanto para instruirles en nuevas verdades o alimentarlos como si fueran niños, porque él reconoce que son creyentes con conocimiento y capaces de instruirse unos a otros (v. 14), sino el de recordarles enfáticamente aquellas verdades bien conocidas y sus implicaciones (v. 15). Pablo ve este ministerio apostólico a los gentiles romanos como un servicio sacerdotal a Dios. Ofrece la evangelización de los gentiles como su ofrenda agradable a Dios (v. 16). Este es un pensamiento bello. Pablo contempló su servicio en el evangelio como un acto de adoración.

El Apóstol atribuye sólo a Cristo la gloria de todo lo que ha sido hecho y dicho, aunque él tiene razones, humanamente hablando, para estar orgulloso de su trabajo (vv. 17, 18). La obra de Cristo por medio de Pablo incluyó también milagros («señales y prodigios») como una forma de autenticación por parte del Espíritu de la verdad del evangelio (v. 19; véase también 2 Co. 12:12; Gá. 3:5; He. 2:4).

«Desde Jerusalén ... hasta Ilírico» (Dalmacia, al noroeste de Macedonia) indica los límites oriental y occidental donde Pablo había sembrado el evangelio hasta ese momento en su ministerio (v. 19). Su actividad apuntaba, aunque no estaba

limitada, a territorios donde no había iglesias establecidas (v. 20). Pablo ve este tipo de ministerio como un cumplimiento de la profecía de Isaías (52:15) que predice de aquellos que aunque ignorantes de la Palabra de Dios escucharían acerca del Mesías y responderían (v. 21).

LOS PLANES PERSONALES DE PABLO (15:22-33)

Pablo planeaba ir a España y hacer de paso una parada en Roma (v. 24) después de que hubiera entregado una ofrenda de amor para la iglesia en Jerusalén de parte de los cristianos en Macedonia y Acaya (v. 26). Al igual que en su declaración de 1:13, les asegura de nuevo sobre su interés en visitarles aunque hasta el momento no había podido hacerlo debido a lo ocupado que estaba en el cumplimiento de su llamamiento evangelizador. Él iría, sin embargo, a visitarles y así podría compartir con él en su tarea misionera en España. De esa manera el misionero y la iglesia estarían íntimamente unidos.

Dedica también tiempo para describir la significancia de la ofrenda de los gentiles para los judíos de Jerusalén (vv. 25-27). Debido a que los judíos eran la rama original de las bendiciones del pacto con Abraham, los gentiles que había llegado a ser participantes de sus «bienes espirituales» se sentían correctamente obligados a compartir con los judíos sus bendiciones «materiales» (v. 27). Estos dones eran un sello y un fruto del amor y del lazo que existe entre estos cristianos aunque vivían en diferentes partes del mundo y eran culturalmente diferentes. Desde la perspectiva teológica, la aceptación de un don así de los gentiles por parte de los judíos de Jerusalén confirmaría la plena aceptación de los gentiles en la familia de Dios. De ahí su preocupación en el párrafo siguiente por la aceptación de la ofrenda por parte de los judíos.

Es digno de notarse cómo Pablo solicita regulamente las oraciones de los creyentes por sus necesidades y circunstancias especiales. Es consciente de que le esperan en Jerusa-

lén gente opuesta al evangelio de Cristo. ¡Cuánto necesitaba él las oraciones de los santos para su liberación y por oración para que los judíos aceptaran la ofrenda de los gentiles y para que al fin él pudiera ir a Roma a visitarles según la voluntad de Dios (vv. 30-33)! Pablo confiaba en los cristianos romanos y puso gran fe en ellos.

Resulta instructivo seguir la pista a la respuesta que Pablo tuvo a sus oraciones. Parte de la respuesta la tuvo cuando oraba por la gozosa recepción que tuvo en Jerusalén (Hch. 21:17-20); en parte no fue respondida exactamente como él quería en el sentido de que los judíos incrédulos se apoderaron de él (aunque sin dañarlo) y, a pesar de todo liberado de sus manos por los soldados romanos (Hch. 21:27, 32); parte de su oración fue respondida de forma diferente a la planeada en que, aunque fue a Roma, llegó allí arrestado (Hch. 28:16); y en parte fue respondida más tarde en su vida cuando fue soltado de la cárcel y aparentemente completó su viaje a España en un último viaje misionero (1 Ti. 1:3; 2 Ti. 4:13; Tit. 1:5; 3:12).¹

RECONOCIMIENTO DE FEBE (16:1, 2)

Al noreste de la ciudad de Corinto está uno de sus puertos, la ciudad de Cencrea. Febe procedía de la iglesia que se formó allí, a quien se la describe como «diaconisa» (sierva, de griego *diakonos*) y de quien se dice que «ha ayudado a muchos» incluido Pablo (v. 2). Puede que ella fuera una mujer rica y socialmente prominente.

Tradicionalmente, se ha explicado que la indicación de Pablo de que era «diaconisa» de la iglesia tiene el sentido general de su servicio en la congregación. Por un cierto número de razones es más natural pensar que la expresión se refiere al ministerio del *diácono*. En otras partes cuando Pablo está hablando acerca de personas conectadas con funciones específicas de la iglesia la palabra *diakonos* se refiere a un líder de la iglesia, un diácono (Fil. 1:1; 1 Ti. 3:8, 12). «Creemos que es prácticamente cierto que Febe fue un diácono [o posi-

blemente “el diácono”] de la iglesia.»² La palabra griega *prostatis* que aparece traducida como «ayudado» en el versículo 2 la encontramos sólo aquí en el Nuevo Testamento y su sentido no es claro. Sin embargo, al haberla usado Pablo aquí parece al menos indicar que Febe tenía una cierta posición social, riqueza e independencia.

Aparentemente Febe llevó la carta de Pablo a los romanos, y el capítulo 16 era una carta formal de recomendación de Febe a los creyentes en Roma (2 Co. 3:1).³ Esta mujer, entre otras varias como Priscila, ha quedado inmortalizada en la tradición cristiana debido a su profunda dedicación a Cristo y al servicio tan fiel que ella dio para ayudar a la extensión del evangelio. Este es también otro testimonio más del poder radicalmente transformador de Cristo para cambiar a una pagana (el nombre Febe significa «diosa de la luna») en una mujer dedicada y notable sierva de Jesucristo. Notemos también aquí y en los versículos siguientes la cantidad de papeles y altas posiciones que desempeñaron las mujeres en la misión cristiana. Al menos nueve mujeres aparecen en los versículos 1-16 y son llamadas «colaboradores» (v. 3) (en algún caso se dice que «ha trabajado mucho en el Señor», v. 12b). Nunca se las llama «sirvientas».

SALUDOS A LOS AMIGOS DE PABLO (16:3-16)

Esta sección es una porción muy olvidada de las Escrituras y, no obstante, nos provee de una foto histórica fascinante de la composición de una parte representativa de la primitiva iglesia. Pablo saluda a no menos de veintiséis personas procedentes de diferentes razas y trasfondos culturales. Algunos son judíos (Priscila y Aquila, vv. 3, 4; a veces mencionados como Aquila y Priscila, como en Hch. 18:2), algunos nombres son griegos como Aristóbulo (v. 10), otros romanos, como Rufo y Urbano (vv. 9 y 13); algunas son mujeres (María, v. 6; Julia, v. 15), algunas son hermanas como Trifena y Trifosa (v. 12, ¿gemelas?), se menciona a una madre (v. 13); un compañero de prisión (v. 7), parientes de Pablo (vv. 7, 11), fami-

liares de un hombre fallecido (Narciso, v. 11), y sigue así la lista. Algunos eran sin duda personas acomodadas y otros eran pobres y esclavos.

¿Qué es lo que dice Pablo acerca de estos creyentes en Cristo? Elogia a Priscila y Aquila (Hch. 18:1-2) por su colaboración y valor al haber arriesgado su vida por él (vv. 3, 4). Notemos que a la esposa, Prisca (o Priscila como en Romanos), se la menciona primero (cp. 2 Ti. 4:19). A veces es al revés, ella aparece después del esposo (1 Co. 16:19). Epeneto recibe el calificativo de «amado mío» porque fue el primer convertido al cristianismo en Asia (v. 5). La diligencia y laboriosidad de María son recordadas (v. 6). Dos creyentes judíos: Andrónico y Junias, que conocieron a Cristo antes de que Pablo se convirtiera, son mencionados como «muy estimados entre los apóstoles». Algunos comentaristas sostienen recientemente que Junias fue una mujer. La versión de la Biblia *Dios Habla Hoy* traduce que ella y Adrónico se «[distinguiéron] entre los apóstoles», pero eso no significa necesariamente que fueran apóstoles, sino «estimados» por los apóstoles. En cualquier caso, hay un debate interpretativo en relación con Junias.⁴ Se dice que Apeles está «aprobado en Cristo», lo que puede significar que lo fue por medio de pruebas (v. 10).

Rufo (v. 13) bien pudo haber sido el hijo de Simón de Cirene, el que llevó la cruz de Cristo (Mr. 15:21). Si fue así, eso explicaría por qué Marcos lo menciona específicamente y después conectó el evangelio que lleva su nombre con Roma. Se dice de él que es «escogido en el Señor» no porque fuera escogido para salvación sino porque fue elegido para algún honor especial para el cual fue llamado por Cristo. La madre de Rufo llegó a ser también madre de Pablo en alguna forma. Pablo pudo haber perdido a su propia madre por haber fallecido o porque nunca se hizo cristiana. Quizá el padre, Simón, creyó en Cristo después de la experiencia de llevar la cruz, y posteriormente la madre y toda la familia se hicieron cristianos.

En el versículo 14 el apóstol saluda a cinco hombres y a un

grupo de hermanos que estaban con ellos. ¿Pudo ser esto alguna forma de una temprana comunidad cristiana de sólo varones? Los creyentes son exhortados a saludarse unos a otros con «ósculo santo» (Ro. 16:16; véanse también 1 Co. 16:20; 1 Ts. 5:26; 1 P. 5:14). Esas cálidas expresiones de amor cristiano son notorias por su ausencia en muchas iglesias de hoy del mundo occidental.

En resumen, podemos aprender de este capítulo algunas cosas importantes acerca del servicio cristiano efectivo. Primero, Pablo se interesaba en las personas. Para él el cristianismo eran personas siguiendo a Cristo Jesús. Puede que él tuviera una larga lista de oración. Sus reconocimientos y elogios parece que tenían la fidelidad en el ministerio como la cualidad predominante (Ap. 2:2). Elogiaba a aquellos que trabajaron con él y tuvo siempre palabras de reconocimiento para ellos (12:10). Notemos también el equilibrio en el número de personas mencionadas, y el lugar alto que las mujeres tenían en el servicio a Cristo. Por último, recordemos que cuando se proclama y se enseña fielmente el evangelio de Cristo lleva fruto en las vidas de toda clase de personas. Esta sección ilustra mediante relatos vivientes la verdad de Romanos 1:16: «El evangelio ... es poder de Dios para salvación a *todo* aquel que cree...»

UNA ADVERTENCIA FINAL (16:17-20)

Antes de escribir sus comentarios finales, hace una pausa para hacerles una advertencia sobre aquellos que enseñan doctrinas contrarias a las enseñanzas apostólicas finales (v. 17). No sabemos exactamente a quiénes se refería Pablo. Aquellos engañadores podían haber sido los mismos que habían creado problemas en las iglesias de Galacia (Gá. 3:1; 5:7, 20), Colosas (Col. 2:20-23), y Filipos (Fil. 3:19). No sirven al Señor Jesucristo sino «sus propios vientres» (v. 18), no se refiere probablemente a sus apetitos físicos de alimentos sino a sus deseos egoístas y lujuriosos, y sus preocupaciones con las reglas sobre los alimentos (Stg. 3:15; Jud. 19).

Este grupo herético no debe confundirse con los creyentes «débiles» del capítulo 14 sobre los que Pablo exhorta a que se les acepte en el compañerismo de la iglesia. Es vital hacer esta distinción a menos que llamemos «engañadores» a los hermanos que tienen diferentes opiniones a las nuestras. Los «ingenuos» son aquellos que no sospechan ningún engaño y, en consecuencia, aceptan sin objeciones las enseñanzas falsas para su propio perjuicio.

No obstante, Pablo no está insinuando que los cristianos romanos habían caído en estas falsas enseñanzas; por el contrario, los elogia por su obediencia y fidelidad (v. 19). A pesar de todo el Apóstol quiere que se mantengan alerta acerca de estos engaños: «sabios para el bien», y sin involucrarse en ninguna herejía ni práctica del mal: «ingenuos para el mal» (v. 19). Este es un equilibrio sumamente necesario en nuestras vidas: Conocer el bien lo suficiente como para hacerlo y conocer el mal lo suficiente para reconocerlo con prontitud (esto es, drogas, ocultismo, demonolatría, nacionalismo, materialismo, misticismo oriental, etc.), a fin de evitar experimentar con aquellas cosas que dañan nuestras personas y dificultan nuestra relación con Dios. Grotius lo parafrasea así: «Demasiado buenos para engañar a otros y demasiado sabios para ser engañados.»

El versículo 20 contiene una alusión a Génesis 3:15. Es Satanás quien origina estas herejías y atrae a las personas a sus malas consecuencias, pero Dios es quien, en la pronta venida de Cristo, dará el golpe de muerte a las actividades de Satanás. La esperanza de la derrota final de todos los enemigos de Cristo sostiene a los creyentes en su presente batalla contra estas fuerzas del mal (1 Co. 15:25-28).

SALUDOS DE PARTE DE LOS COMPAÑEROS DE PABLO (16:21-24)

Timoteo es bien conocido (Hch. 16:1, 2). Lucio, Jasón y Sosípater eran probablemente judíos familiares de Pablo

(véase 16:7). Tercio (v. 22) escribió la carta en el sentido de haber servido como escribiente (amanuense) de Pablo, lo que era costumbre en el Apóstol (1 Co. 16:21; Gá. 6:11; Col. 4:18; 2 Ts. 3:17). Gayo no sólo hospedó a Pablo en su casa sino a toda la iglesia de Corinto. Parece que tenía muchos bienes pero también los usaba para el Señor. Este Gayo puede que fuera la misma persona que aparece en otros lugares como Justo o Gayo (1 Co. 1:14; Hch. 18:7; 19:29).

Erasto es llamado «tesorero» de la ciudad de Corinto. Debió ser un hombre prominente en Corinto. Estos hombres era generalmente esclavos, aunque ricos (Hch. 8:27). En 1931 se encontró una inscripción latina que data del 50-100 d. de C. que lleva el nombre de Erasto quien era reconocido por haber pavimentado una calle.⁵ Este pudo haber sido el mismo individuo. Las bendiciones repetidas en los versículos 20 y 24 son aparentemente deslices del escriba, pero encajan bien en cada sección.

LA DOXOLOGÍA (16:25-27)

Una doxología larga como esta no es ajena al Nuevo Testamento (He. 13:20, 21; Jud. 24, 25), aunque no es lo acostumbrado en Pablo.⁶ Es un gran resumen de los elementos principales de la epístola y está en perfecta armonía con su contenido y con las enseñanzas de otras epístolas paulinas (Ef. 3:20; 1 Ti. 1:17). En particular, los hilos principales del capítulo uno aparecen reiterados en una alabanza bella de honor a Dios.

Pablo empieza con una referencia al poder fortalecedor de Dios concedido a los creyentes como un resultado de la predicación del evangelio de Cristo Jesús por medio de Pablo (1:11). Este evangelio de Pablo es en realidad «la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos». Véase el comentario de 11:25 para una discusión

del uso de Pablo del término «misterio». Aquí el contenido de misterio es mucho más amplio. No es seguro si mediante la expresión «tiempos eternos» Pablo quiere decir «desde que empezó la creación» (véase 2 Ti. 1:9; Tit. 1:2), o «en los tiempos eternos de Dios». Quizá el término significa «tiempos que llegan hasta la eternidad». ⁷ En cualquier caso, el misterio del evangelio de Cristo Jesús, el Hijo de Dios (1:3, 4), que se había mantenido oculto en el pasado, es ahora completamente revelado a todos los hombres: «Ha sido manifestado ahora» (v. 26).

Pablo liga este presente evangelio a las «Escrituras de los profetas». Presenta un problema cómo el misterio, que ha estado oculto en el pasado, puede ser ahora revelado en las Escrituras que han sido conocidas durante siglos. Una posible solución es que la frase las «Escrituras de los profetas» se refiere a los profetas del Nuevo Testamento y a las escrituras apostólicas (2 P. 3:16). ⁸ No obstante, resulta difícil mantener este punto de vista a la luz de la abundancia de citas que hace Pablo de las Escrituras en Romanos y todas ellas tomadas del Antiguo Testamento; el pasaje paralelo en 1:2 se refiere claramente al Antiguo Testamento; y en vista de la fecha temprana de esta epístola (antes del 60 d. de C.) pocas escrituras del Nuevo Testamento estaban escritas. Parece mejor mantener una cierta tensión entre lo que fue revelado en promesa en el Antiguo Testamento concerniente al evangelio y lo que corresponde primariamente a Israel y lo que ahora es revelado en la historia en Cristo Jesús y que por mandato del Dios eterno se ha dado a conocer (y se ha dado) para todos los hombres. Este misterio no es un fenómeno esotérico que es propiedad de una pequeña élite, sino los mandamientos de Dios de que el conocimiento sea dado sin distinción a todos los hombres por medio de las Escrituras con el fin de llevarlos a que «obedezcan la fe» en Cristo Jesús.

Pablo empieza su doxología dirigiéndose a aquel que *puede*

confirmarnos; y ahora, después de contemplar este tremendo misterio del evangelio, el concluye dirigiéndose al «único Dios sabio» (v. 27). El Apóstol lleno de admiración sólo puede atribuir gloria eterna a este Dios de inconmensurable sabiduría, que ha revelado el misterio de su plan para la salvación de toda la creación efectuada por medio de Cristo Jesús.⁹ ¡Amén!

Así como la epístola empieza con la promesa de Dios (1:2-4), termina con la gloria de Dios. Esta carta es quizá el más grande tratado que jamás se ha escrito acerca de Dios.¹⁰